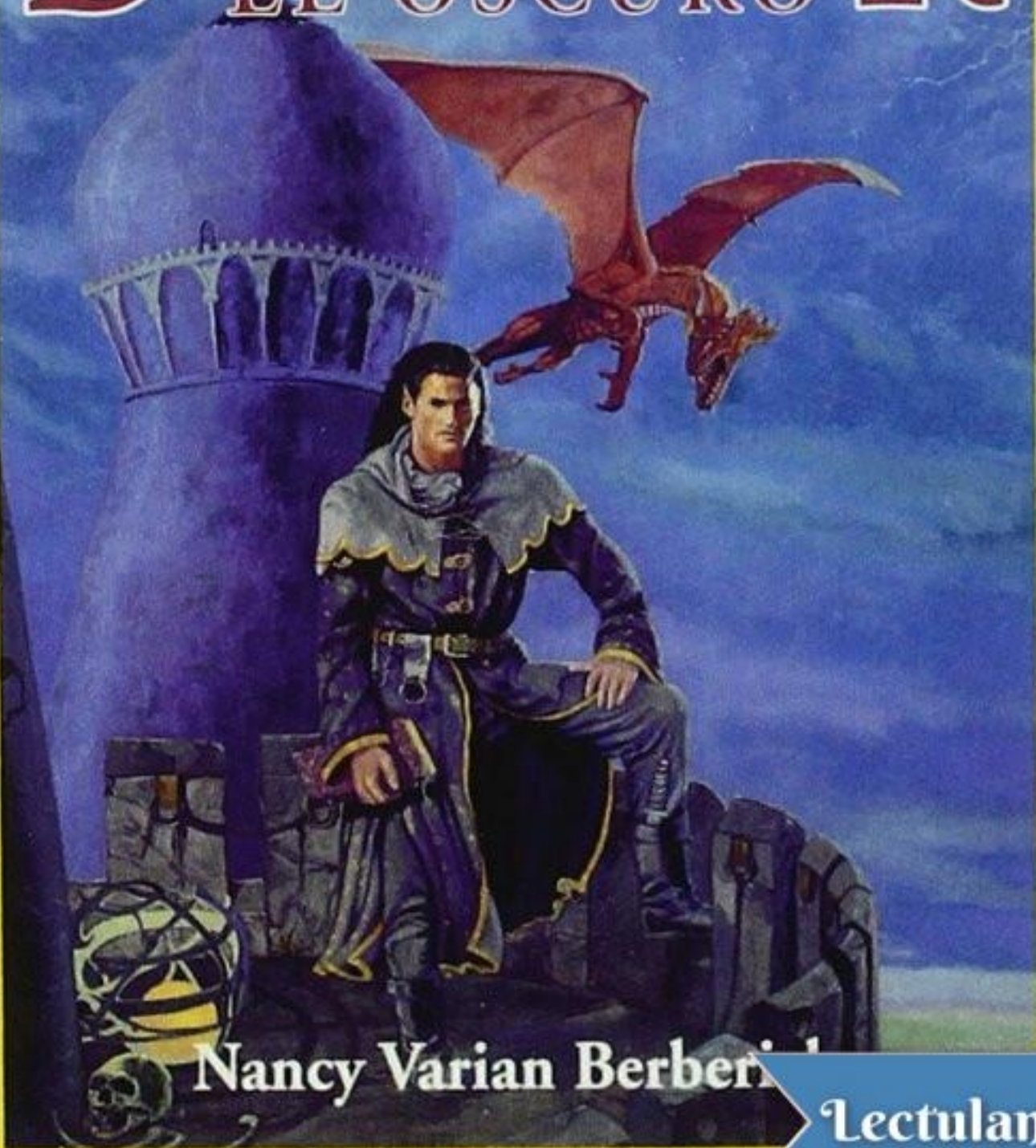




DALAMAR EL OSCURO



Nancy Varian Berberian

Lectulandia

El talento para la magia discurre como fuego por la sangre de Dalamar Argénteo. Pero éste no es más que un sirviente en la mansión de un noble elfo, y por lo tanto, indigno del Supremo Arte de la Hechicería, y a quien se le niega toda enseñanza, excepto los rudimentos más esenciales. No obstante, cuando la guerra empieza a desencadenarse en las fronteras de Silvanesti, Dalamar encontrará un modo de aprender su arte, y esa búsqueda lo conducirá por largos y tenebrosos senderos hacia un destino pasmoso.

Lectulandia

Nancy V. Berberick

Dalamar el Oscuro

Dragonlance: Clásicos de la Dragonlance 2

ePub r1.0
helike 04.10.13

Título original: *Dalamar the Dark*
Nancy V. Berberick, 2000
Traducción: Gemma Gallart
Ilustración de cubierta: Bradley Williams

Editor digital: helike
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

En la Sala de los Magos, en la zona más recóndita de la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, el elfo oscuro permanecía en total inmovilidad. Dalamar Hijo de la Noche, Dalamar de Tarsis, Dalamar Argénteo, que en una ocasión, hacía ya mucho tiempo, había sido Dalamar de Silvanost. Vestía la túnica negra que le había entregado la portavoz de su orden, Ladonna en persona, con runas de protección cosidas en hilo de plata; antiguas runas como las del muro exterior de la Torre, símbolos cuyo significado pocos conocían, pero que él comprendía. Como tenía por costumbre, tanto si estaba en el exterior como en el interior, llevaba la capucha de la túnica subida, ocultando su rostro, sin dejar a la vista otra cosa que los ojos.

La luz descendía pálida desde el invisible techo que se perdía en las alturas, sin proyectar sombras, sin ofrecer consuelo. Aunque había antorchas sujetas a abrazaderas en las paredes, ninguna estaba encendida, y ni un solo sonido susurraba en la inmensa sala, ni siquiera el suspiro de la respiración de las cuatro personas allí reunidas.

Sentado, muy erguido, en su elevado trono, estaba Par-Salian, el Señor de la Torre de la Alta Hechicería y jefe del Cónclave de Magos, y de no ser por sus blancas manos, aquellas manos nudosas y llenas de venas que se crispaban nerviosamente bajo la influencia de pensamientos privados, se le hubiera podido tomar por una estatua de alabastro. A la derecha del Señor de la Torre se hallaba Justarius, su túnica del mismo rojo intenso de las amapolas, mientras Ladonna permanecía a la izquierda de Par-Salian. La mirada de los tres caía sobre Dalamar como un lastre, aunque él no se movía ni mostraba en modo alguno su malestar. Se limitaba a permanecer ante los portavoces de las tres Órdenes, aspirando los perfumes de la magia, aceites almizcleños, hierbas y, como siempre, rosas secas.

Fuera de la Sala de los Magos había dos cadáveres de cuerpo presente, y mientras estos cuatro magos se reunían, hechiceros de todas las Órdenes penetraban en la torre trasera para presentar sus respetos a una mujer que todos habían conocido y a un enano del que muy pocos podían decir lo mismo. Ambos habían sido magos.

En el interior de la Sala, Ladonna se adelantó; el hermoso rostro brillante bajo la misteriosa luz, la plateada melena llena de relucientes joyas, los dedos repletos de refulgentes anillos. Dio un paso, con la túnica de terciopelo negro balanceándose como una sombra, y lo hizo sonriente.

—Lo has hecho bien, después de todo, Dalamar Hijo de la Noche.

«Después de todo». Dalamar le concedió una escueta sonrisa.

—¿Desconfiabais de mí, señora?

—Firmeza y voluntad. Siempre hay que ponerlas en duda en todo el mundo —

respondió ella, sin devolverle la sonrisa.

—Y así pues —repuso Dalamar, inclinando la cabeza en señal de avenencia—, he pasado vuestra prueba.

Justarius enarcó una ceja; su expresión dejaba bien clara su sorpresa ante la temeridad del hechicero novato.

—Eres osado, joven mago. Tal vez demasiado.

—Soy osado, milord, en proporción a mis necesidades. —Dalamar dedicó una veloz mirada a los tres—. ¿No es eso lo que necesitáis, un mago audaz que no tema arriesgar lo que posee con tal de obtener lo que desea? ¿O lo que *vosotros* deseáis?

—¿Qué puedes tú saber de...? —Los ojos de Justarius centellearon ante aquel descaro.

Ladonna alzó una mano, y los anillos que centelleaban en sus dedos iluminaron un sencillo gesto tranquilizador. Justarius se apaciguó, pero el color de la cólera siguió presente en su rostro.

—Señora —dijo Dalamar, dirigiéndose hacia la mujer—. He hecho todo lo que pedisteis. Una vida que apreciabais se perdió al hacerlo, pero ¿qué es una comparada con tantas? —Paseó la mirada por la habitación para contemplar a los tres allí reunidos—. Mi participación en el asunto ha finalizado. ¿En qué otra cosa puedo servirlos?

La sonrisa de la hechicera no se reflejó en sus ojos cuando dijo:

—Ya veremos lo que puedes hacer, pero primero dime esto, Dalamar Hijo de la Noche. ¿Qué sabes sobre la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas?

El pulso de Dalamar se aceleró al ver lo que apareció brevemente en los ojos de Par-Salian, de Justarius, e incluso de Ladonna, aunque ésta se esforzó por ocultarlo. Temor. Temor rápidamente encubierto, pero temor al fin.

—He oído lo que todo el mundo —respondió con suavidad—, que la Torre ha estado cerrada mucho tiempo y ha sido abierta recientemente. —Inclinó la cabeza hacia todos y cada uno de ellos—. Y he oído lo que sólo unos pocos saben... que el que la ocupa os prohíbe a vosotros y a cualquier otro la entrada en ella.

Con la túnica blanca susurrando como voces espectrales, Par-Salian se inclinó hacia adelante, y Dalamar, al contemplarlo, tuvo la misma sensación que tenía siempre que miraba a un humano cuya edad no superaba tanto la suya y que, sin embargo, parecía un elfo de trescientos años de edad o más. ¡Con qué rapidez se consumían!

—Estás en lo cierto en mucho de lo que dices —murmuró Par-Salian—. Es un mago poderoso, el que se ha apoderado de la Torre. No se ha visto a nadie como él en muchos años, puede que en siglos. Pero te equivocas, joven Dalamar, al pensar que prohíbe el acceso a la Torre a todo el mundo. No es así.

El Señor de la Torre sonrió, con apenas un leve tirón de las comisuras de sus

labios. Aquella sonrisa no era cálida, y el elfo oscuro hizo acopio de energía para negar a los tres magos el espectáculo de ver cómo se estremecía. Blanco como el alabastro, eso había pensado de Par-Salian, pero ahora pensaba que era blanco como el hielo, así de fríos eran sus ojos. Con un gesto, el jefe del Cónclave incluyó a los dos hechiceros situados junto a él.

—Ves aquí, ante ti, a tres de los magos más poderosos de Krynn, pero el que se sienta en la Torre de Palanthas es más fuerte que cualquiera de nosotros y se volverá aún más fuerte. —Su expresión se endureció y su rostro dio la impresión de estar cincelado en piedra—. Se llama a sí mismo el Amo del Pasado y del Presente, y nos preguntamos en qué estará trabajando allí en su Torre. A todos nos parece una buena idea averiguarlo.

Ladonna bajó los ojos y esbozó una sonrisa enigmática. Justarius frunció el entrecejo. Dalamar reconoció ambición en su sonrisa. Percibió al instante que la portavoz de la Orden de los Túnicas Negras sabía que seguiría ocupando su puesto en tanto que el advenedizo de Palanthas no lo quisiera para sí. En la expresión torva del otro, leyó un sentimiento parecido. Era bien sabido que Justarius sucedería a Par-Salian como jefe del Cónclave y Señor de la Torre cuando éste decidiera retirarse. También este puesto podría reclamarlo el mago de Palanthas si le atraía su posesión. Éstas eran cosas que la gente ambiciosa hacía bien en considerar, pero al joven le pareció que los tres hechiceros más poderosos de Krynn temían otra cosa, algo más.

—Y como verás —continuó Par-Salian—, se saben algunas cosas sobre este Amo del Pasado y del Presente. He aquí otra. Si bien ha desdeñado tomar el poder que legítimamente podría obtener mediante el desafío, se mantiene aislado, tal vez creando poder y posición fuera de las Órdenes y la Regla de la Alta Hechicería.

El sobresalto producido por tal idea recorrió como una sacudida eléctrica el sistema nervioso de Dalamar.

—¡Eso es algo que no puede permitirse, milord! —exclamó, sin pensar.

—Es fácil decirlo —repuso el otro, asintiendo distraídamente—. Lo hemos comentado aquí una y otra vez. Pero ahora debemos hacer algo. He dicho que el mago no ha cerrado las puertas de su Torre a todos. Admitiría un aprendiz, un estudiante.

Callado de nuevo, los ojos bajos en actitud modesta para ocultar el destello de su propia repentina ambición, Dalamar murmuró:

—¿Por qué lo haría, milord?

Par-Salian no respondió, sino que hizo una seña a Ladonna con la cabeza, y ésta dijo:

—No sé el motivo. Sólo sé que lo hará. Lo he preguntado, y él lo ha dicho. Un estudiante de nuestra Orden, un mago de las artes arcanas, dijo, uno que al menos tenga un mínimo de inteligencia. Si le enviara un alumno... —El corazón de Dalamar

se aceleró, y la mirada sin emoción de Ladonna le indicó que ella percibía el repentino palpitar—... le enviaría un espía. Imagino que si él aceptara un estudiante, sería consciente de ello, y es posible que intentara hacer cambiar de idea al espía.

—A mí no me haría cambiar, señora. —Dalamar se interrumpió al darse cuenta de que no le habían pedido que se ofreciera voluntario.

—No creo que lo consiguiera. —La mujer sonrió, con un tenue tirón de sus labios—. Estás singularmente adiestrado en las virtudes del equilibrio, ¿no es así? —Luego, antes de que él pudiera responder siguió—. Claro que sí.

Justarius asintió, por fin, en señal de aprobación. Paseó la mirada de Par-Salian a Ladonna, y a Dalamar le pareció que se intercambiaba alguna clase de información entre los tres. Par-Salian inclinó la cabeza, como en respuesta, tal vez incluso en señal de acuerdo.

—No te ordenaremos, joven mago, que aceptes este aprendizaje. No podemos, porque quien realice esta tarea pondrá su vida y tal vez su propia alma en peligro en cuanto acepte. Y si es descubierto... —Par-Salian meneó la cabeza—... morirá. Será una muerte terrible, y muy, muy lenta.

Dalamar tomó aquella advertencia muy en serio. Sin embargo, ¿no había estado arriesgando su vida, en ciertos aspectos incluso su alma, por la magia desde el primer momento en que sintió el centelleo de ese arte en su sangre? ¿Servir como aprendiz al único mago de todo Krynn que podía atemorizar a los portavoces de las Tres Órdenes...! Sonrió, pero secretamente, bajo las sombras de su capucha. ¿Qué maravillas de la hechicería podría aprender de ese mago que había robado una Torre ante las mismas narices de los tres hechiceros más poderosos de Krynn? ¡Innumerables! ¿Qué poderes podría adquirir, qué fuerza, qué discernimiento? ¡Eran legión!

Dalamar alzó las manos y echó hacia atrás la capucha de su túnica, dejando que los allí reunidos vieran con claridad su rostro y sus ojos. Todos y cada uno de los portavoces de las Órdenes se mantuvieron en silencio, dejando que fuera él quien eligiera.

—Milores, señora, acepto hacer ese aprendizaje, y acepto vuestra misión.

Justarius asintió severo. Ladonna no dijo nada. En los ojos de Par-Salian, Dalamar no advirtió satisfacción sino, curiosamente, pena.

Era como si, sabiendo lo que había sido, el Señor de la Torre pudiera saber lo que podría ser. Considerando aquella idea una advertencia, Dalamar volvió la mirada atrás...

1

—Dime, pues —dijo Eflid Volandas, con la cabeza echada ligeramente hacia atrás mientras miraba a lo largo de la delgada nariz el pequeño fardo que Dalamar había colocado en el centro exacto del estrecho catre—. ¿Será más fácil encontrarte ahora, Dalamar Argénteo, o seguiré teniendo que enviar criados en tu busca cada vez que te necesite?

Dalamar permaneció inmóvil en la oscura esquina de la pequeña habitación. En la penumbra, modeló su expresión de modo que pudiera hacer creer al senescal de lord Ralan que meditaba una respuesta humilde, aunque a decir verdad, no meditaba tal cosa en absoluto. Se concentró en la imagen de dos manos que sujetaban algo con fuerza: no le haría ningún bien perder la paciencia.

—Me encontrarás —repuso, manteniendo los ojos bajos para ocultar su desprecio—. No te preocupes, Eflid...

—*Lord Eflid.*

Dalamar reprimió la sonrisa sarcástica que tiraba de las comisuras de sus labios. Era lord Eflid, desde luego, puesto que su madre había estado casada brevemente con un hidalguelo de una familia tan poco importante de la Casa de Arboricultura Estética que su nombre no constaba más que en letra diminuta al final de un larguísimo pergamino. Eflid no había sido hijo de ese hombre, pero reivindicaba el título, al menos entre los criados que mandaba.

—No te preocupes —repitió Dalamar, y alzó los ojos, dirigiendo una larga y gélida mirada al senescal, de la clase que sabía producía escalofríos en Eflid—. Estoy aquí.

—Y aquí te quedarás, muchacho —sus ojos se entrecerraron, relucientes y verdes—; se acabaron los vagabundeos para ti. Puedes estar agradecido de que lord Ralan no te haya despedido. He oído que buscan un criado allá en los muelles, un muchacho para acarrear pescado y reparar redes. Cómo yo levante la vista y no te encuentre cuando te necesite, irás a trabajar.

«Muchacho», había dicho, «muchacho». Con casi noventa años, Dalamar era joven según los patrones elfos, pero no era ningún muchacho. No obstante, el tratamiento despectivo de Eflid indicaba que aunque Dalamar llegara a los ciento noventa, seguiría siendo un muchacho a los ojos de aquéllos a los que servía. El elfo se encontró con la torva mirada de Eflid y no desvió los ojos, por lo que fue éste quien tuvo que hacerlo.

Con el rostro enrojecido por la cólera, y avergonzado por haber sido el primero en apartar la vista, el senescal refunfuñó:

—Ahora desempaqueta tus cosas y ponte a trabajar. Te esperan en la cocina. Hay

baldosas que reparar en la sala del horno. —Sus labios se tensaron hacia atrás para mostrar los dientes en una cruel imitación de una sonrisa—. ¿No tendrás algún hechizo simple que puedas utilizar en ellas? Para no perder la práctica, por así decirlo.

Entre carcajadas, Eflid abandonó la habitación, sin cerrar la puerta a su espalda. Ya solo, Dalamar paseó la mirada por su nuevo alojamiento. Motas de polvo centelleaban en forma de puntos dorados que danzaban a la luz de los haces solares que penetraban por la ventana orientada al este. La luz no era tan nebulosa como lo había sido al brillar sobre el sendero lejos del barrio de los Sirvientes y de la casa que había sido el hogar de la familia de Dalamar durante tantos años. Su padre había heredado la pequeña casa de un tío que había sido lo bastante prudente para ahorrar las monedas de acero necesarias para comprársela a una mujer que reparaba zapatos de piel. Hasta entonces, sus padres y el mismo Dalamar habían vivido en las mansiones de aquéllos a los que servían; durante el día la familia se reunía sólo de paso y en ocasiones compartía una velada cuando sus amos no los necesitaban. A la muerte de sus padres, la casita con su diminuto jardín había pasado a manos de Dalamar, y allí había vivido, con el permiso del jefe de la Casa de la Servidumbre y de lord Ralan, desde entonces. Durante cinco años había acudido al hogar de su señor, cada día en cuanto amanecía, y durante cinco años había regresado allí bajo las alargadas sombras moradas del crepúsculo veraniego y los cortos y helados ocasos de los días invernales. Ya no, y la intimidad que le proporcionaba su propia casa, la sensación de ser dueño y señor allí donde nadie podía darle órdenes, habían desaparecido. Ahora debía vivir en la casa de lord Ralan, alojado en esta pequeña estancia en el ala de la servidumbre. Tendría que quedarse allí entre los que eran demasiado pobres para tener sus propias casas, entre los que no eran dignos de confianza. Lord Ralan lo había proclamado así, y Trevalor, el jefe de la Casa de la Servidumbre, había estado de acuerdo.

Dalamar dio la espalda al brillante haz de sol para mirar en dirección a la cama. La habitación contaba con escaso mobiliario, sólo la cama, una mesa pequeña sobre la que descansaba una gruesa vela blanca, y una cómoda junto a la ventana. No tenía silla donde sentarse ni tampoco una para ofrecer a una visita.

Sacó sus ropas del fardo de la cama. No vestía las prendas de color pardo de un criado sino la túnica blanca de un mago, lo que no era corriente, pues entre los silvanestis, que estructuraban sus vidas de acuerdo con un rígido sistema de castas, nadie se encontraba en una posición más inferior que un criado, y nadie era considerado menos digno de aprender el Supremo Arte de la Hechicería. El talento de Dalamar era grande, no obstante, y cuando la Casa de Mística se enteró de ello, sus miembros hicieron lo que debían por temor a que, sin guía, abandonara los límites de la magia blanca de Solinari por la magia aberrante, o peor aún, por la roja de Lunitari

o la negra de Nuitari. Lo convirtieron en mago, lo dedicaron al dios Solinari y le enseñaron de mala gana; por aquellas enseñanzas, el elfo se sintió contento pero jamás agradecido.

Hacía ya casi dos años que llevaba la túnica blanca, pero, antes que nada, Dalamar seguía siendo un sirviente, cuyo talento y habilidades se hallaban a disposición de otros. Así había sido hoy, sus horas reclamadas y contadas. Mientras trabajaba, Dalamar sentía como si tiraran de él, la atención apenas depositada en su tarea, su espíritu ansiando ir en dirección norte a un lugar que ningún senescal ni lord elfo conocía. En una cueva situada más allá del río se encontraba el escondite de sus estudios secretos, y allí guardaba tomos arcanos llenos de magia prohibida a todos los elfos. Había descubierto los libros por casualidad, ocultos en la zona más recóndita de la pequeña cueva, un tesoro abandonado por algún osado mago oscuro que había penetrado clandestinamente en el reino elfo donde nadie así sería jamás bien recibido. Llegó y se fue, dejando allí sus libros, que habían permanecido en aquel lugar durante muchos años. Cada uno mostraba una dedicatoria que, en un primer momento, había llenado de temor el corazón del joven. «*Al Hijo Oscuro, de un hijo oscuro, por la noche quedamos unidos*». De este modo se había consagrado un mago misterioso al hijo de la Reina de los Dragones, a Nuitari, cuyos aposentos de obsidiana se encontraban en las mansiones celestiales justo debajo de la oculta luna, la luna negra. Sin embargo, el temor de Dalamar no había tardado en mitigarse, y durante los meses del verano anterior, había aprendido más sobre magia, hechizos, conjuros y filosofía arcana de lo que le habían permitido aprender en la Casa de Mística. La pequeña cueva septentrional era su refugio, y sus viajes secretos allí, tiempo robado a su señor, eran el motivo de la cólera de Eflid y, en el fondo, la razón de la nueva posición de Dalamar entre los sirvientes de lord Ralan, quien lo obligaba a vivir allí y lo consideraba poco fiable.

Dalamar arrojó una túnica de recambio de sencilla lana blanca y dos pares de calzas sobre la cama. Guardó un par de botas en el rincón, unas de suave piel oscura que había comprado hacía poco y todavía no había usado. Un cinturón de lana tejida, del color del cielo cuando el último rastro de luz casi ha desaparecido, y el pequeño cuchillo de mango de hueso que se permitía tener a un mago para usos ceremoniales eran las únicas pertenencias que se había llevado de su casa.

Al otro lado de la ventana, la mañana empezaba a calentarse, y el aire flotaba pesadamente sobre la ciudad como lo hace cuando se acerca tormenta. Aunque no soplaba la mínima brisa, el elfo percibió el olor de las hierbas del huerto de la cocina, los aromas entremezclados de menta y albahaca, de marrubio, salvia y tomillo. Antes de que lo pescaran lejos de su trabajo, había sido asignado a ayudar al anciano procedente de la Casa de Jardinería que se ocupaba de los arriates de hierbas de Ralan, pero ahora estaba asignado a la ardiente cocina y a la cocinera bizca, cuyo

mayor placer era perseguir a los pinches y atormentar a las jovencitas que se refugiaban en los rincones para flirtear con los ayudantes de los panaderos. La pérdida de su intimidad, esas tareas serviles, ese precio pagado por un día de asueto era excesivo desde luego. No obstante, aunque no le gustaba el precio, no lo lamentaba. Había elegido su camino esa mañana, con los ojos muy abierto y sabiendo cuánto podría costarle.

Dalamar meditó opciones mientras abandonaba la habitación y recorría el largo y ventilado pasillo. Nadie pensaría que poseía alguna, pues era un criado cuya vida discurría por un sendero decretado por una antigua costumbre. Sin embargo, ese año, durante el verano, el elfo había hecho una elección, una que nadie imaginaba que fuera a considerar; tenía que aprender más magia que las migajas que le concedía la Casa de Mística.

La luz del sol salpicaba el pasillo desde puertas abiertas y amplios ventanales, y las sombras cubrían el suelo de baldosas en los puntos a los que no llegaba la luz solar. El elfo avanzó entre luces y sombras. ¿Hasta dónde llegaría por el Supremo Arte de la Hechicería que le negaba la Casa de Mística? ¿Hasta el mismo Hijo Oscuro? En el exterior, bajo la luz solar, y en el espesor del aire, Dalamar miró en dirección norte, no al pequeño lugar dónde se guardaban sus secretos, sino más allá, al territorio situado al otro lado del bosque donde se cernían los ejércitos de Takhisis. Aquella Reina de los Dragones era la madre del dios Nuitari, y el padre era el dios de la venganza, Sargonnas en persona. Su hijo era una criatura llena de magia y secretos, y a Dalamar no se le ocurría un dios mejor al que dedicar su propio corazón secreto.

¡Blasfemia! Era una blasfemia en el reino silvanesti pensar en algo así.

Dalamar se estremeció, y un agudo entusiasmo le recorrió la espalda. Podía elegir si quería elegir. Podía hacer suyo, en secreto y en silencio, a un dios prohibido. ¡Tal es el poder que reside en los secretos! Sonriente, atravesó el jardín, un lugar fértil cercado en tres de sus lados por setos de glicina, y en el cuarto por el ala de la casa que habitaban los sirvientes. Aunque lo esperaban en la cocina, se tomó su tiempo para disfrutar del perfume embriagador de las rosas cubiertas de rocío y del fuerte aroma de la rizada menta bajo sus pies. El agua borboteaba en una fuente, un cuenco de mármol que sostenía la mano de una estatua de Quenesti-Pah, la diosa que ofrecía consuelo. Un pinzón dorado se instaló en el borde de la pila, con las brillantes plumas cambiando ya al plumaje otoñal.

El elfo no paseaba solo por allí. Un clérigo pasó junto a él en el sendero; un joven alto que le dedicó un saludo con la cabeza, un lord por su aspecto, de cabeza erguida y porte acomodado. La túnica de brocado de seda blanca relucía bajo la luz de la mañana, con las mangas bordadas en hilo de plata, y en su dedo brillaba un anillo, un dragón de plata cuyo ojo era una refulgente amatista. Un clérigo de E'li, sin duda, que se hallaba allí por algo relativo al templo.

Dalamar devolvió el distraído y silencioso saludo del mismo modo, sin ganas de tirarse del copete ni de desear a nadie las bendiciones de E'li. El clérigo dobló en dirección al lado norte del jardín y atravesó una entrada en forma de arco, tras la que se encontraba el jardín privado del lord y su familia. El visitante estaba seguro de ser bien recibido.

El sirviente penetró en la oscura cocina donde se hallaba la cocinera bizca con expresión hosca, muy seguro de cuál sería su recibimiento. Lo saludaron oleadas de calor ondulando en la atmósfera, el calor de la hornada de la noche atrapada aún en la cavernosa estancia de piedra.

—Vaya, ahí está —gruñó la cocinera, una mujer tan delgada que no parecía más que huesos afilados cubiertos por un pedazo de carne bien tensada—. Lord Eflid me prometió que te tendría esta mañana a primera hora, maese mago. ¿Dónde has estado, eh? ¿Corriendo por ahí otra vez...?

Su voz se convirtió en el zumbido de un insecto, nada que mereciera prestar atención, y Dalamar atravesó la cocina sin hacerle caso para entrar en la habitación del horno donde el olor de años de cocción se aferraba a las paredes con tozuda y fermentada persistencia.

Dalamar se arrodilló sobre el suelo ante la primera baldosa rota. Apretó las manos entre sí, percibiendo el hormigueo de la magia mientras reunía las palabras de un hechizo, un reparador de piedra. El olor de la cocina se desvaneció, y el elfo se sumió en un estado que nadie que no fuera un mago podía conocer, ese estado de tocar el poder procedente de los dioses, de tomarlo y darle forma y usarlo a voluntad. La voz de la cocinera retrocedió, las palabras se disiparon, como bruma que se alza hacia el sol.

—Quién se cree que es, un insignificante mago harapiento del barrio de los Sirvientes... nunca le enseñaron modales ni cómo comportarse con sus superiores... nunca debieron darle la túnica blanca, nunca. Demasiado pagado de sí mismo, eso es lo que...

Las palabras del conjuro invocaron la brillante energía de la magia, esa energía que centelleaba en la sangre de Dalamar, animando su corazón, prestándole un poder que sólo magos y dioses conocen. Eso era todo lo que importaba, la magia y nada más. Por ella, estaba dispuesto a todo.

El Dragón Rojo vagaba por el cielo del mediodía, deslizándose sin ningún esfuerzo de corriente ascendente a corriente descendente. Con las amplias alas extendidas y la larga cola moviéndose como el timón de una nave, Gema Sangrienta surcaba el cielo, el primer dragón de los señores de los dragones en volar sobre el bosque de álamos

temblones de los silvanestis. Miró hacia el suelo por entre el dosel de árboles y divisó los hilos plateados de los ríos y, a lo largo del caudaloso Thon-Thalas, distinguió ciudades, pequeñas y grandes, con sus edificios que daban la impresión de manchas sobre el terreno. Allí, en esas pequeñas ciudades, no construían tanto con piedra, sino con madera. Abrió de par en par las fauces en una mueca burlona.

«Tanta yesca», dijo al jinete montado sobre su lomo, la humana de largas piernas que lo escuchaba no con los oídos sino con la mente.

«No», dijo Phair Caron, y su voz se deslizó al interior de la mente de Gema Sangrienta como un hilillo de negro humo. «¡Nada de yesca! Quemaremos el bosque si es necesario, pero algo tiene que quedar. Hemos de bajarles los humos a esos elfos arrogantes, pero debemos dejar algo que pueda ocupar el ejército y un populacho amedrentado dispuesto a trabajar para la Reina de la Oscuridad y apoyar su avance. Los elfos muertos no nos sirven de nada».

Gema Sangrienta profirió un bufido, y una pequeña bola de fuego estalló en el cielo.

«Los elfos muertos no ofrecen resistencia, y podemos llenar ese bosque de álamos, o lo que los míos y yo dejemos de él, con esclavos que hagan cualquier tarea que sea necesaria».

Phair alargó la mano para palmear el lomo del Rojo, no fue un gesto que el dragón sintiera, pero sí reconoció y apreció su intención.

«No se trata de esclavos obreros, amigo mío. O más bien no gira todo alrededor de eso. Se trata más bien de cosechar almas, ¿entiendes?».

«Para la Reina de la Oscuridad».

Phair Caron asintió, de nuevo un gesto que la criatura no vio, pero percibió.

Todo lo que hacían, ella y sus dragones, era por la Reina de la Oscuridad, por Takhisis. «Señora de las Tinieblas, vos sois mi luz», se dijo Phair Caron, y ese pensamiento era una plegaria. «En la oscuridad, la vuestra es la luz de las hogueras funestas, de las piras funerarias. En las tinieblas, la vuestra es la mano tendida hacia mí». Suspiró, pensando en la espantosa gloria de su Oscura Majestad. Apenas hacía un simple puñado de siglos desde que Takhisis había vuelto a entrar en el mundo y regresado del Abismo tras la caída de Istar. Su puerta de acceso al mundo eran —y Phair Caron consideró la ironía exquisita— las ruinas del Templo de Istar, donde el demente Príncipe de los Sacerdotes de la ciudad-estado se había proclamado a sí mismo dios y provocado la ira de todas las deidades sobre el mundo que permitía su desvarío. Durante aquellos siglos Takhisis había vagado por todas partes, forjando planes, buscando aliados entre los despiadados para ascenderlos a comandantes de su creciente ejército —Phair Caron sonrió con una amplia mueca lobuna— y despertando dragones para emparejarlos con aquellos comandantes. Ahora Takhisis poseía un ejército de ogros y goblins, de hombres dragón y humanos, conducidos por

sus comandantes, por sus Señores de los Dragones.

«Y despertando dragones», repitió Gema Sangrienta, suspirando como si todavía recordara su largo sueño y el repentino despertar. «Ahora nosotros estamos aquí. Estamos ansiosos por luchar en su causa, Señora del Dragón, y anhelamos saborear sangre elfa».

—Dentro de poco —dijo Phair Caron en voz alta, y sus palabras flotaron en el viento provocado por su vuelo—. Dentro de poco tendréis lo que deseáis. —Lanzó una carcajada, aguda y repentina—. Pero la sangre elfa es una bebida insulsa, amigo mío. Aguada y floja. —Señaló hacia abajo al punto donde el Thon-Thalas se ensanchaba y las luces de Silvanost podían distinguirse a lo lejos—. Estos elfos no quieren saber nada de ningún dios que no sean sus gimoteantes dioses del Bien, Paladine, E'li, como lo llaman ellos, y su panda de sietemesinos. Se arrodillarán todos ante nosotros antes de que las lunas se oscurezcan.

Y sería, Gema Sangrienta lo sabía, como vino dulce en los labios de la Señora de las Tinieblas ver a aquellos elfos silvanestis inclinar la cabeza ante su Señora del Dragón, obligarlos a derruir sus insulsos templos a dioses endeble y a utilizar sus encomiadas habilidades para erigir santuarios a los dioses oscuros. Morgion el del Viento Negro propagaría enfermedades entre sus filas, Hiddukel convertiría todas sus débiles verdades en mentiras, y por fin Takhisis misma, su Oscura Majestad, gobernaría en aquel territorio al que sus seguidores habían tenido prohibida la entrada durante tanto tiempo.

El dragón se elevó aún más y giró al norte en dirección a las fronteras de Silvanesti. Al otro lado, en las estribaciones meridionales de las montañas Khalkist, el grueso del ejército de la Reina de la Oscuridad aguardaba, miles de soldados, humanos, ogros, goblins y —Gema Sangrienta emitió un sonido de repugnancia— y draconianos, la infecta raza de hombres dragones engendrados por una magia diabólica que había corrompido los huevos de los dragones, y dado vida a los guerreros más feroces de Takhisis. Todo el ejército aguardaba impaciente para caer sobre aquel territorio boscoso lleno de riqueza y belleza que durante siglos le había sido negado a todos excepto a los silvanestis. En la cima de los picos de aquellas estribaciones, aguardaba una potente ala de dragones rojos, impacientes por alzar el vuelo y, con sus jinetes, conducir al siniestro ejército a la batalla.

«Será una batalla gloriosa», reflexionó el dragón, y sus pensamientos se correspondieron con los de su jinete.

Phair rió, un sonido que el viento arrancó de su garganta y lanzó al cielo azul profundo.

—¡Lo será, y empaparemos el bosque de sangre elfa!

«¿Pronto?».

La Señora del Dragón no dijo nada, pero Gema Sangrienta la conocía, a fondo

como los dragones conocen a sus jinetes. La mujer había urdido sus planes durante el invierno, y aquellos planes exigían un ejército tan poderoso que los defensores elfos se derrumbarían ante él. Era una guerrera sedienta de sangre, pero también una estratega astuta. No comprometería a su ejército hasta estar segura de que su número aplastaría a los elfos, y más soldados acudían en ese momento desde Goodlund y del otro lado de la bahía de Balifor. Cuando llegaran, estaría lista; pero hasta entonces, actuaría como un gato jugando con un ratón: entreteniéndose con crueles pasatiempos para divertirse. Phair Caron despreciaba a los elfos, y de todos ellos, era a los silvanestis a los que más despreciaba. Si alguien necesitaba una descripción de cómo había nacido aquel odio, Gema Sangrienta conocía la mejor.

Una muchacha casi adulta temblaba en las desoladas calles invernales de Tarsis, aferrando sus harapos sobre los delgados hombros, y con los huesos del rostro demasiado marcados por una carne modelada por el hambre. Cubiertos de reluciente oro, un grupo de silvanestis pasó junto a ella, sosteniendo los dobladillos de sus túnicas en alto para no mancharlas con el agua de la cuneta. Uno se volvió y vio a Phair, la criatura cuyo rostro parecía más una calavera que otra cosa, y con una mano apartó a un lado el dobladillo de su túnica, la seda y el brocado cubiertos de brillantes gemas, mientras con la otra se cubría la boca y la nariz al tiempo que uno de sus compañeros arrojaba una moneda de cobre a la muchacha. La moneda cayó a la cuneta y fue a aterrizar en un charco de porquería.

Phair se abalanzó sobre ella, sin importarle tener que escarbar entre el lodo y cosas peores para encontrarla. ¡Aquí tenía el equivalente a una semana de comida! Suficiente para mantener a su hermana fuera de los burdeles donde la mayoría de las chicas del arroyo iban a ganarse el sustento. Phair había servido allí por necesidad, pero jamás permitiría que su hermana lo hiciera. Jamás. Cuando alzó la mirada, con una palabra de agradecimiento en los labios, no vio más que las espaldas de los elfos y oyó decir a uno:

—Inmunda criatura del arroyo. ¿Por qué hiciste eso, Dalyn? Esa infeliz no es asunto nuestro.

—En absoluto —había asentido su compañero—, pero eso evitará que nos siga.

Pero la criatura del arroyo los había seguido, se dijo Gema Sangrienta mientras se elevaba sobre el País de los Bosques. Siguió a aquellos elfos hasta su misma casa, ¿no es así? Necesitó unos cuantos años, pero lo hizo. Y ahora, convertida en una Señora del Dragón en el ejército de la diosa más odiada por los elfos, Phair Caron quería ofrecer su especial agradecimiento por cómo la habían tratado, un agradecimiento pospuesto durante demasiado tiempo.

Gema Sangrienta se inclinó y giró, elevándose de nuevo en dirección norte. Cuando avistó las Khalkist y la frontera norte del País de los Bosques donde los

árboles no eran tan tupidos, percibió las corrientes ascendentes de aire caliente. Había tres poblados incendiados, y los vapores acres de terror y muerte flotaban hacia lo alto. Alrededor de las ruinas humeantes, yacían cadáveres, que parecía que hubieran sido clavados allí, y en algunos casos así era: clavados por lanzas y venablos de madera de fresno, lo que les daba el aspecto de insectos sujetos a un tablero de exposición. Un destacamento impaciente del ejército de los dragones se había abierto paso por la llameante barrera hasta la zona pedregosa del otro lado donde se habían alzado aquellos tres pueblos. De todos modos, los draconianos no avanzaban sin encontrar resistencia, pues nada más penetrar como una furia en un cuarto poblado río abajo, los elfos habían salido a su encuentro con arcos y espadas.

Phair Caron volvió a reír, y de nuevo el sonido de su risa fue arrancado de sus labios.

—¡Mira ahí! Defensores. Vaya, eso no está nada bien, ¿verdad?

Claro que no. Con sorprendente rapidez, el Dragón Rojo descendió de las alturas, surgiendo del cielo azul intenso justo encima de la batalla. En el suelo, los elfos alzaron los ojos, y sus rostros se tornaron óvalos pálidos. Uno, un idiota imprudente, alzó su arco y se preparó para disparar. Gema Sangrienta rugió, con un sonido tan potente que el aire se estremeció y la tierra misma tembló. Alaridos, como el fino gañido de los mosquitos, se elevaron del campo de batalla, y el elfo que se consideraba un arquero afortunado se desplomó de rodillas, aterrorizado, y mientras su arco, como un palito de yesca, caía al suelo.

«Yesca», pensó Gema Sangrienta. «Ah...».

Batió con fuerza las poderosas alas, elevándose de nuevo a las alturas, y giró para sobrevolar el pueblo. Nada ardía allí, ni una casa, ni un granero, y desde luego no el espeso bosque de álamos. Esto no estaba bien. En el suelo, una falange de draconianos cargó contra el grupo central de defensores haciendo silbar sus mazas, las horribles voces chirriando como piedras. Desde aquella altura, Gema Sangrienta veía la sangre que brillaba en las puntas de las mazas, aunque no la olía. Menos mal, menos mal. De haber olido la sangre también habría podido oler a los bastardos hombres dragones. Se inclinó y viró, y sobre su lomo, Phair Caron profirió un salvaje grito de guerra.

Entre rugidos, Gema Sangrienta descendió hasta casi rozar los álamos al tiempo que los draconianos empujaban a los elfos a las sombras del bosque. A su espalda, una casa se incendió, el fuego prendido por una llameante antorcha empuñada por un draconiano. En el interior, una mujer chilló y un niño lloró, los gritos de ambos amortiguados por el rugiente silbido del fuego al prender en el tejado. El olor dulzón de la carne quemada se elevó con la negra humareda.

—¡Una bonita hoguera! —chilló la Señora del Dragón—. ¡Pero podemos mejorarla!

El reptil llenó los pulmones de aire y, como si fueran fuelles, empujó el aire por la zona de su garganta donde habitaba el fuego de dragón. Estandarte mismo de la muerte, las llamas brotaron por entre las fauces de afilados colmillos. El fuego cayó sobre las copas de los álamos, y el wyrm dejó éstos atrás para ir a incendiar los árboles situados más allá y a ambos lados, mientras voces elfas aullaban aterrorizadas. Hombres, mujeres y niños fueron conducidos a una trampa mortal, cercados por tres lados por el fuego y en el cuarto por criaturas de pesadilla, draconianos alados cuyo ojos de reptil desprendían gelidez, y cuyas poderosas colas podían romper los huesos del adversario de un solo golpe. Era la más ruin de las tribus de hombres dragones, draconianos baaz, y no había nada que les gustara más que matar. Algunos, según se decía, se daban banquetes con sus presas.

—Ahora llévanos de vuelta —gritó la Señora del Dragón—. Esto ha sido divertido, pero tengo trabajo que hacer antes de que acabe la noche.

De mala gana, el dragón giró hacia el norte en dirección a las Khalkist y el campamento del ejército. Detrás de ellos y en el suelo, los draconianos finalizaron su tarea, quemando todas las casas del pueblo y matando a todo hombre, mujer y niño que encontraron. Uno o dos escaparon. Phair Caron lo vio desde lo alto, pero no lo lamentó. Que huyeran. Que corrieran río abajo hasta las otras ciudades, gimoteando su cantilena de terror hasta que ésta llegara a los oídos del rey elfo, el Orador Lorac. ¡Que supiera que ella iba hacia allí!

En los días soleados, Dalamar trabajaba dentro en la humeante cocina de su señor, en las mohosas bodegas de vino donde lo enviaban a cazar ratas o en los desvanes bajo los altos aleros, donde Eflid se daba el gusto de asignarle la tarea de clasificar prendas viejas durante las sofocantes horas de las tardes calurosas. Cuando llovía, Eflid se aseguraba de que Dalamar trabajara en el exterior, a menudo en los jardines para afianzar plantas esbeltas contra los efectos de los aguaceros, y a veces, después de la lluvia, lo obligaba a avanzar pesadamente por entre el barro para reparar los daños ocasionados.

—No es justo —murmuró la joven que servía el desayuno al lord—. Te trata peor que a ninguno de nosotros, Dalamar. ¿Cómo lo soportas?

—Es nuestra forma de ser —respondió él. Estaban en el portal de acceso al huerto, contemplando el día brumoso y encapotado, y el elfo recogió una pajita del suelo, una brizna caída de un cajón de vino—. Es una antigua pauta. Eflid quiere algo de mí, y yo quiero asegurarme de que no lo consiga.

La joven, de nombre Leida, cuya madre había servido en la mansión de Ralan toda su vida, y cuyo padre todavía servía allí, lo miró con sus luminosos ojos verdes. En una ocasión había creído estar enamorada de un Montaraz, un joven al que vio pasear a grandes zancadas por la ciudad, y que resultaba muy atractivo con sus botas de cuero y una camisa verde. No importaba que sus caminos no fueran a cruzarse jamás; ni tampoco que un hijo de la Protectoría jamás le hubiera dirigido la mirada excepto para decirle que volviera a llenarle la jarra de cerveza. Cuando la guerra se llevó al seductor soldado hacia el norte, Leida había llorado durante toda una hora, y luego volvió su atención a lo que tenía más cerca y al mago de ojos oscuros que de repente parecía más apuesto que el Montaraz sólo por hallarse mucho más próximo.

—¿Qué es, pues? —preguntó a Dalamar—. ¿Qué quiere Eflid?

—Un sirviente humilde y sumiso —respondió él, al tiempo que hacía un nudo en la paja usando sólo los ágiles dedos de su mano derecha.

—Se pasará toda la vida intentando conseguir que te conviertas en eso, y morirá sin haberlo conseguido. —Leida lanzó una carcajada y sus verdes ojos centellearon.

—Es su vida —repuso Dalamar, encogiéndose de hombros—. Y así es cómo la desperdicia.

—¿Y tú? ¿A ti no te importa?

La contempló durante un buen rato y, cuando respondió, habló con total frialdad.

—Me importa.

La muchacha se estremeció, porque algo en sus ojos le hizo pensar en un lobo al acecho tras la luz de un fuego de campamento.

Por la mañana, la lluvia había caído como una cortina de agua. Ahora, al mediodía, el cielo se mostraba apacible, aunque las nubes flotaban plumizas, amenazando tormenta, y el jardín estaba inundado de neblina y de la fragancia de la menta, el tomillo y la camomila. El agua embarrada y oscura corría como riachuelos entre los arriates, cincelando nuevas formas. Los cabellos rubios de Leida adoraban la bruma y formaban diminutos rizos alrededor de sus mejillas; la joven lo llevaba corto, a pesar de que las elfas casi nunca lo hacían, porque le gustaba sentir el aire cosquilleando en su cuello.

Un hermoso cuello, se dijo Dalamar. Un brillo de neblina, o tal vez sudor, confería un centelleo a la piel del esbelto cuello. Alzó un dedo para atrapar la gotita, y con los ojos fijos en ella, sintiendo cómo la mujer avanzaba hacia él aunque en realidad no se movió en absoluto, la paladeó. Lluvia. Un relámpago parpadeó irregular, iluminando el jardín, y los ojos de Leida se abrieron de par en par. La muchacha alzó la cabeza de un modo que le permitió alardear de sus deliciosas orejas, que suavemente afiladas, eran como los pétalos de una hermosa flor, blancas y elegantes. Sus labios se movieron en una repentina sonrisa, y echó una ojeada por encima del hombro a la silenciosa y cavernosa cocina. Los pinches habían finalizado su tarea de fregar las sartenes y los platos del desayuno; la cocinera había ido a la despensa situada detrás para calcular lo que se necesitaría para preparar la cena. Los panaderos, que trabajaban por la noche, estaban bien dormidos en sus aposentos.

Leida clavó la mirada en los ojos del mago. Ojos peligrosos a veces, ojos extraños en el mejor de los casos, que jamás había contemplado sin sentir una aceleración en su respiración y el excitado vuelco de su corazón. *Arriesgado*, advirtió el leve escalofrío que le recorrió la espalda.

—Dalamar, conozco un sitio tranquilo...

Un sitio íntimo en el desván, en la pequeña habitación donde se guardaba la ropa blanca. En su propio dormitorio diminuto, tal vez. O en el de él. Dalamar se inclinó más para paladear la lluvia de su cuello. Eflid prohibía toda unión entre los sirvientes de la mansión de lord Ralan; no quería que se forjaran alianzas, ni se crearan distracciones. «Nos quitaría la mente y el corazón a todos nosotros si pudiera —pensó Dalamar— y tendría un ejército de autómatas».

Con los labios todavía en la suave piel del cuello de Leida, Dalamar sonrió. Ella lo percibió y se dejó caer en sus brazos al tiempo que alzaba el rostro para recibir su beso.

Su beso no fue como fuego, como ella había imaginado a menudo: fue como un relámpago inesperado. Su sangre se aceleró y su pulso tamborileó con fuerza.

—Ven a mi habitación —dijo, las palabras percibidas por los labios de él más que oídas, y le tomó las manos, empezando a andar sin soltarlas, tirando de él, riendo—. Ven conmigo...

En el exterior, la lluvia de la mañana seguía goteando de los aleros, gorgoteando en los canalones y por los canales que abría por sí misma junto a los senderos de piedra. Leida volvió a reír, refulgente en aquel día gris.

La sombra cayó sobre ella como una fina capa siniestra, y la mano de Eflid se cerró con fuerza sobre su hombro, al tiempo que su voz siseaba como una serpiente en su oído:

—Ir adonde, ¿eh? Mujerzue...

La joven chilló de miedo, tal vez de dolor. Veloz, Dalamar sujetó la muñeca del senescal y, antes de pensar si hacerlo o no, arrancó la mano de Eflid con una violenta torsión. Un odio parecido a veneno llameó en los ojos del otro. Tiró hacia atrás, intentando liberarse, pero fracasó. El color desapareció de sus mejillas, y la rabia y el temor lucharon en su interior.

—Suéltame —gruñó, pero Dalamar no lo hizo—. Muchacho, hablo en serio. — Su voz tembló, aunque sólo un poco, y únicamente él y Dalamar se dieron cuenta—. Es mejor que me sueltes...

Fuera, centellearon los relámpagos, el trueno tronó y de repente rugió. En el jardín algo blanco se movió por entre la bruma, como un fantasma sobre los senderos inundados por la lluvia. Leida lanzó una exclamación ahogada, y se deslizó detrás de Dalamar a la oscura seguridad de la cocina. Sus pisadas resonaron en la penumbra, veloces mientras pasaba corriendo junto al enorme hogar, las largas mesas y los estantes de las ollas y sartenes. Mientras marchaba no miró atrás, y nadie la siguió con la mirada.

Iluminada por un segundo relámpago, la figura espectral del jardín se convirtió en un hombre, un clérigo que corría por delante de la tormenta, con el dobladillo de la blanca túnica bien levantado para mantenerlo lejos del lodo. Entre chapoteos y resbalones, el recién llegado se precipitó a la cocina.

—Tu señor tiene un invitado, *lord* Eflid —dijo Dalamar, aflojando la mano que mantenía cerrada sobre la muñeca del otro, al tiempo que se burlaba de él usando el título que no le pertenecía—. Será mejor que te ocupes de él, ¿no?

—Sí, y también me ocuparé de ti más tarde, muchacho.

—¿Eso crees? —Dalamar hizo una inclinación de cabeza, una reverencia irónica—. Bueno, puedes intentarlo, como siempre haces.

El clérigo entró en la cocina, con la tormenta pegada a sus talones y los truenos dándole caza. El mago se hizo a un lado, sin apenas oír la respuesta del hombre cuando Eflid lo empujó al interior, todo adulación y reverencias, al tiempo que le aseguraba que enseguida le encenderían un fuego y traerían vino.

—Lord Ralan estará encantado de veros, *lord* Tellin. Venid conmigo. Sí, por aquí mismo hasta el estudio.

Dalamar levantó los ojos hacia el cielo, donde los relámpagos se abrían paso por

entre las nubes y la lluvia caía torrencial, luego dio media vuelta y abandonó la cocina. Había replicado a la amenaza de Eflid con otra, y le pareció que podía percibir ya el olor de los muelles y las redes de los pescadores.

«Idiota», se dijo. Introdujo las manos en las mangas de la túnica y apretó los puños que no quería que nadie viera. Nadie vio tampoco la rabia de su rostro mientras atravesaba la cocina, el comedor, y el pasillo que conducía al ala de los criados y a su propia habitación diminuta. Pero si alguien lo hubiera mirado a los ojos, habría percibido la furia. Una furia tan helada como la furia invernal, como una tormenta sobre la bahía de la Montaña de Hielo. ¡Idiota! Arriesgar una colocación bastante cómoda por una muchacha con la que se hubiera divertido una vez, puede que dos, para luego no volver a pensar en ella. Se merecía el destino que se había ganado, el hedor del pescado en los muelles, la interminable reparación de las redes, el constante golpeteo y gemido del río en el exterior de cualquier miserable choza que le dieran como hogar.

La luz de las llamas brillaba sobre la magnífica madera de roble pulimentada, dando la impresión de que el escritorio de lord Ralan estaba tallado en oro. El fuego calentaba la madera de caoba de las sillas hasta darle un rojo intenso, y la luz de la llama iluminaba con tal intensidad el vino que la garrafa de cristal parecía tallada a partir de un enorme rubí. En el exterior, el mundo aparecía gris, bajo una lluvia torrencial que caía de un cielo plomizo. En el interior, dentro del estudio de lord Ralan, las cosas resultaban mucho más agradables.

Lord Tellin Vientorresplandeciente había permanecido de pie un buen rato, solo en el estudio de Ralan, pero la espera no resultó desagradable. Calentado por el fuego, pasó el rato contemplando el alto techo del estudio de su anfitrión y los tapices de las paredes, cada uno de los cuales representaba una escena de la historia silvanesti.

En la más espléndida de aquellas colgaduras aparecía Silvanos, un rey en su reino, colocado en medio de un círculo de torres, cada una de las cuales representaba a una de las Casas de su gente. En aquel tapiz incluso un niño elfo podía leer la historia de su pueblo y enterarse de cómo en la antigüedad Silvanos había reunido a todas las tribus elfas y les había impuesto un orden, una estructura de Casas que había sobrevivido incluso hasta entonces. El jefe de cada casa, el Cabeza de Familia, se convertía en miembro del Consejo de Silvanos, el Synthal-Elish, al que el rey, y todos los reyes que siguieron, pedía asesoramiento cuando lo quería o cuando se veía obligado a soportarlo porque el consejo insistía en ser escuchado.

En primer lugar, el antiguo rey ungió la Casa de Silvanos, que la gente conocía

ahora como Casa Real. Luego proclamó la Casa Presbiterial, a la que pertenecían los sacerdotes, los custodios del templo y los que mantenían los archivos de la nación. Los defensores de Silvanesti eran hombres y mujeres de la Protectoría, y en su sabiduría, Silvanos había reunido junto a él a magos y creado para ellos la Casa de Mística, encargándoles el adiestramiento de magos. Les dijo, y ellos se lo juraron, que la magia de la roja Lunitari, que existía para su propio bien, y la de Nunitari, que existía en la oscuridad, quedarían prohibidas. No se llevaría a cabo en el reino otra magia que no fuera la de Solinari: magia blanca, la magia del Bien. Siempre había sido así, y aquellos brotes de la mística rama que habían intentado crecer en dirección a la neutralidad de la magia de Lunitari o la oscuridad de Nunitari fueron implacablemente podados. Se los condujo al Templo de E'li, donde fueron acusados y juzgados en la temida Ceremonia de la Oscuridad, para a continuación ser arrojados lejos del reino y de los suyos para que sobrevivieran como pudieran entre los extranjeros, humanos y enanos, y minotauros. Los exiliados recibieron el nombre de elfos oscuros, ya que habían abandonado la luz. Estos elfos oscuros no tenían un largo historial de supervivencia, ya que eran pocos los silvanestis que no consideraban la vida entre extranjeros como vida entre dementes en países caóticos y, cuando morían, la mayoría lo hacía por su propia mano.

El gran Silvanos también creó otras castas: la Casa de los Metales para los mineros; la Casa Mediadora, donde se preservaba la tradición y se dictaban leyes; la Casa de Alarifazgo de los albañiles; la Casa de Jardinería, cuyos miembros cultivaban la comida que alimentaba el reino, y la Casa de Arboricultura Estética, cuyas gentes poseían la magia de los espíritus silvestres centelleando con suavidad en su sangre. El monarca creó otra casa más, la Casa de la Servidumbre, pero ésta no resultó como había esperado, ya que en un principio había convocado a los elfos de los ancestrales, aquel extraño clan de cazadores y exploradores que, obstinadamente, parecían prosperar en las regiones remotas lejos de otros miembros de su raza. Silvanos, al no encontrar ningún valor a sus costumbres salvajes, intentó encajarlos en su estructura de castas como sirvientes. El jefe de aquel clan, Kalonos el Pionero, desafió la voluntad del rey y se llevó a su gente de los bosques de Silvanesti. No estaba dispuesto a condenarlos a servir en las mansiones de otros cuando podía conducirlos a un lugar donde vivir libres como cazadores y practicantes de su propia y peculiar clase de magia aberrante. Y de este modo, Silvanos, que no podía obligar a aquéllos que deseaban marchar, sin importar lo extravagante que tal elección le pareciera, creó la Casa de la Servidumbre con todos aquéllos que no tenían casa, aquellos cuyas tareas y habilidades humildes no encajaban en ninguna otra parte.

Todo niño elfo conocía esto, y el clérigo lo había sabido desde la cuna, ya que la suya era un familia de custodios de archivos y la historia corría por sus venas pareja a la sangre.

—Que tengáis un buen día, lord Tellin, bueno si os gusta la lluvia. —Lord Ralan penetró en el estudio, sofocado, un poco molesto o, tal vez, se dijo su visita, algo impaciente—. Perdonad que os haya hecho esperar. Una cuestión relacionada con un sirviente.

—Por favor, no os disculpéis —murmuró la visita—. He disfrutado con la espera.

—La familia de mi madre lo tuvo durante generaciones. —Ralan señaló con la cabeza el tapiz—. Lo trajo al casarse, y se dice que es una fiel representación de Silvanos, ya que se llevó a cabo sólo unas décadas después de su muerte por alguien que lo había conocido realmente. —Sonrió, con la tranquila expresión satisfecha de quien está seguro de sus verdades.

—Es delicioso. —Repuso Tellin, aunque no pensaba que el tapiz poseyera una historia tan magnífica como Ralan o su familia imaginaban. No obstante, no manifestó tal pensamiento a su anfitrión, sino que murmuró—: Pero me pregunto por qué no vemos la Torre de las Estrellas, sólo las torres que representan las diferentes Casas.

Ralan frunció los labios y el entrecejo, pensativo. La historia no era su asignatura preferida.

—Creo que mi padre dijo en una ocasión que eso se debía a que Silvanos era nuestra torre, nuestra torre de poder, nuestra Torre de las Estrellas. —Se encogió de hombros—. ¿O dijo que el tapiz se realizó en la época anterior a la construcción de la Torre? Ah, bueno, no lo recuerdo. Cualquiera de las dos historias sirve.

Tellin sonrió, reconociendo que cualquiera de ellas lo hacía. Ralan era un buen anfitrión, un buen amigo del Templo de E'li, generoso en exceso y, para ser sinceros, devoto del Gran Dragón, y bendecido con una ingenua fe que jamás se tambaleaba. «Somos los más queridos por los dioses del Bien, los primogénitos, el pueblo que jamás abandonó la fe», decía a menudo. Ralan, como muchos elfos, se enorgullecía de su fe y hallaba consuelo en la creencia de que los dioses del Bien debían amar más a los elfos que a todas las otras razas. ¿Cómo podía ser de otro modo? Tras el Cataclismo, los extranjeros fueron a buscar dioses que reemplazaran a aquéllos que creían habían abandonado el mundo, honrando a mortales, orando a quién sabe qué, pero los elfos jamás habían perdido la fe.

Ralan llenó unas copas con la garrafa de cristal, una para él y otra para su invitado. Tellin aceptó el vino y, cuando vio a su anfitrión lleno de buen humor, hizo acopio de valentía. En el bolsillo de su túnica descansaba un pequeño regalo, un pergamino de oraciones. En algún lugar de esa casa se hallaba lady Lynntha, la hermana del noble. Quizá se encontraba mirando por una ventana, con la melena plateada del mismo color que la lluvia que caía, los ojos grises como el cielo de tormenta. Tal vez en ese mismo instante alzaba una hermosa mano para trazar un dibujo cualquiera sobre el cristal de la ventana, en el vaho que su aliento había

depositado allí. Se conocían desde niños cuando Lynntha iba al Templo de E'li a rendir culto y Tellin era un chiquillo que se preguntaba hasta qué punto su destino estaría ligado a aquel mismo templo. Al entrar en la adolescencia, ya no se habían movido en los mismos círculos. ¿Cómo podrían haberlo hecho? Tellin vivía inmerso en sus libros, y ella era la hija de una Casa cuyos estrictos principios prohibían la mezcla de sangre de la Casa de Arboricultura Estética con la de cualquier otra Casa, incluida la Casa Real. Se trataba de un linaje mágico, uno que transmitía a través de las generaciones aptitudes para sanar la tierra y moldear los árboles que ningún otro elfo compartía.

Y, sin embargo..., sin embargo, él no había olvidado a Lynntha, sus ojos color humo, sus cabellos plateados. No había olvidado la suavidad de la curva de sus mejillas ni el sonido de su voz. La joven vivía todavía en el hogar familiar, una finca fuera de la ciudad, y aunque sus padres llevaban cinco años muertos, ella seguía sin casarse. El asunto, claro está, se hallaba en manos de su hermano ahora, y Tellin no había oído ningún rumor de que existiera algún matrimonio en perspectiva. ¿Qué esperanza tenía? Tal vez sacar a relucir la vieja fórmula, las curiosas y encantadoras frases de tiempos pasados, y decir a Ralan: «Desearía poder tomar a vuestra hermana en matrimonio, milord, y confío en que me concederéis vuestro beneplácito y bendición para seguir cortejándola». ¿Imaginaba tal vez en sus fantasías más desbordadas que el noble consideraría de improviso las tradiciones de su Casa como una nadería, o que la misma Lynntha lo haría? Sí, esperaba que todo eso sucediera, y era un estúpido al hacerlo, pero no sabía qué otra cosa hacer.

En el exterior la tormenta había redoblado sus esfuerzos, y la lluvia caía en forma de diminutas saetas plateadas. Un criado pasó junto a la ventana, con la cabeza gacha, los cabellos oscuros pegados al pálido rostro. Se parecía al tipo que Tellin había visto en la cocina con el senescal de Ralan, y no parecía muy feliz.

—Muy bien —dijo Ralan, sonriente—. Ahora decidme qué queréis de mí, amigo Tellin.

No eran viejos amigos, el señor de esa Casa y Tellin Vientorresplandeciente, pero sí se conocían desde hacía mucho tiempo y habían desarrollado, a través de los años, una afable relación, que no era muy intensa pero que se basaba en cierto entendimiento. Al aristócrata le gustaba bruñir su orgullo con actos de buena voluntad, y al clérigo le encantaba aceptarlos en nombre del Templo de E'li.

—No son donaciones para el templo —repuso Tellin, y se aclaró la garganta que había quedado repentinamente reseca. Cuando esto no funcionó, decidió tomar otro sorbo de vino.

—¿Hoy no? Bien, bien. Pero los criados han estado preparando paquetes de ropa para los pobres y están listos para vos desde la última vez que las lunas estuvieron llenas. ¿Qué voy a hacer con todo eso?

—Bueno. —Su visitante se removió incómodo y luego siguió—: Desde luego que tomaré con mucho gusto lo que tengáis que ofrecer, Ralan, pero...

—Pero ¿no es eso lo que habéis venido a pedirme? —El lord enarcó una ceja.

Tellin sacó el pequeño pergamino de su bolsillo, y la luz de la chimenea de Ralan centelleó sobre los plateados botones del huso.

—Esto... he hecho esto... quiero decir, he traído esto, un regalo...

—¿Un regalo para mí? —El noble alargó la mano, luego la dejó caer al ver la expresión de repentino desconcierto en el rostro de su invitado—. Ah, no es para mí. ¿Para quién es, pues?

—Bueno, es para vuestra hermana. —El clérigo aspiró con fuerza y siguió adelante—. Recordé que a lady Lynntha le gustaba el *Himno de la aurora a E'li*. Lo cantaba cuando era niña, y su voz se elevaba por encima de todas las otras durante la ceremonia matinal. Y pensé que, bueno, había oído que está aquí de visita. Pensé...

—Pensasteis en regalarle esto a ella. —La expresión de su anfitrión se fue tornando cada vez más fría, pero volvió a alargar la mano, y Tellin le entregó el pergamino—. ¿Esto lo habéis hecho vos? —Hizo girar el huso de modo que la luz de las llamas iluminaran la plata, luego abrió el rollo y dejó resbalar los primeros centímetros de pergamino para mostrar el texto de la oración elaborada con mano fluida, las mayúsculas de cada estrofa iluminadas con tinta verde. Se había esparcido con sumo cuidado polvo de diamante sobre aquellas grandes letras antes de que la tinta secara, y los pedacitos de diamante habían hecho sangrar los dedos de Tellin mientras trabajaba. Ralan alzó la mirada, los ojos inmóviles y tranquilos. Su visitante no encontró ninguna señal de desagrado en ellos, pero tampoco de buena acogida—. Así que esto es lo que hacéis en el Templo cuando no pedís limosna, ¿eh?

—Bueno, esto es lo que hago en ocasiones. La mayor parte del tiempo no hago otra cosa que mantener al día los archivos.

Ralan colocó con cuidado el pergamino a un lado, sobre la mesa situada junto a su sillón.

—Diré a Lynntha que es un regalo de un viejo amigo. —Recalcó las dos palabras con sumo cuidado. *Viejo amigo*, indicaba su tono, y *no* un potencial pretendiente. Los miembros de la Casa de la Arboricultura Estética no se casaban fuera de sus propios clanes; llevaban la magia de los espíritus silvestres en su sangre y no estaban dispuestos a diluirla, sin importar qué corazón estuviera en juego—. Se alegrará de tenerlo y de saber que la recordáis.

—Os lo agradezco —repuso su visitante—. Gracias.

Ralan respiró a fondo para hablar, luego se detuvo y frunció el entrecejo.

—Tellin, necesito un favor.

—Desde luego —asintió él—. Me encantará poder ayudar. Decidme cómo.

—Hay un sirviente que mi senescal últimamente ha... hum, estado mencionando.

El muchacho no está trabajando, y había pensado en devolverlo a Trevalor, pero eso implicaría una carta explicando el problema, o peor, una visita del mismo Trevalor para hacer zalemas y pedir disculpas.

Sonrió forzosamente, y Tellin le devolvió la sonrisa. Pocos de los que se veían obligados a tratar con el Cabeza de la Casa de la Servidumbre encontraban sus transacciones agradables. Trevalor se cubría de obsequiosidad del mismo modo que las mujeres de edad se engalanan con joyas. En el caso de las augustas damas, el brillo oculta la gloria que empieza a desvanecerse. En el caso de Trevalor, la excesiva exhibición de humildad ocultaba algo más, una sensación de derecho ofendido. Era, como Cabeza de Familia, un miembro del Synthal-Elish del Orador Lorac, y como miembro de más categoría de la casta más insignificante en la sociedad elfa no se le otorgaba demasiada consideración. «Ese hombre es condenadamente desagradable», había comentado el padre de Tellin en una ocasión, y éste jamás se había tropezado con Trevalor y marchado sin sentir lo mismo.

—En cualquier caso —suspiró Ralan—. No estoy muy seguro de cuál es el problema con este criado... ni tampoco me interesa mucho, en realidad. Se me ocurre que podríais ahorrarme el tormento de tener que escuchar toda la historia de labios de Eflid, y luego tener que oír toda la alharaca de Trevalor al respecto. El muchacho es un mago, y pensamos que sería útil tener uno por aquí. Imagino que no ha sido así, pero a lo mejor os servirá de algo a vos. Quitádmelo de encima, Tellin, ¿lo haréis?

El clérigo volvió a mirar por la ventana, hacia la lluvia que caía con tuerza y la mancha borrosa gris verdoso que era el jardín. Recordó al criado que había pasado por allí momentos antes, cabellos oscuros, rostro pálido, los ojos encendidos por alguna emoción. «Ése es —pensó—, es de ese del que se quieren librar».

—¿Cómo se llama, Ralan?

—No lo sé. —El lord se encogió de hombros—. Dalamar... algo. ¿Os lo quedaréis, entonces?

¿Y, por qué no? Tellin asintió.

—No soy la persona que adquiere criados para el Templo, pero, sí, enviadlo con las ropas y la ropa de cama, y yo me ocuparé del asunto con el cabeza del Templo... y con Trevalor.

—Ah, estupendo, pues.

Ralan paseó la mirada por el brillante fuego, por los tapices colgados en las paredes de mármol, y percibió la exactitud de lo que siempre había creído. Los elfos eran los más queridos por los dioses, y él era, entre los más queridos, un hombre afortunado. Ahora, parecía incluso que su casa empezaba a estar mejor organizada. Después de ese día, habría una queja menos por parte de Eflid con respecto a la servidumbre.

—¿Veis qué bien ha resultado el día? Ahora todos nos sentimos felices.

O algunos de nosotros. Se dijo Tellin, con los ojos fijos en el pergamino que su anfitrión había dejado a un lado y ya parecía no recordar. Se preguntó si Lynntha lo recibiría, y luego hizo a un lado la cuestión considerándola indigna. Desde luego que lo recibiría. Estaba casi seguro de ello.

La primera noche de la Cosecha de Otoño cuando las lunas roja y plateada acababan de alzarse nuevamente sobre el bosque, una criatura miraba al cielo desde el jardín de la casita de su familia en el barrio de la Academia. Era una niña pequeña que acababa de bajarse de los hombros de su padre, una vez terminado el paseo por el jardín. En el aire flotaba el fuerte aroma del otoño, el picante perfume del final del año. La niña suspiró, porque aquellos olores siempre la entristecían de un modo agradable. Miró a lo alto para ver si la posición de las estrellas había variado, preguntándose si el Arpa de Astarin se había elevado por el firmamento temprano, como hacía en otoño. El Dragón Plateado de E'li acostumbraba surcar el cielo, frente al Dragón de Cinco Cabezas de Takhisis, pero aquellas constelaciones habían desaparecido, si bien nadie había visto caer las estrellas del cielo.

—Es por ese motivo que los extranjeros creen que los dioses están regresando al mundo —había dicho su padre—. Porque la Reina de la Oscuridad es la soberana de los Dragones del Mal, y volvemos a verlos por el mundo. E'li es el patrón de los Dragones del Bien, y aquéllos que brillan como latón, bronce, cobre y oro, incluso plata, le pertenecen a E'li.

—Pero ¿dónde están los dragones buenos? —había preguntado la niña, pues sólo había oído historias sobre dragones malignos durante su corta vida, sobre los que servían a Takhisis, los que eran rojos, negros, blancos y azules.

Su padre no supo qué contestarle, porque no lo sabía. La gente se preguntaba a menudo dónde estaban los Dragones del Bien, y nunca hallaba la respuesta. Con E'li, decían algunos. Pero aquello traía consigo otra pregunta: si los dragones de Takhisis traían la guerra al mundo, ¿dónde estaba el dios para oponerse al Mal?

La niña no pensó durante mucho tiempo en tan complicados temas. En cualquier caso, el Arpa no había ascendido aún, pero había algo más interesante en el cielo. Una figura alargada cruzó el rostro de la plateada luna, una sombra alada y sinuosa.

—¡Mira! —chilló—. ¡Padre, mira! ¿Qué es? ¡Oh! ¡Oh! ¿Ha venido E'li?

La criatura giró, describiendo un amplio arco sobre la ciudad. La niña lanzó una exclamación de asombro, pero su padre profirió un grito de temor al reconocer a la criatura como un Dragón Rojo sangre que se recortaba oscuro sobre la plateada luna, con las alas desplegadas y ríos de fuego surgiendo de las fauces de afilados colmillos.

—¡En nombre de E'li...! —gritó el padre.

La invocación murió en sus labios mientras el dragón descendía. La luz de la luna brilló en el arnés de combate del jinete y el wyrm. La luz de la roja Lunitari centelleó desde un único punto, la punta de una lanza. La sangre se le heló al elfo que miraba fijamente al cielo. La mano de su hija se aferró a la suya, pero él no la sintió.

Por toda la ciudad, las campanas empezaron a sonar, un tañido lúgubre procedente de los muelles y templos, un alarmado tronar desde los barrios del Mercado y los Gremios. En los mapas de todas las mansiones, de cada una de las torres, en la mente de cualquiera que hubiera dibujado uno, parecía como si la distancia entre las Khalkist y Silvanost se hubiera encogido de improviso, y las oraciones de los más amados de los dioses mostraban ahora notas de desesperación.

—¿Qué conjuros conoces, Dalamar Argénteo?

Al ver que el otro no respondía al instante, el clérigo Tellin Vientorresplandeciente alzó la mirada del papel donde escribía y sonrió alentador. Una sonrisa amistosa, decidió el mago, como la de un lord que se complace en ofrecer a un sirviente cuando se siente generoso.

—Conozco todos los conjuros que se me ha permitido, milord —respondió Dalamar, mintiendo tranquilamente y guardando todo pensamiento sobre sus estudios furtivos y sus ocultos libros de hechizos lejos de su mente.

El mago había visto, esa misma mañana durante su visita inicial a los recintos interiores del Templo, un helado corredor, una puerta cerrada con llave a cuyo alrededor sólo flotaban murmullos. Allí dentro, tras portales sellados, se hallaba el lugar donde los clérigos preparaban el temido Círculo de Oscuridad, la ceremonia mediante la cual se expulsaba a un elfo lejos de los suyos y se lo enviaba al exilio. Los asesinos también la sufrían, al igual que los traidores y los que eran sorprendidos adorando a otros dioses distintos a los dioses del Bien o los magos descubiertos practicando magia oscura o neutral. El frío que se deslizaba al exterior por debajo de aquella puerta era como el frío helado del propio invierno. Incluso en pleno verano un hombre que pasara por allí sentiría escalofríos. ¿Temía Dalamar que el clérigo adivinara o viera algún indicio revelador de su culpa y encontrara motivos para condenarlo? No. Mantenía aquellos pensamientos ocultos merced a una vieja costumbre, un hábito que no se atrevía a romper.

—Algunos de los conjuros que he aprendido, mi señor, me permiten tratar con animales, hacer amistad con ellos o defenderme de ellos. Tengo hechizos para encantar apropiados a mis enseñanzas y algunas habilidades adivinatorias y habilidades con elementos. Soy experto en conjuros de protección y los que tienen relación con el tiempo, y he realizado un estudio especial de hierbas relacionadas con la magia. Si preguntáis en la Casa de Mística, os dirán que soy un mago de poca importancia. —Ahora sí sonrió, con una fina crispación de los labios—. Pero incluso ellos os informarán que poseo ciertas habilidades y talento.

La luz del sol penetraba a raudales por los ventanales del escritorio del Templo,

enormes haces de luz dorada, que relucían sobre la larga y vigorosa figura de un dragón, con las alas extendidas y las fauces abiertas de par en par. Colmillos de marfil, garras de oro y escamas de platino batido componían la imagen de E'li, El Gran Dragón en persona. En algún lugar de las profundidades del Templo se entonaban cánticos en aquellos momentos, con voces profundas y sonoras, su ritmo ondulándose arriba y abajo.

¡Del poder de la Reina de los Dragones, protegédnos, oh E'li!

¡De sus garras y cólera, de su furia, defendédnos!

¡Del dominio de la Reina de los Dragones, protegédnos, oh E'li!

¡De su fuego y espada, de su terror, defendédnos!

La luz se desparramaba sobre el suelo de rojas baldosas, sobre la amplia mesa de mármol donde Tellin trabajaba, iluminando las triviales listas de modo que resultaban tan hermosas como preciosos manuscritos. El clérigo soltó el cálamo, levantó la lista que había estado redactando y la colocó sobre un montón de otras listas.

—He preguntado en la Casa de Mística —anunció—, y me han dado un buen informe de tus habilidades.

—Pero no un informe demasiado bueno, si dejamos eso aparte —repuso Dalamar.

—En la Casa de Mística no tienen nada malo que decir de ti —indicó el otro, sacudiendo la cabeza—. En tu propia Casa, sin embargo... —Se encogió de hombros—. Bueno, sabes tan bien como yo lo que se dice de ti en estos momentos. En el lapso de un mes, has sido confinado a la mansión de tu señor y luego expulsado de ella.

Se puso en pie y rodeó la larga mesa. El repulgo de la blanca túnica susurró sobre el suelo de piedra, y el clérigo introdujo las manos en el interior de las mangas y dirigió una larga mirada azul al criado.

Una mirada de evaluación, se dijo Dalamar, una mirada estimativa. Bien, puedes mirar todo el tiempo que quieras mi buen lord Tellin, pero sólo verás lo que yo te permita ver. Endureció sus ojos y tornó gélida la sonrisa, desafiando al clérigo a ver más allá.

—Debe de ser duro —dijo por fin éste, en voz baja y pensativa—, debe de resultar doloroso sentir tanto talento como el que tienes corriendo por tu interior y que no te sea permitido usarlo de un modo más creativo de lo que has hecho hasta ahora.

Dalamar permaneció en silencio, sobresaltado. Sin pensar, encorvó ligeramente los hombros, como para repeler una intrusión, pero cuando Tellin sonrió, con la expresión de quien está satisfecho por haber dado en el blanco, se vio obligado a relajar sus músculos. Tendría que tener cuidado con ese clérigo.

—Sí, imagino que es duro —siguió Tellin—. Pero espero que te satisfará poder ejercitar tus habilidades con mayor libertad aquí, Dalamar. Y veré si puedo convencer a la Casa Presbiterial para que te enseñen más cosas.

El mago se quedó sin respiración por la sorpresa, aunque no permitió que el otro se diera cuenta.

—¿Más, milord? Más magia... ¿por qué?

—Porque necesito que sepas más —replicó él con un encogimiento de hombros—. Mira —siguió, mientras regresaba a la mesa de trabajo.

Apartó a un lado un montón de hojas de pergamino en blanco y sacó otra hoja más vieja de debajo de un montón de documentos. Le dio la vuelta de modo que ambos pudieran leerla del derecho. Era un mapa, pero no mostraba todo Krynn: los territorios occidentales de Solamnia al norte, Abanasinia en el sur, las islas de Ergoth del Norte y del Sur, de Cristyne y Sancris, incluso los territorios situados más allá de la bahía de la Montaña de Hielo estaban ausentes. Al autor de ese mapa sólo le interesaban los bosques de Silvanesti y sus vecinos más próximos, y por ese motivo los bosques de Silvanesti parecían el centro del mundo. Las Praderas de Arena se hallaban al oeste, igual que Thorbardin de los Enanos bajo las montañas Kharolis. La ciudad de Tarsis aparecía en el sur, y las tierras de Estwilde y Nordmaar al norte. Al otro lado de la bahía de Balifor se hallaban Khur, Balifor, Goodlund, y más allá el Mar Sangriento de Istar donde, hacía mucho tiempo, el reino de Istar había gobernado el mundo del comercio y la cultura hasta la llegada del Cataclismo. Ahora no había más que un enorme remolino enfurecido en el lugar donde había estado aquel reino, unas ruinas hundidas bajo las aguas y unas cuantas islas más allá donde habitaban minotauros y acechaban los piratas.

—¿Qué sabes sobre la guerra, Dalamar?

Curioso, el mago dio un paso adelante, y luego otro. Señaló Nordmaar, Goodlund y luego Balifor.

—Aunque todos en la ciudad parecen pensar que habrá una, milord, yo sé que ya *existe* una. Hace bastante tiempo que se está librando, desde que Phair Caron entró en Nordmaar en el verano del año pasado.

—Es una manera curiosa de expresarlo. —Tellin enarcó una ceja, lleno de curiosidad—. Se han estado firmando tratados que han contenido a la Señora del Dragón por el momento. La guerra no ha sido inminente, y desde luego no hemos participado en ella.

—¿Eso creéis? —Dalamar hizo un gesto de indiferencia—. Bueno, mucha gente lo cree. Pero ¿no es chocante pensar que nosotros, entre todo el mundo, seamos invisibles a los ojos de la Señora del Dragón, que su Oscura Señora vaya a abrirse paso por Krynn abrasándolo todo y deje nuestro país intacto? Sí, ya sé que somos los más amados por los dioses. Se oye eso todo el tiempo. Eso no parece importar con

respecto a los tratados que la Casa Mediadora hizo con Phair Caron. Esos tratados ya son cenizas, milord Tellin. Y si los tratados son cenizas, ¿cuánto tiempo pasará antes de que el bosque mismo arda?

Trazó una señal en el aire por encima de Silvanesti en el mapa, indicando con ella El Cercado que durante tanto tiempo había resistido a los intrusos. Musitó una palabra, y la invisible señal se tornó visible en el aire en forma de desigual resplandor anaranjado. ¡Fuego!

Dalamar dirigió una veloz mirada al clérigo, y no vio ni sobresalto ni cólera, pero sí asentimiento.

—Pero vos ya lo habéis pensado, también, ¿verdad? Y estáis haciendo planes contra ello.

—Sí —los ojos azules de Tellin centellearon con fuerza—, he estado guardando provisiones aquí en el Templo, y he mirado al norte, esperando.

El mago echó una ojeada por la ventana, para mirar más allá de los jardines y fuera de la verja abierta a la calzada por la que había venido desde la mansión de lord Ralan. Acababa de llegar esa mañana de allí con carretadas de vestidos y ropa blanca, todo aquello que Eflid le había hecho clasificar en los desvanes durante los días más calurosos del verano.

—Esperando la llegada de refugiados —dijo—. ¿Están haciendo los mismos planes todos los templos de la ciudad?

—Sí, los estamos haciendo. Pero no los alojaremos aquí en la ciudad. Eso resultaría imposible. No tenemos ni la comida ni el espacio para ello, y sería un desastre intentarlo. —Se encogió de hombros, como quien ha pensado detenidamente en la cuestión o ha oído declarar a otros sus ideas—. En cualquier caso hemos hecho nuestros planes. Clérigos de distintos templos recogerán vestidos, ropa blanca y medicamentos y los enviarán a las ciudades situadas río arriba, a Alinosti y Tarithnesti, a Shalost en el oeste. Los templos que hay allí alojarán y alimentarán a los que huyan de la guerra.

»Aquí estamos almacenando otras clases de suministros, entre ellos hierbas para ungüentos, pomadas e infusiones. Todo esto lo reuniremos y prepararemos tanto para el ejército como para los refugiados, y enviaremos suministros donde más se necesiten.

—Muy bien planeado —murmuró Dalamar.

Tellin le lanzó una veloz mirada, preguntándose si se estaría mofando.

—Sí, eso pensamos. Y, como verás, me alegro de que hayas hecho un estudio especial sobre las hierbas, Dalamar. ¿Sabes —preguntó, con mirada penetrante e inquisitiva—, dónde se encuentran las mejores hierbas?

Dalamar respondió con cuidado, no muy seguro de comprender el propósito de la pregunta de su interlocutor.

—En los jardines de los templos, milord, desde luego.

—En efecto. Y si fuera así, ¿te habría hecho la pregunta?

El mago sonrió, esta vez con auténtico entusiasmo muy a su pesar. El clérigo tenía algo de sangre en las venas después de todo, suficiente para provocarle un leve arrebató de cólera.

—No, milord, imagino que no lo habrías hecho. Conozco lugares al otro lado del río y en el bosque donde se pueden hallar hierbas como lobelia, cohosh y genciana y todo aquello que podáis necesitar que no crece en los jardines de los templos. He aprovechado bien —dijo sin la menor nota de ironía en su tono— el tiempo pasado lejos de la mansión de milord Ralan.

—Eso parece —asintió Tellin, levantando el mapa de la mesa para arrollarlo con cuidado—. Y si te digo que dibujes mapas de estos lugares para que otros puedan localizarlos, ¿lo harás y regresarás aquí cada día a tiempo?

¿O huiré al norte, al lugar secreto, la cueva y la magia? ¿Pasaré horas ilícitas en estudios prohibidos? Las preguntas eran como un anhelo para Dalamar, una tortura en su espíritu. No había podido estudiar aquellos volúmenes ni practicar las artes más oscuras desde hacía muchas semanas. ¿Los había echado de menos? Sí... la magia más que la oscuridad.

El sol sobre las baldosas, centelleando en las escamas diminutas de un dragón de platino, todo brillaba con fuerza en los ojos de Dalamar. Hizo un movimiento para apartarse del resplandor, pero no lo hizo, porque entonces le pasó por la mente una repentina idea, una veloz comprensión de que sí anhelaba algo que no era necesariamente oscuridad. Sólo magia, sólo aquello, y si el clérigo podía convencer a los magos de túnicas blancas de la Casa de Mística de que le ofrecieran las enseñanzas que ansiaba, si ellos reconocían el talento que poseía, el talento que no podían negar pero que no querían honrar, aprendería su magia allí. Como quien se encuentra de pie en un umbral, se sentía arrastrado en una dirección y luego en otra, hacia la luz y hacia la oscuridad.

Sin efectuar una elección, suspendido en el momento, Dalamar contempló a su nuevo amo durante un buen rato y con mirada firme.

—Haré lo que me pedís, milord.

—¿Tengo tu palabra?

La mirada aguda de Tellin encrespó al otro.

—¿La palabra de un criado? Pero ¿de qué os sirve eso, lord Tellin?

—Eso me lo demostrarás tú, y lo digo con confianza. No me pareces un mentiroso, Dalamar Argénteo.

El otro asintió con una pequeña inclinación, la única que había dedicado a lord Tellin Vientorresplandeciente en todo el tiempo que había permanecido en el escritorio.

—Marcharé ahora y, si os complace, milord, regresaré antes del mediodía.

Los cánticos se elevaban y descendían, trinos hilvanados en el ritmo formal como hilo de plata en un tapiz de tonos oscuros. Otra voz flotó por entre los salmos del templo, suave y baja, una voz de mujer que murmuraba en el jardín. Dalamar y Tellin miraron por la ventana y vieron a lady Lyntha, de pie, una figura plateada bajo la luz del sol, con la larga melena sujeta en alto sobre la cabeza y sostenida allí por horquillas enjovadas de modo que parecía como si luciera una corona resplandeciente.

—Deseo ver a lord Tellin —anunció con suavidad a un jardinero que pasaba—. ¿Puedes encontrar a alguien que me anuncie?

El clérigo se ruborizó, su rostro se tornó rojo y echó una veloz mirada a las manos de la mujer y al pequeño estuche de pergamino que sostenían. Dalamar observó el gesto y no dijo nada al respecto, pero se ofreció a conducir a la dama al escritorio.

—Sí —indicó Tellin, con los ojos puestos en sus papeles de nuevo—. Por favor, hazlo.

Dalamar hizo una reverencia, ocultando su curiosidad, y salió al jardín.

—Milady —dijo. Señaló en dirección al abierto ventanal que tenía detrás y añadió—: Vengo de parte de lord Tellin Vientorresplandeciente, porque he oído que deseáis verlo.

Ella le dirigió una breve ojeada, sin reconocer en él al que había servido últimamente en la casa de su hermano. Las manos de la dama sujetaban con suavidad el estuche del pergamino, tratando con cuidado el delicado bordado. Vaciló unos instantes, como si se disolviera una resolución tomada tras un duro esfuerzo, luego aspiró con fuerza, y ello no pareció darle ánimos.

—Criado —dijo, y sus ojos se dirigieron a la ventana y al clérigo sentado en su escritorio. Sus mejillas se ruborizaron, pero no con un rojo tan subido como el del noble, sino con el delicado tinte de un rosado pétalo de rosa—. He cambiado de opinión. No necesito ver a lord Tellin. Sólo llévale esto. —Depositó el pergamino en las manos de Dalamar—. Dile que aprecio el esmero con que lo realizó, pero no puedo aceptarlo. No puedo...

La mujer dio media vuelta y se alejó. Sin decir nada más salió del jardín, con la esbelta espalda erguida, los hombros una firme línea recta para contrarrestar el dolor que Dalamar había visto en sus alargados ojos. ¿Y qué es eso? Se preguntó mientras regresaba al escritorio. ¿Qué hay entre un miembro de la Casa Presbiterial y uno de la Casa de Arboricultura Estética? Un sueño imposible, y a mi nuevo señor no le satisfará que le devuelvan este regalo.

Sin embargo, Tellin no se mostró tan triste como el otro había imaginado. Tomó la funda del pergamino y la contempló durante un buen rato, luego la colocó sobre un montón de pergaminos sin usar, donde el bordado lleno de color contrastaba

poderosamente con la vitela color crema. Alzó la mirada y, al ver a Dalamar que seguía allí de pie, dijo:

—Un regalo devuelto y un regalo intercambiado.

—¿Cómo intercambiado, señor?

Tellin rozó el estuche con los dedos, pasándolos sobre un colibrí exquisitamente bordado.

—Cuando le entregué este regalo que ha considerado apropiado devolver, el pergamino no tenía estuche. Ahora —siguió, acariciando el ave de seda con suavidad—, ahora lo tiene.

Dalamar consideró todo aquello interesante. Pensó en ello más tarde, cuando el sol se había puesto y él desempaquetaba, de nuevo, sus escasas posesiones. ¿Era un estúpido, lord Tellin Vientorresplandeciente, al poner todo su afán en una mujer que no tenía la menor posibilidad de obtener? Los miembros de la Casa de la Arboricultura Estética trataban sus matrimonios como dones de los dioses, dones que no se concedían fuera de sus propios clanes. Un estúpido, sí, eso es lo que era aquel noble.

No obstante, Dalamar comprendía tal estupidez. También él había puesto todo su empeño en algo por lo que tendría que luchar para conseguir y que tal vez no obtendría nunca.

—*Veré* —había dicho Tellin— *si puedo convencer a la Casa de Mística para que te enseñen más cosas... porque necesito que sepas más.*

Había hecho su oferta casi como sin darle importancia, un hombre con cierto poder que lo usa sin problemas. ¿Cómo sería, se dijo Dalamar, confiar en este clérigo hidalguelo? No sería difícil, ya que no renunciaría a sus secretos con la esperanza de obtener lo que el otro sugería que podía obtener. Guardaría sus secretos y vería qué sucedía. Silenciosamente en su interior, como los primeros finos hilillos de humo que indican un fuego, un viejo sueño despertó. Casi nunca ocurría que a los criados se les enseñara magia, jamás que aprendieran lo suficiente para aventurarse fuera del reino, cruzar las Praderas de Arena y penetrar en el bosque de Wayreth, donde se alzaba la Torre de la Alta Hechicería, la única de las cinco antiguas ciudadelas del saber que había sobrevivido al Cataclismo. La Prueba de la Alta Hechicería se administraba en aquella torre, y constaba de agotadores ejercicios de magia concebidos por el Cónclave de Hechiceros, los portavoces de las órdenes de los Túnicas Blancas, Rojas y Negras. El mago que sobrevivía a sus Pruebas era considerado digno de respeto en todo Kryn.

¿Qué sucedería, se dijo Dalamar, qué sucedería sí yo pudiera hacer la Prueba...?

Paseó la mirada por su nuevo alojamiento. La habitación que le habían concedido en el Templo no era mayor que la de la casa de lord Ralan, pero era luminosa, ya que tenía dos ventanas, una que miraba al este, al jardín, y la otra al norte. Mientras se

acomodaba para dormir, con los aromas del jardín penetrando por las ventanas, le dio la impresión de que, sucediera lo que sucediera, tanto si aprendía más magia blanca como si sorbía sus oscuros secretos, había encontrado un mejor empleo del que había tenido en bastante tiempo.

A través de la ventana que daba al este brillaba la luz de las dos lunas, la roja mezclándose con la plateada. Las luces de la Torre de las Estrellas adornaban la oscuridad, y la torre misma relucía con sus gemas acariciadas por el resplandor lunar. Dalamar cerró los ojos, hundiéndose en la negrura, buscando el sueño mientras los cánticos del Templo actuaban de latido nocturno.

¡Del poder de la Reina de los Dragones, protegednos, oh E'li!

¡De sus garras y cólera, de su furia, defendednos!

¡Del dominio de la Reina de los Dragones, protegednos, oh E'li!

¡De su juego y espada, de su terror, defendednos!

Cuando por fin se durmió, Dalamar no soñó con magia ni con la amenaza procedente del norte ni cualquier otra cosa. Su sueño fue largo y profundo, pero despertó en una ocasión, sediento en plena noche, y se sirvió agua de la jarra verde situada junto a su cama. Un pensamiento surcó su mente al despertar: el mapa que había visto en la mesa de trabajo de lord Tellin, aquel donde los bosques de Silvanesti aparecían como si fueran el centro del mundo.

Pero no lo somos, se dijo, dejando a un lado la taza e introduciéndose de nuevo bajo la roja manta de lana. La blasfemia no lo asustó, y si soñó después de eso, aquellos sueños no alteraron su descanso.

Un chillido rompió el silencio, desgarrando la aterciopelada noche en la Torre de las Estrellas. En el dormitorio del rey, el grito volvió a sonar, esta vez compuesto de palabras.

—¡No debes abandonarme!

Se oyeron pies que corrían por el pasillo, susurrando sobre suelos de mármol. Unas voces se llamaron entre sí. Alhana Starbreeze encontró al senescal de su padre saliendo de su propio dormitorio a toda velocidad.

—¿Qué sucede? —inquirió ella—. Lelan, mi padre...

El mayordomo la hizo callar, pero la palidez de sus mejillas regordetas desmentía la tranquilidad que pretendía tener.

—Una pesadilla, estoy seguro, princesa. Vuestro padre ha tenido una pesadilla. Nada más que...

—¡No me abandones...! —chilló, gimiendo, el Orador de las Estrellas.

Alhana penetró corriendo en los aposentos de su padre, atravesando la antecámara hasta el dormitorio. Su camisión de color claro y sus pisadas silenciosas le daban el aspecto de un fantasma. El rey estaba sentado en su lecho de sábanas de seda, aferrando los cobertores de raso, y con la mirada desorbitada, la contempló fijamente, boquiabierto.

—¡Padre! —Corrió junto a su lecho y tomó las frías manos del monarca entre las suyas—. Padre, estoy aquí. Soy yo, Alhana. —Él no pareció reconocerla, y ella dirigió una veloz mirada a Lelan y vio que éste ya había llenado un vaso de agua—. Toma esto, padre, bebe.

El Orador de las Estrellas tomó el vaso con manos temblorosas y bebió, derramando agua por las comisuras de los labios. Alhana le secó la barbilla con ternura, como lo haría una madre.

—Lelan —susurró—, enciende velas, luego déjanos.

La luz fue inundándolo todo mientras Lelan encendía una vela tras otra, gruesas columnas blancas y delgados cirios verdes, todas las velas de la habitación del Orador para expulsar a las tinieblas de la noche. El tenue aroma de la miel flotó en el aire a medida que se calentaba la cera de abeja. Cuando hubo terminado, Lelan permaneció en el umbral, deseando quedarse, pero la penetrante mirada que le dedicó Alhana le hizo cambiar de idea; dio media vuelta y corrió pasillo abajo, y sus pisadas sonaron como susurros y murmullos de temor. Una vez que el senescal se hubo marchado, Alhana volvió a tomar las manos de su padre, presionándolas afectuosamente. Parecía que él la reconocía ahora.

—Alhana —musitó el monarca—, querida chiquilla.

—Una pesadilla —repuso ella—. Padre, has tenido un sueño. Mira, estás en tu habitación.

Él miró alrededor, pero sólo porque siguió su gesto, no porque creyera que se encontraba en otra parte que no fuera su pesadilla. Gruesas alfombras de lana aparecían desperdigadas sobre el frío suelo de mármol con sus brillantes colores atenuados por la noche, el azul, el verde y el rosa convertidos en gris. Sobre los mullidos sillones acolchados había cojines de brocado; las pálidas paredes de mármol estaban cubiertas de tapices, y un alto espejo enmarcado en oro adornaba la pared situada frente al lecho. Bajo una ventana que miraba al este había un pequeño escritorio, un lugar para que el monarca se sentara y contemplara los Jardines de Astarin mientras se ocupaba de su correspondencia. En el rincón opuesto de la estancia, había una hornacina formada por la unión de las paredes de mármol, donde se hallaba su altar personal del mármol más blanco, en el que se encontraba una figura dorada de Quenesti-Pah y la imagen de platino de alas desplegadas de El Gran Dragón, E'li, a quien algunos en el exterior llamaban Paladine. Ninguno de esos

adornos familiares tranquilizaron la mirada inquieta de Lorac.

Alhana le frotó las manos, y dijo en voz baja:

—Dime, padre. Dime qué soñaste.

Pues creía que exponer la pesadilla a la luz del mundo vigil acabaría con su poder.

—Oh, dioses, era... —suspiró él, temblando—... yo deambulaba por todos los caminos del mundo y del tiempo. Penetré en el mundo donde los perros de la guerra corren sueltos, y oí... —Gimió, doblándose sobre sí mismo—. La voz dijo: «¡No debes abandonarme! ¡Pereceré!».

—¿Quién hablaba, padre? ¿Quién hablaba?

Él la miró con mirada más clara, y ella pensó que iba a contestarle, pero no lo hizo.

—En mi sueño crucé Nordmaar y Balifor y Goodlund, hasta el Mar Sangriento de Istar. Y... y cuando llegué allí, el sueño cambió. Justo debajo de mí, alrededor. No había ninguna herida abierta en el mundo. Alhana, vi la ciudad, ¡Istar!

La celebrada Istar, en toda su gloria de oro y encanto, como había sido hacía más de trescientos años cuando él había ido allí, un joven elfo que buscaba la Torre de la Alta Hechicería para presentarse y realizar la Prueba de la Magia. Los edificios se elevaban hacia las alturas, pintados en tonos perlados, brillando a la luz del sol y suspirando bajo la luz de la luna. En su sueño, su espíritu había navegado sobre los cánticos que ascendían de cada uno de los templos, las voces de los elfos tan hermosas que el Príncipe de los Sacerdotes mismo lloraba al oírlos, con el corazón tan rebotante que no había palabras para expresar su alegría. Eran los cánticos de paz eterna, canciones elevadas a E'li, a quién llamaban Paladine en Istar, a Quenesti-Pah, a Majere el Señor de la Mente, a Kiri-Jolith, cuya espada ejerce sólo justicia. En Istar se veneraba al Rey Pescador, Habbakuk, y a Astarin el Bardo, cuyo nombre significa Canción de Vida.

—Es —explicó Lorac a su hija— como si te contara un sueño y, sin embargo, te explicara algo que sucedió en el mundo vigil. Porque sucedió. Sucedió así cuando fui a Istar a pasar mi Prueba.

Entonces se quedó en silencio, con los ojos repentinamente cerrados, y sus labios se movieron para formar una palabra: «¡Sálvame!».

A Alhana le pareció como si aquella palabra provocara que la luz de las velas se atenuara y la atmósfera de la estancia se enfriara de repente.

En voz baja, Lorac le contó que en el cielo situado sobre Istar la luz cambió para pasar del hermoso tono dorado de la puesta del sol a un verde estremecedor. En el sueño, había mirado en derredor, con el miedo temblando en el profundo y recóndito aposento de su corazón. ¿De dónde procedía la luz verde? Siguió la luz hasta que la Torre de la Alta Hechicería se irguió ante él, y de ésta, como haces de luz proyectados desde un faro en una noche de tormenta, surgía la luz, y, también de allí, salía la voz.

«¡Sálvame!».

En su sueño, Lorac atravesó puertas que se abrían a una orden suya. Los guardianes de la Torre, criaturas mágicas colocadas para protegerla por los hechiceros más poderosos, retrocedían ante él. Los magos acudieron a darle la bienvenida y lo condujeron al interior, donde un anciano, un mago cuyo nombre nadie conocía, le dijo que lo esperaban. «¡El mundo desaparecerá!». El grito se repitió por toda la Torre, por todos los pasillos, en todas las estancias, altas y bajas, mientras Lorac seguía al anciano. No obstante, a pesar de que el grito se repetía, nadie en su sueño, excepto Lorac, parecía oírlo o percibir la premura cada vez mayor en su tono. Guiado por el mago sin nombre, recorrió el laberinto de corredores, atravesando una estancia tras otra, y le pareció que la Torre no se acababa jamás, ancha como el cielo y grande como el mundo mismo. Por fin, se detuvieron en un pequeño aposento, uno del tamaño justo para que cupieran dos hombres adultos uno al lado del otro.

—Y el mago sin nombre, dijo que no debía tocar ni llevarme nada. Debía dejarlo todo tal y como lo veía.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Alhana, el rostro blanco bajo la luz de las velas.

—Le dije... le dije que haría lo que me pedía. Y el hombre desapareció. Cuando volví a mirar la habitación...

Cuando volvió a mirar el interior de la estancia, vio que había aparecido una mesa, un sencillo caballete de madera arañada. Sobre ella había un atril de marfil, como dos manos ahuecadas, que sostenía una esfera de cristal transparente que brillaba en la penumbra sin luz. «Sálvame», musitó la esfera. «Se avecina el desastre y no debes dejarme aquí en Istar. Si lo haces, ¡pereceré y el mundo desaparecerá!». Extendió los brazos y levantó la esfera. La percibió caliente en sus manos, y volvió a mirar en derredor, como un ladrón en la noche. No cojas nada, había dicho el anciano mago, no toques nada. Espérame aquí. Pero el Orbe, que sujetaba en sus manos, gritó en tonos lastimeros, le gritó por el bien, no de él, sino del mundo que anhelaba salvar. Veloz, silencioso, el joven mago, que era el anciano que soñaba, musitó las palabras de un conjuro, y la esfera de cristal se convirtió en nada, no sólo invisible sino también sin sustancia. Guardó esa nada en el interior de su túnica y abandonó la pequeña estancia, las torres y la ciudad que no tardaría en caer y, en su caída, cambiaría la faz del mundo.

—Hija —dijo Lorac Caladon, que era un rey, el Orador de las Estrellas—, hija mía, me avergüenza confesarlo. Abandoné la ciudad convertido en un ladrón.

El silencio se adueñó de la habitación. En el pasillo, al otro lado de la puerta del monarca, las antorchas suspiraban para sí en sus abrazaderas de las paredes, con las voces apagadas del fuego domesticado. En algún punto de aquel corredor Lelan aguardaba, el chambelán que obedecía a su princesa pero que sin duda no dormía por temor a que su señor lo llamara y él no lo oyera.

—Padre —dijo Alhana, inclinándose más para besar su mejilla; luego volvió a tomarle la mano y la oprimió contra su propia mejilla—. No eres ningún ladrón. Sencillamente has tenido una pesadilla, y a uno no se le puede culpar por aquello que haga en un sueño. Ahora, te lo ruego, por favor serénate e intenta volver a dormir.

Sobrentendida entre ellos estaba la noción de que el día siguiente traería otra sucesión de reuniones del consejo, y que lord Garan de la Protectoría iría para transmitirle las noticias que sus Jinetes del Viento traían de las fronteras. Últimamente sus noticias habían sido buenas, o no malas. Phair Caron mantenía su posición, asentada en las estribaciones de las montañas Khalkist, pero nadie esperaba que aquello fuera a durar mucho. Garan abogaría otra vez por realizar un ataque ofensivo, para caer sobre la Señora del Dragón y cogerla por sorpresa. El Orador y el Cabeza de la Protectoría no estaban de acuerdo con ello. Lorac exigía paciencia hasta que pudieran trasladarse más tropas a las fronteras, y Garan sostenía que la paciencia sería la muerte de todos ellos. «Está fortaleciendo sus ejércitos, mi señor soberano. ¡Lo sé! ¡Ataquemos ahora!». Esta vez, quizá, defendería su caso con energía suficiente para convencer al soberano de que las tropas elfas que se encontraban en la frontera serían suficientes para que tal ataque resultara efectivo.

Lorac alzó la mirada. El rey parecía mucho más viejo a los ojos de su hija de lo que había parecido aquella misma mañana.

—Hija, era un sueño, pero... era un sueño real.

La noche se sumió en un silencio total. Alhana no oyó el canto de los grillos, los ruiseñores de los Jardines de Astarin se quedaron sin voz.

—Padre, ¿qué quieres decir? ¿Qué es lo que dices? ¿Qué tú, de entre todo el mundo, robaste...?

—No la robé —dijo, y su rostro mudó, tornándose curiosamente frío e inexpresivo—. No robé la esfera. La rescaté.

Con más energía de la que Alhana había imaginado que poseía, Lorac abandonó el lecho. Se puso la túnica de seda azul, las zapatillas de suave piel verde, y tomó a su hija de la mano. Ahora había premura en él, y sus dedos se cerraron sobre los de ella con fuerza suficiente para provocarle una mueca de dolor.

—Padre, ¿qué...? —Él tiró de ella hacia la puerta y el corredor situado al otro lado—. ¿Adónde...?

Una vez fuera de sus aposentos, la llevó a la barandilla, el protector de mármol dispuesto para evitar una caída hasta el lejano suelo. Detrás de ellos, las antorchas llameaban en las abrazaderas de plata de las paredes, y en algún lugar una mujer susurró algo, y un hombre murmuró una respuesta. No muy lejos se encontraban las bibliotecas, y una luz brillaba por debajo de una gruesa puerta de roble: escribas que trabajaban hasta tarde.

—Mira —dijo el Orador, señalando más allá de la barandilla, hasta la sala de

audiencias. Su trono se encontraba allí, caoba y esmeralda, y las Palabras de Silvanos incrustadas en plata. «*Tal y como vive la tierra, viven los elfos*». Junto al trono había una mesa de cristal rosáceo—. ¿Ves esas manos de marfil, ahí sobre la mesa?

Las veía, y esa escultura no estaba allí por la mañana.

—La encargué este verano. Pensé que podría llegar el momento... —Se detuvo, luego siguió—: Las manos están vacías ahora. —La voz de Lorac resonó en el hueco, y el eco recordó a unas alas que revolotearan alrededor del trono y la escultura de marfil—. Pero ven, ven conmigo.

Tiró de ella, y la joven lo siguió, pensando que irían por la escalera en espiral para descender a la sala de audiencias. No fue así. El soberano la condujo pasillo adelante, pasando ante puertas cerradas y nichos tapados con cortinas hasta una escalera más pequeña y oscura. Se metieron por un estrecho portal, y la muchacha tuvo que agachar la cabeza para poder pasar.

El aire en ese lugar sin luz poseía un leve olor a humedad. Lorac musitó: «¡*Shirak!*» y una esfera de luz dorada apareció encima de su cabeza, moviéndose a medida que él lo hacía e iluminando los estrechos peldaños de piedra de un pasadizo cuya existencia Alhana había conocido pero que nunca había recorrido. En esa dirección se encontraba un calabozo, pero que no servía para encerrar prisioneros, porque de ellos se ocupaban en otras torres.

El frío se filtraba a través de las suelas de las suaves zapatillas de la princesa mientras ésta corría tras su padre. Bajaron y giraron, describiendo círculos en la oscuridad, iluminados sólo con una luz dorada balanceándose en lo alto, hasta que, por fin, la joven distinguió una luz verde que parpadeaba abajo en el fondo, una luz como la que se ve cuando el sol brilla por entre hojas de álamo en primavera. Cuando llegaron finalmente abajo, Lorac la llevó al rincón más alejado de la mazmorra, un lugar donde —de haber sido pensada para retener a un prisionero— se habrían erigido barrotes y colocado cadenas. Sobre una pequeña mesa, no tan hermosa como la que había junto al trono del monarca, había una esfera de cristal. Apenas parecía mayor que la canica de un niño y, sin embargo, Alhana supo instintivamente que no era así. Daba la *sensación* de ser mayor, con independencia de la percepción visual. Cerró los ojos, deseando no verla, y en las tinieblas, apareció una imagen: la extraña escultura de las manos vacías situada junto al trono de su padre ocupada por fin, ocupada por este Orbe que parecía pequeño y, sin embargo, daba la sensación de ser grande.

—Padre, ¿qué es?

—Es un Orbe de los Dragones —repuso él, volviéndose hacia su hija, sonriente.

La princesa frunció el entrecejo, acercándose más, para luego alejarse. En la esfera latía poder, palpitaba como un corazón en la noche, y la joven sintió un hormigueo en la zona posterior del cuello.

—¿Es esto lo que te llevaste?

—Rescaté —corrigió el rey rápidamente—. Lo rescaté. Me llamó, y yo lo rescaté. Este Orbe posee el poder de controlar a los dragones. Era uno de cinco, creados por hechiceros de tiempos pretéritos. Dos sabemos que desaparecieron. Este tercero está aquí. ¿Los otros...? —Se encogió de hombros—. No sé dónde están, ni si aún existen. Pero sí sé esto, porque he estudiado la poca información que queda sobre ellos: un mago con la fuerza de voluntad para controlar la magia de un Orbe será capaz de controlar a los dragones.

Una brisa húmeda penetró en la mazmorra y rozó la mejilla de Alhana con dedos gélidos.

—Y al mago que lo intentara pero no pudiera controlarlo, ¿qué le sucedería, padre?

Lorac se volvió hacia ella, con el pálido rostro reluciente y los ojos encendidos. Sin hacer caso de su pregunta, dijo:

—¿Qué sucedería, Alhana mía, si de improviso Phair Caron se encontrara con que sus dragones me obedecen a mí? ¿Qué...? —Ladeó la cabeza. Sus ojos habían vuelto a apagarse y a mirar al vacío, como había ocurrido al despertar de su pesadilla—. Escucha. ¿Lo oyes? El mundo desaparecerá...

Alhana no oía nada, pero no lo dijo. Con suavidad, rozó el brazo de su padre y halló la manga de seda de la túnica fría y húmeda bajo sus dedos.

—Padre, vámonos. Vámonos. ¡Me asustas!

Él se volvió y, aunque la miró, no la vio. Los suyos eran los ojos de un joven que, hace mucho tiempo, se encontraba en la Torre de la Alta Hechicería de Istar, los ojos de un anciano que no hacía ni una hora había despertado chillando por una pesadilla. Sin embargo, el monarca no dijo nada, y dejó que lo apartara del Orbe de los Dragones, de vuelta por la fría y estrecha escalera.

Por la mañana, mientras los últimos dedos rosados del amanecer se retiraban para dejar tras ellos un cielo otoñal azul profundo, Dalamar despertó con el tañido de todas las campanas de la ciudad de Silvanost. Por encima del repiqueteo, percibió voces atemorizadas y pies que corrían.

—¿Qué sucede, milord? —gritó a Tellin, que pasaba a toda prisa junto a su ventana.

Lord Tellin no lo sabía, y el mago se vistió para hallar una mejor respuesta. En el exterior encontró a los habitantes del templo, clérigos y criados por igual, que corrían a las calles ya repletas de gente, estudiantes procedentes del barrio de la Academia, abogados del barrio de las Embajada. Del barrio del Mercado y del barrio de los

Servidores en el oeste, llegaban hombres, mujeres y niños, que seguían a sus vecinos hasta el corazón de Silvanost, los Jardines de Astarin alrededor de los cuales se agrupaban los templos, dónde se alzaba la Torre de las Estrellas, recortándose en el cielo. Unos grifos sobrevolaban el edificio, con las alas doradas brillando bajo el día recién estrenado, mientras sus chillidos estridentes, como gritos de combate, inundaban el espacio.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar Dalamar a su señor.

—El Cercado está en llamas —respondió éste, mirando al norte con expresión lúgubre—. ¡Los dragones de Phair Caron lo han incendiado!

Una sacerdotisa, al oírlo, lanzó un grito de pavor, y otros recogieron su grito y lo hicieron correr por entre todos los reunidos hasta el punto que los Montaraces de las verjas de la Torre se miraron entre sí en silencio, preguntándose si tendrían que acudir a sofocar una manifestación de pánico.

—Mirad —indicó Dalamar, señalando al norte y luego al sur, al este y por fin al oeste.

Oleadas de movimiento estremecieron a la muchedumbre, iniciándose en los cuatro extremos para convertirse finalmente en una separación del mar de gente a medida que, uno tras otros, los lores y damas de los Synthal-Elish abandonaban sus hogares y paseaban entre sus clanes, profiriendo frases de consuelo u ofreciendo gestos tranquilizadores. Se dirigían, todos y cada uno de ellos, a la Torre de las Estrellas, pues se había designado que se reunieran con el Orador en esa hora. Ni uno de ellos, ni siquiera lord Garan de la Protectoría, alzó la mirada hacia los grifos y los Jinetes del Viento, y actuó como si se tratara de un día corriente. De sus personas emanaban tranquilidad, seguridad y cierta paz.

Todo saldrá bien decían los Cabezas de Familia mediante gestos y palabras, y la gente les hacía caso, porque ¿cómo no hacerlo? Eran sus señores. Se trataba del consejo del rey, y ¿quién podía saberlo mejor? En grupos o de forma individual, los ciudadanos de Silvanost regresaron a sus casas o a las tareas que habían abandonado. En el cielo los grifos siguieron describiendo círculos, alrededor de la parte superior de la Torre de las Estrellas, y una persona en toda aquella multitud levantó los ojos hacia ellos y expresó su inquietud.

—No tiene buen aspecto, milord —dijo Dalamar Argénteo al clérigo que tenía al lado—. Jinetes del Viento rodeando la Torre como si esperasen un ataque desde el cielo, El Cercado en llamas... —Desvió la mirada hacia el norte; jamás había visto la frontera, pues en toda su vida nunca había ido más allá de su cueva secreta en el norte de los bosques, pero podía imaginar la barrera ahora, convertida en un muro de fuego—. Phair Caron se ha puesto en marcha por fin.

Llegaron, ancianos y ancianas, niños y criaturas de pecho, dejando pisadas ensangrentadas sobre el suelo de piedra. Sus lágrimas regaban la tierra, y sus lamentaciones aterraban a las aves del cielo. Llegaban a pie, tanto si llovía a cántaros como si lucía el sol, tambaleándose por entre el bosque de álamos en la dorada estación, en el otoño que tanto amaban los elfos. Hicieron su aparición bajo la forma de un ejército de miseria, enfermedad, dolor y desesperación, un ejército de aflicción. El cuidadoso moldeado del bosque se vino abajo ante ellos, dejando a su paso un rastro de ciervos muertos, fogatas empapadas, botas desgastadas y a sus propios muertos. Los ancianos caían, con los corazones destrozados y negándose a seguir latiendo; las ancianas se desplomaban y no volvían a levantarse, y los niños pequeños morían víctimas de los elementos. Afligidos, se limitaban a cubrir los cadáveres con maleza y seguían adelante.

En los tiempos de los ataques a la frontera de Phair Caron, los refugiados habían sido un hilillo, unos pocos que huían de la quema de poblados en la zona más al norte del territorio; pero a mediados del mes de la Cosecha de Otoño, el hilillo se convirtió en un río, que descendía hasta Silvanost. Tiritaban en las frías noches, durmiendo sobre el pedregoso suelo, pues no tenían más ropas que las puestas, aunque algunos afortunados llevaban mantas andrajosas con las que tapar a sus lloriqueantes hijos. No los acompañaban hombres jóvenes que pudieran protegerlos, porque nadie que pareciera lo bastante fuerte como para convertirse en soldado sobrevivía jamás a un poblado arrasado. A éstos los mataban al instante. Los draconianos que asolaban los pueblos los buscaban como los ladrones buscan oro, y ante los ojos de ancianos, mujeres y criaturas gimientes, los jóvenes y sanos eran abatidos y eliminados.

A los ancianos, a los enfermos y a los niños se les permitía abandonar el pueblo, incluso se los animaba a hacerlo. Era la táctica favorita del mago de Phair Caron, Tramd el de las Tinieblas.

—Dejad que marchen —chillaba por encima de cada carnicería.

Algunos decían haberlo visto, un humano alto montado en un dragón. Otros decían que era un enano, y otros afirmaban que un ogro. Pero también había quien decía: «¿Cómo se puede pensar que un dragón deje que lo monte un ogro?». Fuera como fuese, todos estaban de acuerdo en que la voz del mago, con la ayuda de la magia, retumbaba sobre los pueblos y ciudades en llamas como el bramido de un dios terrible.

—¡Dejadlos marchar! ¡Echadlos! ¡Que extiendan el miedo como una enfermedad! ¡Que atesten el bosque y llenen las ciudades con necesidad y terror!

La guerra rugía tras ese ejército de aflicción, con poblados en llamas e inundados

de ríos de sangre. En el este, en el lado de la bahía de Balifor, ardía un gran incendio. El Cercado estaba en llamas. ¿Y qué pasaría con los elfos? ¿Qué iba a ser de los más queridos por los dioses?

En el Templo de E'li, la Plegaria del Amanecer se elevaba sobre las aladas voces de ancianos y jóvenes, hombres y mujeres. Día tras día, Dalamar despertaba con ella hasta que ya no pudo oírla más que como un sonido de desesperación. Para él, era la desvalida cacofonía de gentes que balaban como corderos a un dios que —si en realidad había regresado al mundo como se rumoreaba— no se había molestado en impedir que la mano de Takhisis desgarrara el reino de Silvanesti. Lores y damas acudían a orar, como lo hacían comerciantes, albañiles, jardineros y servidores. Elfos de alta y baja condición social entraban en tropel para asistir a los oficios matutinos, para el culto del mediodía, y a menudo regresaban de nuevo para las oraciones del Final del Día. El humo del incienso flotaba en el aire, provocando escozor en los ojos y haciendo toser a las damas de edad; pero no conseguía ocultar el olor a miedo que impregnaba el Templo de E'li y todos los otros que se apiñaban alrededor de los Jardines de Astarin a medida que llegaban informes a la ciudad sobre pueblos quemados en el norte y el oeste, sobre combates en la frontera. Algunas de aquellas batallas entre elfos y el ejército de los Dragones eran victorias; otras no. Tropas de Montaraces practicaban tácticas de guerra en los terrenos de ensayo alrededor de los barracones, y sus gritos y el resonar del acero sobre el acero se oían incluso en los Jardines de Astarin. Otros abandonaban la ciudad, huyendo hacia el norte, mientras tropeles de ciudadanos se dirigían a los templos, y rumores siniestros recorrían la ciudad. El Orador y su consejo estudiaban la posibilidad de evacuar el reino si Phair Caron se abría paso más allá de Alinosti.

—¿Por qué no hacen algo? —farfulló Dalamar, mirando por la ventana del escritorio uno de los últimos días cálidos del otoño.

Uno de los últimos, lo sabía, ya que cada vez que iba al bosque en busca de hierbas para llenar las despensas del Templo, veía señales de que se acercaba un tiempo más frío. Las semillas caían veloces ahora, y los tallos se marchitaban. Las plantas arrastraban toda su vida hacia abajo para ocultarla bajo tierra hasta la primavera. Más al norte, en el bosque donde sus libros secretos yacían ocultos bajo hechizos de protección, los ratones y otros roedores se habían trasladado al interior de la cueva, y él se había visto obligado a colocar protecciones en cada volumen para resguardarlo de las criaturas que anidaban.

Lord Tellin alzó la mirada de las páginas —listas o informes o alguna otra tarea— para mirar más allá de Dalamar, en dirección al jardín. La gente formaba pequeños

grupos, algunos acababan de salir del oficio, otros aguardaban para entrar. Sus ojos buscaron a una persona en particular, a lady Lynntha, que había asistido cada día al oficio más temprano, elevando su voz en el *Himno de la aurora*.

—¿Hacer qué? —preguntó a Dalamar, pero en tono distraído.

La distinguió, alta y esbelta, de pie un poco apartada de un grupo de otras jóvenes. La mujer miró en derredor ociosamente. Eso había sucedido desde el día en que ella había ido a devolver el regalo de Tellin, y su voz se había convertido en algo habitual durante los oficios de plegarias.

—Cualquier cosa. —Dalamar vio miradas que se encontraban, la de Tellin y la de Lynntha. Peligroso, se dijo, peligroso, milord Tellin—. Todo lo que hacen es rezar y enviar tropas a la frontera.

—¿Y esas cosas no son nada? —Tellin alargó la mano para coger su cálamo y, al descubrir que la punta estaba partida, cogió otro.

—Sí. —El mago dio la espalda al jardín y a la gente que se arremolinaba allí—. Lord Garan, creo, estaría de acuerdo.

Su señor alzó la cabeza, sorprendido y tal vez divertido al oír una opinión tan audaz de labios de un sirviente, aunque había escuchado una o dos opiniones parecidas durante las últimas semanas. Dalamar había cambiado desde su regreso a la Arboleda del Conocimiento para reanudar sus estudios de magia; se había tornado más osado, más seguro de sí mismo, y a Tellin le parecía que aquello era a la vez bueno y malo. Realmente, quería a un mago experto en las artes curativas, uno que pudiera dar utilidad a sus conocimientos si era necesario. ¿Quién no querría tener cerca a alguien que supiera cómo imbuir un unguento de propiedades mágicas? Y, no obstante..., no obstante, existían estas opiniones tan audaces y avanzadas que, aunque en ocasiones coincidían con las propias ideas del clérigo, no resultaban apropiadas en un criado.

Es posible que éste, se dijo, sea el motivo de que no les permitamos alcanzar muchos conocimientos sobre arte, literatura y magia. Se extralimitan. Y sin embargo, Tellin no creía que las facultades de ese sirviente cuidadoso y astuto rebasaran a menudo el control del mago.

—¿Crees que lord Garan estaría de acuerdo contigo, Dalamar? Bueno, es posible. Pero si miramos atrás...

—Sí —interrumpió él—, es la mejor visión. No obstante, mirando hacia atrás, sé que se cometió un error al hacer tratados con Phair Caron. Otro se cometió cuando el rey demoró la actuación de lord Garan para así aumentar las tropas. La Señora del Dragón, al parecer, reunió un ejército más poderoso del que podemos reunir nosotros.

Las palabras cayeron como el tintineo del metal en la habitación. Tellin desvió la mirada del jardín, con ojos ensombrecidos y preocupados. Se daba cuenta de la verdad que encerraban las palabras de su sirviente, y sabía que la verdad se musitaba

en otras zonas. Sin embargo, no era correcto meterse en tales conjeturas con un criado.

—Resulta muy fácil de decir —murmuró, revolviendo las páginas para indicar que daba por terminada la conversación—, ahora que todo está hecho.

Dalamar dedicó unos instantes a decidir si aceptaba abandonar la estancia, y a continuación dijo con suavidad:

—Supongo que tenéis razón pero, mirando al frente, sé cómo se puede rectificar ese error.

—¿Has estado haciendo planes de guerra, Dalamar? —Tellin dejó de nuevo el cálamo a un lado, esta vez sin sonreír—. No es mejor dejar eso para...

—¿Para mis superiores? —completó la frase el mago, y se encogió de hombros—. Supongo que vos podríais pensar eso, milord, si creyeráis que el corazón de un criado no está tan lleno de amor por su país como los corazones de los nobles.

—Lo siento, no era mi intención... —El noble hizo una mueca de pesar.

Sí, le indicó la sonrisa de Dalamar, ésa sí era su intención.

—Mirad lo que mis superiores han traído. ¿Habéis oído —siguió—, que los refugiados de esta guerra no marchan elegantemente hacia las ciudades situadas en el río? La gente que tiene mapas pensó que lo harían, pero lo cierto es que la gente aterrorizada simplemente huye. Éstos avanzan a trompicones hacia Silvanost, hambrientos, helados y asustados. Vienen, supongo, a ver qué tiene que decir lo más selecto de sus líderes sobre la situación.

Los ojos de Tellin se entrecerraron ante esa desfachatez, y Dalamar se preguntó si no habría presionado demasiado al clérigo. De todos modos, no se retractó. Llevaba mucho tiempo meditando su plan, y había pasado la mayor parte de esa mañana mirando los mapas de esa misma habitación, cuando debería haber estado afilando cálamos, limpiando pergaminos y disponiendo las listas de provisiones para que Tellin las revisara y corrigiera.

—Milord Tellin —prosiguió, esforzándose por mantener un tono que no predispusiera en su contra a su señor—. Tengo mucho tiempo para pensar allí fuera en los bosques donde están las hierbas. Y tengo la oportunidad de escuchar lo que se dice en la ciudad. Los lores y las damas no miran si hay un criado cerca. Somos invisibles para ellos y, por lo tanto, hablan libremente, y nosotros escuchamos libremente. Sé que nosotros los elfos hemos tardado demasiado en actuar, y ahora padecemos por ello. Dejamos que abogados y emisarios guiaran nuestra defensa, como si estuviéramos en un tribunal y no en guerra. Pusimos nuestra confianza en tratados que Phair Caron no pensaba respetar. Ahora hemos llegado demasiado tarde a la frontera y con demasiados pocos soldados. —En voz baja, añadió—: Lo sabéis tan bien como yo, milord.

Tellin volvió a mirar por la ventana. La voz de Lynntha se elevó en una repentina

carcajada. Su hermano había llegado para escoltarla de vuelta a su casa desde el Templo, y el clérigo contempló cómo la joven se daba la vuelta y marchaba elegantemente del brazo de lord Ralan. Las mejillas de la dama tenían un tono dorado, y los cabellos, echados hacia atrás y apresados por una reluciente redecilla enjoyada, colgaban pesadamente sobre el largo y esbelto cuello. ¿Qué le sucedería si los Montaraces no conseguían defender la frontera? ¿Quién la defendería y mantendría a salvo?

Tellin se estremeció y miró a Dalamar, su impertinente criado.

—Dime —dijo, reacio a mostrar entusiasmo y al mismo tiempo curioso—. Dime qué plan tienes.

Y luego ¿qué? No podía ir a ver al Orador de las Estrellas y decir: «Disculpad, majestad, pero a mi criado se le ha ocurrido un brillante plan de defensa». ¡Desde luego no podía hacerlo! ¿Planes de guerra del sirviente de un clérigo cuya función era mantener los archivos del Templo de E'li? ¡Era una idiotez! Y no obstante, sentía curiosidad.

Dalamar percibió esa curiosidad como si fuera algo que se olierá. Atravesó el suelo de baldosas y, tras sacar un mapa del buró, lo extendió sobre la mesa de mármol, diciendo:

—Primero, milord, convengamos en que no somos el centro del mundo.

Tellin escuchó, mostrándose alternativamente asombrado, incrédulo y, finalmente, receptivo. Cuando Dalamar hubo terminado de hablar, la luz del sol hacía tiempo que había abandonado el jardín, para trasladarse a la parte posterior del Templo. Los oficios del mediodía se habían iniciado y ya habían finalizado, y en el algún punto de los muelles tañía una campana.

—Desde luego —concluyó el mago, y ahora sonrió un poco—, si consideráis que este plan es bueno, debéis llevarlo a quienquiera que decidáis que tenga que escucharlo y decir que es vuestro. Al fin y al cabo ¿quién tomaría en cuenta las ideas de un sirviente?

El clérigo se recostó en su asiento, meneando la cabeza. ¿Quién haría caso de un servidor, desde luego? Nadie. Sin embargo, ¿quién excepto un mago podría explicar esa idea? Nadie.

Dalamar estaba de pie en el interior de la Torre de las Estrellas. El mago alzó la mirada hacia los elevados rincones de la estancia y contempló la luz de las estrellas y de las dos lunas que relucía sobre las paredes, danzando sobre las joyas incrustadas en las paredes de mármol. Casi, se dijo, se puede oír reír esa luz, entonando los cánticos de las esferas. Percibía alrededor la antigua magia que había creado ese lugar

maravilloso, ecos de hechizos realizados cientos de años antes. Cualquiera que decidiera prestar atención podría sentir los espigados restos de aquella magia antigua, pero nadie sentía aquel hormigueo, aquel eco de poderosos conjuros como lo hacía un mago, y estar de pie allí entonces era como oír música surgiendo de una lejana ventana, canciones antiguas y viejas, viejísimas melodías.

Voces de otra clase descendieron hasta la sala de audiencias procedentes de la galería, susurros cenicientos sin tonos que le permitieran diferenciar a uno de otro. A su lado, lord Tellin intentaba mantener una tranquila y respetuosa inmovilidad en ese recinto de poder, pero le resultaba imposible permanecer quieto mucho tiempo.

El clérigo paseaba la mirada por la enorme sala de audiencias, moviendo los ojos de un lado a otro, de las paredes creadas mediante la magia a los tapices de seda tejida y a los nueve peldaños que conducían a la ancha plataforma elevada donde se hallaba el trono del rey Lorac, un magnífico sillón de esmeralda y caoba. Sobre la madera de caoba donde descansaban los hombros del monarca, relucían unas palabras incrustadas en plata: «*Tal y como vive la tierra, viven los elfos*». Junto al trono había una mesa, cuya parte superior era de cristal rosa, y sobre la rosada superficie descansaba una escultura de marfil de unas manos ahuecadas, unas manos vacías.

Dalamar bajó la mirada al suelo y a sus pies cubiertos con sandalias, e hizo acopio de todos sus pensamientos, reuniéndolos, para acallarlos y mantenerlos a buen recaudo y escondidos en la quietud de su interior. Aquellas manos vacías le conmovían profundamente. La elocuencia de su súplica igualaba a un sentimiento que había tenido toda su vida. ¡Lléname! ¡Instrúyeme! ¡Concédeme lo que necesito y merezco! No volvería a mirar las manos vacías, ya era suficiente con sentir el dolor de su ansia.

Se oyeron pasos en lo alto de la escalinata, y tres figuras oscuras descendieron por la larga escalinata en espiral, iluminado su camino no por antorchas sino por dos esferas refulgentes de luz mágica. El rey, Ylle Savath de la Casa de Mística y lord Garan de la Protectoría descendieron desde la galería a la sala de audiencias, entre un susurro de túnicas, que musitaban sobre los peldaños de piedra: lady Ylle con una túnica verde de seda adamascada, el rey con una de brocado violeta y lord Garan con una túnica sin adornos de brocado de seda color oro viejo. Dalamar contuvo la respiración, impresionado muy a su pesar, ya que estos tres personajes llevaban sobre las espaldas más riqueza de la que ningún criado podía esperar poseer en toda su vida.

Cuando el pie del rey elfo tocó el suelo, los dos jóvenes, mago y clérigo, doblaron cada uno una rodilla. Tellin bajó la mirada y luego la cabeza, y sus manos, con los nudillos blancos, permanecieron inmóviles, pero a duras penas. Su rostro aparecía más blanco que el del rey, más blanco que la túnica que vestía, y sus labios se movían, tal vez en una plegaria. Dalamar pudo verlo todo con el rabillo del ojo,

mientras mantenía la cabeza sólo ligeramente inclinada.

En voz baja, que recordaba el susurro del viento por entre los álamos, Ylle Savath pronunció una palabra para despedir a las esferas de luz. Ahora sólo brillaba la luz de las antorchas, y las sombras saltaron por toda la estancia mientras ella anunciaba:

—Majestad, ante nosotros un clérigo y su criado que han solicitado que les concediéramos audiencia. El clérigo es lord Tellin Vientorresplandeciente. Tal vez recordaréis a su abuelo, que era patriarca del Templo de Branchala en la época en que yo era una niña.

El Orador profirió un sonido de asentimiento.

—Y su sirviente —siguió lady Ylle—, es Dalamar Argénteo, cuya madre era Ronen Vientoandariego y cuyo padre era Derathos Argénteo de la Casa de la Servidumbre. —Alzó la cabeza, para contemplar a Dalamar por debajo de los encapuchados párpados, y su voz sonó fría como la escarcha invernal—. Se le ha enseñado magia.

Lord Garan se removió inquieto, reaccionando ante la noticia de que el criado allí arrodillado en la Torre de las Estrellas era un mago. Se oyó un leve tintineo de metal y Dalamar pensó: «¿Garan lleva una cota de mallas bajo esa lujosa túnica!».

—¿Él? —musitó Garan a Ylle Savath—. ¿Se le ha enseñado magia? ¿No encontraron otra cosa que hacer con él?

¿No había acaso otro modo de solventar la indignidad de que a un criado le diera por nacer con la magia bullendo en su sangre? Dalamar sintió que sus mejillas empezaban a arder y cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas que la sangre se retirara de su rostro, al tiempo que se esforzaba por mantener la calma.

En el silencio, con pisadas lentas y leves sobre el suelo de mármol, Lorac Caladon penetró en la estancia y posó una mano sobre el hombro de Tellin para instarlo a alzarse. Posó otra sobre el de Dalamar y dijo:

—Levanta, joven mago.

El joven alzó los ojos y, cuando el soberano le dedicó una sonrisa apenas perceptible, él la devolvió no porque lo sintiera, sino para dar a conocer a su soberano que apreciaba la cortesía.

—Lord Tellin —intervino Lorac, y sus ojos pálidos se tornaron agudos y fríos—, he oído que queríais hablar conmigo de la guerra.

—Así es, majestad —respondió éste, alzando la barbilla y sosteniendo la mirada del monarca—. No soy —siguió, al tiempo que dedicaba una reverencia a lord Garan—, alguien que estudie la guerra, y sé que hay otros que...

Dalamar dirigió una fugaz mirada al rey y luego a sus consejeros y a Tellin, que se dedicaba a articular cortesías y cumplidos y a malgastar las palabras diciendo al monarca lo mucho que ignoraba sobre la cuestión que había ido a plantear ante ellos. Aquello no funcionaría.

—Majestad —intervino el mago, adelantándose ligeramente.

Las palabras de Tellin murieron, los ojos del venerable se volvieron hacia el criado que debería haberse mantenido en su lugar y permanecido en silencio. El mago dedicó una sonrisa a cada uno, a modo de leve y sereno gesto de reconocimiento.

—Mi señor rey —continuó, como si el silencio hubiera sido lo que esperaba—, lord Tellin ha tenido la bondad de utilizar su nombre para conseguir para mí algo que mi propio nombre o posición social no me habría permitido. Pero ahora que estoy aquí, y vos estáis aquí, os diré esto: sé que la guerra no va bien, y sé que la Señora del Dragón está trayendo tropas de Goodlund y Balifor para aumentar su ejército.

—¡Silencio! —espetó Ylle Savath; la luz de las antorchas de las paredes recorrió sus cabellos plateados y las sombras afilaron su barbilla, dando a la patricia nariz el aspecto del pico de un águila—. Criado has sobrepasado tus atribuciones. —Miró al rey y a lord Garan—. Habría que echarlo.

Lord Garan se adelantó, con el rostro sofocado por la misma cólera que había hecho palidecer las mejillas de lady Ylle. ¡No se debía tolerar la impertinencia de los criados, y la presunción de éste que se presentaba aquí parlotando de cosas que no entendía...!

—Yo lo echaré, majestad.

Tellin se movió, como para protestar, pero otra persona se le adelantó. Lorac posó una mano sobre el brazo de lord Garan, una mano firme.

—No.

Las antorchas llamearon y suspiraron en sus abrazaderas, y la luz de sus llamas corrió jubilosa por las joyas incrustadas en la pared. El monarca negó con la cabeza, y una expresión preocupada cruzó su rostro, como una sombra fugitiva.

—El muchacho no miente, ¿no es cierto, Garan? ¿No son fantasías sin fundamento?

El Cabeza de la Protectoría frunció el entrecejo y lanzó una mirada enfurecida a Dalamar, pero no negó las palabras del Orador Lorac.

—Bien —indicó el soberano a Dalamar—, te has tomado la libertad de decirnos lo que ya sabemos. Dinos por qué has venido a hablar de lo que es evidente.

—No vengo a hablar de lo que salta a la vista, majestad. Vengo a hablar de un modo de cambiar el curso de esta guerra a nuestro favor. Tengo un plan, y creo que os gustará cuando lo escuchéis.

—¿Un plan? —Lady Ylle lanzó un bufido de incredulidad—. ¿Ahora hemos de seguir los consejos de los criados de los templos sobre estrategias de combate? Veamos, Lorac, ¿cuánto tiempo más estáis dispuesto a malgastar?

Tanto como me parezca, dio a entender la mirada altiva del soberano, aunque en voz alta respondió:

—Paciencia, señora. Vos y yo hemos vivido lo suficiente para saber que las

buenas noticias surgen de lugares curiosos. Lord Tellin está gastando puñados de la buena voluntad que el nombre de su familia le concede, y sin duda considera que lo hace por una buena causa. Eso dice algo en favor del criado. Oigamos lo que estos dos han venido a decir. Y... —miró a Tellin, que tenía el rostro lívido, y a Dalamar, que se mantenía bien erguido y no se amilanó ante el escrutinio del monarca—... hagámoslo en algún lugar cómodo.

Lorac dio media vuelta, sin mirar a ninguno de los presentes, obligando a todos a seguirlo mientras los conducía a un gabinete situado junto a la sala principal, una pequeña habitación iluminada por una luz rojiza procedente de la chimenea y las antorchas.

—¿Estás loco? —susurró Tellin a Dalamar mientras seguían al soberano y a sus consejeros—. Hablando de ese modo al rey en persona.

—No —murmuró el mago—. Estoy muy cuerdo, mi lord. Y como advertiréis —sonrió—, estamos aquí donde necesitamos estar.

Alrededor de todo el aposento privado del Orador ardían las velas, columnas anaranjadas perfumadas con palo de rosa, verdes aromatizadas con pino, y blancas bañadas con los aceites de los jazmines invernales. Los colores de las velas y sus delicados perfumes actuaban como heraldos del cambio de estación. Diminutos puntos de luz danzaban en una brisa que penetraba por las rendijas abiertas entre ventanas y alféizares. Las sombras saltaban y la luz brincaba, atrayendo la mirada alrededor de la pequeña estancia. Una amplia y alta chimenea dominaba la pared sur, con la repisa llena de velas, y ante ella se alineaban grandes y mullidos sillones.

Sin decir una palabra, el Orador indicó a sus invitados que se sentaran, y él se acomodó en su sillón que era el más próximo al fuego sin esperar a ver cómo se organizaban los demás, cosa que no hicieron con demasiada facilidad, pues nadie tenía demasiada idea de en qué lugar debía sentarse un criado. Al final, y sin sentirse desdichado por ello, Dalamar no se sentó. Se colocó detrás del asiento de lord Tellin y obtuvo para sí una visión dominante de todos los allí reunidos.

—Hijos míos —empezó el rey—, contadme ahora lo que habéis venido a decir.

Dalamar dirigió una rápida mirada a Tellin, para guardar las formas y, cuando el clérigo asintió, explicó:

—Majestad, resulta evidente incluso para el miembro más humilde de mi Casa que la valentía de los Montaraces de lord Garan no tiene demasiadas probabilidades de resistir al mucho más nutrido ejército de Phair Caron.

En el silencio que siguió a sus palabras, percibió cómo se cortaba la respiración del Orador por un pequeño instante.

—¿Cómo osas decir eso, mago de poca monta? —siseó lord Garan.

Dalamar hizo caso omiso del tono insultante de la voz del noble y del ofensivo calificativo. Miraba al rey y se dirigía sólo a él.

—Me atrevo a decirlo, majestad, porque lo que digo es cierto. Puede que no sea conveniente que esta verdad sea detectada por un sirviente, o que un sirviente la haya considerado y haya pensado un modo de esquivarla, pero de todos modos, lo que digo es verdad.

—Tienes una lengua veloz, Dalamar Argénteo. —Lorac se inclinó hacia adelante, para contemplar al mago con atención por encima de las puntas de los dedos que mantenía unidas entre sí—. Una lengua veloz, y harías bien en utilizarla ahora para decirme qué plan tienes.

El fuego chasqueó en la chimenea, y las cenizas resbalaron por el lecho de llamas. Dalamar sintió la boca seca de repente, y las palabras de un antiguo refrán aparecieron burlonas en su mente: «*Aquél que salta, salta mejor cuando sabe dónde aterrizará*». Desde luego, quien no salta, tanto si lo sabe como si no lo sabe, se queda parado en el borde del precipicio hasta que se ve obligado a dar media vuelta sin obtener otra cosa que la falta de acción.

Inaceptable.

—Yo atacaría a la Señora del Dragón por detrás, majestad, y...

Lord Garan profirió una hiriente carcajada.

—Harías eso, ¿verdad? ¿No te has enterado de que todos los territorios del norte desde Khur a Nordmaar están ocupados por las tropas de Phair Caron?

—Lo he oído —murmuró Dalamar, con los ojos bajos y una tenue sonrisa asomando a los labios; luego volvió a levantar la mirada, adoptando una expresión de inocente franqueza que no engañó al Cabeza de la Protectoría—. ¿Sin duda habréis oído, milord, que hay un mago o dos en el reino con habilidades que pueden facilitar mi idea? Ilusiones hábilmente creadas harán que nuestras fuerzas que avanzan desde el sur parezcan invisibles a los ojos del ejército de la Señora del Dragón, y al mismo tiempo otras ilusiones harán que parezca que se los ataca desde el norte. —Sonrió con una gélida crispación de los labios—. Entonces, se volverán para combatir a lo que no está ahí, en tanto que los Montaraces los rodean y atacan... por detrás.

Ylle Savath, que había permanecido callada hasta entonces, alzó una mano, atrayendo la atención de todos con tan sencillo gesto.

—Majestad —dijo—, podría valer la pena recordar a este sirviente que las ilusiones no son competencia de la magia Blanca. Pertenecen a la magia Roja. Aquí —prosiguió, dirigiendo una mirada a Dalamar que era helada como el invierno e igual de peligrosa—, aquí practicamos magia constructiva.

—Y sin embargo —replicó el mago en su voz más suave—, me parece a mí que será mejor que aprendamos a construir algunas ilusiones, señora.

Los ojos de la mujer centellearon afilados como cuchillos.

—Si estás sugiriendo que practiquemos otra magia que no sea la de Solinari, te acercas peligrosamente a la blasfemia, Dalamar Argénteo.

Blasfemia.

La palabra flotó en la quietud de la habitación, y pareció como si las llamas de la chimenea la musitaran una y otra vez. Por fin, Lorac se puso en pie, con rostro inexpresivo y oculto por las sombras.

—Joven mago —dijo, inclinando la cabeza en la única reverencia que un rey necesita realizar, la de cortesía hacia sus súbditos—. Joven clérigo, tenéis mi permiso para regresar a vuestros hogares. Que E’li os bendiga en vuestro camino.

Levantó una mano y la dejó caer de nuevo. Las llamas de la chimenea disminuyeron, y las antorchas se amortiguaron. De ese modo indicaba el rey elfo, el más importante de todos los magos de su país, que la conversación había terminado por esa noche, sobre este tema y sobre cualquier otro.

Los cardenales entonaban sus alegres cantos en los setos de los Jardines de Astarin. Trasnochadoras, eran éstas las últimas aves cantoras en retirarse a dormir, los heraldos de los ruiseñores. La luz de las medias lunas descendía de las alturas, roja y plateada sobre el sendero que salía de la Torre de las Estrellas, mientras la sangre de Dalamar entonaba valientes cánticos, como hacía cuando se preparaba para realizar conjuros. El mago se había presentado ante el rey, ante los Cabezas de las Familias, y había expuesto su audaz plan, uno que sabía que podía funcionar.

—Fue una pérdida de tiempo —se quejó Tellin—, una pérdida de tiempo y una pérdida de...

—¿Y una pérdida del buen nombre que vuestra familia os concede? —Su compañero enarcó una ceja—. ¿Realmente pensáis eso, milord?

—¿Viste el modo en que lady Ylle reaccionó ante tu idea? —bufó Tellin—. «Blasfemia», la llamó. Te lo digo, Dalamar, no has hecho amigos ahí. Tampoco te has ganado el favor de lord Garan, sermoneándolo sobre tácticas de guerra. En el nombre de todos los dioses del Bien, ¿qué te hace pensar que alguno de ellos apoyará tu plan ante el rey, incluso aunque Lorac esté interesado en él?

Dalamar se detuvo y permaneció un buen rato escuchando la noche. El viento susurraba en los árboles, y en algún lugar de la oscuridad una criatura reía, y una voz femenina se alzaba entonando unas vísperas, una nana para su bebé. Brillaban luces en todos los huecos y en todas las colinas. Torres construidas en mármol se alzaban blancas bajo la luz de las estrellas, algunas imponentes y elevadas con alas de habitaciones surgiendo de la base, otras más pequeñas y construidas en humilde imitación de sus pudientes vecinas. Se oyó cantar a un ruiseñor, y otro se le unió, las dulces y claras notas sonando en el corazón del mago como el canto mismo del bosque en la noche.

—Milord Tellin —dijo—, hablan de marchar de aquí, el rey y el Synthal-Elish. Habéis oído los rumores. Si las cosas siguen como están... —Desvió la mirada hacia el norte a las zonas fronterizas—. Si las cosas siguen así, no creo que tarden mucho en tomar una decisión.

El clérigo se estremeció y sus ojos brillaron oscuros en la noche. ¿Que los elfos abandonaran el País de los Bosques? ¿No era eso, también, una especie de blasfemia?

—¿Cómo pueden pensarlo siquiera?

Dalamar miró por encima del hombro la Torre de las Estrellas que se alzaba sobre las susurrantes copas de los álamos. Brillaba luz en las ventanas por, lo general oscuras a esas horas. Sí, el rey permanecía despierto; pensaba, meditaba sobre el plan que le había presentado un mago menor de una Casa inferior, una estratagema que llevaba la tara de la blasfemia. De eso el mago estaba seguro, ya que un ejército de los Dragones arrasaba sus zonas septentrionales, y Lorac Caladon no tenía otra elección que considerar todas las opciones. Si escogería ésa o no, nadie podía decirlo. Pero lo estaba meditando.

—La gente desesperada, milord, hace cosas que en otras circunstancias ni siquiera consideraría.

—Así que has resuelto todos los problemas, ¿no es así, Dalamar? —Tellin sonrió, pero sin alegría.

—No, milord, en absoluto.

En silencio, siguió a su señor por los Jardines de Astarin, dejando atrás el templo de Astarin donde se salmodiaban oraciones en aquellos momentos, y los olorosos arriates de jazmín y gliclinias tardías, de hierba estrella y margaritas y balanceantes aguileñas. Hombres y mujeres de la Casa de Jardinería trabajaban allí a la luz de altas antorchas, regando los macizos de flores, ya que tal tarea se realizaba mejor por la noche cuando la tierra descansa del sediento sol. El perfume terroso del suelo mojado flotaba en el aire, y las luciérnagas danzaban en las zonas más recónditas de cada seto, buscando, hambrientas, larvas de babosas.

Realmente había sido amor a su país lo que había impulsado a Dalamar a concebir el plan que había presentado ante el monarca; un amor auténtico y duradero como el que sienten todos los elfos. No había pensado que nada más lo hubiera impulsado, no hasta ese momento en los Jardines de Astarin con las luciérnagas parpadeando y el perfume del jazmín en el aire. Mientras andaba, una esperanza insensata volvió a alzarse en su pecho, una que había creído desterrada. Cuando su plan funcionara —y sabía que lo haría— rogaría a lord Tellin que presentara su caso ante los magos de la Casa de Mística, para pedir que lo instruyeran como a todos los otros magos, a fondo en las artes mágicas. Se atrevía a tener esperanzas ahora, pues había estado entre nobles y hablado con un rey que lo había escuchado, un rey que muy bien podía tener en cuenta lo que había oído.

Cuando este plan demostrara su efectividad, diría a lord Tellin que quería aprender toda la magia que pudiera y luego un día iría a la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, para dirigirse al Cónclave de Hechiceros con la esperanza de que le otorgaran permiso para pasar la Prueba de la Hechicería.

Dos días más tarde, mientras Dalamar estaba sentado en el escritorio con el acostumbrado cesto de cálamos para afilar, llegó un mensaje al Templo, una corta misiva redactada en tono conciso, que decía que el sirviente Dalamar Argénteo debía ir a la casa de la Cabeza de la Casa de Mística, y que tenía que estar allí antes del mediodía. Dalamar se presentó mucho antes de aquella hora, y averiguó —no de Ylle Savath misma sino por boca de uno de sus magos— que figuraría entre los que viajarían al norte a las zonas fronterizas, para allí hechizar a un ejército de los Dragones.

—Dejemos que viva o muera merced a su plan —dijo lady Ylle el día en que Lorac anunció que seguiría el consejo de un criado.

Y aquellas palabras las pronunció como quien dicta una terrible sentencia. Sin embargo, Dalamar escuchó su orden como la primera nota de una valerosa canción, una que hablaría de cómo su sueño, que durante mucho tiempo había considerado imposible, empezaba por fin a hacerse realidad.

Phair Caron inspeccionó el ejército desperdigado a sus pies como un enorme océano oscuro, inquieto y ávido. La zanquilarga mujer vestida con su armadura roja de dragón, cuya sensual figura no ocultaban ni cota de mallas ni peto, permanecía en pie como una reina que supervisara su reino. Los cabellos, por lo general recogidos en lo alto de la cabeza bajo el yelmo de dragón, colgaban sueltos sobre los hombros ahora en una dorada cascada de ondulantes rizos que reflejaban los rayos del sol. Era su belleza la que suavizaba, aunque sólo un poco, un rostro endurecido hacía ya mucho tiempo por la necesidad y la rabia. Con ojos que poseían el azul de los filos de las espadas, miró alrededor satisfecha. Los peñascos de las montañas Khalkist eran sus pétreas mansiones, que se alzaban a mucha más altura que las torres de cualquier noble elfo y le proporcionaban un buen alojamiento. Alrededor se alineaban los campamentos de suministros, las tiendas de las cocinas y los almacenes de provisiones, incluso una pequeña ciudad de herreros con sus fraguas. El humo se elevaba como el humo sobre un campo de batalla, y los yunques resonaban mientras musculosos herreros humanos trabajaban reparando petos y grebas, forjando nuevas hojas para espadas dañadas durante los combates. Le habría gustado tener herreros enanos, pero era difícil conseguirlos, encerrados como estaban en Thorbardin mientras el Consejo de Thanos decidía si tomaban parte o no en la guerra.

Phair Caron miró al oeste en dirección al territorio de Abanasinia, cuya columna vertebral eran las montañas Kharolis. Allí vivían los primos de los silvanestis, con los que éstos no se relacionaban, los qualinestis que habitaban en los bosques, y también humanos y Enanos de las Colinas. Verminaard, el Señor del Dragón del Ala Azul, ya había puesto la mirada sobre ellos y preparaba crueles planes, listo para abatirse sobre aquellas tierras como un águila tras su presa. Un día, más tarde o más temprano, todas aquellas tierras y todas las gentes que en ellas vivían pertenecerían a su Oscura Majestad; las fuerzas de Takhisis arrasarían el sur hasta el Muro de Hielo y el norte hasta Solamnia para derribar las torres de Vingaard y Solanthus. Con su poder, la Reina de la Oscuridad llegaría incluso hasta los Ergoths, y todo Krynn le pertenecería, un santuario a su gloria construido sobre los huesos de quienes la desafiaron.

Con la sangre hirviendo en su interior y el corazón inflamado, Phair Caron miró al sur, hacia la oscura línea de los bosques de Silvanesti. Los Señores de los Dragones de Takhisis serían como reyes y reinas en Krynn, y la mujer sonrió, mostrando los dientes con expresión lobuna. *Ésta* Señora del Dragón gobernaría desde Silvanost, y tendría como esclavos a los nobles de la corte de Lorac Caladon.

Desde abajo le llegó distante un rugido, el sonido de su ejército, las inquietas

huestes de humanos, goblins, draconianos y ogros. No había sido fácil organizar ese ejército de razas dispares; los humanos se negaban a acampar cerca de los ogros, quienes no querían estar en las proximidades de los goblins, y nadie podía hallarse al alcance de cualquiera de las tres razas de draconianos sin que estallaran pequeñas disputas, y también entre ellos mismos, los baaz odiaban a los malévolos kapaks, que los aborrecían por su parte y despreciaban a los auraks.

Una larga sombra oscura pasó sobre las cimas de las colinas cuando Gema Sangrienta surcó las corrientes cálidas de aire para dar un paseo por el cielo. El terror mantenía a raya todas las facciones del ejército de la Señora del Dragón, el temor a los dragones que tomaban el sol en lo alto de los peñascos. Aburridos a menudo entre incursiones al interior del bosque, los poderosos wyrms no tenían inconveniente en arrancar directamente de entre sus compañeros a un ogro recalcitrante o un humano insubordinado y utilizarlo para dar un ejemplo. Los dragones eran el seguro de Phair Caron para mantener el orden, y con aquel orden general asegurado, practicaba la clase de control riguroso que la había hecho famosa entre los Señores de los Dragones de la Reina de la Oscuridad. Cualquiera de sus lugartenientes que fracasara en su misión de mantener el orden entre sus hombres fracasaba sólo una vez. Existían, aquí y en los territorios que había conquistado con anterioridad, muchos otros dispuestos y capaces de ocupar el lugar del hombre o la mujer que no podían mantener la disciplina.

En las alturas, un ala de dragones describía círculos en el cielo, en largas y perezosas vueltas que los llevaban sobre el bosque de álamos que empezaba a tornarse dorado con la llegada del otoño. Gema Sangrienta abandonó sus ociosos paseos en círculo y descendió a reunirse con los de su raza. Phair Caron percibió la alegría que el ser sentía al contemplar la destrucción que él y los suyos habían provocado, los rescoldos y las amplias franjas de terreno que no volverían a ver un árbol durante muchos años.

«¡Es fantástico!», le gritó el dragón, al sentir los pensamientos de la mujer en su mente.

«Es fantástico», asintió ella en silencio, la mujer que en una ocasión había gateado en la mugre del arroyo para obtener una pieza de cobre torcida que le había lanzado un elfo demasiado desdeñoso para esperar a que le diera las gracias. Las llamas de su ambición, de su prolongada necesidad de venganza, ardían en su sangre, encendiendo su corazón y su espíritu. Y a Phair Caron le dio la impresión, mientras permanecía allí de pie en las alturas, que podía ver hasta Silvanost, el día en que conducirían a Lorac Caladon encadenado ante ella y condenado a muerte, sentencia que se llevaría a cabo por apedreamiento en la plaza más grande de la ciudad.

Una figura pequeña se movía por entre las tropas, con decisión y abriéndose paso con facilidad entre la gente. Los goblins se apartaron, sus filas ondulándose ante ella,

y lo mismo ocurrió cuando cruzó la frontera oficiosa entre su campamento y el de los ogros. La figura cruzó sin problemas mientras soldados que sólo el día anterior habían acabado sin piedad con aldeanos elfos se apartaban apresuradamente de su camino. De este modo llegó el mago Tramd el de las Tinieblas hasta la zona elevada del campamento, el lugar donde el agua descendía en forma de arroyos desde los peñascos. Dos tiendas se alzaban allí, un poco separadas entre sí y bien apartadas de todas las que alojaban a los lugartenientes y capitanes del ejército de los Dragones. Una era de seda roja y tenía un brillante pendón rojo ondeando en el poste central; puntiaguda, incluso dividida en dependencias, se erguía como un manchón de sangre roja entre el pardo, el negro y los tonos marrones del ejército. La segunda tienda era más sencilla, más pequeña, con laterales de cuero y sin un pendón que ondeara del poste. Phair Caron dirigió la mirada a la primera, pues sabía que era allí a dónde se encaminaba el mago, con la cabeza gacha y andando presuroso.

«¡Gema Sangrienta!» —llamó.

«¿Señora?».

«Dile que se reúna conmigo en mi tienda».

«Cómo deseéis, señora».

El Dragón Rojo se despegó de los otros, estirando el largo cuello al tiempo que lanzaba un trompeteo hacia las alturas. El ejército se agitó, removiéndose como un mar inquieto ante un viento de tormenta. Los ogros alzaron los puños al cielo, todo pura bravata, y los humanos se movieron inquietos entre ellos mientras los goblins emprendían una fuga precipitada. En el extremo más oriental del campamento, los draconianos no dieron la menor señal de haberlo oído; sentían por los dragones lo que los dragones sentían por ellos. Tramd se detuvo y miró a lo alto, luego giró sobre sus pasos para alejarse de la tienda roja y dirigirse a la de cuero.

Phair Caron sonrió sombría. Tramd era un buen mago, y un buen hombre en campaña cuando se trataba de conducir batallas a lomos de un dragón. Entre los elfos se conocía y no se conocía su existencia, su presencia se percibía en la sangrienta carnicería, aunque ni dos elfos eran capaces jamás de ponerse de acuerdo sobre su descripción física. Ogro, humano, enano, incluso un elfo en una ocasión; los informes hablaban de todos ellos como de la criatura que había sido vista encabezando los ataques a los poblados, un mago cuya terrible voz retumbaba sobre los incendios y las masacres. Pensaban que se trataba de alguien capaz de mutar de aspecto, alguna terrible criatura surgida del sanguinario Abismo, pero no lo era, aunque sí era un ser terrible.

Phair Caron descendió la colina a saltos, con el astado yelmo de dragón sujeto bajo el brazo, y la larga espada golpeando las mallas que cubrían su muslo. Un buen hombre, terrible en el combate, pero Tramd tenía la molesta costumbre de desaparecer de vez en cuando, y sobre ello, iban a hablar ahora.

Cuando Phair Caron entró en su tienda, Tramd dio la espalda al mapa sujeto a la pared norte, que había estado estudiando, con la cabeza inclinada ligeramente y los hombros un poco encorvados. Todo Silvanesti aparecía en aquel mapa, las zonas quemadas y los bosques situados más allá.

—Señora —dijo el mago, al que los elfos de la frontera norte temían, y también temían los mismos miembros del ejército de los Dragones—, estoy aquí como pedisteis.

Fuera, el ruido del ejército era el sonido de un océano, que se movía y fluía, cinco mil voces que se mezclaban con diez mil más, corrientes submarinas de tintineantes mallas, espadas golpeando sobre espadas mientras los guerreros practicaban sus habilidades. ¡El ruido de su ejército! Phair Caron depositó su yelmo de dragón sobre la pequeña mesa y las cintas susurraron sobre la tosca madera, en tanto que el metal tintineaba débilmente en la mohosa atmósfera. Enganchó un taburete con un pie y tiró de él hasta la mesa, para a continuación sentarse en él, mientras miraba al mago en silencio, dedicando una prolongada mirada de sus ojos azules al rostro apuesto que éste le mostraba. Alto como un bárbaro de las Llanuras, mostraba hoy su forma humana, con cabellos que igualaban a los de la mujer en espesor y color dorado, y con una barba que descendía hasta el cinturón de su túnica negra.

Phair Caron sonrió, pero sólo para sí, sólo interiormente. Aunque adoptara la forma de un hombre, una mujer, un ogro, un draconiano, cualquier apariencia que deseara, ese mago no era un mutador. Era un enano. Sus gestos lo demostraban en ocasiones, su fisonomía y los giros de expresión que utilizaba a menudo lo demostraban. Lucía avatares igual que un cortesano lucía su fabuloso guardarropa, cada uno extraído de la misma tierra, modelado mágicamente de arcilla y piedra, cada uno elegido específicamente para la ocasión. De ese modo, Tramd no se encontraba, de hecho, junto a ella, pues ese avatar no era más que una creación inerte animada por la mente de un mago que residía en un lugar lejano que la Señora del Dragón no había visto jamás. Ni tampoco se había tropezado nunca con él en su auténtica forma, porque él jamás lo permitiría. Los que pensaban que lo veían, veían lo que el mago deseaba que se viera, y si su capricho decretaba que algo de su auténtica existencia física estuviera presente, eso era únicamente su voz.

—Te he buscado, Tramd. Esta mañana cuando los capitanes vinieron a presentar sus informes de la batalla de ayer, creía que estarías entre ellos.

Una voz chilló en el exterior. A poca distancia, alguien lanzó un juramento, pero el improperio quedó interrumpido de repente, al tiempo que el olor a sangre se dejaba notar en el aire. Phair Caron no volvió la cabeza, y en su pétrea mirada su visitante se encogió de hombros, en un gesto apenas perceptible.

—Tenía otras cosas que hacer.

—Desde luego. —Una oleada de cólera la embargó—. Parece que has tenido otras cosas que hacer a menudo.

—Si deseáis preguntar sobre lo que hacía, preguntad —repuso él, enarcando una ceja—. Recibiréis la misma respuesta que doy siempre. Tus asuntos son cosa tuya, y yo los hago míos porque lo pedís. Mis asuntos son cosa mía, y nadie tiene por qué hacerlos suyos.

Un insecto de oscuro caparazón se arrastró por el suelo, un escarabajo del tamaño de casi la mitad de la palma de la mano de la mujer. Distraídamente, Phair Caron lo aplastó, sonriendo al oír el crujido del caparazón al reventar.

—Ten cuidado, Tramd. No tienes excesiva razón en tus afirmaciones. Conviertes en tuyos mis asuntos porque te conviene cruzar Krynn con mi ejército; pero las cosas pueden cambiar, amigo mío, y podrías encontrarte con que ya no me conviene a mí tenerte aquí.

El apuesto rostro del avatar permaneció discretamente en calma, y sus ojos verdes relucieron.

—Los tiempos siempre cambian, señora. No me preocupo por eso.

Su serenidad la irritó. Con el dedo recorrió el sinuoso dibujo de su yelmo de dragón, una línea que sugería la cola de una de tales criaturas; luego entrecerró los ojos y miró con fijeza al avatar de un mago al que nunca había visto. Un montón de carne putrefacta con una mente muy aguda, eso era lo que se rumoreaba de Tramd el de las Tinieblas. A veces, en plena noche, recordaba aquella historia y se estremecía. Existen pruebas a las que los magos tienen que someterse si desean ser más que magos marginales, más que simples buhoneros de pociones de amor y ungüentos para eliminar verrugas. Nadie había dicho nunca que las pruebas fueran fáciles, pero aun así, ¿cuántos de los que hablaban tan alegremente de esas pruebas comprendían lo terribles que podían ser? No muchos. Tramd, donde fuera que él en persona se hallara, sabía lo terribles que eran. Se decía —y él nunca lo negaba— que su cuerpo había quedado destrozado durante las pruebas, tan horriblemente desfigurado que sólo la magia y la voluntad de una mente tan poderosa mantenían al mago con vida.

—¿No puedes esperar hasta que la conquista haya finalizado para empezar a buscar botines? —preguntó Phair Caron, como sin darle importancia.

La sangre encendió las barbudas mejillas del otro. Aquella calificación de su búsqueda era un insulto.

—Señora, me forzáis a...

Desde lo alto de las colinas, los dragones barritaron, los poderosos Rojos se gritaban entre sí, pavoneándose, jactándose, ansiosos por luchar. Uno pasó volando por encima, y una sombra oscura cubrió el suelo, ondulándose sobre las paredes de la tienda. Phair Caron sintió la ansiedad del wyrm como si fuera la suya.

—¡Es suficiente! —exclamó—. Eres tú quien me fuerza. A partir de ahora, abandonarás mi ejército cuando yo te lo diga. No vas a ir y venir a tu gusto. La campaña avanzará más deprisa ahora. Los elfos están utilizando todos sus efectivos en la frontera, y todo lo que tienen no va a ser suficiente. Atacaremos con más dureza y más a menudo. Te necesito aquí.

El otro no dijo nada durante un buen rato, ni sí ni no, mientras otro dragón sobrevolaba el lugar, y luego otro, sus sombras enredándose en el cuero de las paredes de la tienda. Cuando el mago alzó la mirada, sus ojos brillaban fríamente, los de un hombre que ha sopesado las cosas y ha decidido qué hacer.

—Cómo deseáis, señora. Ahora, existe un pequeño asunto que discutir. Uno —siguió con suavidad—, que me viene a la mente de forma reiterada cuando me muevo entre el ejército.

Cuando ella le indicó que siguiera, el avatar dio la vuelta a la mesa para dirigirse hasta el mapa sujeto a la pared de la tienda, mientras las sombras de los dragones tejían telarañas de sombra sobre su espalda. Con un amplio movimiento del brazo, señaló todo Silvanesti.

—Hemos ganado varias batallas aquí, señora, y sin embargo no avanzamos, permanecemos en los peñascos.

—¿Y? —La mujer se encogió de hombros.

—Y el ejército se pregunta cuándo entraremos en el bosque.

—¿Buscan más botín del que puede encontrarse en los pueblecitos, verdad? —rió Phair Caron—. ¿No piensan más que en los legendarios tesoros de las ciudades elfas? —Giró la cabeza y escupió—. No me importa. Hacemos esto como siempre lo hemos hecho, como lo hicimos en Nordmaar, en Goodlund y en Balifor; hasta que las ciudades no estén atestadas de refugiados, y hasta que los ejércitos no se vean obligados a retroceder para proteger a la gente, no abandonaremos este lugar. Entretanto, que vengan a atacarnos. Que malgasten hombres, fuerzas y riquezas para llegar hasta nosotros.

—Y ¿entonces...?

—Entonces, elimina a unos cuantos de los que protestan, de modo bien notorio, y continúa con la organización del siguiente ataque. —Le dio la espalda para mirar el mapa sujeto a la pared norte de la tienda—. Y sí —añadió, concediendo un favor que otorgaba a menudo—, puedes quedarte con la sangre del corazón.

El hombre no le dio las gracias y salió en silencio. Al cabo de un rato, los prolongados gemidos ondulantes de una matanza que duraría cierto tiempo rasgaron el silencio. Phair Caron sonrió.

Los cantos de los pájaros cesaron. En el boj que limitaba los Jardines de Astarin, los cardenales permanecían mudos. Herrerillos grises, morados pinzones y humildes gorriones no tenían nada que decir, y los sinsontes se introducían en las profundidades de los setos, con los blancos galones que marcaban sus alas ocultos, los bulliciosos gritos pospuestos para otro día. Las mariposas no revoloteaban sobre los pequeños tiestos de arena desperdigados por el jardín, y las mariquitas no salpicaban las rosas tardías. Era como si todas las criaturas del jardín hubieran huido o sintieran temor ante la enorme asamblea de elfos.

Si el jardín permanecía silencioso, era tal vez el único lugar tranquilo de Silvanost. Ni siquiera el cielo estaba plácido. Grifos dorados daban vueltas sobre la ciudad con orgullosos Jinetes del Viento sobre sus lomos, y el sol centelleaba en los arneses de los jinetes y los crueles picos de las bestias. Había dos docenas en el cielo, una avanzadilla de los seis grupos que convergerían en las zonas fronterizas. Sobre el lomo del grifo de mayor tamaño, con la cabeza alta, la espada adornada con piedras preciosas atada al cinto, y su reluciente cota de mallas, hecha con los mejores eslabones de acero, lord Garan de la Protectoría conducía a su grupo a la Torre de las Estrellas donde el Orador aguardaba de pie sobre el balcón más elevado.

Alhana estaba junto a su padre. El soberano resplandecía cubierto de oro y sedas, y su hija, con la mano apoyada en su brazo, refulgía blanca como un lirio, con la oscura melena sujeta en lo alto de la cabeza y adornada con diamantes, y la túnica de brocado de seda del blanco más radiante. Cuando Garan pasó junto a ellos, la princesa lirio alzó la mano, y lord Garan se quitó el yelmo a modo de saludo.

—¡Lord Garan! —gritó la gente; las mujeres agitaban pañoletas verdes desde sus balcones, y los hombres vitoreaban con energía desde las ventanas—. ¡Lord Garan, por E’li! ¡Lord Garan, por Silvanesti!

En el suelo, las voces del ejército se elevaban y descendían, llenando el patio y las calles que rodeaban la Torre de las Estrellas. Oyendo a los Montaraces, viéndolos, cualquiera pensaría que no eran nada más que una enorme partida de caza que salía a proporcionar la comida de un día festivo. Las carcajadas resonaban agudas en chistes toscos y payasadas. Los colores del ejército, el verde y el dorado del amado bosque de álamos, flotaban en las heladas brisas otoñales. En los balcones y en las ventanas de las torres que rodeaban el hogar del Orador de las Estrellas, hombres, mujeres y niños ataviados con ropas de brillantes colores salían a contemplar a los Montaraces, algunos profiriendo vítores, otros silenciosos. Todos intentaban mantener cada momento en la memoria, grabar cada imagen en el corazón. Debajo de ellos, en el verde y el gris, estaban los hijos e hijas de la Protectoría, y la consideración que se les tenía cruzaba el umbral de cada Casa, pues allí estaba la orgullosa flor del poderío silvanesti, hombres y mujeres que habían jurado derramar su sangre, romper sus corazones y sacrificar sus vidas si era necesario.

No eran más que una pequeña parte del ejército que se estaba reuniendo. A Shalost, en el noroeste, iban llegando Montaraces, y esas fuerzas de Silvanost se reunirían con ellos, pues era en Shalost, en los terrenos de la Torre de Waylorn, donde se juntarían los grifos, las poderosas criaturas preparadas para transportar arqueros al combate. El ejército de Silvanost tardaría dos días en llegar a la Torre de Eaylorn y, una vez en el bosque, los Montaraces desaparecerían en su silencio y sus sombras, para dispersarse en grupos de no más de una docena, a menudo menos incluso. El ejército de Silvanesti no viajaba como los ejércitos de cualquier nación extranjera; al fin y al cabo se trataba de elfos, y el menos experimentado de ellos resultaría indistinguible de una sombra si así lo deseaba.

En el punto donde el extremo meridional de los Jardines de Astarin permanecía bañado por el sol, cerca del Templo del Fénix Azul, donde vivían los miembros de la Casa de Arboricultura Estética, el gris y el verde se vieron ribeteados de blanco, como una nube que hubiera descendido sobre la ladera de una colina. Llegaban los magos, una larga fila de ellos, y sus aromas —especias, pétalos de rosa secos, aceites y hierbas— proporcionaban exóticos matices al olor a cuero, acero y sudor de un ejército que se agrupaba. Encabezaba la marcha Ylle Savath, que como gobernadora de la Casa de Mística se ocuparía de que se ejecutara esta maniobra mágica —¡ese plan de un sirviente!— y no dejaría nada a la casualidad. No había resultado tan difícil localizar conjuros de ilusión, aunque tales no eran competencia de la magia blanca. Lo que estaba prohibido entre los magos también se hallaba anotado. Los magos que la hechicera había elegido para el trabajo eran los que consideraba más respetables, los que poseían reputaciones excelentes y jurarían liberar esa magia extraña y no volver a tocarla jamás. Entre éstos, en el extremo más lejano de la fila, había uno del que ella no estaba tan segura, pero se sentía obligada a incluirlo. «Que viva o muera merced a su plan», había dicho al rey, y sentía intensamente que una desvergüenza como la de Dalamar Argénteo debía contrarrestarse con la orden de arriesgar su vida allí donde él pedía que otros la arriesgaran.

El embriagador perfume de la magia inundaba el corazón de Dalamar. Se encontraba rodeado por todos aquéllos que en una ocasión no lo habían considerado uno de los suyos, y que ahora sabían que él había forjado el plan al que dedicaban sus energías y su fuerza de voluntad. En él, la aplazada esperanza llameaba, pues saldría de aquello siendo digno de todo lo que la Casa de Mística le había negado. ¿Quién le prohibiría los conocimientos que necesitaba? ¿Quién diría: «No. No puedes ir a pasar la Prueba de la Alta Hechicería»?

Una mano sujetó su hombro, y una voz baja saludó:

—Buenos días tengas, Dalamar Argénteo. El mago se volvió y encontró a Tellin Vientorresplandeciente junto a él.

—¿Habéis venido a desearme suerte, milord?

En algún lugar sonó una trompeta, una nota alegre que se elevó por encima del estruendo de la muchedumbre. Una oleada de excitación atravesó a los Montaraces, y sus chanzas y risas se transformaron en un ahogado murmullo. La apariencia de la multitud empezó a cambiar a medida que iban formando en pequeños grupos.

—Bien, realmente te deseo suerte —dijo Tellin, sonriendo con una mueca irónica, y dejó caer un grueso paquete a sus pies—. Pero no es por eso por lo que estoy aquí.

—¿No?

Dalamar tomó aliento para hacer la pregunta obvia, luego se contuvo. La mirada de Tellin había vagado y, en su vagabundear, se había detenido. En los jardines del Templo del Fénix Azul, había una mujer de pie, con las manos entrelazadas y los ojos grises escudriñando la multitud de Montaraces y magos. Lady Lynnthia sonrió de improviso, con rapidez, luego se volvió cuando alguien le habló. Lord Ralan la tomó del brazo y la hizo retroceder de las primeras filas de la muchedumbre.

De nuevo sonó una trompeta, y sus notas argentinas flotaron en la mañana. Desde fuera de las puertas de la ciudad se oyó un cuerno de guerra, grave y profundo; la ciudad llamaba al bosque, y el bosque respondía. El color desapareció del rostro de Tellin, el pulso se desbocó en su garganta, y entonces el clérigo anunció:

—Estoy aquí porque voy al norte con el ejército. Unos pocos clérigos más también van.

—¿Para atender las almas de los soldados?

—Pues sí —respondió él, sin dejar de captar el tono irónico que Dalamar no hizo demasiado esfuerzo por ocultar—, desde luego.

Pero sus ojos seguían fijos en lady Lynnthia, en su delgada y recta espalda y en su corona de cabellos plateados. Cuando ella alzó una mano para apartar un rizo rebelde de la mejilla, el latido de la garganta aumentó de intensidad, martilleando hasta que Tellin la vio desaparecer por completo en la muchedumbre. El clérigo alzó la mochila y se la echó al hombro, y de su bolsillo, expulsado por el repentino movimiento, cayó un estuche de pergamino bordado en brillantes colores. Dalamar se inclinó para recogerlo, y cuando le quitó el polvo con el borde de la manga, el aroma del perfume de la dama embelleció el aire, lilas y helechos.

—Milord —dijo, entregando el estuche a Tellin.

Lord Tellin volvió a guardarlo, poniéndose repentinamente a la defensiva.

—No eres el único hombre de Silvanost que tiene un sueño —indicó con frialdad.

Eso parecía, pero no creía que su sueño fuera más difícil de obtener que el de lord Tellin. En la Casa de Mística respetaban el talento o se los podía convencer de hacerlo. En la Casa de Arboricultura Estética no les importaba quién era uno, clérigo

o héroe de guerra; si no pertenecía a su clan, nunca podría casarse con una de sus queridas hijas.

Una luz roja refulgía en el rincón más pequeño del brasero, y las sombras trepaban por las paredes de seda de la tienda roja y volvían a derramarse desde lo alto. Tramd sumergió los dedos en el negro cuenco de barro y los sacó cubiertos de sangre. Sangre del corazón con la que roció las piedras que circundaban su pequeña fogata, pintando runas sobre la piedra, runas de caza, runas de tesoros, runas para asegurar buena suerte. Era, tal como Phair Caron suponía, un enano. No allí, no entonces bajo esa apariencia de bárbaro de elevada estatura, pero en el lejano lugar dónde habitaba, en las altas torres de su ciudadela, era un enano. Entendía de runas, y sabía cosas sobre la suerte, ya que los enanos cuentan con unas tanto como con las otras.

Escritas las runas, Tramd observó con atención mientras el fuego secaba la sangre hasta volverla negra y aparecían pequeñas grietas en las señales. Observó el interior de las grietas, más allá de la sangre ennegrecida, más allá de la piedra misma, y el interior de un pequeño rincón del Plano de la Magia. La oscuridad se arremolinó bajo sus ojos; aspiró con fuerza, soltó el aliento, y el fuego bailoteó.

—Ven —musitó, la voz del avatar dando forma a la voluntad del mago—. Ven y prepárate. Prepárate para correr.

Las tinieblas se intensificaron, luego cambiaron, para tomar forma en el lejano plano que existe fuera del mundo de los cinco sentidos. Sobre las paredes de seda roja, las sombras giraron sobre sí mismas y corrieron juntas, pequeñas criaturas de la oscuridad, que se amontonaban en lo alto donde el agujero de ventilación dejaba salir el humo. En una esquina de aquella masa, creció algo brillante, como un ojo que se abriera.

Tramd contuvo la respiración, consciente de la presencia del ojo, pero sin atreverse a apartar la atención de la sangre reseca. Las rendijas se cerraron, poco a poco, cicatrizando, pero si él hubiera apartado la vista, aunque fuera por un instante, habrían salido al exterior cosas capaces de helar el corazón de los dragones y de provocar tal terror en los espíritus de los mortales que saldrían huyendo enloquecidos. El ojo brilló, se oscureció, luego volvió a refulgir. Las grietas en la sangre se cerraron, despacio.

En la pared, las sombras adoptaron una forma, la de un podenco de ojos bizcos y fauces abiertas de par en par. Los aullidos del animal se enroscaron en el espíritu del mago, en un largo gemido sobrenatural parecido al de un lobo separado de su jauría. El fuego suspiró, y las negras runas de sangre cerraron sus heridas, dejando fuera la oscuridad. Tramd se recostó sobre los talones, alzando la mirada hacia la roja pared,

donde el podenco espectral pareció respirar cuando la roja seda se agitó merced a una brisa vagabunda surgida de los peñascos.

—Podenco —dijo el hechicero, con los ojos puestos en el ojo, y encadenando con su voluntad a la bestia en el mismo instante en que ésta oyó su voz—. Podenco, ¿quieres ir de caza? —El resplandeciente ojo parpadeó, luz, oscuridad, luz otra vez. El ser cazaría—. Ve al bosque —ordenó Tramd—. Sal y busca, y regresa para decirme qué magia has encontrado, libro o artefacto, pergamino, anillo o colgante. Ve, y luego regresa otra vez.

La sombra-podenco se escurrió de la pared, un ser en movimiento, aunque no un ser vivo, y corrió durante toda la noche, una criatura de las tinieblas, atravesando la oscuridad como los peces cruzan el océano. Penetró en el bosque, bajo la luz de las lunas en tres cuartos y recorrió los territorios quemados, la zona de troncos carbonizados y cenizas donde de vez en cuando parpadeaban rescoldos, como ojos entre la destrucción que observaban correr al ser. Cruzó poblados y pasó junto a casas donde la gente dormía en forma de pesadilla, un sueño espeluznante, un gemido. Cuando pasaba junto a ruinas lo hacía a mayor velocidad, ya que nada quedaba por encontrar allí. Algunos objetos mágicos sí descubrió, pues se trataba de un reino donde se honraba a los magos, y el podenco percibió anillos de poder, espadas con hojas que habían abatido ogros, cuyas empuñaduras enjorjadas lucían runas de poder para rechazar maldiciones.

Halló estas cosas en las pequeñas poblaciones situadas entre las fronteras quemadas y la recta calzada del Rey. Veloz como un viento helado surgido del invierno, el animal pasó junto al campamento de un grupo de elfos, gentes harapientas, gentes malheridas, ancianas, viejos y niños que se dormían entre sollozos, y aquellos durmientes despertaron entre gemidos cuando el podenco se deslizó alrededor de la luz de sus fogatas y prosiguió su carrera.

Bajo los ojos de Solinari y Lunitari y el ojo que nadie veía pero que algunos sentían, la negra luna de Nuitari, la bestia mágica corrió y dejó atrás los perímetros de muchos campamentos de Montaraces, donde halló algo de magia, que no se molestó en tener en cuenta. Su amo ya saquearía los huesos de esos cadáveres cuando perecieran en el combate. Otra cosa mágica si halló, unos libros cubiertos de hechizos de protección. Tres eran delgados, sin nada excepcional en ellos; el cuarto, grueso y antiguo, sí era digno de tener en cuenta. El podenco los descubrió en una cueva no muy lejos de la ciudad del rey elfo, la hermosa Silvanost, la reluciente joya del corazón del reino.

Satisfecha por fin, la sombra-podenco regresó a la tienda de su amo, y todas las cosas que había descubierto y anotado le proporcionaron algo mejor que alabanzas por parte de su señor.

—Hasta contar veinte —indicó Tramd a la oscuridad del ojo llameante—, puedes

correr entre los que duermen ahí afuera en el ejército. Toma lo que quieras y haz con ello lo que desees.

El podenco se deslizó al exterior por debajo de la tienda, con los ojos rojos reluciendo como ascuas tras un incendio. Curioso, Tramd salió al exterior, y en la frialdad de la noche observó cómo la sombra corría, ondulándose sobre el suelo y se volvía informe. La helada luz de las estrellas caía sobre el suelo, las lunas se habían puesto, y las innumerables hogueras del ejército brillaban como ojos rojos en la noche. Observó el recorrido de la criatura, la carrera del espectro, y sintió que le hervía la sangre, la sangre del avatar, la sangre del destrozado montón de carne y huesos que yacía muy lejos en un lecho de sedas y raso. El podenco saltó —¡lo sintió!— y arrancó algo a un guerrero dormido. No fue nada que sangrara, ni nada que se rompiera; arrancó el alma del infortunado y de otros cuatro más.

Tramd sonrió. Suspiró y percibió cómo el espectro se hartaba con la esencia de sus víctimas, con cada uno de sus pensamientos, deseos y sueños, con cada temor, con cada debilidad, con la suma de sus espíritus. Rió, con una risa sorda y terrible como piedras rechinando entre sí, cuando la bestia tomó aquellas almas y las arrastró con ella a las tinieblas de las que había surgido.

El hechicero contempló a los que habían perdido el alma, que corrían lamentándose y chillando por entre el ejército; vio cómo eran capturados, eliminados, y oyó como los que los habían matado comentaban entre sí:

—Locura. Menos mal que están muertos.

Al fin y al cabo se trataba de ogros, y en ocasiones se volvían locos y había que matarlos. No obstante, en el lugar donde vivía el podenco, los gemidos y los chillidos no cesaban jamás.

Por la mañana, Tramd anotó todas las cosas mágicas que la sombra-podenco había localizado, tomó nota de dónde estaban y las marcó en el mapa que guardaba en un pequeño cofre de plata. Había hecho lo mismo en cada uno de los territorios que el ejército de la Señora del Dragón había arrasado, un buscador de tesoros que busca. Como había hecho en Goodlund, en Nordmaar y en Balifor, visitaba todos esos lugares una vez que la gente había sido sometida y Phair Caron había instaurado sus gobiernos; entonces se hacía con los tesoros y los ponía a prueba. Tramd desayunó, mientras se preguntaba si alguna de las cosas halladas allí podría ser el tesoro que buscaba desde hacía tanto tiempo, luego salió a dar un paseo en el recién estrenado día. Finalizadas sus conjeturas por el momento, fue a informar a su Señora del Dragón que un gran ejército de elfos se había puesto en marcha.

—Y los refugiados que hicimos huir al bosque se encuentran ahora a poca distancia de Silvanost. Están hambrientos y cubiertos de harapos y listos para devorar la cosecha de otoño y buscar más comida aún en las reservas para el invierno.

»Señora —continuó cuando ella alzó la mirada de su desayuno de vino y queso

—, el principio del fin de los elfos ha llegado.

Al amanecer, cuando el cielo iba adquiriendo un tinte azul lavanda rosado y las últimas neblinas nocturnas se elevaban de los pequeños estanques de lirios en los Jardines de Astarin, Alhana Starbreeze atravesó la Torre de las Estrellas, cruzando estancias de altos y bajos techos, en busca de su padre. Avanzaba en silencio, como era su costumbre. Sus zapatillas de fino cuero no hacían el mínimo ruido sobre los suelos de mármol, y el dobladillo de su vestido adamascado azul celeste no susurraba alrededor de sus tobillos. En los brazos llevaba los brazaletes de oro que su padre había regalado a su madre el día que ella nació, nueve aros, cada uno en forma de enroscada enredadera, pero éstos tampoco tintineaban mientras ella andaba, pues lo hacía con las manos entrelazadas ante sí, apretadas con tanta fuerza que los nudillos aparecían blancos allí donde el hueso presionaba contra la carne.

Fue de habitación en habitación. En el dormitorio vacío del monarca había una túnica verde echada sobre el lecho, bordada con runas de plata, a su lado unas calzas de la más suave lana cardada, y a los pies de la cama sobre el frío mármol estaban las zapatillas de Lorac, cuero dorado curtido hasta darle una suavidad extrema. Un pequeño cofre de caoba repujada en plata permanecía sin abrir junto a la túnica. En su interior, la joven sabía que se encontraban las joyas del Orador, collares, colgantes, diademas que usaba para mantener los cabellos apartados de la frente, todas ellas realizadas por los artesanos enanos más expertos en la época en que había existido comercio entre Silvanesti y Thorbardin. De eso hacía ya mucho tiempo. Ahora los enanos se mantenían apartados del mundo en su fortaleza de las montañas, y los elfos silvanestis permanecían siempre dentro de los confines de El Cercado. Lo único que tenían en común era su necesidad de mantenerse lejos del resto del mundo y un testarudo desprecio por los extranjeros.

Alhana no encontró a su padre en la biblioteca ni en la sala de música. Corrió al solarío, pero no estaba allí; ni tampoco en el arborétum, aunque había esperado hallarlo en aquel lugar, disfrutando del nacimiento del día en aquellas deliciosas y soleadas estancias donde las flores crecían en desenfrenada profusión. Salió a la galería en el punto donde rodeaba el pozo formado por la sala de audiencias, y el corazón le dio un vuelco.

Un resplandor verde, trémulo y brillante ascendía desde el suelo de la sala de audiencias y manchaba barandilla y balaustradas con un desagradable tono verdoso de algas pudriéndose en un estanque encharcado. Una helada capa de sudor apareció en su rostro. Había visto esa luz antes, en oscuras mazmorras durante tardías vigiliass cuando su padre despertaba por culpa de las pesadillas.

Con la mano sobre la fría barandilla de mármol, Alhana se inclinó para mirar

hacia abajo, y descubrió allí a Lorac Caladon. Estaba sentado en su trono, un poco encorvado, y sostenía algo entre las manos, un objeto del que emanaba aquella luz espantosa. El fulgor verdoso brillando hacia lo alto, confería al rostro del monarca un color horrible, el color de un cadáver.

Alhana se estremeció. Con el corazón latiendo apresuradamente, se alzó las faldas y corrió por el pasillo hasta la amplia y sinuosa escalera.

—¡Padre! —chilló, y su voz resonó en forma de eco por la galería y el hueco de la cámara situada abajo.

Él alzó la mirada, lentamente, como alguien que es despertado de un profundo sueño. Su rostro no mostraba otro color que el resplandor verde del Orbe y, con sorprendente brusquedad, sus ojos centellearon, como relámpagos surgidos de nubes de tormenta.

—¡Quédate quieta! —ordenó.

Y era su padre. Era su rey.

Alhana se detuvo en seco, la mano sobre el frío mármol, el pie listo para dar el último paso.

—¿Padre?

—No te muevas —repitió él, y su voz fue un desagradable gruñido.

La luz del Orbe vibró, como los latidos de un corazón malévolos.

A lo lejos, arriba en la galería, la joven oyó voces de criados que hablaban entre sí, una mujer que hacía una pregunta, un hombre que imponía silencio. Alhana dio un paso más hacia su padre y descendió el último escalón para posar el pie en el suelo de la sala de audiencias.

—Padre —susurró—. Padre, me asustas. ¿Te encuentras bien?

Él no se movió, ni siquiera para mirarla. Otro paso, luego otro, y entonces, bajo la luz del día, vio temblar los labios de su padre. Era el temblor de un anciano, se dijo, y la idea misma le pareció un susurro de traición.

¿Lorac anciano? ¿Lorac temblando? Lorac... oh, por todos los dioses, ¿estaba el monarca asustado?

El verde resplandor se apagó, abandonando el rostro del rey y la sala, para regresar al Orbe. Envalentonada, Alhana dio otro paso y luego otro. Por fin, al ver que Lorac no protestaba, cruzó a toda velocidad el suelo de mármol, con las zapatillas repiqueteando, y los brazaletes tintineando con la más áspera de las voces metálicas. Corrió, y fue a arrodillarse junto a él, el Orador en su trono.

El soberano estaba sentado en perfecta inmovilidad. El rostro, como mármol, carecía de expresión, pero sus ojos, sus ojos...

Alhana Starbreeze cubrió las manos de su padre con las suyas, suavemente. Al ver que no se resistía, levantó la esfera y la depositó sobre el soporte y, al hacerlo, casi estuvo a punto de dejarlo caer. El atril, en una ocasión de marfil y en forma de

dos manos alzadas en actitud de ofrecimiento, había cambiado. Se trataba del mismo atril, lo sabía, se daba cuenta de ello, pero algo lo había deformado. Algo lo había arañado y desgarrado, y ahora no eran ya dos manos, sino una enorme garra con cinco zarpas curvas. Y entre aquellas zarpas, dentro de aquella garra, el Orbe de los Dragones de Istar encajaba tan pulcramente como siempre lo había hecho.

—Hija mía —musitó el rey, su padre, alzando la mirada hacia ella—, mi pobre Alhana.

Sus ojos estaban inundados de una tristeza tan profunda, tan terrible, que la joven, al contemplarlos, sintió como si fuera a hundirse en ellos como si se tratara de un estanque sin fondo.

—Padre. —Tocó su rostro y lo sostuvo con ambas manos. Bajo las manos notó un estremecimiento, la carne del rostro temblando; era, se dijo horrorizada, con compasión, como si él ansiara llorar pero hubiera perdido la capacidad para hacerlo—. Padre, por favor dime. ¿Qué sucede?

El monarca la miró desde el interior del marco que formaban las blancas manos de su hija, y ella advirtió que sus pupilas estaban dilatadas, que se habían vuelto tan enormes que daban a sus ojos la apariencia de ser negros como el carbón. Alhana se estremeció y apartó la mirada, atemorizada. Pero no retiró las manos, pues temía que si lo soltaba, su padre, el rey de todo el País de los Bosques, desaparecería, para hundirse en un terrible lugar de tinieblas.

—Hija mía —repitió él, con voz estremecida—. Hija mía, el mundo está perdido.

¿Qué hechizo había lanzado el Orbe para adueñarse de él? ¿Qué conjuro salido de la condenada Istar estaba actuando allí en Silvanost?

—No —murmuró ella, retrocediendo, pero mantuvo las manos sobre su rostro de modo que también él tuviera que alzarse—. No —volvió a decir en voz baja, apremiante, el brazo alrededor de los hombros del monarca. ¡Qué delgados parecían! ¡Qué encorvados por la preocupación!—. Padre, el mundo *no* está perdido. Ni tampoco el reino. Tenemos a los dioses de nuestro lado. Tenemos a E'li en persona, y por eso *triunfaremos*.

Lorac no dijo nada ni a favor ni en contra. Respirando de un modo superficial, como un hombre dormido, permitió que lo hiciera descender del trono y ascender por la sinuosa escalera hasta sus aposentos. Avanzaron de prisa, con toda la mayor rapidez que a Alhana le fue posible, pues aunque no encontró sirvientes en la galería, sí oyó sus voces provenientes de las distintas estancias ante las que pasaron. No debía permitir que se viera a Lorac en este estado, en ninguna circunstancia.

Una vez a salvo en la habitación de su padre, encontró allí a su chambelán, el viejo Lelan, y entregó al soberano a su cuidado. Entre susurros y arrullos, Lelan condujo al rey hasta su lecho y lo ayudó a tenderse; arrojó sus cuidadas ropas al suelo y lanzó el cofre de caoba a un rincón del dormitorio como si todo ello fuera sólo un

montón de hojas que el viento había arrastrado al interior.

—¿Qué le ha sucedido, señora? —preguntó, mientras cubría los hombros del monarca con las sábanas de seda y osaba, impulsado por su profundo afecto, apartar del rostro del rey los cabellos como lo haría con una criatura febril.

—No lo sé —respondió Alhana, sacudiendo la cabeza—. Lo encontré así. —No mencionó el Orbe—. Ocúpate de él lo mejor que puedas, Lelan, y asegúrate de no decir nada a nadie. Mi padre volverá a ser él mismo pronto, y comprobaremos que sólo tiene falta de sueño y un exceso de preocupaciones. No tengo que decirte lo mucho que lo avergonzaría averiguar que este... —buscó la palabra adecuada— este trastorno ha llegado a oídos de *alguien*.

—Será como vos decís, señora. —Lelan hizo una reverencia.

Así sería, estaba segura, y aquella seguridad le hizo recuperar la confianza mientras volvía a salir a la galería. Abajo, en la sala de audiencias donde se encontraba el Trono Esmeralda, donde el Orbe de los Dragones se agazapaba sobre el transformado atril, la luz verde volvía a palpar. Ahora brillaba con luz muy tenue, como si se hallara a gran distancia.

A la luz de ese resplandor Alhana Starbreeze tuvo la repentina visión de sus propias manos sobre la esfera de cristal, sus propios dedos aferrando la suavidad del Orbe, con la luz brillante mostrando lo que la carne ocultaba: huesos y músculos e incluso sangre fluyendo por las venas. Se vio a sí misma alzando el Orbe y transportándolo hasta lo alto de la galería para, una vez allí, inclinarse sobre la barandilla y arrojar al suelo este artilugio de la infernal Istar para que se hiciera añicos sobre el frío mármol.

Sin embargo, al mismo tiempo que ansiaba hacerlo, supo que no lo haría. En alguna parte de su espíritu sabía que no *debía* hacerlo. El Orbe no era sólo un artefacto de Istar, era un artefacto de la Prueba de Lorac Caladon. El Orbe y el rey de Silvanesti estaban inextricablemente unidos.

«¡El mundo está perdido!». Eso había musitado el rey, eso había gemido su padre mientras contemplaba con fijeza la luz de un Orbe que había visto cómo el Cataclismo hundía a Istar en el mar y rehacía la faz de Krynn.

Alhana dio la espalda a la luz que palpitaba como un largo y lento latido, y siguió galería adelante hasta sus propios aposentos. Allí se sentó en el alféizar de la alta ventana que daba al norte. Un leve perfume penetró por la ventana, el aroma de la mañana en Silvanost, de los macizos de hierbas bañados de rocío en los Jardines de Astarin, el acre olor del boj, la dulce fragancia de panes y pastelillos que los panaderos transportaban en sus carretillas hasta las puertas de las cocinas de sus clientes. Todo olía demasiado normal, tan real e invulnerable. Y, sin embargo, no existía mucha normalidad esos días, y lo que era real —la guerra en la frontera, los refugiados en la calzada del Rey, una horda hambrienta, un ejército que avanzaba

arrastrando los pies— no le inspiraba seguridad.

Lord Tellin permanecía sentado, inmóvil, sosegado en su cuerpo, sosegado en su habla, sosegado —Dalamar estaba seguro— en su corazón y espíritu. Sentado bajo un alto álamo, cuyas hojas se habían tornado doradas, el clérigo era como una estatua, como un objeto tallado en la tosca y dura piedra de la tierra, impasible y sin moverse. Se hallaba a menos de un palmo de una pendiente que lo habría matado si se movía demasiado deprisa o en la dirección equivocada, una larga caída entre piedras hasta el fondo de una estrecha cañada.

¿Respiraba? Dalamar alzó la mirada de su tarea de clasificar componentes para hechizos y miró a su compañero de reajo. De un modo apenas perceptible, la tela manchada de sudor de la túnica blanca se onduló sobre el pecho de Tellin. Apenas respiraba.

Hacía tiempo que los Jinetes del Viento habían volado hacia el norte a lomos de los grifos, desaparecidos en la noche bajo el manto de la oscuridad para ocupar sus posiciones para la batalla. Dalamar no los echaba de menos. El olor de almizcle de león y humedad de ave no era agradable. Levantó los ojos hacia el cielo cubierto de nubes de tormenta. Bajo ellas las hojas de los álamos refulgían como el tesoro de un rey, y alrededor, magos y Montaraces se distribuían en dos grupos, en medio de un clamor que recordaba el tintineo de las espadas, el retumbo de las tormentas que no tardarían en descargar. Tellin, no obstante, permanecía sentado tranquilamente bajo las ramas de un álamo solitario, y no parecía oírlos. Sobre su rodilla descansaba el pergamino que contenía el *Himno de la aurora a E'li*, pero él tenía la vista más centrada en el estuche bordado que en el pergamino en sí. Se podría argumentar que se sabía el himno de memoria, y no sería Dalamar quien lo discutiera. Pero si lord Tellin tenía alguna oración en su corazón, era que todas las barreras de la tradición y la ley cayeran ante el regreso de un héroe, que lord Garan concediera a un clérigo la mano de su hermana.

Dalamar inclinó la cabeza sobre su trabajo, para comprobar que los aceites que había recogido —de heliotropo, mimosa y sándalo— permanecían bien tapados en sus viales de barro. Los había sellado con cera de velas de los altares de E'li, pues eso era lo que Ylle Savath había ordenado hacer a todos sus magos. Alzó cada uno y olfateó, sin percibir nada en la cera, lo que indicaba que los sellos seguían siendo seguros; a continuación examinó cada pequeña bolsa de hierbas, semillas de lino, corteza de serbal y cola de elfo. Todas estaban bien, ninguna bolsa se había roto o abierto durante la marcha hacia el norte.

Comenzó a soplar un viento húmedo y helado en el norte del reino, que olía a

lluvia y aflicción. Las hojas de los álamos susurraron, como si se lamentaran, y en alas del viento llegó un leve rastro de humo. No provenía del campamento de los Montaraces. Lord Konnal, el segundo de Garan y comandante de sus ejércitos de tierra, había prohibido rotundamente las hogueras. Estaban demasiado cerca de la frontera para ello. Ese humo era antiguo y pesado, el humo de un gran incendio ocurrido hacía algún tiempo.

—Un poblado —dijo Dalamar.

Tellin asintió. El humo era el banderín de muerte que flotaba sobre el pueblo o la ciudad que había caído bajo los grupos de ataque de Phair Caron. Habían visto demasiados en su camino al norte, pueblos fantasmas en los que la tierra aparecía ennegrecida, donde unos árboles se erguían tambaleantes con las cortezas quemadas y otros yacían derribados a hachazos por la salvaje satisfacción de matar cuando ya no quedaban más elfos que masacrar. Se habían cometido carnicerías y masacres horribles. La prueba se hallaba en los huesos roídos por los lobos que cubrían los poblados, y las calaveras sin ojos que relucían blancas bajo la luz de la luna. A juzgar por la vestimenta, resultaba repugnantemente claro que los informes sobre matanzas selectivas —el asesinato exclusivamente de hombres y mujeres que estuvieran en edad de combatir— eran ciertos. El ejército de los Dragones privaba a los elfos de defensores y dejaba a los débiles y hambrientos para que agotaran las reservas de alimentos.

Se oyeron voces, que callaron de repente: eran los Montaraces preparándose para partir. Lord Garan había elaborado sus planes de modo que la ciudad de Sithelnost no se viera atrapada entre dos ejércitos, para que no se encontrara en la ruta de retirada si —los dioses no lo quisieran— su ejército tenía que replegarse. Así pues, los Montaraces y los magos se sentaban ahora en el pedregoso linde del bosque, al oeste del Thon-Thalas y bien al norte de Sithelnost. Las minas Leales se encontraban apenas dieciséis kilómetros fuera de los límites occidentales del mismo bosque, y los altos peñascos donde Phair Caron tenía su campamento base, a menos de la mitad de esa distancia al norte y al este. La mayoría de los soldados proseguiría hacia el norte de la frontera, para aguardar allí la orden de iniciar el ataque sobre el ejército de la Señora del Dragón. Todos, con excepción de unos pocos magos, permanecerían aquí, escondidos en el fondo de la cañada. Protegidos por una guardia de Montaraces apostados en lo alto de las paredes del barranco, esos hechiceros podrían llevar a cabo su magia con razonable seguridad, mientras los que marcharan con el grueso de las fuerzas serían aquellos con grandes habilidades en la conversación telepática para que pudieran transmitir a Ylle Savath las órdenes de lord Garan.

Los cuervos volaban en círculos, negros sobre la hondonada, chirriando y graznando mientras descendían cada vez más bajo. Había algo muerto allí abajo, y las roncadas aves se regocijaban por ello.

—Desearías marchar con los Montaraces, ¿verdad, Dalamar?

El mago se encogió de hombros, con la cabeza gacha mientras volvía a colocar las bolsas y viales en su contenedor de cuero. Sin volver la vista para mirar el barranco situado abajo, ni los cuervos que festejaban su banquete, Tellin se acercó y fue a sentarse junto a Dalamar, su antiguo sirviente.

—No parece justo, ¿no es así? Que tengas que quedarte cuando quieres estar ahí.

Dalamar volvió a encogerse de hombros. Todavía no se había acostumbrado a la aguda vista, la agilidad interrogativa y la incómoda perspicacia de lord Tellin, que en ocasiones parecía capaz de mirar directamente el corazón de una persona y ver las alegrías, los temores y las penas allí ocultos. A otros miembros del ejército aquello les gustaba, a los Montaraces en especial que acudían a un clérigo en busca de consuelo y seguridad en los días previos a la batalla, pero a Dalamar no le gustaba en absoluto. Estaba demasiado acostumbrado a su intimidad y más que satisfecho con mantenerse aparte. Y, para ser sinceros —aunque esta verdad no debía saberse jamás—, no le reconfortaba demasiado la idea del permanente amor de E'li. Cada vez que oía la frase o que algún clérigo hablaba del dios como El Gran Dragón, el Defensor del Bien, se sentía como el que oye la doblez de una mentira.

¿Dónde estaba E'li el Defensor mientras las legiones de Takhisis mataban a los jóvenes elfos? ¿Dónde estaba El Gran Dragón mientras guerreros montados en dragones echaban a ancianos y niños a los caminos para que murieran de hambre? No allí, desde luego no se hallaba allí.

El viento se hizo más húmedo, más frío.

—No pasa nada —repuso el mago, respirando el humo de un incendio despiadado—. Estoy aquí, milord, y tomando parte en mi plan.

Se trataba de una pequeña parte, aunque tal vez sólo lo pensaba, pues Dalamar, que había concebido el audaz plan que lady Ylle y lord Garan habían desdeñado y el Orador adoptado, no fue elegido para permanecer en la cadena mágica de magos, ligados de manos y corazón entre sí y dedicados en cuerpo y alma a la urdimbre de aquellos potentes conjuros de ilusión que confundirían al ejército de la Señora del Dragón y concederían a los silvanestis la posibilidad de liberar sus fronteras de la amenaza que desde hacía tanto tiempo se cernía sobre ellas. No, él sería una parte de menor importancia en la ejecución de su propia idea, se hallaría en la telaraña de magia pero estaría allí sólo para apoyar a los magos implicados en ella con su propia energía para que la de ellos no fallara. Al fin y al cabo, ¿qué podía hacer un mago en medio de tan poderoso tramado de magia si sólo disponía de conocimientos de aprendiz? Nada, nada. Y, sin embargo, albergaba cierta amargura en su corazón, él no era lo que pensaban que era, ¿no era así? Poseía más habilidades de lo que podían imaginar, habilidades adquiridas y alimentadas en un lugar más oscuro de lo que permitía ninguna escuela de Ylle Savath.

—Vamos —dijo Dalamar, sujetando con fuerza la bolsa, al tiempo que se ponía en pie para estirar las piernas—. Veamos si podemos encontrar un lugar en el barranco antes que todos los magos de por aquí empiecen a llegar.

—Ah —repuso lord Tellin—, yo no voy a estar en el barranco. Marcho al norte con los Montaraces. —Esbozó una sonrisa irónica—. Dicen que está muy bien eso de tener un clérigo en el ejército, pero que es mejor si se gana el sustento. Voy a ser uno de los mensajeros entre los comandantes de las tropas de tierra. Pero bajaré contigo. Hay un Montaraz ahí abajo que quiere que le bendiga un medallón. Vamos, pongámonos en marcha.

Sumido en un meditabundo silencio, Dalamar siguió a su compañero por el sinuoso sendero que los conduciría al fondo de la cañada. Cuanto más descendían, más apagados sonaban los ruidos de la marcha de los Montaraces, y la brisa que había adquirido más fuerza arriba, moría entre las pétreas paredes del precipicio. Del fondo les llegaban los gritos de los cuervos inmersos en su sangriento festival. El descenso era accidentado y resultaba difícil mantener el equilibrio. Mientras los pasos firmes de Tellin lo conducían camino abajo, y su blanca figura se transformaba en un simple resplandor entre las sombras, Dalamar recordó algo que había oído por casualidad sobre sí mismo una noche en la cocina de la mansión de lord Ralan: «Si fuera un enano, podrías decir que de todos los enanos es el más adusto. No creo que exista una palabra en nuestra lengua para definirlo mejor».

No se había tratado de un cumplido, pero Dalamar no podía negar que era una observación razonablemente exacta. No era hombre que tuviera muchos amigos. A decir verdad, había muy pocas personas que le gustaran, y menos aún a las que respetara. Con una sonrisa lúgubre, se dio cuenta de que éstas se limitaban al hombre que andaba delante de él, el clérigo Tellin Vientorresplandeciente, que se atrevía a tener un sueño más inalcanzable que el suyo propio.

Bajó la mirada en dirección a las sombras de la cañada donde el día no había llegado aún, al suelo donde los cuervos se disputaban su desayuno. Una repentina ráfaga de viento agitó su manchada túnica blanca e hizo que los negros cabellos le azotaran el rostro. En ese momento, lord Tellin lanzó un grito, al dar un traspié y perder el equilibrio; con el corazón latiendo apresuradamente como si fueran sus propios pies los que se tambaleaban, Dalamar agarró al clérigo del brazo y tiró de él con fuerza hacia atrás. Tellin vaciló pero se mantuvo en pie.

—Gracias —jadeó, estremeciéndose. El mago se inclinó para recoger la bolsa que el otro había dejado caer. Su mano temblaba, pero la acción de inclinarse y alargar el brazo lo ocultó. Por la abertura de la bolsa sobresalía el estuche bordado de pergamino de lady Lynntha, un colibrí en pleno vuelo sobre una rosa roja como un rubí. Volvió a meterlo en el interior y devolvió la bolsa.

—Tened cuidado, milord —indicó, la boca reseca aún por el repentino temor—.

Sería una lástima perderos antes de que el ejército pueda hacer uso de vos.

Lord Tellin lanzó una débil carcajada. Recorrieron el resto del camino en silencio, hasta llegar al fondo de la cañada donde se separaron, cada uno desvaneciéndose en la inquieta multitud de túnicas blancas.

En la tienda de la Señora del Dragón, el olor a cuero, acero y sudor se mezclaba con el penetrante humo y los restos del desayuno de Phair Caron. Los almacenes de comida habían sido trasladados durante la noche, y todos los abastecimientos acarreados a la parte posterior del peñasco más próximo. Las fraguas estaban silenciosas, sus fuegos medio apagados, mientras el humo que había flotado sobre el campamento se disipaba bajo la brisa matutina. Sobre los peñascos los dragones despertaban, estirando los largos cuellos, al tiempo que las rojas escamas brillaban bajo la luz sombría de un día sin sol. Uno lanzó un sonoro trompeteo; Gema Sangrienta, ansioso por iniciar el día y el combate. Fuera, el ejército se movía, se formaban los batallones de ogros, los escuadrones de humanos tomaban sus espadas y lanzas de púas. El ruido que hacían recordaba una avalancha lejana, piedras que rodaban sin freno por una ladera arrastrando a la muerte todo lo que encontraban ante ellas.

Phair Caron sonrió, satisfecha con la imagen. Oyó las voces de los draconianos, cuyas palabras sonaban siempre a juramentos, mientras se sujetaban los arneses y tomaban las espadas. Pero no vio goblins, y eso se debía a que dos noches antes habían salido en pequeños grupos, para actuar como sus espías y exploradores.

Un goblin había ido a verla a primera hora del día para informarle que había percibido una gran conmoción en los bosques de Silvanesti, elfos que marchaban hacia el norte.

—Pero no sé dónde están los grifos, señora —había dicho la criatura, lloriqueando como hacían todos los de su raza, mientras arrastraba los pies por el polvo y la miraba con el rabillo del ojo como si fuera el tercer podenco de una jauría rebelde—. El cielo no deja rastros, el viento cuenta algunas cosas y no otras.

Parloteo de goblins, pero ella comprendió lo que quería decirle. Los grifos y los Jinetes del Viento estaban cerca, pero no se los veía. Bueno, Garan de los silvanestis no era un estúpido; tenía a sus grifos ocultos en alguna parte y no le importaba su hedor.

En el exterior, una voz seca lanzó una orden, y otra respondió. Phair Caron paseó la mirada por los escasos elementos esenciales de su vida de campamento: un pequeño cofre en el que guardaba sus ropas, la mesa sobre la que estaba esparcido su desayuno en forma de grasa y huesos, el mapa, todavía sujeto a la pared de la tienda.

No tenía nada más que su equipo de combate, que descansaba listo para usar sobre la tapa del cofre. Con movimientos cuidadosos y precisos, levantó la cota de mallas de brillante acero y se la pasó por la cabeza. Las mallas se acomodaron sin problemas sobre sus hombros, como el peso de la mano de un viejo amigo. Se puso los calzones de cuero rojo y se ciñó una larga vaina de cuero repujado; a continuación alzó sus cabellos y los trenzó, enroscando las trenzas alrededor de la cabeza como una corona dorada; acto seguido, tomó su yelmo del dragón y lo colocó sobre la cabeza. Por último, alargó la mano para coger su espada. La empuñadura, hecha de un solo rubí, encajaba a la perfección en su mano. Mientras deslizaba la hoja en la vaina, musitó:

—Soy vuestra, Oscura Majestad, Señora de la Muerte, Señora del Terror, mi alma es vuestra, mi corazón es vuestro.

Finalizada la plegaria, salió al recién estrenado día bajo un cielo acerado. Si el sol se alzaba, lo hacía muy lejos y tras una cortina gris de tormenta que aguardaba el momento de descargar. Fuera de la tienda, dos soldados humanos se pusieron repentinamente firmes. En el suelo ante ellos descansaba una silla de dragón, un armatoste de cuero, correas y metal. La guerrera la señaló, y uno de los dos se la echó al hombro; al otro lo despachó con una concisa orden, enviándolo al grueso del ejército en busca de su tropa, su capitán y su puesto en la batalla. Luego, la Señora del Dragón se dirigió a un lugar despejado cerca de los peñascos e indicó al soldado que aguardara. Éste lo hizo, con la mirada puesta en la Señora del Dragón y en los dragones de las alturas.

—No te preocupes —le dijo, y no culpó al hombre por su intranquilidad.

La mujer pedía mucho a sus soldados, pero no lo imposible hasta que lo imposible era necesario. Para algunos, como éste, resultaba apenas posible permanecer inmóvil y no salir huyendo de las enormes bestias encaramadas en los peñascos.

Phair Caron alzó la cabeza para olfatear la húmeda brisa, el hedor a sudor y cuero, el almizcle de dragón, el olor fatigado de las fogatas al ser apagadas. Aspiró todos los olores como quien tropieza con un perfume favorito. En las alturas, los dragones se incorporaron, con gritos belicosos, empezando a mostrarse inquietos. Halcones, águilas y gaviotas procedentes del mar habían abandonado el cielo; incluso los cuervos volaban bajo, ocultándose en las sombras de los peñascos, al acecho.

—Es bueno —dijo la mujer al día y al soldado que tenía al lado.

El soldado, un joven con una cicatriz en el rostro procedente de Nordmaar a juzgar por su aspecto rubio, uno de los que había visto enseguida la sensatez de correr junto al lobo más fuerte, repuso:

—Lo es, señora. —Volvió a mirar a las cumbres, a los Dragones Rojos que se pavoneaban y tragó saliva con fuerza, aunque consiguió esbozar una especie de sonrisa—. Haremos trizas a esos elfos bastardos.

—Márchate ahora, de vuelta con tu tropa —indicó ella, dándole una palmada en el hombro, que lo hizo tambalearse un poco—, a menos que quieras ayudarme a colocar esa silla sobre el dragón.

El rostro del soldado enrojeció, un rubor de turbación debido a que le habría gustado marchar, o uno de orgullo ante la solicitud de ayuda de la Señora del Dragón en esta importante tarea; en cualquier caso, el joven se mantuvo firme.

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

La risa de Phair Caron resonó en los peñascos. Él y miles de otros soldados situados en las proximidades interrumpieron lo que hacían, algunos curiosos, otros llevados por el impulso de vitorear. La mujer alzó el brazo y describió un círculo en el aire con el puño. Gema Sangrienta alzó el vuelo desde la pétrea altura con las alas totalmente desplegadas. El soldado palideció, pero se mantuvo firme mientras el dragón descendía hasta el claro donde Phair Caron aguardaba. A petición de su jinete, Gema Sangrienta dobló las rodillas, colocando el cuerpo más cerca del suelo, y, juntos, el guarda y su comandante alzaron la silla, para colocarla sobre el amplio lomo de la criatura.

—Ya está —anunció ella cuando hubieron terminado—. Márchate ahora y encuentra un buen lugar para la batalla.

El soldado saludó, y luego hizo una reverencia con la mirada fija en los ojos de ella, un poco enamorado, pero en su mayor parte aterrorizado por su comandante.

—Que la Reina de la Oscuridad os acompañe, señora —dijo.

—Siempre lo hace.

Phair Caron finalizó la tarea de ensillar el dragón ella misma, y ningún miembro de su ejército tuvo la temeridad de ofrecer su ayuda. Hacía mucho tiempo que había aprendido que en el combate debía colocarse el equipo ella sola y también hacer lo propio con su dragón. Nadie más podía hacerlo tan bien como ella. No podía contar con nadie más. El dragón bajó un ala para que la mujer trepara a ella, y luego lo levantó cuando la guerrera estuvo lista, para que pudiera acceder a la silla.

El corazón de la Señora del Dragón adoptó un ritmo que no se parecía a ningún otro que conociera, retumbando ahora que estaba a punto de entrar en combate. Miró en derredor a los otros dragones que descendían en espiral de las alturas, a sus capitanes ensillando sus corceles, a su ejército desplegándose alrededor y adoptando las diferentes formaciones de combate. La sangre fluyó veloz por sus venas, golpeando contra las recámaras de su corazón, para tronar como tambores de guerra. En algún lugar lord Garan de los silvanestis aguardaba, con su ejército en posición y sus Jinetes del Viento listos para lanzar a los grifos a la batalla.

—Es curioso que no oloamos a los grifos —comentó—. Por general huelo a esas criaturas aunque tengan el viento a su favor.

Gema Sangrienta giró la testa, deslizando hacia atrás el largo cuello para que él y

su jinete pudieran mirarse a los ojos. Abrió las inmensas fauces de par en par y la mortecina luz de la grisácea mañana se deslizó perezosa por colmillos tan largos como el antebrazo de Phair Caron.

«No te preocupes, señora. Hoy tengo ganas de grifos. Los sacaremos al exterior por muy escondidos que estén».

La mujer miró por encima del hombro las oscuras sombras de los peñascos. El viento soplabá del este, e imaginó que podía oler el mar situado tan lejos. Miró a sus cinco comandantes. Cada uno estaba sentado y a punto sobre su propio corcel rojo con cinco guerreros astutos situados detrás, listos para apoyar a las legiones del suelo. Junto a ella, Tramd cabalgaba sobre Perdición, y el apuesto rostro del mago brillaba lleno de expectación, las mejillas enrojecidas, los ojos azules centelleando. Al contemplarlo de esta guisa, no resultaba fácil recordar que no era más que carne sin vida animada por la voluntad de un mago que residía en un lugar que no había querido revelar a Phair Caron.

—Muy bien —dijo la Señora del Dragón, oprimiendo con la mano derecha el asidero de la silla, al tiempo que la izquierda se cerraba sobre la empuñadura de rubí de su espada—. Vayamos a hacer lo que mejor hacemos, amigo mío.

Con un grito salvaje, Gema Sangrienta se alzó del suelo, y en cuanto se iniciaron sus rugidos, el cielo se llenó de un concierto de gritos que recordaba a cuernos de guerra a medida que los restantes Dragones Rojos alzaban el vuelo. Con las enormes alas desplegadas, volaron desde los peñascos, cada uno con un jinete cubierto con yelmo y armadura, la Señora del Dragón y su mago y cuatro de sus comandantes más fuertes y astutos.

Chillando para proyectar su júbilo, el reptil se lanzó hacia abajo con las poderosas alas y se colocó por delante de todos. Sobre su lomo, Phair Caron igualó su grito de batalla con una voz que entonaba el tosco canto de toda su furia. Alzó el puño en el aire para saludar a sus jinetes de los dragones, y uno tras otro, tanto el mago como sus comandantes, devolvieron el saludo.

Abajo, su ejército había encontrado la formación deseada, cinco legiones de ogros y humanos y los siniestros engendros del corazón de Takhisis: los feroces hombres dragón que no eran ni humanos ni dragones, sino una espantosa combinación de ambos. Avanzaban como una flecha, los draconianos en cabeza formando la cabeza de la flecha, mientras el resto de la compañía se desplegaba por detrás, de modo que, desde las heladas alturas, parecían el astil de una flecha.

La Señora del Dragón soltaría esa flecha gloriosa justo en el corazón de la nación silvanesti.

La velocidad de su vuelo la condujo más allá de las estribaciones montañosas, a los lugares donde sus ataques habían ennegrecido el bosque con los incendios. Ahora nada crecía allí, nada vivía. Toda la caza estaba muerta o había huido, y la vegetación

estaba quemada hasta la raíz.

Phair Caron rió, y su risa encontró eco en los rugidos de los dragones.

—Morirán de hambre en invierno, esos elfos, ¡y tendrán que venderme sus almas a cambio de comida si es que quieren volver a comer!

Gema Sangrienta se inclinó y viró, para llevarla de vuelta sobre las tropas, la rugiente masa de guerreros que ahora ansiaban soltar todos los horrores de la guerra como si prepararan una mesa de banquete para su Reina de la Oscuridad. La Señora del Dragón alzó el visor de su yelmo de dragón. Con la espada en alto, echó hacia atrás la cabeza y profirió de nuevo su salvaje grito de guerra. El viento helado de las alturas arrancó lágrimas a sus ojos e intentó dejar sin respiración sus pulmones. Pero eso no podía conseguirlo ningún viento, pues Phair Caron de Tarsis tenía la impresión de que desde el día en que había gateado en las cunetas de la ciudad en busca de una moneda de cobre arrojada por un elfo que se quejaba de su cena, había sido dirigida como un arma en la mano de la Reina de la Oscuridad en persona, para actuar en ese momento de destrucción.

—¡Por Takhisis! —exclamó.

Y en el suelo, la negra marea de su ejército repitió el atronador grito.

Justo en el instante en que los gritos llegaban hasta ella, mientras su corazón se elevaba, con la sangre ardiendo en las venas con el ansia de matar, Phair Caron se volvió y vio qué había sido de los grifos. Se hallaban justo detrás de ella.

Dalamar estaba de pie en el fondo en la cañada, sobre el suelo de rocas al que todavía se aferraban las últimas sombras de la noche. Alrededor, el aire húmedo se hallaba inundado del embriagador aroma de la magia, y él se hallaba cogido de la mano de aquellos magos elegidos por Ylle Savath para rodear el círculo de nueve conjuradores que ahora unían mentes y corazones para tejer un enorme tapiz de ilusión mágica. Uno a uno, Dalamar sintió cómo se unían, cómo se forjaban los hilos invisibles para la creación de una telaraña de magia. La trama era resistente como malla de acero, pero el mago sabía —todos lo sabían— que al cabo de muy poco tiempo la telaraña se debilitaría como lo harían sus constructores, y el acero se transformaría en gasa. Como por arte de magia.

Aceites de sándalo, mimosa y glicina se mezclaban con sanguinaria quemada y con la acidez del ajeno, incluso con el olor de pétalos secos de rosa. En la zona superficial de la conciencia, Dalamar sentía esos mensajes sensoriales; un nivel más profundo percibía los cánticos de magos como él que trabajaban para dar apoyo a la energía de los creadores de ilusiones, los tejedores de sueños.

«Tierra y huesos, huesos y tierra, mi fuerza la tuya, no existe escasez. Tierra y huesos, huesos y tierra, mi fuerza la tuya, no existe escasez. Tierra y huesos, huesos y tierra... Tierra y huesos...».

En la zona más profunda de su ser sólo existía magia, un poder que corría como un río que se arremolinaba crecido, y él, en cada una de sus partes, en cada célula, en cada fibra de su corazón, sentía aquel poder como el cielo siente los rayos. ¡Le pertenecía a él! Era parte de él, una parte que conocía y percibía desde su nacimiento y que ansiaba alimentar. Abrazó los rayos, absorbió el poder y lo dejó correr al exterior para luego volver a absorberlo.

¡Ah, dioses...!

En lo alto de la cañada había Montaraces apostados, que vigilaban el exterior con los arcos listos para disparar, y los ojos paseando incesantes de un lado a otro. Dalamar percibía su presencia, sus salvajes corazones, sus ansias por entrar en combate. Son asesinos, se dijo, que disfrutaban con su trabajo.

El pensamiento se repitió a lo largo de la cadena de magos, rodando como el trueno en los corazones de sus compañeros. La joven situada a su izquierda y el hombre de mediana edad de su derecha apretaron sendas manos con más fuerza y luego las soltaron un poco.

«Permanece en silencio», le dijeron con silencioso gesto. «No pienses».

Eliminó veloz todo pensamiento y se concentró en la tarea de proyectarse hacia el pequeño corrillo de creadores de sueños, situado en el centro del círculo mayor.

«Tierra y huesos, huesos y tierra, mi fuerza la tuya, no existe escasez. Tierra y huesos, huesos y tierra...».

La energía fluyó de ellos, y Dalamar, con los ojos de la magia, vio aquella energía, aquel poder, en forma de brillantes estallidos de luz que se apagaban cuanto más se alejaban de ellos. Todos los magos del círculo mayor atraían esa luz hacia ellos y la abrazaban y cuidaban y volvían a derramar, pero no hacia los tejedores de sueños sino hacia el pedregoso suelo. Desde allí regresaría a aquéllos que la necesitaban, igual que los relámpagos que se originan en la tierra saltan hacia el cielo. Era como hacer el amor: se daba y se tomaba, y de ambas acciones surgía una fogosa magia. La joven de su izquierda apretó su mano de nuevo, pero no para acallarlo, puesto que el pensamiento sobre hacer el amor había surgido de ella. Alzó la cabeza, con los ojos encendidos, y los cabellos castaños ondulándose alrededor de su cuerpo en alas de la magia.

Dalamar se dijo que parecía una mujer dominada por la pasión.

El cuerpo del mago respondió al pensamiento, al poder que fluía como el roce febril de una mujer, y los ojos de todas las mujeres con las que había yacido brillaron ante él, mientras en todas las capas de su conciencia percibía su contacto, olía su dulce aliento, y el sonido de sus corazones era como el sonido del mar...

Con un gemido, dejó fuera todo pensamiento de actividad sexual, toda conciencia de la mujer que tenía al lado, y se exigió una total quietud, pues la magia que corría por su sangre ardía ahora. Ya no la sentía como un centelleo, sino como un fino río de fuego desbocado, como diminutas llamas que saltaban igual que crines de rojos caballos. Ardía, ardía, y los que se encontraban en el corro ardían con él, con los rostros bañados de sudor, los ojos desorbitados y oscuros, como ojos de demonios.

Los grifos descendieron del cielo surgidos de la nada. No venían del este ni del oeste, ni del norte ni del sur. Sencillamente estaban allí, profiriendo sus chillidos de águila, mientras las doradas alas batían el cielo como truenos. Sobre el lomo de cada uno, un arquero, un Jinete del Viento de vista aguda, disparaba una saeta tras otra.

Phair Caron aulló de rabia, al tiempo que chillaba a sus comandantes:

—¡Defended el suelo! ¡Defended el suelo!

Abajo, los ruidos del ejército cambiaron de potentes gritos de guerra de soldados seguros de la victoria a chillidos confusos y entremezclados del pánico. De las sombras de las colinas donde antes los dragones habían hallado para sí zonas soleadas donde calentar su fría sangre, brotaban legiones de Montaraces. Como un río, se derramaban por las laderas, profiriendo gritos desafiantes; salían a raudales del oeste, del este. Tronando oraciones a dioses cuyos nombres caían sobre los corazones del

ejército de la Reina de la Oscuridad como maldiciones y sufrimiento, los elfos salieron en una masa rugiente de las sombras de los bosques situados al sur.

—¡E'li! —chillaban—. ¡Kiri-Jolith! ¡Matheri!

Los Dragones Rojos formaron una mortífera falange en el cielo, con Gema Sangrienta a la cabeza. Chispas de fuego brotaron de sus fauces, mientras proyectaban sus llamas sobre el ejército que se acercaba. El primer hedor acre de la carne quemada se elevó casi al instante. Un dragón rugió jubiloso, luego otro. Perdición y Asesino inclinaron las alas y giraron, elevándose más en el aire para ir en pos de los grifos y los Jinetes del Viento, dejando las fuerzas de tierra a los otros. Zarpa descendió, y Muerte Roja la siguió, con los ojos brillantes y las fauces abiertas. A las dos criaturas les encantaba el juego de agarrar y estirar, mediante el cual arrancaban soldados del suelo y los arrojaban sobre los lomos de sus compañeros.

—¡Tengo ganas de un elfo! —rugió Muerte Roja.

—¡Yo quiero dos! —tronó Zarpa.

Gema Sangrienta no dijo nada, se limitó a inclinarse y a virar de nuevo, volando bajo sobre el ejército, las siniestras huestes de Takhisis que giraban y giraban en su intento de combatir a un adversario que caía sobre ellos desde todos lados. Del suelo se elevaban maldiciones, aulladas en gritos agónicos o entre sollozos de terror; el cielo se llenó con el hedor a sangre y vísceras de los caídos. Grandes nubes de polvo se alzaban bajo los pies que corrían, igual que una pequeña tormenta nacida a ras de suelo. Bajo el cielo plomizo, por encima de los moribundos y los que se desangraban, el dragón y su Señora del Dragón descubrieron la realidad de la batalla en el mismo instante de fría claridad. Zarpa, al alargar las garras en busca de un elfo, se encontró en su lugar con el ogro que creía estaba luchando con el Montaraz.

¡No había elfos! ¡Era sólo una ilusión!

Zarpa rugió enfurecida, al tiempo que escupía huesos de ogro, y vomitaba vísceras de la misma hedionda criatura. En su rabia, agitó con tal violencia la cola que trituró los huesos de tres humanos que no consiguieron huir a tiempo, y acabó con otros cuatro antes de que su jinete consiguiera controlarla.

Por encima del campo de batalla los dragones rugieron, con voces potentes que los mortales pudieron oír:

—¡Magia! ¡Magia! ¡Lucháis contra sombras!

Sobre su montura, Phair Caron gritó a sus capitanes, maldiciéndolos, al tiempo que intentaba apartarlos y ordenaba que sacaran a sus dragones del terreno y fuera del cielo para que los jefes de la infantería pudieran controlar a sus fuerzas. Pero las órdenes fueron vanas, pues su ejército se desmoronó en forma de una confusa masa de guerreros que intentaba defenderse de enemigos que surgían de todas partes. Adversarios que no estaban allí, que no tenían más sustancia que simples espectros, tan irreales como la amenaza de un niño.

Perdición se alzó llevado por las corrientes, para volar cerca, casi a la misma altura que Gema Sangrienta. Tramd, con su armadura roja, los dorados cabellos trenzados en dos gruesas tiras y la barba en una sola, chilló:

—¡Sólo saben lo que ven y sienten, señora! ¡Se trata de magia que penetra profundamente en el cerebro!

—¡Entonces extráela! —gritó la Señora del Dragón. En el suelo, sus guerreros morían sin motivo, por culpa de la imaginación, y se desangraban allí donde caían, tan poderosa era la imagen impresa en cada mente—. ¡Extráela!

Lo intentó, vociferando conjuros, mientras se ataba con desgarradora fuerza a la silla de montar para a continuación usar ambas manos en la danza de gesticulaciones que produce la magia más poderosa. En el suelo nada sucedió que sugiriera que la magia de Tramd fuera más que los chillidos de un niño. Ogros y draconianos, humanos y goblins morían, cada uno creyéndose en combate cuerpo a cuerpo con enemigos mortales; algunos se retorcían en la danza de muerte de los que han sido atravesados por una flecha. Sangraban y sangraban a pesar de que ninguna flecha los había herido, en tanto que otros caían con sangre brotando a borbotones de sus bocas, como si una daga la hubiera liberado de sus corazones. Para cambiar aquello, el mago tendría que descubrir y eliminar la ilusión que anidaba en cada una de las mentes del campo de batalla.

Y los hombres morían por heridas de flecha que no eran reales, los ogros perecían bajo garras de grifos que no volaban, y los draconianos —de cerebros inertes— dejaban que sus cuerpos hicieran lo que hacen los cuerpos draconianos al morir; algunos se convertían en piedra, mientras otros caían bajo armas fantasmales y se transformaban en siseantes charcos de ácido en los que sus compañeros caían y morían entre alaridos.

De nuevo, un dragón se separó de los otros. Gema Sangrienta se elevó por los aires, muy por encima del ejército y dejó atrás a los otros jinetes de dragones. Su sombra recorrió el terreno de la matanza, negro bajo la sangrante masa, hasta alcanzar los peñascos bajo los que se alzaba la tienda de la Señora del Dragón. Desde allí le mostró lo que ésta más necesitaba ver. La mayor concentración de ejército fantasma estaba en el norte, el este y el oeste. Las fuerzas del sur eran las más reducidas.

En el sur se encontraba el auténtico ejército elfo, y los miembros de las fuerzas de la mujer que morían allí, lo harían víctimas de flechas de roble y acero, de espadas forjadas al fuego empuñadas por elfos de carne y hueso. Gema Sangrienta le juró que así era, y lo demostró volando bajo sobre el campo de batalla y arrancando a un elfo de entre la confusión. Partió la espalda del Montaraz con un golpe de su afilada garra, lo destripó y arrojó los ensangrentados restos al suelo.

Las ilusiones no sangran, pero en el nombre de la Reina de la Oscuridad, ¿cómo iba Phair Caron a convencer a aquellos estúpidos del suelo que morían en una ilusión

creada por los elfos? Empuñando con fuerza su espada, giró hacia el norte y el sur, el oeste y el este, en un intento de ver a través de la fantasía de la magia. Su ejército combatía contra fantasmas, y los fantasmas venían de ¿dónde?

El cielo tronó, con el viento bajo las alas de otro Rojo cuando Tramd se acercó.

—¡Magos! —exclamó éste, dirigiendo el puño hacia el sur—. ¡Creadores de ilusiones! ¡Siento cómo la magia proviene de allí!

—¡Encuétralos! ¡Mátalos! —fue la única orden que la mujer aulló, encolerizada.

En tierra, los Montaraces avanzaban, acometiendo al ejército de los Dragones con la desbordante furia de los que han jurado defender su país a sangre y fuego. De detrás de los peñascos, como el sol surgiendo por detrás de nubes de tormenta, surgió otra escuadrilla de grifos, orgullosa toda ella; el más grande y de mayor edad era un macho cuya reputación era conocida entre los dragones. Se trataba de *Señor del Cielo*, y si Phair Caron no había oído hablar nunca de la criatura, sí conocía bien a su jinete.

—Bastardo —musitó la Señora del Dragón del Ala Roja del ejército de la Reina de la Oscuridad—. ¡Bastardo!

Lord Garan de la Protectoría de Silvanesti alzó un puño cubierto con un guante de malla y emitió un grito de guerra que resonó en el frío aire, nítido como una corneta mientras conducía a su vasto escuadrón de arqueros fuera de las sombras de las cumbres. Las flechas cayeron como granizo, rebotando en las córneas escamas de los dragones mientras los grifos y sus arqueros salían en persecución de los cinco reptiles restantes, sin apuntar jamás a sus jinetes ni siquiera al corazón o vientre de las bestias. Los arqueros elfos tenían un blanco claro y sencillo: los ojos de los dragones.

Del suelo salió volando una lanza, cuya punta de acero brilló apagada bajo el cielo plomizo. Arrojada por el musculoso brazo de un ogro enfurecido, el proyectil alcanzó gran altura y dio en el flanco de uno de los grifos. La sangre hizo su aparición en la dorada piel, una mancha brillante tan vívida que su realidad era innegable.

Esta vez, el lord de la Protectoría y sus grifos no eran ilusiones, y en esta ocasión el ejército de los Dragones estaba auténticamente atrapado entre dos fuerzas de elfos, una en tierra proveniente del sur, otra en el cielo que luchaba allí dónde le venía en gana. En medio, la magia corría aún, y ogros, draconianos y humanos luchaban contra fantasmas mientras el plan de un mago elfo de menor importancia, un sirviente del Templo de E'li, daba un espléndido y sangriento fruto.

Dalamar cerró los ojos para hundirse aún más profundamente en la magia, en su propio corazón, en su propia alma. Recogió la luz que corría, la fuerza que brotaba de

Ylle Savath y sus nueve magos, para llenarse con ella, y luego dejarla salir otra vez para que penetrara, incontenible, en la tierra.

Se alzó una voz, que chilló de dolor, de alegría, emociones que ya no se diferenciaban, sino que se confundían. En la magia, en el remolino de luz y oscuridad y luz otra vez, con la energía penetrando en su interior, y volviendo a salir, Dalamar no pudo decir si se trataba de una voz que se elevaba o del grito unido de los nueve creadores de ilusiones. Escudriñó alrededor con los ojos de la magia, para intentar distinguir las figuras en el torbellino de luz y oscuridad. Vio sólo a una persona, alta y delgada, y su visión fue como contemplar la imagen accidental de alguien vislumbrado en el instante de producirse un brillante fogonazo. Forzó a su vista a aclararse, y vio la figura con más claridad. Ylle Savath, con el rostro surcado de arrugas por la tensión y bañado en sudor, alzó las dos manos, y los que estaban a ambos lados de ella alzaron las suyas.

—¡Solinari! —exclamó, y su voz sonó por la cañada, rebotando en forma de ecos de una pared a otra—. ¡Dadnos vuestra brillante luz! ¡Oh Señor de la Magia Blanca, dadnos vuestra fuerza!

De las alturas llegó un retumbo, luego un rugido, como el mar estrellándose contra la orilla. Los Montaraces alzaron sus propias voces, gritando. ¿Unían sus voces a la de Ylle Savath, para invocar al hijo de Paladine y Quenesti-Pah? ¿Gritaban a Solinari de la Mano Poderosa? Dalamar no tenía modo de saberlo. Todas las palabras eran una, y aquella única palabra corría rugiendo como el fuego en su interior y en el de todos aquéllos a los que estaba ligado, mano con mano, unido en la cadena mágica.

Todas las palabras, la única palabra, lo atravesaron, corriendo por los senderos de sus venas como si fueran su propia sangre, a la carrera, saltando a través de él y bailoteando alrededor. La energía de la magia, de las voces, de todas las esperanzas a las que se había dado alas y liberado para que volaran hacia el dios, hormigueó en su piel, erizó los cabellos de su cogote, y luego envió la negra melena de su cabeza a volar como si él tuviera alas y se elevara por los aires.

Suave como un escalofrío, como el primer hálito frío del invierno, algo se onduló a lo largo de la cadena, mano con mano, corazón con corazón.

Duda.

Cansancio.

Los nueve magos que tomaban parte en el corro de mágica urdimbre de Ylle Savath se estremecieron.

Comprensión.

Con el corazón a punto de estallar, Dalamar intentó desesperadamente dejar en blanco su mente, no hacer caso de los sentimientos que se derramaban a través de la magia. Sujetó con fuerza las manos de Benen Graciaestival que estaba a su izquierda

y sintió el rechinar de sus dedos entrelazados.

Alguien chilló un gemido lastimero.

—¡Solinari! —gritó Ylle Savath, y su voz fue como un águila que taladrara el cielo, para volar a las mansiones plateadas donde residía el dios, bajo la luna que llevaba su nombre. Echó la cabeza hacia atrás y dirigió el rostro hacia el cielo encapotado—. ¡Solinari! ¡Permanece a nuestro lado!

A pesar de que rezó, con un grito que resonó en la carne y los huesos de Dalamar y en los corazones de todos los reunidos, su oración llegó demasiado tarde. Distraída por el agotamiento de uno de sus magos, Ylle Savath se estremeció y perdió el control de su conjuro. Cada mago notó cómo los conjuros de ilusión perdían fuerza y coherencia, y cada uno intentó con desesperación recuperar la concentración, para volver a tejer la magia.

Descendiendo del cielo, desgarradora y devastadora, rugió la voz de un dragón. El fuego saltó frente a la visión de la magia de Dalamar, con llamas rojas como el sol, que corrían como la sangre. Otro dragón rugió, un tercero chilló, y se oyó el alarido de una mujer. Era un chillido de agonía y un feroz y triunfal grito de guerra, que sonaba a la vez distante y cercano, como si quien hubiera gritado se hallara a poca distancia. Toda la magia que había en Dalamar, en su corazón, en sus huesos, todo aquel resplandor que ascendía en espiral por cada célula de su cuerpo, que saltaba como el relámpago de una a otra...

Todo aquello se hizo pedazos y se convirtió en cenizas y material sin vida al caer.

Cuando abrió los ojos, tambaleándose bajo la luz del día, una luz que en esos momentos parecía como la noche más oscura, el mago vio a dos magos muertos caídos sobre el suelo. Uno era la mujer que había sujetado su mano en la cadena. El otro era Ylle Savath, cuyo rostro tenía escrita la muerte, en una expresión tal de horror que Dalamar desvió la mirada y deseó no volver a ver jamás aquella imagen en sus pesadillas.

Una media docena de Montaraces, jovencitos de largas piernas y pies ligeros, permanecían junto a un clérigo de túnica blanca en las sombras del bosque, observando a los dos ejércitos que se enfrentaban como rocas despeñándose en una avalancha. La ilusión elfa había desaparecido, se había desintegrado, pero el aire sobre la batalla seguía reluciendo como el efecto del calor en un tórrido día de verano.

—¿Quién podía haberla mantenido funcionando para siempre? —dijo uno de los soldados, intentando mostrar un tono despreocupado—. Dijeron que no podrían, y por lo tanto... no pasa nada. Todo debe ir según el plan.

El suelo bajo los pies de los Montaraces y el solitario clérigo se estremeció y gimió cuando el ejército elfo y los guerreros de la Reina de la Oscuridad se abalanzaron unos contra otros como si la sangre fuera su único alimento y acabaran

de salir del invierno muertos de hambre. Con las espadas brillando bajo la luz mortecina del nublado día, los combatientes golpeaban y mataban; las hachas de guerra recogían su cosecha, y las dagas se emborrachaban.

—Tenemos una misión más para vosotros —había dicho lord Konnal al apostar a los agotados corredores a lo largo de las lindes del bosque, en la zona situada entre los territorios pedregosos y las estribaciones de las montañas.

Una más, una misión de misericordia, una que podía tener éxito o fracasar.

La maleza crujió en lo más profundo de las sombras: un joven que había roto la quietud para rascarse una picadura de insecto. Un débil gemido surgió de las sombras aún más oscuras que había detrás de él. Los magos, que habían agotado sus fuerzas en la conversación mental mientras se creaban las ilusiones y se las ejecutaba a la perfección, estaban sentados acurrucados y sin fuerzas, impotentes en el dudoso refugio de la oscuridad del bosque. Uno, cuyo nombre era Leathe, susurró al clérigo: «Milord Tellin». La mujer no dijo nada más. Él se arrodilló junto a ella, y sus voces se unieron en la cadencia de una plegaria. Él no parecía un noble, con su túnica blanca de clérigo manchada de barro, y los cabellos colgando lacios por efectos del sudor; pero Leathe tenía peor aspecto aún. Los cabellos de la mujer caían sobre sus hombros, y si bien habían sido negros por la mañana, ahora estaban llenos de hebras plateadas, a causa de su extenuante mágica tarea de hablar de una mente a otra, para transmitir las órdenes de lord Garan a Konnal y de éste a los magos que estaban en la cañada. Una vez que hubieran recuperado las fuerzas, los magos serían escoltados por Montaraces —y un clérigo— de vuelta tras las líneas, de vuelta a la cañada donde sin duda no penetraría jamás el ejército de los Dragones.

Finalizada la oración, Tellin dejó a la hechicera y fue a colocarse otra vez entre los Montaraces.

—Tendremos que movernos pronto —dijo, con los ojos fijos en el norte y en la furia del combate—, o nos aplastarán los dos ejércitos.

Los Montaraces intercambiaron miradas. No les gustaba ver dudar a un clérigo y, sin embargo, no creían que éste se equivocara al dudar. Lord Garan podría contener a las fuerzas de la Señora del Dragón durante un tiempo, pero no podría hacerlo eternamente. A menos que diera caza al enemigo haciéndolo retroceder hasta las Khalkist, el ejército elfo no tardaría en empezar a ceder terreno.

Leathe gimió con fuerza y miró a lo alto, señalando el cielo donde los Dragones Rojos volaban, derramando fuego por las fauces. El miedo al dragón, como unas garras heladas, se apoderó de los elfos del suelo, retorciendo de terror sus entrañas.

—¡Es hora de marchar! —chilló un Montaraz, llamado Reaire Fletch.

El corazón de Tellin golpeó con fuerza contra sus costillas. Frenético, volvió la mirada hacia los agotados magos que intentaban incorporarse tambaleantes, a los Montaraces que agarraban brazos cubiertos por mangas blancas y levantaban de un

tirón a aquéllos que no podían incorporarse.

—¡Milord clérigo! ¡Es hora de marchar! —gritó alguien, palmeándole con fuerza el hombro.

Hora de marchar, hora de marchar. El miedo al dragón que rezumaba desde las alturas se deslizó como una neblina venenosa en su corazón, y Tellin agarró la mano de Leathe y la obligó a incorporarse. Las piernas del clérigo amenazaron con doblarse, y todo lo que éste deseó fue dejarse caer al suelo y acurrucarse sobre sí mismo para protegerse del terror de los dragones. ¿Quién no estaría asustado? ¿Quién no lo estaría?

Nadie, pero no se atrevió a ceder al miedo. Aunque éste le consumía el corazón y convertía en agua sus rodillas, aunque las piernas amenazaban con fallarle y dejarlo caer sobre el duro suelo para que se arrastrara por él aterrorizado: no se atrevió a ceder. Apretó la mano de la hechicera con fuerza en la suya. Otra vida dependía de él ahora, de su corazón y de su valentía. Si caía al suelo chillando, si abandonaba a aquella persona para caer presa del terror, Leathe moriría. Sin dejar de sujetarla con fuerza, Tellin echó a correr, arrastrando a la mujer con él de vuelta al interior del bosque, al bosque de álamos donde los árboles se arqueaban dorados sobre los oscuros senderos. Mientras corría, oía como los otros tropezaban y se abrían paso por entre la maleza, encontrando sendas o abriéndolas ellos mismos. Con Montaraces en la retaguardia, los guerreros estaban listos para dar la vuelta y luchar si era necesario; Tellin permanecería como guía de los magos si nadie más que él sobrevivía.

Reaire cayó profiriendo un grito. Tellin dio un traspié y, tambaleante, echó una ojeada por encima del hombro. Reaire yacía cuan largo era sobre el suelo, con el cuello torcido y las manos cerradas en una crispación de dolor; en un instante de visión nítida, la pluma de ave de la flecha centelleó con fuerza, con el color del fuego de dragón. Otra Montaraz saltó sobre el cuerpo, pero sólo consiguió dar una larga zancada antes de quedar, también ella, clavada en el suelo por un lanza temblorosa. A Tellin se le heló la sangre en las venas. ¡El ejército de los Dragones se abría paso por entre las filas de los Montaraces! O fluía a su alrededor como una implacable corriente de agua que deja atrás todos los obstáculos.

—¡Leathe, corre! —chilló, mirando por encima del hombro en el mismo instante en que la hechicera caía, con una brillante rosa roja manchando su blanca túnica. La mano de la mujer se soltó de la suya, el contacto roto por la muerte.

En lo alto, el cielo gris desapareció al incendiarse las copas de los grandes álamos, la voz del repentino incendio recordando el rugir de dragones. Bajo aquella luz tenue el clérigo descubrió que ya no había Montaraces protegiendo sus espaldas; todos estaban muertos. En un corto lapso de tiempo, tampoco quedaron magos vivos. Agotados, algunos cayeron con los corazones reventados y sangrantes; otros murieron víctimas de flechas llameantes.

Nadie, excepto él quedaba con vida ahora, corriendo y jadeando, dando tumbos entre sollozos.

Todos estaban muertos. Muertos o convertidos en ogros y hombres dragones, porque eso era lo que veía detrás de él, empuñando espadas, con los ojos inundados de una cólera enloquecida, mientras se precipitaban al interior de los bosques de Silvanesti.

Perdición descendió sobre las copas en llamas, más bajo de lo que habría descendido de haber podido elegir. No tenía elección. Se veía impelido por una perentoriedad que aguijoneaba su mente como afiladas espuelas, las órdenes de un hechicero cuyo cuerpo yacía destrozado sobre un lecho de sedas y raso en tierras lejanas. Tan poderosa era la mente de ese mago que el dragón no habría necesitado la mediación del avatar aferrado a su lomo para poder oír y verse obligado a obedecer los mandatos de Tramd.

Con un júbilo lleno de furia, proyectó una llamarada al frente, regocijándose en el fuego, en los alaridos aterrados de los elfos de túnicas blancas que gateaban y se dispersaban por el terreno.

«¡Es suficiente!», exclamó el enano en su mente al tiempo que el tiránico avatar tiraba de las riendas de grueso cuero, para obligarlo a elevarse por encima de los árboles y el fuego. «¡Quémalo todo más tarde! ¡Ahora hemos de encontrar a los magos!».

Durante apenas un instante el dragón pensó en girar sobre sí mismo y arrojar al avatar al suelo, sólo para enseñarle lo que pensaba de la arrogancia de esa insignificante criatura, pero el mago percibió el pensamiento, y en la mente de Perdición, Tramd demostró ser más fuerte, más despiadado, fácilmente capaz de destrucciones y masacres mucho peores que las que cualquier Dragón Rojo podía considerar.

«Y si yo muero, insignificante wyrm, tú morirás conmigo. Será mi última acción, y aullarás tan fuerte que Takhisis, desde su más profundo y oscuro calabozo en el Abismo, sabrá que vamos hacia allí».

El dragón no lo puso en duda, y salió disparado hacia el cielo, dejando el incendio a sus pies para dirigirse de nuevo hacia el sur, por delante del fuego. Tramd sabía lo que buscaba. Su olor importunaba su olfato del mismo modo que un perro de caza huele a un ciervo en el matorral. Perdición sintió la información transmitida mediante la conexión mental entre ambos: qué aspecto tenía la presa, cómo se comportaba, cómo olía. Buscaban elfos, Túnicas Blancas.

La criatura voló sobre el bosque, con el hedor a quemado inundando sus hocicos.

Volaba jubilosa, a una velocidad que no igualaba ninguno de los Rojos del ala de Phair Caron, pues era más vieja, fuerte y enjuta que cualquiera de ellos. Sobre su lomo el avatar se sentaba en la silla con la destreza de un jinete de dragón experimentado, moviéndose según lo hacía su montura, adelantándose a sus movimientos ascendentes y dejándose caer cuando así los percibía en sus músculos. Tan poderosos eran aquellos músculos que incluso el cuero más grueso no podía proteger al jinete de sus movimientos. En la mente de Perdición, tan profundamente como sus más poderosos impulsos, se movía la voluntad de Tramd, exigiéndole que hallara lo que buscaba.

Tellin corría, y cada latido de su corazón era como un puño que intentara golpear su caja torácica. Cada inhalación ardía en sus pulmones, y el sudor que corría por su rostro le escocía los ojos casi hasta cegarlos. Corría, dando traspiés y volviendo a recuperar el equilibrio. Corría sin aliento, en dirección a la cañada, y sus pensamientos se convertían en maldiciones o plegarias como si tuvieran voluntad propia.

«¡No lo sabían! ¡No lo sabían!».

Tenía que advertirles, a los creadores de ilusiones y a los Montaraces que los protegían. Tenía que localizarlos y decirles que el ejército de los Dragones había roto las filas del ejército elfo y no tardaría en abrirse paso por el bosque.

Corría para alertarlos, y también en un intento de dejar atrás la sangre y la carnicería. ¿Cuántos de los agotados magos y valientes soldados habían muerto? Todos habían muerto. Todos, todos, y en el interior del negro pozo de aquella palabra no se admitían números, pues ninguno parecía tan grande como para abarcar el horror de aquellas muertes, el dolor desgarrador que sentía al recordar los alaridos y los terribles y repentinos silencios.

Corría, y tenía una espada en la mano. ¿Cómo la había obtenido? No lo recordaba. No habían sido sólo elfos los que habían muerto en aquella carnicería que había dejado atrás, y esa espada, cubierta de sangre, lucía la cabeza con ojos de granates de un siniestro dragón grabada en la empuñadura. Con un estremecimiento, cerró con más fuerza la mano alrededor del arma, cuyo peso le molestaba e incomodaba. Jamás había empuñado un arma como ésa, ni ninguna otra. No importaba. La tenía, y no sabía qué, en nombre de todos los dioses, iba a hacer con ella, pero, con la misma certeza con que conocía su nombre, sabía que jamás soltaría aquella espada.

Tellin se tambaleó, luego se detuvo, intentando recuperar el aliento, al tiempo que se esforzaba por escuchar tanto al frente como detrás. Oyó el estrépito de la batalla a su espalda, el rugir de dragones, los chillidos de los moribundos, los gritos de júbilo

de los que mataban y volvían a matar, elfos y enemigos. No detectó nada al frente. ¿Habría Montaraces en el borde de la cañada para recibirlo o, al verlo corriendo a toda velocidad por los senderos del bosque pensarían que se trataba de un enemigo y lo matarían? Apenas importaba si salían a su encuentro o lo llenaban de flechas. Sólo importaba llegar a la cañada y gritar su advertencia o comunicarla con su último aliento, antes de morir.

Las ramas golpeaban su rostro, y su sangre dejaba huellas en las hojas. Las raíces se alzaban del suelo para hacerlo tropezar, y lo derribaban como un árbol abatido por un hacha. La tercera vez que cayó, sus pulmones se quedaron sin aire y permaneció tumbado boca abajo sobre el polvo, jadeando. Arañó el suelo, estremeciéndose, y cuando por fin pudo volver a respirar, se incorporó como pudo.

A su espalda el bosque estaba en llamas.

Tellin no vio llamas, no oyó el chisporroteo ni el ahogado rugido de los árboles al consumirse. Olió el humo, así lo supo.

—Dioses —gimió, con una voz que era un ronco graznido—. ¡Oh, E’li que durante tanto tiempo nos has cuidado, protégenos ahora!

Y luego, apenado por el aliento malgastado, el clérigo siguió adelante dando traspies.

El terreno empezó a descender, y los senderos le resultaban familiares, reconociendo en ellos a los que había seguido al salir del desfiladero. Entonces eran sendas ascendentes, pero ahora bajaban, y lo lamentó, porque era más difícil correr por un sendero cuesta abajo que por uno cuesta arriba. No importaba. Debía correr.

No vio al dragón, la roja cicatriz recortada en el cielo como una mancha de sangre sobre un escudo de hierro, hasta que divisó a los Montaraces que montaban guardia al inicio del camino. Los cuatro debieron de oírlo correr, pues permanecían con los arcos preparados, aguardando. Tellin alzó los brazos y vio la espada que empuñaba demasiado tarde para recordar tirarla.

Cuatro flechas listas para ser disparadas. Cuatro Montaraces preparados para disparar los proyectiles. Sin aliento, era incapaz de gritar su nombre ni siquiera chillar «¡Amigo!».

No había necesidad. Ninguna flecha se disparó. Ningún Montaraz le dio el alto. Una voz chilló desde las profundidades del precipicio:

—¡Dragón! ¡Dragón!

La bestia descendió de las alturas, precipitándose como una lanza en el despejado espacio aéreo situado sobre la cañada. Como uno solo, los cuatro elfos dispararon sus armas y los proyectiles salieron zumbando hacia el cielo, pero las aceradas puntas rebotaron inofensivas en la piel escamosa del dragón. Sobre el lomo de la criatura, un guerrero de roja armadura, con yelmo y empuñando una espada en el enguantado puño, profirió un alarido tal que el mismo dragón se vio impelido a repetirlo.

El dragón llegó proyectando fuego sobre las copas de los árboles, giró y se elevó más. Al volver a girar descendió de nuevo, corriendo a toda velocidad a lo largo de la cañada como una lanza disparada por un dios enfurecido. Sobre su lomo el jinete de roja armadura aulló una sentencia de muerte en los oídos de cada mago, cada Montaraz, y en el corazón de un solitario clérigo. Sin embargo, incluso mientras el humo descendía desde el norte en enormes oleadas turbulentas que se recortaban negras contra el cielo, en el borde de la cañada los Montaraces se mantuvieron firmes, sin mirar al norte, sin permitir que el fuego afectara sus nervios mientras sujetaban a toda prisa una segunda descarga de flechas y la disparaban contra la criatura. Proyectil tras proyectil, todos rebotaron en la piel del animal, y sólo uno se acercó al objetivo, el único lugar vulnerable del ser: el ojo.

En el fondo de la cañada, Dalamar observaba, con los posos de la magia como un veneno aletargador en su sangre y los músculos temblando de agotamiento, intentando seguir el vuelo de cada flecha, sabiendo que cada una erraría el blanco. Alrededor se arremolinaban las voces de los magos, voces fatigadas, ásperas por la tensión, desgarrándose bajo el peso del pánico y el agotamiento. Parecían niños, quejumbrosos y asustados, impotentes para asumir lo que debía suceder, la matanza que sin duda iba a producirse.

Y en lo alto del precipicio, junto al árbol donde horas antes se había sentado a meditar, se hallaba lord Tellin Vientorresplandeciente, con una larga espada sujeta entre ambas manos.

Por todos los dioses, se dijo Dalamar, ¿de dónde había salido... y qué iba a hacer con aquella espada?

El mago no tenía ni idea y, sin embargo, la visión del clérigo, espada en mano, lo arrancó bruscamente de su letargo. El dragón se acercó más. Dalamar agarró a un mago del brazo, luego a otro, empujándolos por delante de él, en dirección sur a lo largo del fondo del barranco.

—¡Subid hacia el bosque! —gritó, tirando de una mujer que había caído al suelo tras el destejido de la magia—. ¡Subid a terreno alto y entrad en el bosque!

La hechicera se marchó, trepando a gatas, entre jadeos, sollozos y tal vez plegarias, y dejando pequeñas marcas de sangre a su paso, las huellas de sus manos allí donde la piedra las dejaba en carne viva. Otros la siguieron, mientras los más fuertes ayudaban a los que todavía no habían recuperado las fuerzas. Uno tras otro, encontraron el sendero y arrojaron la ascensión. El viento provocado por el paso del dragón los zarandeó, balanceando a Dalamar sobre sus talones. Le bestia volvió a pasar, y la punta de su ala barrió a dos magos del peligroso camino, para arrojarlos

entre gritos al fondo de la cañada.

La voz de Tellin resonó desde lo alto, repentinamente aguda y sonora como la de cualquier comandante en el campo de batalla. Blandió la espada una vez sobre su cabeza para llamar la atención de los magos que seguían en el sendero y luego señaló con la hoja en dirección al bosque.

—¡Id a los árboles! ¡El dragón no os puede seguir allí! ¡Deprisa!

Corrieron. Gatearon y cayeron y se incorporaron otra vez, uno a uno, trepando con ayuda de las uñas en dirección a los bosques. El dragón hizo otra pasada, otro prolongado y vociferante ataque a través de la estrecha cañada, y el jinete de roja armadura, inclinado hacia fuera tanto como pudo, cortó las piernas de otro mago, profiriendo una sonora carcajada cuando el elfo cayó, ensangrentado, chillando y rodando al interior del barranco. Incontenible, el reptil volvió a elevarse por los aires, para ascender hacia lo alto.

—¡Dalamar! —llamó Tellin—. ¡Vamos! ¡Sube aquí!

Pero Dalamar no se movió. Permaneció en el barranco con los dos magos que habían muerto durante el conjuro, Ylle Savath con la espesa cabellera blanca desparramada alrededor y Benen Graciaestival cuyo rostro había expresado tan desbordante alegría que la había hecho parecer una mujer atenazada por la pasión. En lo más profundo de Dalamar ardió un fuego, un fuego producto de la cólera.

—¡Dalamar! —Tellin se encontraba a centímetros del borde del precipicio. A su espalda, una Montaraz sacaba otra flecha de su carcaj y la insertaba a toda prisa en la cuerda—. ¡Sal de ahí!

En lo alto del cielo, al norte sobre los árboles, el dragón viró y se dejó caer, listo para realizar el último ataque.

Dalamar dio la espalda al sendero. Se colocó firme, con las piernas separadas, y buscó en lo más profundo de su interior para averiguar qué energías le quedaban para realizar conjuros. Algunas, algunas.

—¡Dalamar! —volvió a gritar el clérigo—. ¡Sal!

El mago no le prestó atención. En esos momentos se negaba a oír nada que no fuera el sonido del cielo, el sonido del dragón que iba tras él. Contó sus fuerzas y le parecieron suficientes, luego buscó en su interior todos los hechizos que conocía... y los consideró inútiles, pues se trataba sólo de los insignificantes y simples conjuros que, a regañadientes, se le había permitido aprender. Había otros, conjuros arcanos aprendidos durante el verano, pero llevaba mucho tiempo lejos de esos tutores, con los libros escondidos en su cueva en las afueras de Silvanost. No había leído las palabras de esos hechizos desde hacía demasiado tiempo y no se atrevía a lanzarlos confiando sólo en su memoria. Pronunciar mal aunque sólo fuera una palabra... y los hechizos podían resultar inútiles o matarlo. Además, se trataba de conjuros de poca importancia, tanto daba que los hubiera leído apenas una hora antes y pudiera

lanzarlos con total fidelidad, porque contra un dragón tendrían el mismo efecto que un escupitajo.

No obstante, tal vez existía un conjuro, uno que todo mago conocía sin importar el color de su túnica, sin importar cuál de los tres dioses de la magia escuchaba sus oraciones.

—¡*Dalamar!*

Con el rabllo del ojo, vio a Tellin en lo alto de la cañada, con la túnica manchada de barro, sangre y sudor. El clérigo estaba erguido y listo, con el grueso y pesado sable sujeto torpemente con ambas manos. «¡Idiota! —pensó el mago—. Caerá del sendero si intenta usarlo».

El dragón rugió como un trueno, y en sus oídos, en su corazón, Dalamar oyó la risa del mago que resonaba entre las paredes del barranco como el bramido de un mar embravecido.

—Te veo hechicerrillo. ¡Eres mío!

—¡No! —chilló Tellin, y la voz del clérigo, acostumbrada a suaves plegarias y dulces cánticos, hendió la cañada, rebotando en las paredes como juramentos—. ¡Dalamar! ¡Sal!

El elfo se mantuvo en su puesto. Sólo necesitaba gritar una palabra, dos insignificantes sílabas gritadas con toda la fuerza de sus pulmones y la energía de la magia que quedaba en su interior tras ese largo día de trabajo. ¿Cuánta era esa energía? ¿Cuánta?

Cualquiera que fuera la fuerza que tenía, cualquiera que fuera el exiguo poder que el agotamiento no hiciera suyo... tendría que ser suficiente.

El dragón fue aumentando de tamaño a medida que se acercaba, equilibrando las amplias alas para ganar velocidad, y Dalamar tuvo la impresión de que no veía nada con excepción de las fauces de la bestia y la mano cubierta con un guante rojo del hechicero que se extendía hacia él. Con todo el aliento contenido en sus pulmones, con toda la fuerza de su corazón, Dalamar gritó: «¡*Shirak!*», y un enorme globo de luz estalló en lo alto, llameando en el aire entre él y el reptil.

La bestia rugió, luego aulló de dolor.

En la zona alta de la cañada, un Montaraz lanzó un juramento, cegado por la luz, pero en ese mismo instante, otro profirió un grito de alegría y su voz se alzó en un canto ávido de sangre.

—¡Otra vez! ¡Disparemos de nuevo esas flechas! ¡Arqueros!

Cegado por su propia luz, Dalamar se tambaleó y giró, alargando los brazos para buscar la pared de la cañada y tropezó con el repulgo de su túnica al primer paso. Entre alaridos, el dragón se alzó por encima de las copas de los árboles, luego aulló en el cielo, cegado no por la luz sino por las flechas verdes y doradas de los Montaraces. Ciego, se tambaleó en pleno vuelo y luego se desplomó con violencia; el

ruido al chocar contra los árboles fue como una tormenta al descargar, un conjunto de estallidos y chasquidos unidos al lento grito dolorido de los árboles al ser hendidos y arrancados de raíz. Un ala se partió cerca del omóplato de la criatura, y la otra fue atravesada por árboles astillados, y quedó inmovilizada.

—¡El dragón ha caído! —chilló uno de los arqueros, pero, por encima de los alaridos de la bestia, aquella voz apenas sonaba como el zumbido de un insecto. Sin embargo, Dalamar la oyó, y comprendió qué era lo que gritaba el Montaraz—. ¡Ha caído! ¡A las espadas! ¡A las espadas! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Los Montaraces salieron corriendo profiriendo aullidos al tiempo que se abrían paso por entre el destrozado follaje. El sonido de su carnicería inundó el bosque y resonó en el cielo: gritos de salvaje regocijo, y el atronador rugido del animal que se debatía, ciego y tullido.

Dalamar, ciego como la criatura, avanzó tambaleante, dando un traspié sobre el cuerpo cada vez más rígido de Ylle Savath. Le impidió caer una mano que lo sujetó con fuerza del brazo.

¡Tellin! Tellin, desde luego.

—¡Vos! —exclamó Dalamar, riendo, y con las rodillas casi a punto de doblarse de alivio—. ¡Vos, milord clérigo con vuestra espada! Deberíais correr y tomar parte en la matanza.

Con los ojos deslumbrados todavía, percibió un tenue siseo, un sonido parecido al de las serpientes.

—Por eso estoy aquí —dijo una voz baja y ronca justo detrás de su oído—. Un mago oscuro que ha venido a librar al mundo de los magos elfos.

Los sonidos del dragón moribundo y los gritos de júbilo de los Montaraces se apagaron y se volvieron apenas perceptibles, como si una espesa y húmeda niebla los hubiera sofocado. Un escalofrío se deslizó por la columna vertebral de Dalamar. Estrujándose el cerebro, el mago intentó recordar si había oído el sonido del grito de muerte del clérigo durante la lucha. Con la visión poco a poco más clara, advirtió que la mano posada sobre su brazo lucía un guante rojo y era mucho mayor que la de Tellin.

Los oídos del elfo zumbaron con el estrépito de la muerte del reptil. Alguien lanzó un grito, un largo y desgarrador alarido que finalizó en un sollozo borboteante. Uno de los Montaraces se había acercado demasiado a su presa. Entonces los gritos cambiaron, de un modo tan repentino que los combatientes elfos no tuvieron tiempo de darse cuenta de que su infortunado compañero estaba muerto.

«¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego en los bosques!».

Dalamar oyó todo eso mientras alzaba la mirada hacia las negras rendijas para los ojos de un yelmo de dragón, y mirar allí dentro fue como contemplar el bullir de un torbellino o los ojos de un demente.

Una daga silbó fuera de su funda, para brillar pálidamente en la nublada mañana.

—No te muevas, hechicerillo.

Dalamar permaneció inmóvil como una estatua. La punta de la daga en su garganta lo pinchó con fuerza para dar más énfasis a las palabras del otro. «Muévete, y morirás». Apenas respiraba, pero se dio cuenta de que la voz de su capturador sonaba poco clara, como si el que hablaba estuviera borracho o hubiera recibido un golpe terrible en la cabeza. Los gritos del dragón sacudían el aire, incluso en un lugar tan alejado como el fondo del barranco, y el joven mago sintió que el suelo bajo sus botas vibraba con las sacudidas del animal. El guerrero de la armadura roja gimió, lanzando un sordo sollozo.

El estómago de Dalamar se tensó con repentina comprensión. El hechicero había cabalgado en el dragón, y a algunos de los que lo hacían les gustaba forjar un vínculo con la criatura, mente con mente. El habla inarticulada y los ojos apagados y sin brillo le indicaron al elfo que el otro no había conseguido romper ese vínculo antes de que la bestia se desplomara. Se encontraba aún en alguna parte de la mente del animal moribundo, y sentía su muerte, tal vez para no tardar en morir también él. La esperanza se adueñó del joven, con la adrenalina y la sangre corriendo a raudales por sus venas. Pero no importaba lo que corriera por su interior, su adversario seguía manteniendo la punta de la daga apretada contra su garganta, y aunque fuera perdiendo fuerzas a medida que su montura moría, su mano permanecía firme alrededor del mango del cuchillo.

Oyó una pisada apenas perceptible. Dalamar la oyó pero ni siquiera alzó la mirada. No obstante, olía el sudor de aquél que se hallaba detrás de su enemigo y por encima de él en el sendero. Mezclado con el hedor del sudor y la sangre había otro aroma más dulce: incienso de templo que siempre flotaba por entre los árboles de Silvanost, el embriagador perfume surgiendo de los blancos templos erigidos a dioses blancos y oliendo en todas las estaciones como los bosques en otoño. Lord Tellin Vientorresplandeciente se encontraba en el sendero en la zona estrecha donde a primeras horas de aquel día Dalamar le había salvado la vida al tirar de él hacia atrás y evitar que cayera. Empuñaba su espada, sujetándola con fuerza, bien alzada. En sus ojos brillaba un terror que expresaba la elección que debía tomar, elección y oportunidad tomadas ambas en un instante: matar al mago o ver morir a su antiguo sirviente.

El jinete de roja armadura se irguió de improviso, como si supiera que había alguien a su espalda. Se volvió, con la mano posada aún en Dalamar, y chilló, emitiendo un penetrante y terrible grito que serpenteó hacia el cielo. En aquel grito se devanaban toda su rabia y la del dragón, en cuya mente todavía habitaban, en parte, su dolor y el de la criatura.

—¡Fuego! —chillaron desde el bosque situado en lo alto, eran más voces que las

de los Montaraces las que chillaban, muchas más. Muchos soldados descendían por el bosque, retirándose ante los hombres dragones—. ¡Salid! ¡Fuego!

El mago alzó la mano, y Dalamar supo que realizaba gestos mágicos. Cualquiera que sea el sendero que siga un hechicero, el baile de las manos es siempre el mismo. La voz gimoteante que surgía del interior del yelmo sonaba hueca, y las palabras que pronunciaba entrelazadas unas alrededor de las otras en un complejo diseño sonoro fueron sonando cada vez más sombrías. Y, al mismo tiempo que lo hacía el sonido, se ensombrecía la cañada, pues el aire se tornó púrpura como si un millar de crepúsculos ocuparan el espacio entre las pétreas paredes; la oscuridad trepó desde el suelo, ocultando los cuerpos de Ylle Savath y Benen Graciaestival.

El rostro de Tellin brilló blanco en la creciente oscuridad, y su espada se alzó, en la hoja tan larga y pesada que casi le hizo perder el equilibrio. El clérigo de Paladine, el acólito de E'li prometido al templo desde su nacimiento, dejó caer aquella hoja con todas las fuerzas de sus jóvenes brazos, con la intención de matar. Y si E'li vivía en el corazón de aquel clérigo, fue Kiri-Jolith en persona quién agudizó su visión y dio fuerzas a su mano. El arma golpeó la armadura y repicó como no debía haberlo hecho desde que sintiera el último golpe del martillo del herrero; rebotó en dirección a Tellin, quien volvió a descargarla, con furia, mientras trastabillaba en el borde del sendero. Esta vez el filo encontró menor resistencia y rebanó la carne en la articulación del codo de la armadura.

El guerrero rojo retrocedió girando al tiempo que profería un desgarrador alarido. Echó la cabeza hacia atrás, lanzando juramentos mientras la sangre brotaba de la herida, más oscura que la roja armadura.

—¡Estás muerto! —gritó al cielo, al clérigo cuya espada le había herido. El vínculo con el dragón había desaparecido, cercenado por el dolor, y sus ojos brillaron azules como cuchillas—. ¡Estás muerto!

Una mano surgió del crepúsculo, espectral, nacida de una maldición, y compuesta de neblina roja como la sangre. Helado hasta los huesos, Dalamar vio como la mano crecía por momentos, hasta que pareció ocultar el cielo situado encima del barranco. A su espalda, Tellin daba boqueadas como si se asfixiara, y el mago elfo giró en redondo a toda prisa a tiempo de ver cómo su compañero caía de rodillas. La espada se desprendió de su mano, tintineó sobre las piedras y rodó al fondo de la cañada.

—¡Milord!

El rostro del clérigo se tornó rojo, y sus ojos parecieron a punto de salir de sus órbitas, como un hombre al que están estrangulando. En el cielo sobre el barranco, la mano era ahora un puño de blancos nudillos.

—¡No! —Enfurecido, Dalamar se revolvió contra su adversario—. ¡Suéltalo!

El hechicero lanzó una carcajada —un sonido ronco y cortante— y se desplomó sobre el pedregoso suelo de la cañada hecho un ovillo que tintineó con un sonido

metálico. Tellin boqueó y se dejó caer. Sus labios empezaban a tornarse azules, su rostro lívido.

—Tellin...

Dalamar trepó por el sendero y sujetó al clérigo justo antes de que se derrumbara. En el cielo, la mano siguió apretando, mientras en los brazos del mago, el otro se iba asfixiando, con una neblina incrédula en los ojos, como si la mano que veía, aquella mano roja que flotaba sobre la cañada, fuera la mano de algún terrible demonio.

—E'li. —El nombre del dios surgió de sus labios azulados como un gemido agónico. Alzó su propia mano, pero no demasiado, y con los ojos fijos en Dalamar, mientras su última luz y su vida se extinguían, repitió—: E'li...

Pero el dios que no había contestado a las oraciones de todos los elfos de Silvanesti desde hacía muchos y largos meses, tampoco respondió a la plegaria de su clérigo moribundo. La luz se apagó en los ojos de lord Tellin Vientorresplandeciente, y su alma abandonó su cuerpo. Sólo quedó barro inerte, una pesada carga en los brazos de Dalamar, y su peso era mucho mayor de lo que había parecido en vida. La mágica mano se desvaneció, disolviéndose como la bruma ante una brisa, y sobre el suelo de la cañada quedaron los restos de Ylle Savath y Benen Graciaestival, del clérigo abatido por el dragón y del mago de roja armadura.

De ese último no quedaba gran cosa. Ni restos del cuerpo; sólo el yelmo y la armadura, y éstos estaban vacíos, un simple cascarón. Lo que había sido parte del hechicero había desaparecido, pasado a formar parte de la tierra. No quedaba más que polvo dentro de la armadura. Ah, pero no estaba muerto, a pesar de que no había cuerpo dentro de la armadura. Como un fantasma en la noche, un lamento recorrió los nervios de Dalamar, no se trataba de un sonido audible sino de algo palpable, como se siente el primer viento helado del invierno.

Con un escalofrío, el joven elfo volvió la mirada hacia el hombre sin vida que sostenía en sus brazos, el noble que había recorrido todo el camino hasta la frontera en busca de un sueño que probablemente jamás hubiera conseguido hacer realidad. Sobre el suelo, caído en el sendero de rocas, yacía algo brillante. Dalamar extendió la mano y levantó el estuche bordado del pergamino que Tellin se había llevado de Silvanost, el regalo devuelto y el regalo concedido. Lo hizo girar en la mano, los colibríes revoloteaban sobre rosas rojas como rubíes, con sus diminutos picos en forma de aguja sumergidos en nacarado rocío, y lo limpió frotándolo contra la manga de la túnica. No todo el polvo desapareció, pues gran parte de él se había incrustado en el delicado bordado, dando al color rosa una tonalidad marrón.

—¿Está muerto? —preguntó una mujer, una Montaraz de pie en lo alto del sendero. La elfa sangraba, llevaba el brazo sujeto en un tosco cabestrillo y la cabeza envuelta con un trapo por el que rezumaba la sangre. La guerrera provenía del campo de batalla y no hacía mucho que había abandonado la primera línea—. ¿Está muerto

el clérigo?

Dalamar asintió e intentó entregarle el estuche, pues le parecía que pesaba tanto como el cadáver.

Ella negó con la cabeza.

—¿No le servías allá en Silvanost, en el Templo de E'li?

Dalamar volvió a asentir.

La Montaraz miró colina arriba al lugar donde yacía el cuerpo del dragón, donde las brillantes llamas del incendio refulgían a no demasiada distancia.

—Guárdalo, mago. Tal vez puedas devolverlo a su familia y conseguir un recompensa por las molestias. Pero ahora... —giró la cabeza de nuevo en dirección al bosque y al fuego— ahora, deja a los muertos y ven a ayudarme a sacar a los vivos de aquí.

De ese modo hablan los soldados que se encuentran a menudo en compañía de cadáveres. Dalamar asintió y, acto seguido, depositó el cuerpo de Tellin Vientorresplandeciente sobre las piedras, colocando las extremidades en una posición decorosa, y se inclinó para cerrarle los ojos. No fue fácil conseguirlo, pues lo habían estrangulado con tanta precisión como si lo hubieran colgado de una soga.

—Milord —dijo, pero no supo qué más decir; no hacía mucho tiempo que conocía a ese clérigo, y no habían compartido mucho más que sueños irracionales, y ese plan que podría hacer realidad aquellos sueños.

El mago sonrió, con una amarga sonrisa en los labios. ¡Cuán veloces mueren los sueños!

—Milord, vos salvasteis mi vida.

Era una vieja frase, extraída de una poesía o una plegaria, no recordaba exactamente qué. Algo que habría agradado a Tellin Vientorresplandeciente y que éste habría escrito con hermosa caligrafía y brillantes ilustraciones. Dalamar la ofreció en agradecimiento y cruzó las manos del clérigo sobre su pecho.

—Marchad con E'li, pues vos hallaréis con él vuestra paz.

Pero si la antigua frase resultaba apropiada, el antiguo criado tuvo la impresión de que la tradicional bendición sonaba forzada como una mentira.

Los magos y su escolta de Montaraces corrieron por el bosque, aunque sin avanzar a gran velocidad, ni tampoco durante mucho tiempo sin detenerse a menudo a descansar. Demasiado agotados, los magos y muchos de los guerreros elfos se veían debilitados además por heridas de diversa índole. Atravesaron la calzada del Rey en dos días y, para entonces, no se veía ninguna señal del gran incendio en el norte. Había llovido allí, con fuerza por lo que indicaban los grandes nubarrones; si el fuego

no se había apagado, al menos ya no era tan fuerte.

Otras cosas tenían que lamentar, sin embargo, pues en la calzada del Rey encontraron el bosque destrozado, mancillado por los desperdicios abandonados por una horda de refugiados: las fogatas, los huesos de animales devorados, botas que ya no servían, ropas desgarradas, en ocasiones incluso una tetera o una olla que se habían vuelto demasiado pesadas para transportarlas. Entre todo eso yacían los refugiados muertos, los que habían perdido la fuerza de voluntad y las energías y no podían ir más allá del lugar en el que caían. Los cuervos se cebaban en ellos, limpiando los huesos de elfos que huían del ejército de los Dragones para hallar la muerte en el dulce bosque a kilómetros de distancia de Silvanost.

Algunos lloraron al ver los muertos, con los huesos descarnados y las ropas harapientas ondeando sobre los cadáveres como pendones que atraían a los carroñeros. Algunos sugirieron enterrar los cuerpos, pero tras largas discusiones se los convenció de que no tenían ni tiempo ni las herramientas para hacerlo; lo mismo había sucedido con los muertos en la cañada. Dalamar tenía la impresión de que el bosque estaba repleto de cadáveres de norte a sur. Los Montaraces los convencieron, pero eso no significaba que el espectáculo no les afectara.

—No me importa si Phair Caron dobla su ejército —dijo uno a otro—. ¡No me importa si lo triplica! Regresaré a luchar, lo juro, y nadie me detendrá.

—¿Doblará su ejército? —inquirió Dalamar cuando cruzaron la calzada y regresaron al interior del bosque.

No quisieron seguir por el enojoso sendero, porque los refugiados atestaban la ancha carretera. El joven mago miró por encima del hombro los destrozos, los muertos y los cuervos.

La Montaraz —la misma que lo había hecho salir de la cañada— se encogió de hombros.

—Eso es lo que oímos cuando volvíamos de la batalla. A lord Garan no le importa. Está pidiendo más soldados al Orador. Ha enviado a un Mensajero del Viento con su solicitud.

Todos estaban de acuerdo, casi con una sola voz, en que Lorac daría al lord de la Protectoría toda la ayuda que necesitaba. ¿Cómo no hacerlo?

Una vez más, Dalamar volvió la cabeza para mirar a los muertos. Eran todos ancianos, ninguno en edad de combatir. Phair Caron se había ocupado de que los posibles guerreros fueran eliminados en sus pueblos y ciudades. ¿Dónde encontraría Lorac más hombres y mujeres para luchar? ¿De los escasos asentamientos de la zona meridional del reino? ¿Del este donde eran marinos pero no soldados?

Una ligera neblina en forma de lluvia fina empezó a caer, helando la carne. Dalamar encorvó los hombros para protegerse del frío y se subió la capucha de la mugrienta túnica blanca. Los árboles alrededor parecieron desvanecerse, incluso el

brillante dorado de las hojas de álamo dejó de relucir. Era, se dijo el mago, como si el bosque se esfumara a su alrededor, desapareciendo ante sus propios ojos.

Un día más tarde, cuando cruzaron el Thon-Thalas en el transbordador y entraron en Silvanost a primera hora de la mañana, nada le pareció más sustancial. El olor de las hornadas flotaba por las amplias calles, los perros ladraban y los niños corrían persiguiéndose unos a otros por los jardines. El sol relucía en las torres. El rocío hacía brillar la hierba. Los templos que rodeaban los Jardines de Astarin resonaban con los cánticos de las plegarias, y el aroma del incienso impregnaba el aire. Dalamar lo vio todo, olió la ciudad, la oyó, y todo le pareció como un sueño de un lugar que había conocido.

El hogar de los más amados por los dioses... Era una mentira, y distinguió esa mentira en cada refulgente torre, en el rostro de todos los que pasaban, elfos todavía seguros —¡a pesar de que una siniestra y terrible diosa golpeaba a su misma puerta! — de que E'li los salvaría, de que E'li todavía los amaba. Dalamar reconoció la mentira cada vez que recordaba las últimas palabras de un clérigo que había muerto con su postrera plegaria en los labios, sin que ningún dios intercediera por él.

«¡El mundo está perdido!».

Las palabras susurraron en el rincón más sombrío del corazón de Lorac Caladon, como ocurría desde la noche en que habían despertado al monarca de su sueño sobre Istar.

«¡El mundo está perdido a menos que me hagas caso!».

Eso decía el Orbe de los Dragones, la esfera de cristal que reposaba envuelta en grueso terciopelo blanco sobre su transformado atril. Eso decía ese artefacto de su Prueba en la Torre de la Alta Hechicería, sacado por él de un lugar del que le habían ordenado no coger nada. No fue tomada, se recordó. ¡Rescatada! Había rescatado ese Orbe, y sin duda había hecho lo correcto, pues ¿no había salido de su Prueba de una pieza y lleno de energía?

«Rescatado... pero pronto volveré a estar perdido, porque ¡el mundo está perdido!».

Lorac oía la voz en su corazón, en sus huesos. La escuchaba en su propio espíritu, y a veces le parecía que esa voz aconsejaba desesperación, mientras que en otras ocasiones parecía ofrecer esperanza. «Allí es donde nos encontramos», se dijo mientras observaba desde su trono el pequeño cónclave que había reunido en la Torre de las Estrellas. «Nos encontramos entre la desesperación y la esperanza».

La luz del mediodía penetraba por las ventanas que se elevaban en espiral y caía sobre la sala de audiencias. Con un brillo intenso, el sol del mediodía proyectaba una cruel luz deslumbrante sobre el suelo de mármol y las paredes enjovadas, dando a las joyas y al oro que lucían los allí reunidos el aspecto de quebradizas imitaciones, sin conferirles la menor belleza. Los rostros parecían tener una lividez invernal y estar dibujados con facciones tan pronunciadas y definidas que podrían haber sido los rostros de gente hambrienta.

«Sólo tienes que mirar a esta gente para comprender qué es la desesperación», dijo su corazón.

¿O era el Orbe de los Dragones el que hablaba? Todos y cada uno de sus súbditos protestaban diciendo tener esperanzas más que suficientes para mantener el reino con vida, esperanzas suficientes para encomendar a sus hijos e hijas a la causa de hacer retroceder a los secuaces de la Reina de los Dragones. Y sin embargo, sin embargo...

«Tanto te aman» —dijo la voz del Orbe—, «tanto, que te lo demuestran así, fingiendo tener esperanza como si el fingimiento pudiera un día convertirse en realidad».

Contempló a los allí reunidos, a su hija, a los lores de la Protectoría y de la Casa de los Metales, a la dama de la Casa Presbiterial. Cada uno dirigía miradas furtivas al

objeto envuelto en tela blanca situado junto al trono. ¿Qué era aquello?, decían los ojos de los que no hacía mucho se habían admirado ante la escultura de marfil.

Ninguno de los Cabezas de Familia de las otras Casas estaba presente. No se trataba de una reunión del Synthal-Elish, no era una solemne solicitud de consejo a las Casas y sacerdotes de los siete templos; esto era un consejo secreto convocado a toda prisa, cuyos miembros habían sido elegidos según decisión del rey, de acuerdo con las necesidades del monarca.

Lord Garan había acudido montado en su grifo, cubierto aún con el polvo y la mugre del combate: sangre, barro, lágrimas y sudor. El lord de la Protectoría no había comprendido el mensaje recibido del rey la noche anterior, la repentina orden de regresar y presentarse ante él con toda rapidez, y el desconcierto se reflejaba en su expresión.

Cerca de Garan estaban Elaran y Keilar. Una pasaba todos sus días en oración, y el otro ocupaba los suyos en la fabricación de armas y armaduras. «Oraciones y armas, es todo lo que necesitamos», había dicho Elaran durante el verano al recibir las noticias de las primeras incursiones de los ejércitos de Phair Caron. Keilar había estado de acuerdo con todo su corazón y toda su fe en los forjadores de espadas de su Casa. Ahora a ambos les parecía —Lorac lo leía en sus ojos, estaba seguro de leerlo en sus corazones— que tanto las oraciones como la espada estaban fracasando.

La luz del sol se desplazó por el suelo en un avance tan lento que sólo un ojo anciano podía advertirlo; el ojo de Lorac detectaba cada movimiento de la luz, igual que detectaba los cambios, crueles y provocados por la guerra, que habían acaecido a su pueblo. Su corazón sufría por todos ellos. Garan, que había perdido a tantos de sus Montaraces durante ese espantoso verano, parecía haber envejecido años en cuestión de meses. El lord amaba a sus soldados, a cada uno de ellos como si fuera su propio hijo, y en pergaminos de las bibliotecas de la Protectoría se habían anotado sus nombres, para inmortalizarlos en los anales del reino. Si todos esos pergaminos desaparecieran, quemados en la guerra, lord Garan podría seguir manteniendo vivos esos nombres de viva voz, porque vivían en su corazón.

«¡El mundo está perdido! ¡El reino está perdido!».

«Tal como vive la tierra, viven los elfos». El mismo Silvanos había pronunciado estas palabras. Una oración, un cántico, el sonido de la propia sangre latiendo en el corazón: aquellas sencillas palabras eran todo eso y más. Eran el modo en que un elfo comprendía el mundo y su lugar en él. En su corazón, el rey Lorac las repitió con veneración. Ah, ¿pero quién podría pronunciarlas de otro modo?

Y el Orbe bajo su mano... Lorac se sobresaltó, apartando la mano del grueso velo de terciopelo blanco. ¿Cuándo había alargado el brazo para tocar aquel objeto? Con hábil indiferencia colocó la mano en el brazo del trono.

—Milores y damas —dijo el soberano, recordando su resolución—. ¿Tendréis la

amabilidad de prestar atención?

Era una forma de expresarse. Claro que lo harían. Todos los ojos se volvieron hacia él cuando musitó las palabras de un conjuro de representación, antiguas palabras, suaves y sedosas, aprendidas en Istar en la época en que nadie imaginaba que Takhisis llamaría a los dragones de vuelta a Krynn.

El Orador de las Estrellas alzó la mano, retorcida y anciana, gesticuló con un dedo como si éste fuera el pincel de un artista, dibujando imágenes en el aire, un mapa ancho y alto. El mapa mostraba el mundo de Silvanesti, un mundo de adorados bosques, de belleza y gracia, de gentes cuyas vidas transcurrían en tranquilas y bien organizadas rondas de pacíficas vigilancias, sin que durante largas generaciones las molestara ni afectara el clamor de los que vivían en el exterior. Allí estaba la nación silvanesti, mostrada desde su frontera septentrional, ahora en llamas, hasta la punta meridional donde se hallaba el puerto de Phalinost, cuya extensa bahía empezaba a llenarse ya entonces con una flota de grandes naves. Con las blancas velas reluciendo bajo el sol, hinchadas por el viento, aquellas naves de amplia proa tiraban nerviosamente de sus amarres, ansiosas por hacerse a la mar.

—Ahora, prestad atención —dijo el rey elfo.

La mano de Alhana se cerró con fuerza sobre el hombro del monarca, luego aflojó la presión, y él la notó temblar, ligeramente. Lord Garan permaneció inmóvil, pero Elaran y Keilar alzaron la mirada, inquisitivos.

—Lord Garan, decidme: ¿cómo dejasteis la frontera?

El nombrado se irguió en toda su estatura, como señor de los Montaraces, y dio un paso al frente.

—Majestad, Phair Caron nos ha acosado durante todo el verano. Nos sigue combatiendo ahora en otoño, pero no se ha apoderado de ningún territorio. Todo continúa en nuestras manos.

Un suspiro recorrió toda la estancia, resonando sordamente. Lo que lord Garan decía era cierto y, no obstante, no lo era. Los pueblos y las ciudades del norte permanecían vacíos ahora, con sus torres convertidas en residencia de los espectros. El ejército de los Dragones no había hecho otra cosa que expulsar a la gente, fustigándola en dirección sur, hacia Silvanost, la capital de los silvanestis. La primera oleada de ellos había penetrado en la ciudad esa misma mañana, harapientos, llorosos, algunos —todo hay que decirlo— medio enloquecidos por el dolor y la rabia. Eran los primeros. Los Montaraces que los habían visto decían que los seguirían muchos más, que Silvanost se ahogaría en la creciente riada de refugiados, porque la Señora del Dragón no abandonaría la táctica que tan buen resultado le había dado hasta entonces.

Phair Caron avanzaría con rapidez y fuerza, barriendo llena de odio el territorio vacío para acampar ante las murallas de la ciudad hasta que Silvanost, con todas sus

torres, pasara tanta hambre durante el invierno que suplicara los términos de una rendición antes de que llegara la primavera.

—Decidme, lord Garan: ¿Podéis hacerla retroceder?

El anciano guerrero alzó la cabeza con orgullo, mirando a los ojos a su soberano.

—Moriremos hasta el último hombre y mujer intentándolo.

Lorac asintió. Era la respuesta que esperaba.

—Si no morís hasta el último hombre y mujer, si pasáis el resto de la estación hasta la llegada del invierno combatiendo a Phair Caron y su siniestra diosa, ¿podéis vencer?

—Majestad —Lord Garan no bajó la mirada, ni dejó de mantener su orgulloso porte—, no lo sabremos hasta que lo intentemos.

Se oyó un susurro de túnicas, y del exterior de la sala llegaron los discretos murmullos de los criados en sus idas y venidas, una voz que se alzaba interrogante, otra que respondía con una risa. En la sala, el silencio descendió sobre todos sus ocupantes. Elaran dirigió una veloz mirada a Keilar. El fabricante de armas permanecía inmóvil, con las manos quietas; sólo sus ojos se movían, pasando de uno al otro, para dirigirse luego al rey.

—Decidme, lord Garan, y hablad con sinceridad: si pasáis el resto del otoño hasta el invierno y luego la primavera combatiendo a Phair Caron, ¿podéis vencer?

El rostro del lord enrojeció, y sus alargados ojos centellearon.

—Majestad...

—¿Podéis vencer, viejo amigo? ¿O me acompañaréis durante todo el invierno, cada vez que deba echar a otro refugiado expulsado de las tierras del norte, de las tierras del interior, de las puertas de nuestra misma ciudad? ¿Os quedaréis y diréis: «Perdónanos, pero estamos desbordados de refugiados y no tenemos alimento ni para nosotros. No puedes entrar aquí, pero puedes marchar al bosque y morir sabiendo lo mucho que todos lo lamentamos»? ¿Os quedaréis a mi lado y diréis eso?

Un gran silencio se adueñó de la gran sala de audiencias. Sólo se oía el ruido de las respiraciones.

«¡El mundo está perdido! ¡A menos que me hagas caso!».

El rey elfo casi gritó aquellas mismas palabras, el dictamen del Orbe, que martilleaban en su interior como el latido de su propio corazón. Las había oído una y otra vez, despierto y dormido, y en ellas no hallaba, curiosamente, desesperación sino esperanza. «A menos que me hagas caso...». El Orbe hablaba de esperanza y hablaba de poder. Expresaba promesa y mencionaba un modo de derrotar a la Señora del Dragón Phair Caron.

No sólo prometía su derrota. Prometía la derrota de la Reina de la Oscuridad en persona, la ruina de Takhisis. ¡Oh, vosotros, dulces dioses del Bien y la Luz! ¿Cómo medir este favor si fuera concedido?

«¡El mundo está perdido, a menos que me hagas caso! Ven y toma lo que tengo para ti. ¡Si haces lo contrario, el mundo está perdido!».

Lorac se levantó del Trono Esmeralda. A pesar de que el Orbe permanecía oculto bajo el manto de terciopelo blanco, en su corazón, en sus venas, en su misma sangre, el monarca sentía la vibración de su luz, un toque de tambor que lo llamaba a actuar. Miró a su hija, Alhana, blanca como el mármol, los ojos brillantes con aspecto febril. Lo que iba a decir no la sorprendería. Había elaborado su plan a solas, pero se lo había mencionado a ella, pues Alhana tendría un importante papel en él. Una carga que no había solicitado caería sobre los delgados hombros de la joven. Ésta no sonrió para darle ánimos, pues se había pasado toda la noche protestando. No importaba, no importaba, él sabía lo que debía hacerse.

—Ahora escuchadme —dijo a lord Garan—. Escuchad —indicó a Elaran y a Keilar—. No pienso jugar con las vidas de mis súbditos. Se han concebido planes para cuando llegara este día, y esto es lo que sucederá: vos, lord Garan, haréis salir a vuestros exploradores y les ordenaréis ir a toda aldea, pueblo o ciudad donde todavía viva gente y a los bosques por los que vagan los refugiados. Pregonarán este mensaje: «Reunid a vuestras familias y descendad al mar. Id a Phalinost, donde cada uno encontrará un lugar dispuesto para él. Preparaos para un viaje por mar, y sabed que regresaréis».

—Exilio —musitó Garan, y la terrible palabra sonó como una sentencia—. Orador, ¿haréis eso? ¿Nos conduciréis a todos fuera del país y al exilio mientras las asquerosas tropas de Takhisis penetran en el reino y nos lo arrebatan para siempre? —Lorac vio en sus ojos un dolor tan intenso como jamás le habían producido las heridas recibidas en combate—. Decidme, Lorac Caladon, ¿os he fallado, entonces?

Las palabras del orgulloso guerrero provocaron una aflicción insoportable en el corazón del monarca.

—No me habéis fallado, viejo amigo. —El Orador de las Estrellas descendió de la plataforma y tomó las manos de Garan entre las suyas, remedando inconscientemente la bendición ritual que un rey otorga a un recién nombrado Montaraz. De ese modo se habían encontrado ambos muchos años antes, ofreciendo y aceptando lealtad—. Ningún rey ha obtenido un mejor servicio del que yo he obtenido de vos, pero debo pedir os una vez más que me sirváis de nuevo en esta causa de conducir a nuestro pueblo a la seguridad. No estaréis fuera del reino mucho tiempo, y cuando vos y nuestra gente regreséis, os daréis cuenta de que todo se ha hecho por nuestro bien.

—No estaré lejos mucho tiempo. Majestad... ¿y vos?

Lorac le soltó las manos, se apartó de él y regresó a su trono, sintiendo que los peldaños de la plataforma se habían vuelto más altos desde que había descendido por ellos, más altos y empinados. Al llegar al trono, su hija le cogió la mano, y él la miró a los ojos, a los profundos estanques de amatista que tanto le recordaban a su madre.

Allí descubrió temor, consideración y, por encima de todas las otras cosas, valentía. Se volvió, y bajó la mirada hacia los cuatro allí reunidos.

—Yo me quedaré —anunció.

Los dejó proferir exclamaciones ahogadas y murmullos, y cuando su silencio se impuso al de ellos, repitió:

—Yo me quedaré. «Tal como vive la tierra, viven los elfos». Si imagináis que estoy dispuesto a entregar mi reino, ¡nuestro País de los Bosques!, a la oscuridad, estáis muy equivocados.

»Poseo una magia que debo activar —siguió el rey elfo, y con un veloz movimiento de sus largos dedos, arrancó el blanco manto que cubría el Orbe para dejar al descubierto la esfera de cristal sujeta en la afilada zarpa—. Aquí tenéis un Orbe de los Dragones, y no espero que ninguno de vosotros sepa qué es... —Dejó que las palabras se apagaran, para ver si alguno lo contradecía. Ninguno lo hizo—. No importa. Yo sé lo que es, y creo que la magia que llevaré a cabo en compañía de este Orbe será lo bastante poderosa para salvarnos a todos. Pero no arriesgaré las vidas de mi gente mientras se pone a prueba mi creencia. Así pues, sólo yo me quedaré, con una guardia de Montaraces para proteger y vigilar. Mi hija conducirá al pueblo fuera del reino, y será ella quien lo traiga de vuelta.

Ahora sí la oyó suspirar, a su Alhana Starbreeze. Se giró para mirarla y vio que el color había desaparecido de su rostro. Como una princesa de mármol, estaba inmóvil con la mano sobre el pecho y los ojos abiertos de par en par. Por un momento —¡sólo un momento!— pensó que ella se negaría a obedecer, que exigiría quedarse. Pero la muchacha no hizo ninguna de las dos cosas. Era hija de reyes, hija de reinas. Aceptaría y desempeñaría cualquier deber que él le encomendara, por él y, más importante, por el bien de su reino en guerra. La joven dio un paso hacia él e inclinó la cabeza, no como una hija ante su padre, sino como una súbdita ante su rey.

—Con la ayuda de lord Garan, con las oraciones de lady Elaran, con la voluntad de hierro de lord Keilar y cada uno de los Cabezas de Familia, haré lo que deseáis, majestad.

La joven se hallaba tan cerca de él que Lorac vio brillar la primera lágrima en sus ojos. Nadie más vio la perla de su pena. Sólo vieron a una princesa cuya valentía rivalizaba con su belleza, Alhana Starbreeze a quien seguirían a cualquier parte, incluso al exilio.

El último día del mes del Crepúsculo Otoñal, el día que los elfos llamaban Entrada, el cielo se desperezó sobre el golfo de Cooshee, inflexible, brillante y azul como el hielo. El invierno merodeaba cerca, la estación feroz como un lobo, cuyos dientes

estaban llenos de crueldad, cuyas zarpas no conocían la misericordia. Las gaviotas chirriaban en el cielo, y el viento zumbaba a lo largo de las flechaduras que lucían ya una leve capa de hielo.

La cubierta crujió bajo las botas de Dalamar, con un sonido dolorido como si la nave no pudiera soportar la idea de abandonar la costa y debiera lamentarse por la pérdida de la dulce Silvanesti. Gemidos similares se oían por toda la atestada bodega de *El Cisne del Rey*, los gritos de los que estaban mareados y de los que se sentían agotados y de todos los que notaban cómo los bramantes de sus corazones se tensaban casi hasta romperse. Alrededor de la nave otros navíos se balanceaban, alzándose y hundiéndose al compás de las aguas, mientras uno tras otro, los capitanes izaban las velas y abandonaban la bahía para seguir al *Alas de E'li*, el buque insignia de lord Garan. No tardaría en llegarle el turno a *El Cisne del Rey*.

Dalamar apoyó los brazos en la barandilla y miró al otro lado de la bahía en dirección a Phalinost, resplandeciente bajo las últimas luces del día. Las gaviotas planeaban sobre las altas torres, como espectros grises que vagaran por la vacía ciudad, y Dalamar imaginó que nadie vivía allí ahora excepto las ratas y las gaviotas. Su pensamiento no estaba muy lejos de la realidad.

Todos eran exiliados.

¡En qué modo tan espectacular habían fallado los dioses del Bien a los elfos, quienes de todas las maneras posibles habían profesado siempre su inalterable amor por estas deidades! Habrían hecho todo por estos dioses, los hijos de Silvanos. No permitieron ningún otro culto, ninguna otra clase de magia, ningún otro dios dentro de los límites de su reino.

Dalamar sacudió la cabeza, con los ojos puestos en las agitadas aguas de la bahía. Tantas cosas habían perdido los elfos en aquella confianza, tantas. E'li y su clan no habían sido dignos de aquel amor. El mago pensó en lord Tellin, uno entre los muchos que habían muerto por unos dioses desleales, y en todos los otros, los Montaraces, los Jinetes del Viento, los refugiados de la calzada, todos convertidos en cadáveres y en exiliados. ¿Dónde, pues, estaban los dioses en los que confiaban? No se los hallaba por ninguna parte.

En el norte, río arriba más allá de Silvanost, se encontraban cuatro libros de hechizos, tres pequeños y uno grande. No había tenido posibilidad de sacarlos de la cueva, y ahora permanecían ocultos, posiblemente hasta que algún soldado de Phair Caron tropezara con ellos.

Pero el rey salvará la ciudad, salvará el país. Ningún secuaz de la Señora del Dragón osará pisar el corazón del reino... Eso decían todos a bordo de la nave, y todos los que estaban a bordo de las demás.

Todos excepto Dalamar. Cuando una cosa se abandona, se la pierde. Así pues, había perdido los libros, pero no se enfurecía y tampoco se apenaba. No eran más que

unas pocas de las muchas cosas perdidas en el reino abandonado; tal vez era porque había extraído de ellos todo lo que necesitaba: más magia de la que los magos de la Casa de Mística le darían. Un atisbo, sugirió un peligroso pensamiento, de un dios más siniestro de lo que a los elfos les gustaba contemplar. ¿Qué promesas hacía Nuitari, el hijo de Takhisis y el dios de la venganza? ¿Hasta qué punto las cumplía? Dalamar no lo sabía, pero se lo preguntaba.

—¡Mirad! —gritó una voz femenina.

Dalamar vio una mujer marinero que señalaba el cielo. En lo alto, donde las estrellas acababan de despertar para preguntarse qué expedición de elfos estaba a punto de desafiar a las aguas, el cielo había cambiado su profunda tonalidad azul por el enfermizo verde fluctuante de una herida que ha estado demasiado tiempo desatendida, de la carne putrefacta.

—Por Zeboim —musitó la mujer, y sus mejillas, tostadas y bruñidas por el sol, adquirieron un tono ceniciento—. En su bendito nombre marino, ¿qué le ha sucedido al cielo?

La marinera juraba usando el nombre de una diosa malaventurada, la tempestuosa hija de Takhisis, pero Dalamar observó que ninguno de los elfos adoradores de E'li tenía nada que decir en respuesta. ¿Qué tenía que decir un marinero de agua dulce sobre las sutilezas del culto a un marinero que recorría el reino de Zeboim? Nada. Oscuras figuras se juntaron ante las barandillas, marinos y Montaraces y algunos pasajeros. Todos miraban a lo alto, sus rostros brillantes óvalos en la oscuridad, y algunos señalaban hacia el cielo, mientras otros permanecían callados, rezando, con toda seguridad, pensó Dalamar.

Las aguas de la bahía despertaron, embravecidas e inquietas, golpeando contra las orillas de Phalinost, y sobre las aguas corrían las olas, como caballos que galoparan hacia la playa. Dalamar se estremeció. Los orgullosos cuellos arqueados de las olas, que los marinos llamaban Corceles de Zeboim, mostraban un tinte verdoso, que le hizo pensar en cadáveres arrojados a la orilla por el mar, en el naufragio de un barco, en hombres y mujeres con algas enredadas en los cabellos.

Con el corazón latiendo violentamente, el mago cerró las manos con fuerza sobre la barandilla. Las aguas de la bahía se tornaron más embravecidas, las olas más altas, y la cubierta se balanceó bajo sus pies. En el cielo el resplandor verde se intensificó.

—Alguna estratagema de la Señora del Dragón —murmuró una anciana elfa; su esposo quiso hacerla callar, pero ella continuó—: ¡Alguna nueva perversidad suya que arroja contra el reino!

—En vuestras manos, oh E'li, nos ponemos. —La oración de alguien se elevó por encima de las voces asustadas—. En total confianza y con total fe. ¡Os pertenecemos, oh Criatura Resplandeciente! ¡Oh Adalid Contra la Oscuridad, acuérdate de nosotros, porque te pertenecemos!

En la cubierta la gente se tranquilizó, y sus voces se entrelazaron en reconfortante plegaria. Confiados, se ofrecían al dios que no se había mostrado desde el momento en que Phair Caron había arrasado Nordmaar, cuyos propios dragones no habían acudido a combatir a los dragones diabólicos de Takhsis.

—Pero está cerca —decían.

—Vendrá —se aseguraban unos a otros— y nos defenderá.

Aunque el cielo por encima de los bosques palpitaba con una espectral luz verde, aunque los más amados izaban velas y huían, ellos rezaban y esperaban.

Sólo Dalamar permanecía en silencio, sólo él no rezaba. No confiaba en los dioses de sus padres, porque había visto aquella confianza traicionada, una y otra vez. ¡Blasfemia! Lo sabía. Se ha expulsado a elfos por pensar tales cosas, desterrados lejos de la compañía de los Hijos de la Luz, para que murieran en el mundo exterior.

Sin embargo, curiosamente, mientras permanecía temblando bajo los fríos vientos que levantaban las aguas, contemplando cómo la orilla se alejaba y el extraño resplandor verde se tornaba más distante, Dalamar Argénteo no temía a sus pensamientos. Miró en derredor para asegurarse de que nadie adivinaba su blasfemia, pero los pensamientos en sí... no le causaban el menor temor.

Todas las voces de su pasado se arremolinaron alrededor del anciano monarca. Las voces de la niñez, de sus compañeros de juegos, de sus compañeros de estudios en la academia de la Casa de Mística, las muchachas en los prados arrancando las flores primaverales para entrelazarlas en sus largos y resplandecientes cabellos. Cabellos como los pellejos de los zorros, cabellos del oscuro tono de los ojos de un ciervo; trenzas como miel al verterse de las jarras. Y, entre ellas, una que relucía como una joya, de cabellos dorados y ojos agudos que brillaban con la misma intensidad que la estrella polar, una luz para guiar los corazones. Lorac Caladon se había guiado por aquella luz toda su vida.

Por la luz de los ojos de Iranialathlethala se guiaba todavía, pues veía esos ojos en la esfera de cristal que era su Orbe de los Dragones.

«Tu Orbe, sí» —musitó el artefacto de Istar—. «Soy tuyo, y en mí encontrarás todo lo que necesitas. ¡Mira! Mira con más atención, acércate, encuentra en mí lo que debes tener». La voz susurraba con la suavidad del murmullo de las aguas del Thon-Thalas contra sus orillas, suave como una brisa, y al rey elfo le pareció que la voz cambiaba un poco. No quería decir que sonara como la voz de su querida Iraniala, pero le recordaba a su voz, tal vez en la cadencia.

Amor mío, musitó, en su corazón, en silencio. Recordaba incontables años de alegría, que no se veían amargados por los años que la muerte le había negado.

¡Amor mío!

«Tu país» —dijo el Orbe—. «Tu reino, tu gente. La Reina de la Oscuridad acecha en tus fronteras, rey».

Lorac se estremeció, y sobre las paredes de mármol de su gran sala de audiencias aquel estremecimiento se reflejó en sombras como cortinas de oscuridad que descendían desde las alturas de la gran torre, igual que fluía la luz de las lunas y las estrellas.

«Takhisis destrozará tu reino. Levantará los pedazos como sus guerreros levantan los cuerpos de tus muertos: ¡ensartados en lanzas que gotean sangre!».

Oír aquellas palabras pronunciadas con una cadencia que recordaba tanto a Iraniala en una voz que de repente se había tornado suave como había sido la suya, era oír un terrible destino proclamado con todo el peso y la autoridad de la propia magia de la mujer, pues ésta había sido una Vidente...

Y había vaticinado su propia muerte. ¡Dioses! ¡Mi Iraniala! Estoy condenada, había dicho el día que supo el nombre de su enfermedad y el día de su muerte. ¡Estoy perdida!

«¡El mundo está perdido!».

Eso decía la voz que no era la suya y que, sin embargo, se parecía tanto a ella. La voz del Orbe de los Dragones se tornó burlona de repente, como el viento cambiando sobre el mar, se volvió dura y fría como aguanieve.

«¿Qué buscas, rey elfo? ¿A tu reina que lleva tanto tiempo muerta? ¿Cómo puedes pensar en ella cuando una reina más siniestra, una Reina Guerrera, se halla a tu puerta, lista para hacer pedazos tu reino y convertir a tu pueblo en sus esclavos más desdichados y despreciados, tus hombres para sus ejércitos, tus mujeres para ser sus prostitutas, tus hijos para ser la comida en la mesa de sus secuaces tan siniestros y terribles que ni siquiera ella les ha concedido nombres?».

Los estremecimientos se convirtieron en escalofríos, y Lorac devolvió la mirada al Orbe.

Ella se hallaba en el cristalino silencio del Orbe de los Dragones, una mujer alta y esbelta, cuyos ojos eran su luz guía, cuyo corazón era dueño de su amor, cuyo cuerpo había contenido y dado a luz una hija de tan rara belleza que los poetas debían crear nuevas formas de expresión para contar su gracia y encanto.

Y entonces vio a su hija, reflejada en el cristal, su Alhana Starbreeze, de pie en la proa del *Alas de E'li*, su nave insignia, su orgullo. Los vientos salados echaban hacia atrás su cabellera, un oscuro gallardete navegando bajo un cielo plomizo. La joven alzó la mano para proteger sus ojos del horizonte ilimitado.

«¡Perdida! ¡Está perdida!».

Su corazón se encogió y le dio un vuelco en el pecho; vio a toda la flota que seguía a la nave insignia, dispersándose y perdiendo el rumbo, algunos viraban al este

y algunos al norte. El viento rugía en las velas y gemía por las flechaduras, zumbando en las cuerdas como plañideras en un funeral.

«¡El mundo está perdido!». Eso decía el viento, eso decía la voz del Orbe.

—¡No! —exclamó el monarca, recostándose algo separado del Orbe pero sin apartar las manos de él—. ¡No me muestres visiones siniestras! Cumple tus promesas, aquellas con las que me tientas y provocas.

La luz verde vibró, como un corazón que palpita en la piedra, como una mente que vaga y siempre se hace preguntas, tocando la suya y luego retirándose, para luego volver a tocarla.

«Muy bien. Has tardado mucho en admitir lo que deseas, rey elfo, pero estoy aquí para concederlo. ¡Ahora presta atención! Lo que quieres puede ser, y yo seré el gestor de su nacimiento. Sólo tienes que soñar».

Sólo soñar. Lorac volvió a sentarse más cerca de la esfera de cristal y dejó que su mente tocara el verde resplandor. Sólo soñar. Cerró los ojos, pero siguió viendo la palpitante luz.

«Ahora debes confiar en mí, ¿no es así, rey elfo? Debes confiar en mí como yo confié en ti en una ocasión».

Un fragmento de recuerdo onduló en la mente de Lorac, a través del resplandor verde y la mente de quienquiera que fuera la criatura que llegaba hasta él desde el otro lado del cristal.

«Sueña, Lorac Caladon. Sueña con el mundo que salvarás, sueña con la gente que vivirá toda su vida tocada por tu visión. Ah, sueña, rey elfo».

—¿Quién eres? —musitó Lorac.

En su mente, en su corazón, sintió que alguien le sonreía. Una sensación de calidez lo embargó, envolvió su cuerpo, como si estuviera sentado en un jardín en el primer día de primavera cuando las brisas soplan perfumadas con el despertar del mundo. Escuchó el latir de su corazón, y la luz verde que palpitaba a idéntico ritmo.

«¡Soy quien salvará tu reino perdido, rey elfo!».

Hasta ese momento, Lorac Caladon había tenido buen cuidado de no entrar en contacto con la mente que percibía en el interior del Orbe, de no extender su propia magia para que tocara la magia contenida en la esfera de cristal. Al fin y al cabo, se trataba de un artefacto de Istar, y era algo que había vivido en épocas más antiguas incluso que la del Príncipe de los Sacerdotes. No obstante, se atrevió a hacer lo que nunca antes había osado realizar, lo que su adiestramiento y la sensatez de sus muchos años le habían advertido: no entres en contacto con la magia de algo como el Orbe de los Dragones. No lo hagas a menos que estés seguro de poder controlarla.

Tocó la magia y, cuando sus manos sujetaron el Orbe, la sintió correr por su cuerpo, ansiosa y veloz.

«Soy tuyo», dijo el Orbe, como una mujer suspirando en el lecho de su amante,

como la orilla al mar.

—Eres mío —susurró el rey elfo, con el rostro surcado de sombras y aspecto malsano debido a la luz verdosa.

Malsano, verdoso y enfermizo... pero cuando contempló su reflejo en el Orbe, no se vio a sí mismo con aspecto malsano, no como alguien cuyo rostro esculpido por las sombras era casi el de una calavera. Cuando se miró en el Orbe, el rey Lorac Caladon vio a un joven guerrero con una espada refulgente ceñida al cinto, un rey que iba a salvar el país, un padre que rescataría a sus hijos de los oscuros terrores de la noche. ¡Un soldado de E'li, de Paladine el Eterno Campeón!

En la esfera, en su mente, el monarca elfo alzó su espada, y toda la luz de las estrellas, de la luna roja y de la plateada, descendió veloz por el acero, corriendo como agua y sangre.

Bajo sus manos, el Orbe alteró su tamaño y empezó a crecer y a hincharse, hasta que el rey se vio obligado a extender los brazos para mantener las manos sobre él, tan abiertos como si fuera a abrazarlo. En el cristal se soñó a sí mismo como un guerrero dorado en el corazón de su reino, rodeado por los bosques y los claros; vio cada árbol dulcemente modelado y alentado, cultivado por los dedicados elfos de la Casa de Arboricultura Estética, aquellos cuya sangre poseía vestigios de la sangre de los espíritus de la naturaleza. Vio al poderoso Thon-Thalas corriendo hacia el mar, dejando atrás las ciudades y los pueblos, las torres de su pueblo. En Silvanost, la preciosa joya en el pecho del País de los Bosques, los templos dedicados a los dioses relucían con un blanco nacarado bajo los haces de luz solar, apiñados alrededor de los Jardines de Astarin. Con el corazón henchido de amor, Lorac Caladon exclamó:

—¡Somos los hijos de los dioses! ¡Somos los primogénitos, aquéllos a los que más aman! ¡Somos lo que los dioses querían que fueran todos los mortales del mundo y somos los que más merecemos su amor!

El guerrero reluciente gritó, y no se ruborizó para preguntarse si no estaría equivocado. ¿Cómo podía estarlo? Siglos de tradición le habían enseñado ese credo y, cuando miraba alrededor, tanto despierto como en su visión, veía las pruebas de la tradición por todas partes.

—¡Por el País de los Bosques! —gritó el guerrero, con los rubios cabellos ondeando al viento y los ojos relucientes.

Detrás de él, donde no podía ver, en el más diminuto rincón de su visión, de su sueño de salvación, palpó una pequeña corrupción, una oscuridad sobre la tierra como la primera minúscula mancha de enfermedad en el pulmón de una hermosa reina joven. Invisible, no percibida aún, pero que sin embargo estaba allí y empezaba a matar en silencio.

En la Torre de las Estrellas, el rey elfo aulló con fuerza hacia los cielos, chillando a los dioses. Chilló con voz tan potente que los ecos de su agonía rodaron una y otra

vez por las paredes circulares, como un trueno interminable. Gritó durante tanto tiempo que su garganta empezó a sangrar, y se habría ahogado con la sangre, pero eso no podía permitirse.

Del Orbe saltó un dragón, con las alas desplegadas y los colmillos centelleantes, que había estado aprisionado allí desde antes de los días de gloria de Istar, que había contemplado cómo a un príncipe de los sacerdotes se le ocurría que podría gustarle convertirse en un dios, que había hallado un modo de salvarse de la destrucción que sobrevendría musitando sus espantosas advertencias y falsas promesas a un joven mago exultante en su primera gloria, a Lorac Caladon. Había oído cómo Takhisis llamaba a sus dragones y los despertaba. Como fuego en su interior, sonó la llamada de la diosa, como llamas que corrían por su mente y su espíritu. «¡Despertad! ¡Despertad! ¡Dragones míos, despertad!». Pero, hechizado e incapaz de hallar un modo de salir de su prisión de cristal, Víbora había permanecido atrapado... hasta ahora.

El contacto de una mente reptiliana, fría y reseca y carente de cualquier sentimiento que no fuera el ansia de matar, heló el cerebro de Lorac Caladon e inmovilizó sus manos. No podía chillar. No podía respirar. Sintió que aquella mente se le enroscaba alrededor como una serpiente alrededor de las extremidades de una criatura desvalida. En su corazón no había ninguna plegaria. Con la fe abatida por el temor, su espíritu se heló, y la magia de su interior se retorció como algo moribundo.

Y luego —¡en un instante!— aquella mente de dragón desapareció de la suya, el vínculo roto. Lorac respiró, pero sólo una vez. Entonces apareció otra mente, una más poderosa, que se apoderó de su corazón y espíritu con un dominio tal que Víbora no podía esperar conseguir jamás. Demasiado tarde, demasiado tarde comprendió que había dejado salir la magia del Orbe y que aquello era como abrir una puerta. Otro dragón, éste más poderoso, más cruel, apareció como una exhalación. Víbora rugió, pero el sonido de su furia era ya lejano, la bestia había desaparecido. En el espíritu de Lorac Caladon, un voz musitó palabras que eran como una llamarada, como un vendaval en un bosque que el invierno ha dejado desnudo, la voz de otro dragón. «¡Ahora puedes chillar, mi pequeño rey mago!».

Y Lorac chilló, durante tanto tiempo y con tanta fuerza que al final se quedó sin voz. Aun sin voz, siguió gritando, y todos sus sueños del dorado guerrero que salvaría su reino se volvieron pesadillas, sueños convertidos en algo tan repugnante que sembraron las semillas de la locura en una mente que había sido famosa por su ingenio, sensatez y astucia.

No gritó sin palabras, y no aulló como las bestias aúllan en las tierras salvajes. Chilló las palabras que había aprendido en el regazo de su madre:

«¡Nosotros somos la tierra, la tierra es nosotros!».

Y por lo tanto —es lo más probable, sin duda es lo más probable, porque el mago

más poderoso de los silvanestis habló en posesión de toda su magia— la locura del rey cayó sobre su tierra y todos los seres vivos quedaron pervertidos, deformados en cuerpo, deformados en espíritu, aprisionados dentro de la pesadilla del rey cuando Lorac Caladon cayó en picado en la desesperación.

El Rey de las Pesadillas abandonó su palacio, su Torre de las Estrellas, y ante él su guardia de Montaraces corrió aullando, con el terror pintado en sus rostros, y los ojos con la expresión de quien se encuentra al borde del Abismo, con el temor de la condenación abriéndose ante ellos, con las manos lívidas de la Reina de la Oscuridad alargándose para apoderarse de ellos. En las oraciones se habla de ese lugar —«¡Sálvanos del Abismo, oh E’li! ¡Aparta nuestro camino de allí, Guardián de la Luz!»—, en las horas más oscuras de la noche la mente lo imagina. Esos guerreros, la flor y nata del ejército de Lorac, los que no abandonarían a su soberano cualquiera que fuera el peligro, esos soldados contemplaron el Abismo, el lugar donde reside la más siniestra de las diosas y todos los tormentos que pueda concebir, tormentos para el cuerpo, despellejamientos, huesos triturados, ceguera, mutilaciones, ríos de sangre y manantiales de lágrimas. Su soberano les mostró todo eso, con una simple mirada dio forma a sus peores temores, a sus terrores más secretos. Gimiendo como criaturas dementes, huyeron de él, del Rey de las Pesadillas, y él rió al verlos huir, rió al sentir la locura de sus hombres corriendo por su interior como sangre circulando por sus venas.

Cuando los primeros vientos del invierno soplaron en derredor, helados y desgarradores, el monarca se volvió para mirar la Torre de las Estrellas, la refulgente belleza producto de la albañilería y la magia, construida en la época de Silvanos y erigida como sede de poder desde la que el linaje de aquel rey celebrado por la historia había gobernado en majestad durante siglos. Su mirada hizo que el mármol se derritiera como la cera de una vela. Los torreones se desplomaron, y la torre se inclinó y retorció como si fuera un anciano contorsionado por el sufrimiento.

El Rey de las Pesadillas rió, y dio la espalda a la sede de poder. Entre alaridos, como si fuera un alma en pena, como aúllan los locos, recorrió los Jardines de Astarin, y a su paso sólo sembró catástrofes. Las aves caían muertas, convertidas en pequeños fardos de hueso y plumas, y cuando las pisoteaba despertaban, convertidas en criaturas salvajes de aspecto dragontino, con dientes afilados como agujas y ansia de sangre, con las plumas transformadas en escamas y los corazones rebosando maldad. Tocaba las plantas al pasar, la enredadera lunar y el jazmín de invierno, la espinosa rosa y la sinuosa glicina, y en esas primeras horas del invierno, las plantas florecieron, con flores del color de los cardenales y la sangre y con perfumes que no

eran más que vileza y pestilencia. La sombra del monarca cayó sobre el boj, y los setos se desplomaron, víctimas de enfermedades; marchitos, caían formando montones de burbujeante limo marrón.

Entonando una canción enloquecida, el rey penetró en cada uno de los templos e hizo que los muros de mármol se derritieran, que los altares se derrumbasen ante su simple mirada y que las tiras de incienso despidieran un olor pútrido. Los pergaminos ardieron, y el humo de sus fuegos se elevó hacia un cielo del color de la bilis. Las casas de los nobles se derrumbaban; los hogares de los humildes se diluían como lava fundida, y todo ello porque el Rey de las Pesadillas posaba su mirada sobre ellos.

Paseó por su reino, el dorado guerrero envilecido. Ya no era el rey de espalda erguida, el portador de sabiduría; ya no era el amante de la tierra. Sus pensamientos eran veneno. El cielo sobre su reino adoptó un turbio color verdoso, y cuando llegaron las lluvias, éstas cayeron en forma de ácido siseante que todo lo quemaba. Cada arroyo junto al que pasaba se convertía en sangre que se vertía en el poderoso Thon-Thalas, hasta que el mismo río se convirtió en una arteria ensangrentada. Avanzaba lleno de desesperación, lleno de odio, con la mente gobernada por la voluntad de un venenoso Dragón Verde. La carne se pudrió en sus extremidades, los cabellos cayeron de su cabeza dejando que refulgentes trozos de cráneo brillaran bajo la verde luz.

Todo lo que le acaecía al monarca, acaecía a la tierra. Por todas partes en los bosques de Silvanesti, los árboles que con tanto esmero habían cuidado los elfos de la Casa de Arboricultura Estética se doblaban y sangraban, la savia se les escapaba, las hojas caían, los troncos se descortezaban como consumidos víctimas de una enfermedad. En el bosque, los ciervos morían. En los ríos, los peces se transformaban en monstruos, criaturas con colmillos a las que crecían piernas y brazos, que se arrastraban hacia tierra firme.

El Rey de las Pesadillas paseó por todo su reino, provocando la muerte de todo lo que lo rodeaba. Una larga y lenta muerte, ya que la pesadilla que tiranizaba a Lorac Caladon provenía de un dragón que conocía bien las estratagemas de la Reina de la Oscuridad. Su nombre era Cyan Bloodbane, y había pasado un tiempo en el Abismo, aprendiendo su oficio.

Cada uno, dragón y Rey de las Pesadillas, oían los aullidos de la tierra, los gritos de los árboles, el chillido de las aves y animales a medida que la pesadilla de Lorac los atrapaba y destrozaba, creando de las ruinas criaturas más horribles que cualquiera que existiera fuera del reino de la demencia. Ambos se deleitaban en ello, borrachos de su propia rabia. Y escuchaban los quejidos de los mortales, atrapados en el terror. Algunos eran elfos, otros no.

No puede decirse, no obstante, que en su locura el rey elfo fracasase en su promesa de librar al reino del ejército de los Dragones de Takhisis. Lorac Caladon,

que había gobernado a los silvanestis seis veces la duración de la vida del humano más longevo, mantuvo su promesa.

Phair Caron anduvo por todo el territorio, quemando y matando, mientras buscaba la hermosa ciudad de Silvanost. Había padecido bajas en su batalla contra el ejército de lord Garan, entre las cuales la del hechicero, su mejor capitán, no era la menos importante. Su avatar había desaparecido, asesinado y convertido en polvo, y su mente había regresado a la prisión de su cuerpo destrozado en algún lugar lejano. Maldijo la pérdida y maldijo al mago, pero mitigó su cólera asesinando. Y, de ese modo, fue en una pequeña ciudad junto al Thon-Thalas dónde la mano de Lorac Caladon la encontró. La mujer interrumpió su matanza de niños y se sintió caer a sí misma, veloz y con fuerza, en un lugar oscuro y terrible.

En su caída, no tuvo la inteligencia de preguntarse si su mente estaba entera y, cuando el descenso finalizó, ya no tenía inteligencia. No se hallaba, en un destrozado pueblo elfo, sino en Tarsis, la ciudad de su infancia; estaba ante las puertas del burdel en el que había, por necesidad, obtenido el dinero necesario para mantener a su hermana pequeña con vida, alimentada y vestida... y fuera de ese lugar. No lejos de allí, a sólo unas calles, al otro lado del bulevar que separaba el territorio de la prostitución de la zona de la gente elegante, había gateado en una cuneta en busca de una moneda elfa.

Oyó risas y música vulgar. Oyó a hombres que gruñían y rugían como animales. Voces femeninas se alzaban en atronadoras carcajadas y se apagaban en sollozos, y los hombres seguían entrando y saliendo por aquellas burdas puertas de madera; penetraban ávidos y salían saciados. Conocía el lugar; avanzó un paso y luego otro, como una criatura que se acerca de puntillas a la puerta que le han prohibido cruzar. Sabía quién mandaba al otro lado de esa puerta. Sabía...

La puerta se abrió de par en par. En el umbral había una mujer vestida con negras sedas finas como gasas y hábilmente desgarradas para parecer como los harapos de una muchacha del arroyo; los dorados cabellos se derramaban por sus hombros, el rostro era el lienzo de alguna mano demente que había pintado sobre él con coloretos y kohl para que sus blancas mejillas aparecieran rojas y los pálidos ojos oscuros.

—¡Phair! —exclamó la mujer con una risa borracha; abrió los brazos para dar la bienvenida a otro hombre más al burdel y lo agarró antes de que pudiera dejarla atrás, entre risitas tontas que se transformaron en aullantes carcajadas cuando él la besó y acarició—. ¡Entra, hermana! —gritó por encima del hombro de su cliente—. ¡Te he guardado el jergón!

Fue entonces cuando la Señora del Dragón de Takhisis se echó a gritar, fue entonces cuando vio lo que toda su vida había intentado evitar, a su hermana agarrando codiciosa la moneda que le ofrecían por utilizar su cuerpo.

Phair Caron corrió por entre su ejército, con la cabellera suelta, aullando con la

boca desencajada mientras intentaba sacarse los ojos, que finalmente consiguió arrancar de sus órbitas para dejar de contemplar la pesadilla viviente a la que se había visto arrojada. Pero no importaba a dónde corriera ahora con sangrantes agujeros allí donde habían estado sus ojos azules, porque seguía viendo el horror. Continuaba viendo la pesadilla que gobernaba su cerebro, y aquella alucinación no finalizó hasta que por fin, pensando que ella era un enemigo que atacaba, aullando en sus propias pesadillas, tres de sus guerreros cayeron sobre ella y la mataron a hachazos.

El ejército de los Dragones no volvió a arrasarlo el reino de Silvanesti. Algunos consiguieron salir, pero la mayoría no pudo hacerlo. Todos, los que huyeron y los que se quedaron, murieron entre desvaríos, chillidos y aullidos, derrotados en la pesadilla.

Y en la sala de audiencias de la Torre de las Estrellas, el cuerpo del Orador permanecía sentado en total inmovilidad, con los ojos desorbitados y la boca abierta en un desgarrador alarido silencioso.

Aunque las lunas sobre Krynn eran las de costumbre, la roja Lunitari y su hermano el blanco Solinari, aunque las estrellas mostraban sus formas corrientes y viajaban por sus rutas celestiales de siempre, aunque el sol era el mismo, la luz a los ojos de un exiliado brilla con terrible violencia. Bajo esa luz, la flota de exiliados observó como *el Álamo Dorado*, el hermoso barco en el que viajaba Alhana Starbreeze, se separaba de los otros y se alejaba de los que huían, para tomar una ruta hacia el sur. Fue decisión suya dejar a los exiliados en manos de lord Belthanos, su primo, y recorrer las ciudades de Krynn en busca de ayuda para su asediada tierra; pero verla marchar era como ver la sombra del propio espíritu cruzar sobre el océano.

—¡Ah, dioses! —exclamaron los elfos—. ¡Va a mezclarse con extranjeros! ¡Nuestra querida princesa! ¿Qué ha sido de nosotros? ¿A qué se enfrentará allí fuera donde las gentes no son más que bárbaros salvajes?

Bajo la cruda luz del exilio, contemplaron cómo se alejaba y rezaron por su marcha, deseándole lo mejor en su viaje por la alcantarilla que consideraban era el resto del mundo.

Sin embargo, algunos de los silvanestis pronto comprendieron que el País de los Bosques no era, después de todo, el centro del mundo. Al huir del ejército de los Dragones y del desastre provocado por la magia de un rey, algunos de los elfos empezaron a reconocer que existía un mundo más amplio fuera de sus boscosas fronteras. Los vientos del invierno empujaron a la flota de refugiados al norte circundando el Mar Sangriento de Istar, más allá de Kothas y Mithas y de los voraces piratas minotauros que habían decidido compartir suerte con las fuerzas de Takhisis.

Vientos helados los zarandearon, vientos que soplaban desde tierras extranjeras al otro lado del cabo de Nordmaar. Los vientos los condujeron a las costas de Solamnia, el hogar de la antigua orden de caballería que, a decir de todos, era agredida en todas partes y desgarrada desde dentro. Las viejas enemistades tardaban en morir, como pueden dar fe los caballeros, y los habitantes de Krynn no les habían perdonado su participación en la antigua tragedia de Istar, como si los hijos tuvieran aún que responder por las locuras de sus lejanos padres que no partieron a defender aquella ciudad de la arrogancia de un Príncipe de los Sacerdotes decidido a burlarse de los dioses. Y, como si la enemistad del mundo que los rodeaba no fuera suficiente, los caballeros luchaban entre sí; entre sus propias filas, reñían por conseguir posición y poder.

—Puedes oírlos luchar —dijo un elfo a otro, una noche mientras *El Cisne del Rey* surcaba las aguas frente a las costas de aquella tierra—, como criaturas pendencieras. —No se los podía oír, claro, pero no era difícil imaginarlo.

En su éxodo, los elfos saborearon la salada espuma de mares que ni siquiera imaginaban en los estrechos situados entre el territorio de Solamnia y la isla de Ergoth del Norte. Allí donde iban recogían información, y unos pocos de ellos, los más atrevidos, iban a las ciudades portuarias y paseaban por sus tabernas y tiendas para averiguar lo que pudieran. De esa forma, descubrieron lo sucedido a su rey, Lorac, que había quedado atrapado por la magia. Con amargura, se enteraron de que a Silvanesti la llamaban ahora el Reino de las Pesadillas, y recibieron, también, noticias de su princesa: ninguna de ellas les dio demasiadas esperanzas, pues Alhana Starbreeze vagaba por los puertos del mundo, su princesa lirio entrando y saliendo de las ciudades, en busca de ayuda y sin encontrar ninguna. Pero no desfallecía. Del mismo modo que los Dragones Verdes iban a anidar en los atormentados bosques para reclamar el hechizado territorio, ella acudía a las casas de las gentes importantes de todas las ciudades que podía, en busca de un modo de rescatar a su país del poder de una magia diabólica.

—Y para salvar a su padre —explicó un elfo que lo había oído en un puerto no muy lejos de las ruinas de la Ciudad de los Nombres Perdidos, en la zona más alta de Solamnia—, pues cree que no está muerto. —Con un estremecimiento, continuó—: Nuestra Alhana cree que el Orador de las Estrellas sigue vivo.

Y, así, los más osados se aventuraban, y las noticias que llevaban a la flota iban ampliando el mundo. Uno de tales cosechadores de información era Dalamar Argénteo, pues mientras los otros buscaban siempre noticias de Silvanesti, sus oídos estaban siempre ansiosos de recoger noticias del mundo entero. Cada vez que la flota llegaba a un puerto, el mago bajaba a los muelles y deambulaba entre la gente en las tabernas, intentando averiguar todo lo que podía. No era cosa fácil mezclarse con extranjeros —pues así consideraba a todos los que no eran elfos—, pero lo hacía. ¡Qué ancho era el mundo del que Silvanesti no era el centro! Qué curiosas las lenguas: deliciosas unas y horribles otras. Habló con humanos en los puertos salvajes situados cerca de Kalaman, en Palanthas, y en los bazares de Caergoth. La visión de humanos, enanos y kenders lo hechizaba, y también los olores de los puestos donde se cocinaba, de las especias en los mercados, los tejidos de las telas extranjeras. Los centelleantes ojos de los forasteros resultaban embriagadores, vivos y profundos y maravillosamente extraños.

Finalmente, los elfos que huían llegaron a Ergoth del Sur, y crearon un hogar para ellos. En el exilio, lord Belthanos, pariente consanguíneo del Orador de las Estrellas, formó un consejo con los Cabezas de las Familias, y este consejo en el exilio quedó constituido casi por la misma gente que había estado en el del Orador Lorac, con dos excepciones. Lady Ylle Savath había desaparecido de sus filas, muerta en los bosques de Silvanesti, y lord Garan de la Protectoría no había sobrevivido al viaje por mar. El noble había muerto durante el primer mes de viaje. El corazón del viejo guerrero

sencillamente había dejado de latir en su pecho. Se partió, dijeron algunos, porque el anciano creía que no podría sobrevivir lejos del reino que había defendido durante tanto tiempo. Y así pues la Casa de Mística dio a lord Feleran al nuevo consejo, y la Protectoría a lord Konnal, que había servido con lord Garan en la guerra.

El consejo en el exilio se reunió e inició al momento la tarea de establecer la reivindicación silvanesti de esa tierra de brisas marinas y fragantes bosques de pinos, de ricos terrenos de caza y aguas costeras repletas de peces. No les importó demasiado que los salvajes kalanestis habitaran allí, aquellos orgullosos cazadores a los que Silvanos había intentado convertir en servidores en épocas remotas. Los silvanestis llegaron con armas; llegaron armados con la certeza de que ellos eran, de entre todas las razas, la más amada por los dioses, motivo por el que merecían lo mejor de todo. Con independencia de lo que los acontecimientos sugirieran, ésta no era una creencia que los Hijos de Silvanos estuvieran dispuestos a abandonar. Así pues, impusieron la servidumbre sobre los kalanestis y construyeron en su territorio una ciudad que llamaron Silvamori, su hogar en el exilio. Para ser honrados, eso resultó mucho más duro para los kalanestis que para sus aristocráticos primos, aunque la mayor parte de los lamentos y suspiros surgieron de las casas de los silvanestis, los desamparados exiliados.

Dalamar Argénteo no se quejó demasiado, y por un tiempo esto le sorprendió. Echaba mucho de menos su país, los bosques de álamos, el orden de la ciudad, el perfume de los jardines y el profundo repiqueteo de campanas en los puertos. En ocasiones, sacaba el estuche bordado del pergamino que contenía el *Himno de la aurora a E'li*, y lo contemplaba, con las manchas de barro producidas el día de la muerte de lord Tellin. Había intentado devolverlo a lady Lynnth, pero ésta se negó a aceptarlo. Lo miró durante largo rato, con los ojos anegados por la pena y una muda súplica: «No me pidas que tome eso, no me pidas que piense en lo que nunca podría haber sido». Así pues, Dalamar guardó ese objeto de otro tiempo, de otro lugar y de dioses cuyos nombres resonaban por el bosque de pinos de Silvamori pero no en su corazón.

Se encontró libre de servicio, ahora que había tantos para ocupar su puesto, y se encontró una amante entre los Elfos Salvajes, una mujer con los cabellos del color de la luna de Solinari, los ojos verdes como el mar, y largas piernas doradas por el sol. K'gathala era una mujer docta en las costumbres mágicas kalanestis y creía firmemente en el significado de los nombres. Le dijo que el de él era un nombre extraño para ser uno de los elfos de la luz, pues si «argénteo» significaba «plata» en la lengua de los silvanestis, en la de los kalanestis significaba «hijo de la noche».

—Y eso —le explicó una noche mientras yacía en sus brazos, enroscando los largos dedos en los cabellos del mago—, es un nombre extraño para alguien de tu raza, pero tal vez no tan extraño para ti.

La mujer estaba llena de tales refranes, y Dalamar disfrutaba del misterio y de la magia. No se reunía con ella abiertamente. Estas visiones no eran alentadas por lord Belthanos ni por su consejo en el exilio. La posibilidad de diluir la sangre silvanesti mediante un linaje de criaturas medio kalanestis y medio silvanestis les provocaba escalofríos. No obstante, Dalamar lo hizo, y retomó su costumbre de aprender magia. En noches clandestinas y días robados, aprendió cosas que jamás habría soñado: cómo los elfos fronterizos no susurraban sus hechizos ni tan siquiera los declamaban, sino que los cantaban. Y los conjuros de los Elfos Salvajes no estaban compuestos por palabras; más bien, estaban formados por notas entrelazadas tan complejas que la voz mortal debía esforzarse durante meses para aprenderlas. Él tenía los meses y poseía la voluntad, y durante el primer año de exilio había avanzado tanto en sus estudios que empezó a pensar de nuevo en que podría hallar un modo de viajar a la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth y poner a prueba allí sus habilidades y conocimientos. ¿Cómo? No lo sabía, y ni siquiera sabía si aquella torre sobreviviría a la guerra que bramaba en el mundo fuera de Silvamori.

Pues la guerra rugía. Lo sabía. Tenía amigos entre los marineros que marchaban a las ciudades portuarias y volvían con noticias. A medida que pasaron los años de exilio, aprendió que el mundo situado más allá de Silvamori había aprendido a odiar la llegada de la primavera, porque su retorno siempre traía la reanudación de la guerra.

Tras el desastre en Silvanesti, los ejércitos de Takhisis evaluaron la situación y recuperaron fuerzas. Dejaron atrás el Reino de las Pesadillas y giraron en dirección oeste. El de Phair Caron había sido un ejército de Dragones Rojos; este nuevo lo era de Azules, y así, todos lo conocieron y temieron bajo el nombre de Ejército Azul. Barrió las Llanuras de Solamnia como fuego griego, despiadado y ávido de conquista; pasó sobre Kalaman y arrasó los valles del río Vingaard, quemando, saqueando y asesinando. Allí a donde iba, el ejército de los Dragones lo conquistaba todo. Las gentes gimoteaban a los dioses del Bien, llamaban a E'li —Paladine como lo denominaban los extranjeros— pero ningún dios contestaba. El cielo sobre el territorio se oscureció con el vuelo de los dragones, la tierra misma se tiñó de sangre, y los cadáveres atestaron el gran río Vingaard. Las fuerzas enemigas se abrieron paso a través del alcázar de Vingaard y dejaron atrás muertos y mutilados en Solanthus.

Ejércitos de Dragones Blancos se apoderaron del Muro de Hielo en el sur. Señores de los Dragones se hicieron con Goodlund y Kendermore mientras el ejército Rojo se reagrupaba, sacudiéndose el polvo del fracaso de Phair Caron, y se adentraba en Abanasinia, masacrando Hombres de las Llanuras y llegando justo hasta los límites de Qualinesti. Y los elfos de aquel territorio huyeron, y los parientes separados —silvanestis y qualinestis— volvieron a encontrarse en Ergoth del Sur. Se construyó una nueva ciudad bajo los auspicios del rey qualinesti, que se denominó a

sí mismo Orador de los Soles, de modo que las dos facciones de los más amados por los dioses se contemplaron airadamente la una a la otra desde cada extremo de la bahía del Trueno, y durante un tiempo en Silvamori se sintieron muy divertidos con el relato de que el hijo del rey qualinesti, Porthios, había decidido que debía tomar parte en la lucha y combatir a las fuerzas de Takhisis. ¡Loco! ¿Qué les importaban a los elfos los asuntos de los extranjeros? Sin duda se habían vuelto locos esos qualinestis. Apenas se habían cansado las gentes de Silvamori de esa historia cuando un delicioso cotilleo susurró que si el hijo del rey qualinesti estaba loco, su hija estaba aún peor. Se decía que Laurana había caído tan bajo como para huir con su amante semielfo, deshonorando a la familia hasta el punto de que su pobre y anciano padre había caído enfermo, y había decidido que también ella debía convertirse en un soldado en la lucha contra las fuerzas de Takhisis.

Fue por entonces cuando llegaron a Silvamori noticias sobre el destino de su propia princesa errante y el estado de su país plagado de pesadillas. La gente discutió al respecto durante meses.

—Bueno, pues debe de ser cierto —decían algunos.

Otros, en cambio, declaraban que la noticia era una falsedad de pies a cabeza.

—Al fin y al cabo —murmuraban los que la negaban—, ¿quién en todo el mundo creería que Alhana Starbreeze hubiera hallado ayuda en Tarsis, ¡ese lugar tan ignorante!, y que esa ayuda proviniera de un desaliñado grupo compuesto por un semielfo, algunos humanos, una elfa, un kender y un enano? ¡Es demencial!

—Sí, pero es así —repuso el pescador que estaba sentado charlando con Dalamar a últimas horas de una noche mientras las lunas roja y plateada brillaban sobre la playa y el mar lamía la orilla—. Es así, lo sé, porque hablé con uno que vio a la guardia de la princesa escoltándola por la ciudad. Fue la misma noche en que el ejército de los Dragones atacó Tarsis, quemando todo lo que pudo. Debió de ser horrible. ¿Y sabes quién era la joven elfa? Laurana de Qualinesti, pobre padre. Todos esos curiosos personajes se encontraron realmente: una princesa, sus Montaraces y esa desaliñada banda de buscadores. Habían ido al lugar en busca de un Orbe de los Dragones. —El pescador se echó a reír, porque le resultaba una buena broma que los buscadores se tropezaran justo con la mujer que buscaba ayuda para liberar a su tierra y a su padre de la magia de una de esas cosas precisamente—. Querían uno por el mismo motivo que lo quería vuestro rey, supongo; querían controlar a los dragones, y algunos de ellos regresaron con la princesa al País de los Bosques.

—¿Y liberaron al rey?

—Y liberaron al rey. Pero, lamento decir, éste halló su libertad en la muerte, y las cosas no están muy bien en el Reino de las Pesadillas últimamente.

—Pero ¿cómo fue liberado el monarca? ¿Cómo se deshizo el hechizo? ¿Cómo consiguió esa gente entrar en el país y salir con vida? —Dalamar quería saber.

El pescador se encogió de hombros y repuso que era obra de un mago, uno de los buscadores, pero que no recordaba mucho más al respecto, excepto que el tipo llevaba túnica roja y que parte de su nombre era el nombre de un dios.

—Majere... —indicó—. Algo, no se qué Majere.

Cuando Dalamar quiso saber más sobre ese mago, el otro sacudió la cabeza. Había contado todo lo que sabía, y no había más que decir. No llegaron más noticias del misterioso mago a Silvamori ese año, ni ningún año posterior, aunque Dalamar prestaba atención por si llegaba alguna. Magia y poder, esas cosas eran como oro y plata para él, y los relatos sobre ellas resultaban casi tan valiosos.

No obstante, si un sirviente de entre ellos se sentía insatisfecho con la cantidad de noticias que recogía, la mayor parte de Silvamori tenía más noticias de las que podía manejar. Un mago Túnica Roja deshaciendo magia diabólica en una tierra donde no se honraba otra magia que la blanca, el Orador de las Estrellas muerto, los hijos del Orador de los Soles corriendo por ahí como salvajes... Al finalizar el segundo año de la guerra, los habitantes de Silvamori y Qualimori decidieron que el mundo situado más allá de sus hogares estaba condenado.

—Ah, pero las cosas están cambiando por fin —dijo el pescador kalanesti, un día de primavera del tercer año de la guerra.

El Ejército Azul, compuesto de humanos, ogros y los asquerosos traidores de Lemish que se habían aliado con los secuaces de Takhisis, se preparaba para lanzarse sobre la Torre del Sumo Sacerdote, el bastión de los Caballeros de Solamnia que se alza en lo alto de un elevado puerto de montaña para custodiar el camino hacia Palanthas. Un magnífico trofeo, la ciudad de Palanthas, con acceso a Coastlund por el oeste y a la bahía de Branchala por el norte. Todo aquel sector de Solamnia sería exprimido y privado de alimentos y, si la táctica funcionaba, se encontraría suplicando misericordia.

—Pero no lo haré —continuó el pescador, con una carcajada—. Esos caballeros se han organizado por fin y están listos para luchar.

Desde luego que lo estaban, y se habían buscado también un general. Laurana de Qualinesti acudió como soldado, y aspiraba a alcanzar un alto rango; al fin y al cabo, era la hija de un rey. La llamaban el Áureo General, y bajo su mando los Caballeros de Solamnia se convirtieron en una fuerza digna de tener en cuenta. Por primera vez en toda la guerra, un ejército de los Dragones huyó del campo de batalla, ensangrentado y vencido.

—Es porque ellos tienen algo llamado Dragonlances —explicó el pescador—. Armas antiguas de tiempos pasados. Eso cambió las cosas, ya lo creo.

Pronto —alabados sean los dioses— se vieron en los cielos Dragones de Latón, Plata, Oro y Bronce, que acudían por fin a defender a las gentes de Krynn de la maldad de Takhisis y sus sirvientes. En la Explanada de la Piedra Blanca, enanos,

humanos y elfos realizaban tratados de alianza a diestro y siniestro, jurando defenderse entre ellos y a todos ellos.

—Y de ese modo —repuso Dalamar Argénteo, a quien secretamente le gustaba el nombre de Dalamar Hijo de la Noche—, por el motivo que sea, los dioses del Bien se han despertado por fin.

—Tienen sus razones, Dalamar Argénteo —replicó el pescador que, con los ojos muy abiertos ante esa casi blasfemia, hizo un gesto contra la mala suerte—. Se dice por todas partes que han estado trabajando en el mundo durante todo este tiempo, a través de los corazones y manos de gentes de buena fe. Fíjate, ¿no se están uniendo las razas ahora, dejando de lado sus diferencias para trabajar por el bien común? ¡Incluso he oído decir que el invierno pasado los enanos aceptaron refugiados humanos en Thorbardin! —Rió como si se tratara de un chiste divertido—. Quién lo habría imaginado, ¿eh? Es suficiente para despertar a cualquier dios y hacer que tome nota. Y los caballeros vuelven a estar unidos, los dragones de E'li vienen a salvarnos por fin... Ha sido una época de prodigios. Eso nos demuestra que no era, después de todo, sólo una guerra en el suelo, sino también una guerra en los cielos.

Así era, se dijo Dalamar. No mencionó su amargura en voz alta, y se guardó para sí la pregunta que nadie se atrevía a hacer: ¿Cuántos han muerto orando por este momento tanto tiempo pospuesto mientras los dioses jugaban entre sí y movían de un lado a otro a los habitantes de Krynn como si fueran piezas sobre un tablero? Pensó en lord Tellin Vientorresplandeciente, el clérigo que había muerto con el nombre de E'li en los labios, sin recibir respuesta a su plegaria.

El mago dio las gracias al pescador por su información y, como en un rito largo tiempo planeado, se dirigió a su casa —su propia y pequeña casa, no la de su amante—, se quitó la blanca túnica de mago, la marca de alguien que ha estado dedicado a Solinari, y se vistió con las prendas de color oscuro de un sirviente. Botas color tierra, calzas color caoba, una camisa teñida en tono castaño, fueron las ropas más oscuras que encontró; así vestido, descendió hasta el mar al lugar dónde los exiliados habían desembarcado años antes, de donde los exiliados pronto volverían a zarpar. Se llevó con él el estuche de pergamino bordado, aquel objeto de otra época.

Durante un buen rato permaneció bajo el sol, una alta figura oscura sobre la brillante playa, un elfo cuyos negros cabellos revoloteaban alrededor de su rostro azotados por el viento que venía del mar. Las olas espumeaban alrededor de sus pies y las gaviotas chillaban en el cielo. Dio vueltas al estuche que sostenía una y otra vez, contemplando los colibríes de seda que revoloteaban sobre rosas color rubí, rosas que se habían tornado marrones como si los pétalos se hubieran marchitado.

Con un grito que era como una maldición, Dalamar arrojó aquel objeto de otro tiempo al mar, consignando el estuche de pergamino y el Himno a la Aurora de E'li a las corrientes y a las mareas y a los peces.

Dos días después, el vigía en la cofa del navío elfo *Sol Resplandeciente* descubrió aquel estuche de pergamino bamboleándose en las aguas. Se preguntó, por un breve instante, qué podría ser, pero luego no volvió a pensar en él, pues se encontraba encaramado en las alturas entre las gaviotas bajo un brillante cielo azul, y el objeto empezaba a hundirse en el mar. El *Sol Resplandeciente* era una nave qualinesti, no una que saliera de Qualimori sino una que llegaba a Qualimori procedente del Reino de las Pesadillas. A bordo iba el príncipe elfo, Porthios en persona, cuya hermana mandaba a los Caballeros de Solamnia, y cuyo padre casi había muerto de pena por ello. Llevaba consigo mensajes para los dos pueblos elfos, saludos para su padre y un mensaje para lord Belthanos y su consejo en el exilio de su princesa.

—Venid a casa —había escrito Alhana Starbreeze en su lejana torre de la destrozada Silvanost—. Preparad naves y volved a casa. Traed clérigos para purificar los templos, magos para eliminar los vestigios de la magia maligna y Montaraces para protegerlo todo.

Encomendó a Porthios la misiva, y el cuidado de los que regresaran. Durante los últimos meses de la guerra, habían mantenido correspondencia con asiduidad, un príncipe y una princesa de parientes separados; pero no brillaba la luz del amor en los ojos de uno, ni nada parecido en el corazón del otro. Serían, siempre, los hijos de sus progenitores, y cuando sus corazones ardían, lo hacían por su gente. De ese modo, al final de la guerra, cuando todo Krynn miró en derredor para ver qué debía volver a juntarse, estos hijos de reyes se preguntaron si algo que se había roto hacía mucho tiempo no podría volver a unirse. «¿Podría ser que nosotros dos consiguiéramos juntar a la dividida nación elfa?», se dijeron uno al otro en secreto y en susurros.

Dalamar estaba de pie ante la barandilla de la nave *Radiante Solinari*. En el ocaso del día, con el sol poniéndose a su espalda, hundiéndose en toda su roja gloria en las blancas crines del mar, permanecía vuelto hacia el este mientras el barco doblaba el cabo de Nordmaar. Fuertes vientos llenaban las velas, y éstas se hinchaban orgullosas como el blanco pecho de un cisne. Junto a *Radiante Solinari*, las velas doradas de *Sol Resplandeciente*, la nave de Porthios, se hinchaban y redondeaban. Otros seis barcos iban detrás, pero estos dos, *Solinari* y *Sol*, se mantenían uno al lado del otro como si ninguno quisiera permitir que el otro se colocara un poco por delante.

No era, se dijo Dalamar, motivo para sentirse muy orgulloso que los elfos de Silvanesti debieran ser conducidos a su hogar por unos primos con los que no se hablaban.

Aunque el mundo se dirigía hacia el verano y los vientos que soplaban del cabo transportaban el vivificante aroma del verdor y las cosas que empezaban a madurar, en el mar todos los vientos eran fuertes. Absorbían la humedad de la piel de un hombre, le arrancaban la piel del rostro donde no lo conseguía el sol, y gemían incesantemente en sus oídos hasta que el sonido lo dominaba día y noche, despierto y dormido. Los silvanestis, algunos de los cuales eran marineros pero la mayoría no, no sentían el menor cariño por el viento, por aquel constante zumbido. A Dalamar no le importaba. Se había acostumbrado al canto durante los años pasados con K'gathala; sabía escuchar lo que el viento cantaba, lo que el mar salmodiaba. «Los elfos navegan de vuelta a casa —se gritaban el uno al otro—. Los elfos navegan de vuelta a casa».

Casi se volvió para volver a mirar la puesta de sol, los lugares que había recorrido, a K'gathala, que no había llorado al verlo partir y no lo había maldecido por dejarla. Lo había besado, le había deseado lo mejor, musitando: «regresa cuando puedas», aunque ninguno pensaba que él fuera hacerlo, incluso aunque pudiera. Casi se volvió, y luego no lo hizo. Aquello había terminado, finalizado. Regresaba a casa, y en su estómago el nerviosismo corría como hebras de fuego.

No sabía qué quedaría de Silvanost, de las torres y los templos y de las casas de los nobles y los humildes. Había oído historias, siniestras y lúgubres y llenas de pesar. Había escuchado y había preguntado, pero parecía que nadie, a pesar de lo mucho que lo intentó, era capaz de decir qué aspecto tenía realmente en la actualidad el País de los Bosques. No importaba, no importaba. Lo descubriría por sí mismo, y por aquel privilegio había pagado con duro y arduo trabajo: cargando provisiones en cada puerto, fregando cubiertas, reparando cabos —con la carne desgarrada por el cáñamo para demostrarlo— sin importar lo que le pagaran.

No se preguntó, mirando al encrespado mar, por qué no le importaba, a pesar de

haberse sentido agraviado durante gran parte de su vida por su rango de criado. En aquella época había estado encadenado por la tradición y la ley con la misma fuerza que si se hubiera tratado de eslabones de acero forjado, pero ahora no llevaba cadena alguna. Poseía la clase de libertad que ningún otro elfo a bordo de esta nave ni de ninguna de las otras poseía. Había hecho una elección que ninguno de esos elfos se habría atrevido a hacer, y la había hecho con todo su corazón.

Un resplandor dorado se desparramó sobre el mar, el último del día. Al oeste, las lunas se alzaban, pálidos espectros de sí mismas bajo la luz. El cabo de Nordmaar quedó atrás, aquella tierra habitada aún por dragones, donde los restos de los ejércitos de los Dragones todavía acechaban. Ésos, afirmaba Porthios, serían difíciles de extirpar.

—Tan arduo como los Dragones Verdes que se han establecido en los bosques de Silvanesti.

Su rostro dorado por el sol había palidecido al decirlo, pero ¿quién no palidecería al pensar en los Verdes que habían reclamado aquella tierra que uno de los suyos había arrasado? Las secuelas de la guerra aparecían no sólo en el comercio arruinado, las ciudades destrozadas, las legiones de muertos cuyos huesos se blanqueaban aún al sol en las Praderas de Arena, se pudrían en las montañas Khalkist y se congelaban en el glaciar del Muro de Hielo. Se hallaban en las fuerzas desperdigadas de los deshechos ejércitos de los dragones, seres mortales, y los dragones que se aferraban con su último aliento a sus oscuros rincones, que combatían entre sí, aterrorizaban a la población civil y no aguardaban más que la llegada de otro caudillo que los aunara y los convirtiera en lo que habían sido: el terror de Krynn.

Dalamar se inclinó un poco sobre la barandilla, para observar cómo saltaban las marsopas, para contemplar el brillo de la reluciente curva de sus lomos. Algunos decían que había criaturas que vivían en el mar que parecían marsopas pero eran otra cosa: elfos marinos los llamaban los marineros, gentes de raza elfa que habían hallado su propio modo de sobrevivir al Cataclismo.

«Bueno —pensó—, todos encontramos modos de sobrevivir».

También él debía hallar un modo. Navegaba rumbo a su hogar, regresaba a una tierra que en el pasado había amado a su gente, pero que los Hijos de Silvanos no hallarían tan acogedora ahora. Navegaba hacia la tierra de E'li, hacia la tierra donde en una ocasión habían gobernado los dioses del Bien, donde se los volvería a instaurar. Aunque eso no sucedería por su mano, y no en respuesta a una plegaria surgida de su corazón. Dalamar Hijo de la Noche lo había bautizado su amante, diciendo que era un nombre extraño para un Elfo de la Luz, aunque apropiado... casi apropiado. Era muy posible que en aquella cueva situada al norte de Silvanost, aquel lugar secreto del pasado, siguieran ocultos sus libros de conjuros; era muy posible. Si seguían allí, aunque fuera uno solo, lo recuperaría, y haría algo que su corazón le

impelía ahora con toda claridad a hacer.

«Al Hijo Oscuro, de un hijo oscuro...».

Aquellas palabras habían dedicado cuatro libros de conjuros al dios Nuitari, a aquel dios oscuro que era el hijo de Takhisis y Sargonnas, el dios de la Venganza. Un dios mejor éste, pues aunque se movía en la oscuridad, no jugaba con las cosas que amaba y valoraba. Nuitari sólo amaba la magia, sólo los secretos, únicamente eso. Un dios mejor para alguien que había pasado su vida encadenado por la tradición y apartado de la magia que tanto quería, la magia que alimentaba de pasión su corazón.

«Al Hijo Oscuro, de un hijo oscuro...».

Aquellas palabras consagrarían de un modo igualmente apropiado el corazón de Dalamar Hijo de la Noche, pues no había acabado con los dioses, sólo con los del Bien que habían hecho promesas que no habían recordado cumplir hasta que el mundo quedó destrozado y su tablero de juego hecho añicos.

—¿Quién era? —preguntó la Montaraz, Elisaad Vientobarredor.

A lo lejos, por el oeste, la primera fina línea de costa silvanesti se alargaba oscura como una pincelada hecha con tinta, pues desde aquella distancia, la lejanía convertía las ensenadas en líneas rectas, las suaves curvas apenas en un trazo. No obstante, los vientos del hogar soplaban desde aquellas costas. ¡El hogar! Cada corazón a bordo del *Radiante Solinari* suspiraba por ir hacia el oeste, ansiando ver las arboladas costas, las refulgentes torres... Más allá de toda justificación, anhelaban aquello que habían dejado y apenas tenían una ligera idea de lo que en realidad quedaba. En los camarotes, en las cubiertas, en la bodega donde los estibadores se ocupaban de sus cargamentos, sonaban relatos de Silvanesti, historias de un hogar abandonado hacía tanto tiempo y tan añorado.

Elisaad cruzó la cubierta y se acercó un poco más al soldado sentado sobre un montón de cuerda.

—Raistlin Majere —dijo—, el mago que puso fin a la Pesadilla. ¿Quién era?

Dalamar, arrodillado enrollando un montón de cuerda, alzó la cabeza para escuchar.

—No *era* —repuso el soldado—. Es. No está muerto, simplemente ha desaparecido de nuestra historia.

El soldado, llamado Arath Alasalvaje, era un elfo de mayor edad y tenía una sonrisa que hacía que todos los que lo rodeaban no parecieran mayores que un niño sobre las rodillas de su padre. A Elisaad eso parecía gustarle; a Dalamar no. No obstante, quería oír el relato tanto como la Montaraz y, por lo tanto, se mantuvo callado. Aunque el cáñamo dejaba en carne viva las palmas de sus manos, siguió

trabajando y escuchando.

—Raistlin Majere es un humano —explicó Arath, y su nariz se arrugó un poco, como acostumbran hacer las narices elfas cuando se menciona a los extranjeros—, un mago. Se dice que fue a Wayreth y superó la Prueba de la Alta Hechicería más rápido que la mayoría. —Su expresión se ensombreció y, aunque no llegó a estremecerse, no le faltó mucho—. No fue tratado con mucha amabilidad...

—¿Por los hechiceros que hay allí?

—No, muchacha. La Prueba. —El viento del oeste levantó una ligera brisa, y Arath alzó la cabeza, preguntándose si ya podría oler los bosques; no pudo, sólo el agua salada—. Los hechiceros no se ponen a favor o en contra de un mago. Ellos administran la Prueba, eso es todo. Lo que sale de ella, bueno, el mago lo decide. Triunfa o fracasa según la valía de sus conocimientos mágicos, su habilidad y su poder. He oído que la Prueba siempre toma algo de un mago, dejando su huella de algún modo. Éste, este Raistlin Majere, pasó la Prueba, pero pagó un alto precio. Destrozó su salud, según dicen. Débil como un cordero en invierno. Si lo vieras... —ahora el narrador se estremeció—, bien, te darías cuenta. Su piel tiene un intenso color dorado, no el color dorado que produce el sol, no es eso. Es como el metal mismo, esa clase de dorado. Y sus ojos...

—¿Sus ojos son dorados?

—No. Son negros, y los iris... tienen forma de reloj de arena.

—Ya resulta una historia bastante fantástica —bufó Elisaad, claramente incrédula—. No tienes por qué añadirle tus propios retoques.

—Nada es invención mía, muchacha —repuso Arath, meneando la cabeza—. Lo que cuento es cierto. Lo vi en Tarsis con sus compañeros. Yo formaba parte de la guardia de lady Alhana cuando ésta inició su periplo. Lo vi cuando él y sus compañeros se encontraron con ella.

Mientras arrollaba el cáñamo, dejando pequeñas manchas de sangre en la cuerda, Dalamar recordó el relato del pescador. Algunos humanos, un semielfo, una elfa, un kender y un enano; ésa era la gente que había prestado ayuda a Alhana Starbreeze, la princesa que erraba por puertos extranjeros. Ellos, los buscadores que querían un Orbe de los Dragones, entraron en el Reino de las Pesadillas para romper el hechizo de Cyan Bloodbane. El mago Raistlin Majere era uno de los humanos.

Las gaviotas chillaban en lo alto, grises sobre el cielo azul, y Dalamar miró hacia el oeste al litoral cada vez más próximo... al hogar.

—Posee un gran poder, ese mago —explicó Arath—. Se dice en todos los puertos, en las zonas más recónditas, que si no se lo tiene en cuenta ahora, pronto habrá que hacerlo.

—¿Un héroe? —inquirió Elisaad.

—Depende de lo que quieras decir con eso —resopló el viejo guerrero.

—Bueno, salvó el reino, ¿no es así?

—Lo hizo, pero lo que he oído, le importaba más hacerse con el Orbe de los Dragones que el reino. —El anciano se encogió de hombros—. Agua helada en sus venas podría resultar caliente en su caso. Me miró en una ocasión, sólo una vez, sólo de pasada, y fue como caer en un lugar oscuro donde lo mejor que puedes encontrar es el terror. —Arath se apartó de la barandilla, se apartó de los recuerdos—. Ha pasado de la magia Roja a la Negra, eso es lo que oí. Y, por lo tanto, menos mal que ha desaparecido de nuestra historia, y ya que lo ha hecho, no hace falta que nos preocupemos más por él.

—Bueno, yo no me preocupaba por él —refunfuñó la joven, no a Arath sino a su espalda, mientras el guerrero se alejaba—. Sencillamente sentía curiosidad.

También ella se marchó, pero Dalamar permaneció donde estaba, enrollando cabos y escuchando el mar y los gritos de los marineros que trabajaban en las jarcias. A casa, se dijo. A casa. Pero el relato del mago con los ojos en forma de reloj de arena, el que había pasado de la magia Roja a la Negra, permaneció con él, enroscándose como un susurro alrededor de todos sus otros pensamientos. ¿Quién era? Y, más insistente, ¿cómo consiguió tal poder que fue capaz de romper el hechizo de una Dragón Verde de todo un país? Probablemente averiguaría las respuestas a esas preguntas, en cuanto fuera posible. El mago Raistlin, como había dicho Arath, había desaparecido de la historia de Silvanesti.

Lenta y penosamente, el primer esquife ascendía por el río Thon-Thalas. Iba cargado de material para el templo, pues los elfos que regresaban consideraban que, antes de poner orden, debían volver a consagrar el Templo de E'li: había que purificar los altares, colocar nuevas velas y encender varitas de incienso. Se habían sacado muchas cosas del Templo de E'li al huir a Silvamori, aras, estatuas del dios, todos los pergaminos del escritorio, y ahora los tapices estaban guardados en largos rollos en el interior de cajones impermeables, como sucedía también con candelabros de plata y de oro, todos ellos accesorios del culto. Dalamar, que poseía credenciales como sirviente y además había servido en el Templo, se encontraba en la parte posterior de la embarcación. ¿Quién mejor para iniciar la tarea de limpiar los escombros?

Gimiendo sobre la devastación del río, el arrasado Thon-Thalas, el viento no parecía surgido del verano, sino que con sus fríos dedos húmedos, recordaba un viento invernal. Los juncos a lo largo de la orilla estaban marchitos, levemente verdes en la base, de un marrón pastoso a lo largo del tallo, negros y viscosos en el lugar donde las plumosas vainas de semillas deberían estar empezando a formarse. Era como si intentaran crecer, consiguieran a duras penas tambalearse y, a continuación,

se desplomaran y murieran. Los peces se pudrían en las ensenadas, con el plateado brillo convertido en el azul de los labios de un cadáver a medida que las escamas se descomponían. Algunos de éstos, al parecer, estaban completos en el momento de morir; otros mostraban señales de mutación, algunos con finas extremidades retorcidas, otros con tres ojos. Uno o dos tenían alas, y, al intentar volar, habían muerto, pues poseían alas, pero no pulmones que prefirieran el aire al agua.

Por encima de toda esa desolación, el cielo mostraba un manto de nubes deshilachadas, y en el aire, una fina neblina apestaba a muerte, con los harapos que cubrían la descomposición y decoraban la corrupción visibles por todas partes.

—Por los dioses —musitó lord Konnal, con la mano posada sobre la empuñadura de su espada; era un gesto típico de un guerrero, totalmente inútil allí—. Por los dioses, había oído sobre el aspecto que tenía el lugar, pero jamás imaginé...

—Es un amargo espectáculo —asintió Porthios.

En eso, el príncipe elfo y el Cabeza de Familia silvanesti se hallaban en total y raro acuerdo.

A lo largo de las orillas del Thon-Thalas, los árboles se alzaban como esqueletos ennegrecidos, y en plena estación veraniega parecían espectros invernales que, torturados por una magia mancilladora, se balanceaban bajo terribles formas retorcidas. Antiguos álamos orgullosos se inclinaban ahora, con sus esbeltas formas embrutecidas por los conjuros de pesadilla del dragón Cyan Bloodbane. Algunos de los árboles sangraban, pero no savia, sino sangre como los mortales. Algunos lloraban, con lágrimas de plata discurriendo por sus troncos como lo hace la lluvia.

Nadie se atrevía a tocar ni los troncos ni nada, ni siquiera el agua del río. Sin embargo, algunos ansiaban poder hacerlo, anhelaban extender las manos para sanarlos con su contacto, para consolar el asolado territorio. Uno de ellos era una sacerdotisa, Caylain, una joven cuyas mejillas brillaban blancas como las de un espectro; la muchacha extendía el brazo de vez en cuando, deteniéndose al recordar que no se atrevía a estirar demasiado las manos.

—Queridísimo E'li —susurró, con una voz apenas perceptible bajo el amortiguador efecto de la manga que apretaba sobre la boca y la nariz.

Dalamar la oyó, no obstante, pues se encontraba cerca de ella, y vio las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas como las de los álamos: siempre muriendo, siempre sanando.

«Queridísimo E'li —pensó Dalamar, contemplando cómo las ruinas de su país pasaban por su lado—. Pues el queridísimo E'li no ha pasado por aquí desde hace mucho tiempo».

Pero sí lo hacían los dragones. Vio huellas de su paso por todas partes: ramas partidas, el rastro de largas colas escamosas que se habían arrastrado por el barro en el borde del río, y amplias pisadas planas con las marcas ganchudas de las zarpas. En

una ocasión, cuando el esquife se acercó a la orilla, distinguió en un nido de barro las cáscaras dentadas de huevos correosos que acababan de romperse. Aquellos huevos habían sido tan grandes como su pecho, y habían contenido una nidada de crías de dragón. Al poco rato, descubrió el apagado brillo de escamas verdes y un ojo del tamaño de su mano, oro maléfico en un iris negro como la noche. Se trataba de Dragones Verdes, la clase que casi nunca llega a crecer más allá de los nueve metros; pequeños en comparación con las bestias que habían descendido del plomizo cielo sobre la frontera norte cinco años antes. Pequeños, pero no menos peligrosos. Esos Verdes poseían una magia muy taimada; para ellos, colmillos y zarpas no eran más que las toscas herramientas de los miembros de menor categoría de su raza. Y, por ese motivo, alrededor del pequeño esquife se habían dispuesto hechizos de protección, como una capa de seda, creados mágicamente y mantenidos por los dos magos que se sentaban, quietos y silenciosos, en el centro de la embarcación. Con los ojos cerrados y los labios moviéndose siempre en el silencioso tejido de su conjuro, los hechiceros se afanaban con el sudor rodando por sus rostros, y las manos entrelazadas con tanta fuerza que los nudillos centelleaban blancos. A través de su energía, todos los que se hallaban en el interior del esquife se veían protegidos de las tentaciones de los Dragones Verdes, a salvo de su magia que de lo contrario los atraería al interior del destrozado bosque y los conduciría a una muerte segura.

Los dragones vivían allí en su destrozado reino, pero también su princesa. No, no exactamente. Alhana Starbreeze era más que una princesa ahora: era la Oradora de las Estrellas, pues su padre había muerto, y aguardaba en Silvanost en la Torre de las Estrellas, ansiosa por la compañía de Porthios y su pequeña flota. Aguardaba a salvo, protegida por una tropa completa de la propia guardia personal de Porthios. Aquella tropa era algo que lord Konnal se tomaba muy mal, y éste era un detalle que a nadie se le escapaba. Su rostro estaba contraído en una expresión indignada, y sus ojos acerados brillaban a juego con ella. A pesar de que comprendía que habría sido una insensatez pedir a Alhana que aguardara a tener protección hasta que él pudiera navegar de vuelta a casa, odiaba el hecho de que un príncipe qualinesti desplegara sus propios hombres para proteger a la señora de los silvanestis. Con todo, él lo había hecho, y nadie debía quejarse, al menos no en voz alta. La princesa había dedicado cada día a la tarea de curar desde que Raistlin liberara su reino de la pesadilla, una mujer sola que usaba únicamente las pequeñas habilidades de la curación natural que la mayoría de los elfos posee, la suave caricia, la mirada amorosa, los sueños en la noche en los que la salud y el crecimiento ocupan el lugar primordial. Era necesario protegerla en esa tarea; había que mantenerla a salvo. Nadie podía poner en duda su gratitud por la ayuda que Porthios le ofrecía.

El río gimió, y uno de los remeros a bordo del pequeño esquife juró que debía remar con el doble de fuerza para recorrer la mitad de distancia porque él y su

tripulación forzaban al navío a arrastrarse contracorriente.

—Sí, muy bien —gruñó lord Konnal—, en ese caso no malgastes aliento en quejarte. ¡Rema!

Porthios escuchó sus palabras, pero se guardó los comentarios, manteniéndose diplomáticamente fuera del campo de actuación del noble. Permaneció en la proa de la embarcación, con la mirada puesta en el norte como si ésta fuera su única tarea.

—Es un tipo elegante y apuesto, ese Porthios —dijo el remero a Dalamar.

Éste se encogió de hombros. Bastante para ser un bárbaro qualinesti, se dijo, aunque en voz alta respondió:

—Son sus armas lo que más me gustan de él.

Detrás de él se oyó un juramento. Un remo golpeó contra algo.

—Maldición —refunfuñó el Montaraz, tirando del remo para intentar soltarlo.

Curioso, Dalamar abandonó el lado de la embarcación de quilla plana y rodeó a los magos situados en el centro para mirar por encima del otro lado.

Lord Konnal se volvió al escuchar el juramento, y su mirada se posó en Dalamar, oscura y siniestra.

—En, tú, echa una mano —espetó.

Dalamar esbozó una agria sonrisa, una que el noble no pudo ver mientras se colocaba en frente del remero y doblaba la espalda para extraer el remo de la trampa que lo hubiera atrapado. Tiró con energía, luego otra vez, moviéndose de común acuerdo con el Montaraz. Algo sujetaba la ancha pala del remo y la sujetaba con fuerza. Cambió de posición y miró fuera por encima del borde. El agua del río se deslizaba por los costados de la nave, aceitosa y marrón y cargada de limo.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió el príncipe qualinesti, retrocediendo unos pasos para ver mejor. Luego, avanzó haciendo equilibrios con facilidad en el balanceante esquife, y posó la mano sobre el hombro de Dalamar para apartarlo—. Uf, ramas...

El agua chapoteó contra los costados del bote, y el remo se deslizó de repente de las manos de Dalamar. Sobresaltado, éste lo sujetó con más fuerza, estirando para contrarrestar lo que tiraba hacia abajo. Algo *realmente* tiraba del remo; algo que poseía voluntad actuaba bajo las aguas. Se oyó un castañeteo y un tintineo surgiendo de debajo del agua, y luego un agudo lamento fúnebre aulló hacia las alturas.

Las aguas marrones se partieron, y emergió una mano... una de huesos blanquecinos, con los dedos aferrados al remo.

—¡Por todos los dioses! —Porthios dio un paso atrás para dar espacio a su espada.

Una mano sujetó el brazo de Dalamar —la de Caylain— y lo apartó de un tirón del costado de la nave. La espada del príncipe silbó fuera de su funda, la hoja centelleando sordamente bajo la grisácea luz diurna. Con un veloz movimiento en

arco, el príncipe blandió y descargó su espada, haciendo añicos la huesuda mano. Pero era sólo una mano, y había otras, que se alargaban con dedos castañeteantes para sujetar los costados del esquife. Una vez más, unas manos tiraron con fuerza de los remos, pero ahora los remeros estaban preparados y los sujetaron bien.

Más espadas silbaron en el aire a medida que los Montaraces se incorporaban de un salto para proteger a los ocupantes de la embarcación de las mudas y boquiabiertas criaturas que surgían de las aguas. Algunas, como Dalamar pudo ver, eran esqueletos de elfos, otras eran ogros, goblins y humanos. Allí estaban los muertos de la última batalla para conquistar el reino maldito de Lorac Caladon, y unos pocos llevaban aún sus propias espadas y rodela, armas venerables cuyos más delicados adornos eran un montón de herrumbre.

Una Montaraz lanzó un grito de dolor, que se convirtió en repentino terror.

—¡E'li! —chilló, como si el nombre de su dios debiera ser la última cosa en la que malgastara aliento.

Dalamar la reconoció por la voz: Elisaad Vientobarredor, que había querido saber cosas sobre el mago que había despertado al país de la pesadilla de Lorac Caladon.

—¡Oh, E'li...!

Un brazo esquelético surgió de las aguas, agarró a la mujer por los cabellos y tiró de ella hacia abajo. Dalamar saltó sobre la espalda inclinada de un remero que seguía luchando por recuperar su remo de las garras de otro de los esqueléticos guerreros. Arrastrada por encima de la borda, la Montaraz gritó, y su grito se oyó incluso por encima del estrépito de las espadas y el tintineo de huesos mientras las aguas la hacían suya. Al cabo de un instante, la mano de la mujer apareció en la superficie del pardusco río, pero su rostro —los ojos desorbitados y aterrorizados, la boca tozudamente cerrada para que no entrara el agua del río— se distinguía sólo vagamente por entre el remolino de aguas fangosas. Dalamar se inclinó todo lo que pudo por encima del borde de la embarcación; alguien lo sujetó por el cinturón y él se inclinó aún más, alargando las manos hacia el agua para coger a la Montaraz que se ahogaba.

—¡Ahí está! —exclamó Caylain, sujetando el cinturón de Dalamar con las dos manos ahora—. ¡Ahí!

—¡Lucha! —le gritó el mago a la joven—. ¡Intenta cogerme! ¡Dame la mano!

Tres rostros lo miraron desde abajo, uno lleno de terror, dos con las cuencas de los ojos vacías que, sin embargo, daban la sensación de estar llenas de malicia.

A toda velocidad, Dalamar pronunció una palabra mágica, una que no había utilizado desde hacía muchos años. No era la primera que había aprendido —la invocación de luz, *Shirak*, es siempre la primera que aprende un mago— pero ésta era la segunda. Era también una llamada a la luz, pues se trataba de un invocación en solicitud de concentración y claridad.

—¡Azral! —chilló.

Los ojos de Elisaad se abrieron de par en par al oír conjurar a un criado y más aún al notar que el terror huía de ella y lo reemplazaba la determinación; se lanzó hacia arriba y extendió la mano para tomar la de él, libre ahora de la traba del terror.

Unas mandíbulas esqueléticas se abrieron y cerraron en una especie de frenético mensaje, y el quebradizo chacoloteo se oyó por encima de la superficie del agua. Era el sonido de hojas secas arrastrándose por los senderos a medianoche. La mano de Elisaad se cerró con fuerza sobre la muñeca de Dalamar, sus ojos se encontraron con los de él, brillantes y claros y llenos de confianza. Alguien lanzó un juramento; alguien más sollozó de dolor o terror.

—¡Detrás! —chilló lord Konnal—. ¡Hay más detrás!

Dalamar no se atrevió a mirar para ver detrás de *dónde*, y sólo pudo desear que no fuera detrás de Caylain, porque dos de los no muertos sujetaban a Elisaad, uno por los hombros, y el otro por las piernas.

La muchacha lanzó un alarido.

Los atacantes se mantuvieron sujetos, con la misma fuerza que debieron de tener en vida. Algunos eran elfos, otros viejos adversarios, pero todos ellos sentían un odio inconmensurable por los vivos. Dalamar volvió a tirar, y ahora la cabeza de Elisaad quedó fuera del agua.

—¡Caylain! —chilló, sin soltar a la Montaraz.

¡Caylain tira! ¡Caylain no me sueltes! Todo eso quería decir al chillar, todas esas cosas la sacerdotisa las comprendió al instante, y con un violento tirón, la mujer se echó hacia atrás, arrastrando a Dalamar, arrastrando a Elisaad con él.

La Montaraz salió a la superficie, cabeza y hombros, y tenía una mano libre para agarrarse al costado de la embarcación que se balanceaba enloquecida. La desaparición de la resistencia lanzó a Caylain por el suelo. Dalamar se tambaleó, luego alargó de nuevo la mano hacia Elisaad.

—¡Coge mi mano!

La joven se arrastró un poco más fuera del agua y estiró el brazo. Alguien se colocó entre Dalamar y ella —Porthios que perseguía a un tintineante y castañeteante adversario— y los ojos de la Montaraz se desorbitaron de nuevo por el horror.

—¡No! —chilló—. ¡Noooo!

Resbaló y desapareció, aullando bajo el agua. Con un juramento, Dalamar saltó hacia el costado de la embarcación, pero era demasiado tarde. Llegó al borde del agua sólo a tiempo de ver la última imagen de Elisaad, el pálido óvalo de su rostro, el terror de sus ojos mientras sus pulmones se llenaban con el agua salobre del río y los no muertos la arrastraban a la muerte.

Enfurecido, el elfo se dio la vuelta y agarró lo primero que encontró como arma: una espada oxidada, con la hoja picada y rayada. Uno, dos y tres de los esqueletos

fueron por él con un entrecocar de huesos, moviendo las mandíbulas pero sin que surgiera ningún ruido, y con las cuencas de los ojos vacías como pozos secos. El mago blandió la espada a un lado y a otro como si fuera un guerrero bien adiestrado, sosteniendo instintivamente la espada entre las dos manos, sin agitarla pero imitando el mismo ritmo que había visto en Porthios: arco y golpe, porque la estocada no servía de nada en esa clase de combate. Debía cortar cabezas por el cuello y cercenar los miembros a partir de las articulaciones. Era necesario desmontar para matar. Y lo hizo encolerizado, con el gemido de la mujer que le había arrebatado de las manos espoleando su furia.

No se detuvo hasta que una mano firme sujetó su brazo y detuvo su movimiento. No hasta que Porthios extrajo la oxidada arma de su mano levantó la mirada y descubrió que la pelea había terminado, ganada la batalla. En la repentina quietud, Dalamar oyó el golpeteo del agua contra el esquife, el siseo de un viento acelerado entre los juncos moribundos. Alguien tosió, otro gimió, y el mago olió a sangre. Miró en derredor y vio que dos Montaraces sufrían heridas profundas; los magos seguían sentados en el centro de la embarcación, todavía inclinados hacia adelante, todavía con el rostro lívido y tejiendo sus conjuros.

En el instante en que la mirada de Dalamar se posó en ellos, los ojos de Konnal cayeron sobre él. Fríos e inquisitivos, aquellos ojos estaban llenos de suspicacia mientras lo contemplaba con atención desde las botas marrones hasta la camisa parda.

—Sirviente —dijo—, vistes de un modo raro para ser un mago.

—No he practicado la magia desde la guerra, milord. —La lengua de Dalamar se movió presurosa para urdir la mentira—. Era el sirviente de lord Tellin Vientorresplandeciente y le servía en el Templo de E'li. Él quiso que aprendiera magia. Está muerto ahora, y nadie parece haberse tomado el mismo interés. —Con su historia pulcramente enmendada, se encogió de hombros—. No importa. Me alegra haber recordado un poco de lo que aprendí. —Echó una ojeada al río y a la superficie de las aguas que se iba calmando; ahora no tenía que fingir lo que sentía—. Ojalá hubiera podido hacer más por la Montaraz.

—Desde luego —repuso Konnal, y sus ojos no perdieron su expresión inquisitiva ni su frialdad—. Jamás he aprobado que se enseñe a un sirviente las artes de la magia. Se creen superiores y se les llena la cabeza de ideas que no pueden entender correctamente. No se consiguen más que problemas de ese modo.

Pareció esperar una respuesta, pero Dalamar no tenía ninguna que pudiera complacerlo. Tras unos momentos, con los ojos adecuadamente bajos, el mago murmuró:

—Si no tenéis ninguna otra pregunta, milord, regresaré a ocuparme de las cajas.

Konnal asintió con un lacónico gesto y envió a Dalamar a seguir con su trabajo. En algún lugar río arriba, un largo aullido gimoteante se abrió paso por entre la

espesa neblina verde. Un dragón llamaba, y otro contestó. En el agua alrededor del esquife, una pequeña hilera de burbujas subió para aflorar a la salobre superficie. Luego todo quedó tranquilo y permaneció así durante el resto del viaje.

El dolor del territorio gemía en los mismos huesos de Dalamar, éste lo sintió con más agudeza cuando el pequeño esquife atracó en los muelles del lado norte de la ciudad. Pasó con cautela de la embarcación a la madera crujiente, esperando que los postes podridos resistieran. No resultó más fácil cuando entró en la ciudad. En el barrio de las Artes, las torres se habían derrumbado, y los hermosos edificios de mármol y cuarzo estaban convertidos en ruinas.

—Es como si hubieran transcurrido mil años desde la última vez que paseamos por aquí —susurró la sacerdotisa Caylain a uno de sus compañeros; su rostro estaba blanco como la luna de Solinari, y sus alargados ojos muy abiertos y oscurecidos por la pena.

Las paredes de mármol rosa de museos, teatros y bibliotecas mostraban marcas de grietas, y los edificios más pequeños se habían hundido sobre sí mismos, con los techos destrozados y los muros desplomados. Las estatuas que bordeaban las calles resultaban irreconocibles. ¿Dónde estaban los generales sobre sus grifos de alas desplegadas? ¿Dónde estaba el Montaraz, con el arco dispuesto y la expresión feroz en los ojos? ¿Dónde estaban los dioses, Kiri-Jolith con su Espada de la Justicia, E’li, el dragón rampante? ¿Dónde estaba Quenesti-Pah, con los brazos extendidos, y el Fénix Azul, y Astarin con su arpa? Desaparecidos, todos desaparecidos, sus imágenes fundidas, hechas añicos, convertidas en polvo y arrastradas por el viento. Ni siquiera había cuervos en las quebradas ramas de los álamos.

Los primeros elfos que habían regresado de Silvamori avanzaron como un cortejo fúnebre por la larga avenida que iba del barrio de las Artes a los Jardines de Astarin, andando sobre un pavimento roto por cuyas fisuras rezumaba un cieno tan verdoso como la neblina que flotaba en el aire. Todos caminaban en silencio, cada uno con su propia pena, hasta que llegaron a los Jardines de Astarin. Fue entonces cuando lloraron amargamente, los nobles, los Montaraces y los clérigos; lloraron al ver el jardín, el boj que lo rodeaba dándole forma de estrella convertido en palillos pelados, marrones y sin vida. Lloraron por el silencio del lugar y sollozaron al contemplar la Torre de las Estrellas, que era, de todas las construcciones de la ciudad, la que había salido peor parada; los torreones yacían en montones de cascotes sobre el suelo, y los muros mostraban grietas que llegaban al corazón mismo de la piedra. Las joyas que en el pasado habían tachonado las paredes se hallaban esparcidas por los jardines sin vida, desprendidas años antes.

Y los elfos lloraron, lloraron, al ver a su princesa, Alhana Starbreeze, salir de aquellas ruinas para darles la bienvenida, pues en sus ojos color amatista reflejaban todo su dolor, su pena por el desatino y la muerte de su padre y su tristeza por el

estado del lugar. Nadie podía mirar aquellos ojos y no pensar que estaba más envejecida de lo que sus años indicaban. Nadie podía mirarla y no llorar, porque ella era ahora —como había sido su padre— la encarnación del país.

Sólo Dalamar se mantuvo en silencio, y fue el único que no lloró ni lanzó exclamaciones; si hubiera gritado, lo habría hecho de rabia contra aquellos mismos dioses cuyas estatuas yacían en el suelo ahora, aquellos dioses que se habían dedicado a pujar por el poder en el corazón de los humanos, maniobrando en busca de una buena posición como si Krynn fuera sólo un tablero de khas y Silvanesti simplemente una parte del terreno de juego.

Y así, en las ruinas de las zonas nobles, los nobles se reunieron. En jardines dolientes, entre árboles que apenas empezaban a sanar débilmente y otros que sencillamente se morían, entre los esqueletos de matas de boj, hortensias y peonías, Porthios de los qualinestis saludó a Alhana de los silvanestis. Ambos intercambiaron inexpresivos besos de estado mientras los Montaraces qualinestis protegían la Torre de las Estrellas, y el Cabeza de la Protectoría, lord Konnal, permanecía sin hacer nada. El noble no disimulaba su desdicha, y todos los que lo contemplaban se dieron cuenta de que no sentía el menor afecto por Porthios, ante quien se había mostrado sumiso durante el viaje a casa. Cualquiera que tuviera ojos comprendía que no le gustaba la idea de que Alhana pareciera tan dispuesta a dar una bienvenida tan calurosa a ese qualinesti.

Dalamar no vio nada más de esta reunión.

—Márchate —dijo lord Konnal, en cuanto el resto se adelantó para saludar a su princesa—. No se te necesita aquí. Empieza a realizar tu trabajo en el Templo de E'li.

El mago se marchó, vagó por los jardines del templo y penetró en el destrozado edificio. En capillas y salas de meditación, el viento resonaba lúgubre; en el escritorio donde, durante un tiempo, había afilado los cálamos y raspado la escritura de los pergaminos para utilizarlos de nuevo, no había más que polvo. Al otro lado de la ventana, el jardín estaba muerto; ni siquiera crecían malas hierbas en él. ¿Dónde se hallaba él la mañana que había tomado el pequeño estuche de pergamino bordado de la mano de lady Lynnthia para entregárselo a lord Tellin Vientorresplandeciente? ¿Ahí, junto a ese muro derruido? Estaba todo tan cambiado, cada lugar, que nada despertaba los fantasmas del recuerdo.

Dalamar recorrió una vez el helado pasillo que finalizaba en una habitación sellada aún después de cinco años. Ése era el lugar, el lugar secreto, donde se establecería un Círculo de Oscuridad si alguna vez había motivos para ello. Allí los asesinos y los traidores eran condenados al peor castigo que los silvanestis podían concebir: el exilio. Allí los adoradores de los dioses de la Neutralidad o del Mal, magos hallados practicando una magia diferente de la magia blanca habían sido juzgados y expulsados del lado de los suyos. En los muros de aquella cámara sellada

estaban fijados los espejos de platino, y la Cadena de la Verdad se encontraba en su interior, un amplio círculo de eslabones de platino tendidos alrededor de la habitación donde permanecería el acusado, esperando que los dioses ordenaran a la cadena que lo atara o que permaneciera inmóvil para mantenerlo a salvo. No se quedó mucho tiempo allí, pues era un sitio helado, y cuando se marchaba vio una sombra sobre el destrozado terreno del exterior. Alguien más paseaba por esos lugares.

«Ah, bueno —pensó—, ojalá tengas suerte y encuentres consuelo aquí».

Inmerso en tales pensamientos, Dalamar se dedicó a recorrer el resto del destrozado templo, andando por entre los escombros de años y escuchando el lamento del árido viento y el roce de las hojas sobre los resquebrajados suelos de mármol. Entró en los jardines, azotados por el viento, agrestes como cualquier bosque pagano. ¿Quién reconocería ese lugar ahora?

El elfo permaneció inmóvil entre las ruinas del Templo y miró hacia el norte, hacia el lugar donde, durante todo el verano anterior a la guerra, había tenido escondido su secreto máspreciado, los libros de hechizos que había encontrado, sus oscuros tutores. Los recuerdos de aquellos libros tiraban de él, pero lo que tiraba con más fuerza, lo que llamaba con voz más sonora, era una resolución que había tomado, lejos de allí en las costas de Silvamori. Dalamar Hijo de la Noche debía decir a un dios que tenía un nuevo nombre.

«¿Quién lo sabrá?», se preguntó, mirando por encima del muro la Torre de las Estrellas. «¿Quién sabrá si estoy aquí haciendo el inventario de las ruinas o si no estoy? Nadie».

Atravesó la ciudad con paso rápido, cruzando jardines asolados cuyos límites sólo podría distinguirlos alguien que los hubiera conocido antes de la guerra y la pesadilla. En lo alto, los álamos alargaban ramas doloridas hacia el cielo, como zarpas negras y huesos putrefactos. El sol brillaba con violencia, contemplándolo con ferocidad mientras andaba. El transbordador había desaparecido, las tortugas hechizadas que acostumbraban tirar de él habían huido o las habían matado, pero encontró un lugar donde el río corría menos impetuoso, lo que indicaba un dique corriente arriba. Alguien había levantado un puente, tal vez la guardia qualinesti, y lo utilizó para pasar al otro lado. Una vez allí, corrió al interior de las sombras más oscuras del bosque y no tardó en llegar a un lugar donde en una ocasión se habían separado dos senderos. Sólo distinguió un somero rastro de ellos sobre el suelo. Se desvió hacia la zona más profunda del bosque, saltando sin problemas los troncos caídos, y, mientras corría, gritó en voz alta, y su grito pareció un trueno en el silencio de un bosque vacío de toda vida que no fuera una vida malvada, clandestina, tétrica y reconcentrada en sí misma. Sintió lo que siempre había sentido cuando abandonaba los senderos cuidados, los caminos marcados. Todas las censuras de su vida, todas las normas ridículas, todas las asfixiantes ataduras que lo ligaban al intratable modelo de vida

existente entre los silvanestis desaparecieron.

Corriendo, Dalamar era libre. Pero, en su carrera, no estaba solo. Veloces detrás de él, silenciosos a su espalda, corrían otros, como podencos espectrales siguiendo su rastro.

Dalamar permaneció inmóvil en el borde del sendero que descendía al barranco, al tiempo que extendía sus sentidos todo lo que podía, tanto los naturales como los arcanos. Su magia hacía tiempo que había desaparecido; las protecciones que colocara años atrás estaban muertas. En el fondo, la entrada de la cueva se abría oscura y amplia. ¿Habrían resistido las protecciones colocadas en los libros? No lo sabía, si bien eran propiedad de Nuitari, o libros dedicados a él. A lo mejor habían sobrevivido.

¿Y si no era así?

Pues no lo habían hecho. Eran tesoros, y también eran objetos, pero no eran más que manifestaciones físicas de lo que él amaba. No eran magia, sólo la forma que le había dado un mago.

Alrededor todo era silencio. Sus oídos ansiaban oír el sonido de los pájaros en los árboles, el agua en el arroyo, pero la tierra estaba asolada, exhausta. Las aves hacía tiempo que habían volado a otra parte, aquéllas que no llevaban mucho tiempo muertas. En alguna parte, en las profundidades del bosque vagabundeaban Dragones Verdes y criaturas peores que ellos. Pero no aquí; aquí no vivía nada. El viento se agitó por encima del barranco, en lo alto de repiqueteantes ramas de álamos expoliados. Los efluvios nocivos que ensuciaban el aire del reino se removieron un poco, como vapor sobre una olla apestosa. Dalamar alzó el brazo para cubrirse la nariz y la boca con la manga y descendió al precipicio, a la cueva y la promesa que ansiaba mantener.

El latido de la magia ya no circulaba por la cueva, ni siquiera un susurro de lo que había sido musitado en la oscuridad. Era un lugar muerto, nada más que piedra y polvo y aire que nadie había respirado en mucho tiempo.

En voz baja, Dalamar murmuró: «¡*Shirak!*» y la luz apareció de improvviso en su mano, en forma de transparente esfera fría. La colgó en la oscuridad y miró en derredor. El polvo de años cubría el suelo, marcado por las diminutas huellas de ratones y otros roedores. Su mesa de trabajo de mármol verde sin pulir estaba rota, resquebrajada por el centro y partida en dos pedazos, y los tarros de hierbas y aceites

y otro componentes para hechizos que había reunido con tanto secreto un lejano verano, no eran más que fragmentos en el polvo, caídos de los huecos en la pared de piedra, con los colores apagados y los contenidos desecados y volatilizados.

Con su luz guiando el camino, Dalamar recorrió la cueva, levantando nubes de polvo con las botas, hasta llegar al fondo donde había escondido sus libros. Las protecciones habían desaparecido, demasiado insignificantes para resistir ante la magia que había corrompido ciudades. Los ratones habían hallado un tesoro tras las tapas, material para construir nidos durante generaciones. En los cinco años transcurridos desde la última vez que viera los libros, éstos habían quedado reducidos a tapas de cuero mordisqueadas y unos pocos trozos. Se inclinó para tocar uno, amarillo y quebradizo. Unas pocas letras marcaban su extremo, vestigios de algún conjuro. Todo aquel trabajo había desaparecido, todo aquel arte se había esfumado.

El mago paseó la mirada por la cueva, a las irregulares sombras, a aquella ruina. En alguna parte, más allá de Krynn, más allá de los combates de sus divinos parientes, Nuitari y Solinari y el rojo Solinari habitaban en realidad. A uno, el brillante Solinari, Dalamar había permitido que lo consagraran; pero ahora no habló a ese dios, sino al dios más oscuro.

—Nuitari —musitó, y el nombre fue como una oración en sus labios—. Oh, Hijo Oscuro, en tus sombras he hallado consuelo, en tu oscuridad he llevado a cabo cosas secretas. En tu noche, oh Nuitari, he escondido mi corazón.

Las palabras surgieron sin estructura, irreflexivas. Dalamar cayó de rodillas, en un gesto llevado a cabo con todo su corazón, porque él, que había estado doblando la rodilla de un modo u otro toda su vida, se arrodillaba ahora porque quería hacerlo.

—Oh hijo de dioses oscuros, oh guardián de secretos profundos y aterradores, escuchadme.

En la devastación de su escondite secreto, alzó las manos, y motas de polvo que la fría luz de la esfera convertía en plateadas danzaron alrededor de sus dedos.

—¡Escuchadme, Hijo Oscuro! He venido a prometeros fidelidad y a consagrarme a vos fielmente.

En el suelo, como un fragmento de oscuridad separado por sombras, había un pedazo roto de cerámica. Dalamar lo levantó, localizando el borde más afilado con el pulgar, luego sonrió y clavó la mirada en las sombras del fondo de la cueva. Alrededor yacían los restos destrozados de sus pequeños estudios secretos, el pequeño tesoro de libros de conjuros hecho trizas, su mesa de trabajo rota, los componentes de hechizos que con tanto cariño había reunido se habían secado y convertido en polvo. Ante él se abrían sombras, una oscuridad que se extendía más allá a regiones a las que jamás había ido. Escuchó la respiración de la caverna, los aires de lugares lejanos que daban vueltas en las tinieblas, y respiró siguiendo su ritmo, y en la respiración halló magia, la sintió centellear en su sangre, encendiendo

su corazón.

—Vuestro —dijo al dios que no estaba allí, pero que siempre se hallaba cerca—, vuestro es el reino de la magia y los secretos. —Alzó el corazón y las manos, con el fragmento de cerámica sujeto aún en la derecha, centelleando—. Vuestro es el sendero oscuro donde el poder existe por sí mismo, ilimitado, desenfrenado. Oh Nuitari, vuestro es el sendero que mis pies seguirán, y vuestro el camino que mi corazón seguirá.

Cerró con fuerza la mano derecha, de improviso, de forma convulsiva, oprimiendo el irregular pedazo de cerámica contra la carne de la palma. Sangre, negra en la fría luz mágica, discurrió en un hilillo por entre sus dedos, y el mago movió la mano por encima del pequeño trozo de pergamino, el resto de una página maravillosa. La primera gota de su sangre cayó sobre el pedazo con un siseo, y en el mismo instante que percibía su sonido, Dalamar sintió que su corazón se llenaba de un poder oscuro y rugiente. Los cabellos del cogote se erizaron, y un repentino sudor resbaló por sus mejillas. La segunda gota de su sangre cayó, el pergamino humeó, y el pedazo se enrolló y rodó, encendiéndose como si se tratara, en realidad, de todas las páginas de los cuatro libros, en lugar de un diminuto trozo.

Las paredes se llenaron de sombras saltarinas. Llamas rojas como la sangre describieron un repentino círculo alrededor del mago arrodillado sobre el pétreo suelo. Los vientos aullaron, a pesar de que no soplabla brisa alguna. Se oyó el tronar de la tormenta, si bien no cayó lluvia y en el exterior el cielo lucía brillante. Un fuego que no quemaba, llamas danzarinas, luz como la luz en el ojo de un dragón...

El elfo alzó los puños, el que sangraba y el limpio, y al hacerlo, corrieron por su interior tales fuegos mágicos que podían rivalizar con las llamas que veía. La sangre le ardía, el corazón estaba henchido de satisfacción y su espíritu entonaba, en secreto, himnos a un dios cuyo nombre los elfos nunca mencionaban, cuya imagen ningún elfo reproducía, cuya plegaria ningún elfo entonaba. En ese momento, el mago conoció al dios que llevaba en el corazón, al dios que no hace promesas y no rompe ninguna. Conoció al dios para quien la magia lo es todo.

—¡Nuitari! —gritó, con toda la energía de su corazón, con todo el aliento de sus pulmones, y repitió—: ¡Nuitari! Una vez fui Dalamar Argénteo, ¡y he venido a deciros que Dalamar Argénteo está muerto! Soy Dalamar Hijo de la Noche y os pertenezco, oh Hijo Oscuro. Soy vuestro en la noche secreta, vuestro en el día reluciente. Soy vuestro en magia, en oración. Soy vuestro...

Fuera de la cueva, se oyó un murmullo de voces, voces que se alzaban interrogantes y luego descendían maldiciendo. Una ramita se quebró. Dalamar sintió que el corazón le daba un violento vuelco, latiendo atronador. Las sombras de las paredes retrocedieron y se escabulleron por la piedra al tiempo que el fuego color sangre perdía intensidad y se apagaba. Con la magia desaparecida, arrancada de su

ser, el mago se volvió hacia la entrada de la cueva.

La abertura brillaba como un ojo maligno, blanco y reluciente, y había unas figuras altas de pie allí, oscuras como una pesadilla al recortarse sobre el resplandor. Intentó incorporarse pero no pudo. Al marchar la magia, también había marchado toda la energía que había utilizado para sustentarla. Se tambaleó, cayó, y una voz femenina gritó:

—¡Cogedlo!

Seis Montaraces corrieron al interior de la cueva, lo rodearon, como había hecho el fuego mágico, cautelosos y mirándolo feroces por encima de espadas desenvainadas. La mujer que antes había gritado, rió con un sonido quebradizo y crispado.

—De modo que esto es lo que hacen los sirvientes cuando desobedecen las órdenes de sus superiores. Habría sido mejor para ti, criado, haber obedecido las órdenes de lord Konnal y permanecido en los terrenos del templo.

Él no contestó, porque sabía que ninguna palabra suya serviría.

—Está débil —se mofó la Montaraz—. Se ha quedado sin esa pestilente magia negra. ¡Llevadlo ante lord Konnal!

Cayeron sobre Dalamar y, sin miramientos, lo arrancaron del suelo y le ataron las manos fuertemente a la espalda. Sus rostros eran desagradables, deformados por el miedo y la repugnancia. Uno, un joven fornido, le escupió, y el reguero del escupitajo sobre la mejilla de Dalamar pareció ácido que se incrustara en su piel. Otro colocó una soga alrededor de su cuello para tirar de él, y de este modo lo sacaron de su lugar secreto y arrastraron por los bosques de Silvanesti de regreso al Templo de E'li. Allí lo ataron y lo arrojaron a una pequeña celda sin luz del templo. No le dieron ni comida ni agua; lo dejaron solo, bajo la vigilancia constante de una guardia de Montaraces situada en el exterior de la celda.

Por la noche, los búhos se lamentaron y los ratones corrieron por todas partes. Por la noche llegó un dolor tan profundo que era como una criatura con dientes que se dedicara a roer sus órganos. Durante las largas guardias, Dalamar permaneció tumbado en el frío suelo, negándose a gemir, negándose a eludir la agonía. Embrutecidos por la magia de un Dragón Verde, rotos y mugrientos, todavía quedaban objetos con la magia de E'li en el Templo, y éstos no sentían ningún amor por un mago que había dado la espalda a la Luz, un elfo cuyo corazón latía ahora al compás de los oscuros ritmos de la magia de Nuitari. No importaba, no importaba. Permaneció tumbado y embargado por el dolor, pero no gimió. El dolor recorría todo su cuerpo, y él lo abrazó. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Gimotear y chillar? Jamás.

El cielo estaba encapotado. El viento sacudía las desnudas ramas de los destrozados álamos y arremolinaba las verdes emanaciones malsanas. Las pálidas torres desmoronadas de Silvanost se alzaban por encima de la ciudad, como afligidos espectros reunidos para contemplar una terrible empresa, la convocatoria de la Ceremonia de la Oscuridad. Con las manos atadas a la espalda, agotado por el dolor y apenas capaz de mantenerse en pie, Dalamar Argénteo, Dalamar Hijo de la Noche estaba de pie en el jardín del Templo de E'li, inmóvil y silencioso. Lo rodeaba todo un círculo de Montaraces, armados y con expresión furiosa como si temieran que el siniestro mago que habían descubierto entre ellos fuera a alzarse de improviso y destruyera a todos los que tenía delante. Con una fría sonrisa, Dalamar levantó la cabeza, y ellos desviaron la mirada, uno a uno, reacios a encontrarse con los ojos de un mago oscuro.

Posada en una teja rota del tejado del Templo, una paloma emitía un lúgubre canto en medio del silencio, unos sonidos que recordaban el llanto. Aunque no se volvió para mirar, Dalamar sabía que la paloma se encontraba encima de la pequeña estancia donde no tardaría en celebrarse la Ceremonia de la Oscuridad. Las filas de los Montaraces se separaron, y Alhana Starbreeze penetró en el círculo, con Porthios a un lado y lord Konnal de la Protectoría en el otro. El qualinesti lucía un aspecto grave y solemne, con el rostro pálido y los ojos cautos. En los ojos del otro, el señor de los Montaraces, brillaba algo que recordó a Dalamar las serpientes. Algo rezagados llegaron los clérigos, su jefe Caylain, que en una ocasión se había inclinado sobre el borde del esquife y ansiado tocar el río herido. El rubio cabello de la mujer estaba sujeto a la parte superior de su cabeza en una corona de trenzas, y sobre el pecho llevaba su Medallón de la Fe: E'li representado como un dragón rampante de platino. Ella, los nobles Konnal y Porthios y la misma Alhana serían sus jueces, su Consejo de la Verdad. Debería haber habido una multitud de clérigos para acompañarlos, así como un grupo de nobles procedentes de la Casa de Mística y suficientes Montaraces para bordear todas las avenidas que conducían al Templo. Debería haber habido tambores, con sus voces graves y solemnes, y frágiles campanas sonando, y también incienso quemándose y alguien, en alguna parte, llorando: un amigo, una amante, una madre afligida. Ninguna de esas cosas adornaban la ceremonia, pues allí Dalamar no tenía amigos, ni amantes, ni parientes que lloraran su abandono de la Luz, y los atavíos del poder y la pompa estaban destruidos. Iba a ser una expulsión, pero una expulsión de un territorio devastado.

—Milores —dijo Alhana, alzando la cabeza con los hermosos ojos inescrutables y la voz helada como una noche de invierno—, estamos aquí reunidos para considerar y juzgar. Primero consideraremos.

Hizo un gesto, un leve movimiento de su blanca mano, y Caylain se adelantó. Con la cabeza alta, obligándose a todas luces a mirar a los ojos al pecador, la

sacerdotisa dijo:

—Dalamar Argénteo, se te trae aquí para ser juzgado, tras ser capturado realizando vergonzosos actos de falsa adoración, atrapado mientras llevabas a cabo magia oscura. ¿Qué tienes que decir?

El mago permaneció en inquebrantable silencio.

Caylain paseó la mirada con desasosiego, pues la tradición decretaba que el acusado tenía que hablar o que alguien debía hacerlo por él. Nadie se adelantó. Nadie se movió siquiera. Con los rostros como mármol, pálidos y duros, los ojos relucientes como diamantes, la guardia de Montaraces apenas respiraba. Los nobles Konnal y Porthios ni siquiera tragaban saliva. El viento susurró; las túnicas blancas crujieron y, a lo lejos, en las profundidades del bosque, los dragones rugieron. Detrás de Caylain uno de los clérigos se humedeció los labios resecos, mientras sus ojos iban veloces de un lado a otro, asustados. Dalamar no se movió.

—No tienes defensor —siguió Caylain, con voz vacilante— y no quieres defenderte a ti mismo. Entrarás en el Templo, en el Círculo de Oscuridad. En ese lugar, se juzga a quien protesta de su inocencia. Es el lugar donde el culpable recibe un atisbo del camino que ha elegido. Dalamar Argénteo, mira en tu corazón, escucha tu espíritu y prepárate para el Círculo de Oscuridad.

Dalamar no miró a ninguna parte. No necesitaba nada. En su vientre, el miedo se tornó agrio y frío.

—Llevadlo —ordenó Alhana, con voz baja y tranquila como la de la paloma, pero una paloma de piedra, una paloma cuya resolución jamás podía doblegarse o modificarse.

La princesa hizo una seña con la cabeza a Konnal, que indicó a dos de sus guerreros que se adelantaran.

—Aleaha —dijo, pronunciando el nombre como una orden—. Rilanth. Llevadlo al templo.

Los dos se adelantaron con los dientes obstinadamente apretados, la elfa Aleaha Takmarin y Rilanth, su primo. Se acercaron como si se les hubiera pedido que llevaran a un dragón al interior del edificio. Decididos, lo sujetaron con fuerza, uno por cada brazo, aunque verlo atado no les facilitó las cosas a ninguno. Su temor se comunicó a Dalamar, que lo olfateó como haría un lobo. El mago sonrió, y no le importó que lo vieran, porque su miedo actuaba en él como un tónico. En todas las casas de los poderosos se dice que en el miedo de los otros descansa el poder para aquél que puede reconocerlo y utilizarlo. Aunque Dalamar no veía utilidad alguna para el temor de aquellos dos, éste lo estimulaba y le proporcionaba fuerza.

Entre gemidos, el viento adquirió más fuerza, y los cabellos de Alhana comenzaron a azotar con fuerza su rostro, encrespándose oscuros alrededor de sus mejillas y hombros. De nuevo se oyó el grito de un dragón, un potente y prolongado

alarido de rabia y júbilo que flotó espectral en el aire. Otra de tales bestias respondió, y uno de los Montaraces juró por lo bajo. Allá en el destrozado bosque de álamos, los dragones criaban y vivían como si el reino les perteneciera.

El sol ascendió renqueante al cielo, en forma de macilenta esfera apagada atisbada sólo a través de la siempre cambiante neblina verde, el último aliento de la Pesadilla de Lorac flotando sobre el territorio, mientras los dos Montaraces sacaban al prisionero del círculo, recorrían con él el jardín y penetraban en el Templo de E'li.

Pronunciando oraciones rituales, tres clérigos desenrollaron una cadena gruesa y pesada e hicieron un círculo alrededor de la pequeña sala, festoneando el suelo al tiempo que creaban un espacio mágico del que Dalamar no podía moverse.

—De la oscuridad, oh E'li —murmuraron—, de la oscuridad protegednos. Del mal, oh E'li, del mal defendednos. De la oscuridad, oh E'li...

De ese modo oraban al mismo dios que no había pensado en escudarlos de las tinieblas, que no había alzado ni una mano para defenderlos de la maldad que todavía asolaba su ciudad y atormentaba su tierra. Colocada la cadena, encendieron varitas de acre incienso y, dejando un reguero de humo y plegarias, pasearon alrededor de la parte exterior del círculo, tres veces en el sentido de las agujas del reloj. Graves y severas, sus voces exigían que no se permitiera penetrar al Mal en esa estancia.

Dalamar los observó con los ojos entrecerrados. Ellos oraban y, sin embargo, allí estaba la maldad, de pie y lista para averiguar su destino, maldad bajo la apariencia de un elfo al que no cegaba la Luz.

A una orden de Caylain, Dalamar se introdujo en el círculo y se colocó en su centro exacto, encontrando el lugar con más facilidad que la que le ordenaba dirigirse allí. La mujer tenía miedo del círculo, de la ceremonia y de la propia pequeña estancia. También él estaba asustado, pero poseía la fuerza necesaria para guardarse ese miedo para sí, reacio a prestar armas al enemigo, y por lo tanto se mantuvo erguido en orgulloso desafío en el centro del círculo, un sirviente con prendas parduscas, un mago oscuro que había quedado al descubierto, concentrando toda su fuerza de voluntad y obligando a los agotados músculos a mantenerse quietos.

Bruñidos espejos de platino colgaban de las paredes e incluso sobre la puerta, brillando pálidamente bajo la tenue luz que se filtraba desde el techo. Bajo la tenue luz se contempló a sí mismo en nebuloso reflejo: un joven elfo de elevada estatura, espalda tiesa, hombros erguidos, cabeza alta. Ni el menor rastro de desaliento se pintó en su rostro o apagó sus ojos claros cuando el Consejo de la Verdad —Alhana Starbreeze, Porthios de los qualinestis, lord Konnal y la sacerdotisa Caylain— se colocó fuera del círculo. Fue a la sacerdotisa a quien correspondió hablar.

—Dalamar Argénteo —dijo, con voz seca como el castañetear de ramas desnudas —, escucha tu sentencia.

Las manos de Alhana se abrían y cerraban con fuerza; el pulso en la base de su cuello estaba acelerado. Dalamar la vio en los espejos. Parecía una mujer de pie en las salas de una antigua cripta donde los espíritus de los difuntos no descansan con tranquilidad. Porthios dio un pequeño paso hacia ella, un paso lateral que nadie detectó, excepto el prisionero.

—Esto es lo que será —anunció Caylain, y aunque su voz no tembló, su mano sí lo hizo mientras alisaba distraídamente los pliegues de su blanca túnica—. Permanecerás en el interior de este círculo por espacio de doce horas. Permanecerás solo, y se te mostrarán cosas, cosas sobre las que no puedo advertirte, porque no las conozco.

Eran palabras del rito, no pertenecían a Caylain.

—A medida que las imágenes surjan, sucederá algo —siguió la mujer—, o no sucederá. Conforme a tu culpabilidad o inocencia, la cadena se moverá para atarte o permanecerá inmóvil y te dejará libre.

No existía la menor duda en los ojos de ninguno de los presentes sobre cómo se comportaría la cadena de platino, pero había que guardar las formas, eso es lo que se hace entre los elfos. Había que mantener los convencionalismos, incluso cuando carecían de sentido en aquella situación.

—Que los dioses te protejan —murmuró Caylain.

Otro formulismo más. Nadie en la estancia creía ni por un instante que ninguno de los dioses a los que oraban fuera a protegerlo. La mujer se volvió y abandonó la habitación, con las pálidas manos firmemente cruzadas. Lord Konnal la siguió, y Alhana salió tras él acompañada de Porthios, que andaba al unísono con ella. Sólo el qualinesti miró a Dalamar, una rápida ojeada detectada en un reflejo, pensando tal vez que nadie la vería. Era la mirada de un guerrero que se pregunta hasta qué punto resistiría el coraje de un hombre enfrentado a su prueba más desmesurada.

Lo suficiente, decía la sonrisa irónica de Dalamar. Lo suficiente, y no tienes por qué asombrarte.

Los ojos de Porthios centellearon de improviso, pues al príncipe no le gustó que leyeran con tanta facilidad sus pensamientos, ni que se respondiera a ellos con tanta ironía. Luego, también él, dejó de mirar al prisionero situado dentro del círculo de platino y abandonó la estancia, con la mano posada en la cintura de Alhana, conduciéndola como los hombres conducen educadamente a las mujeres, con cortesía.

Dalamar se quedó solo, solo. El miedo se asentó en su vientre, rígido y frío y destilando veneno. ¿Qué camino había elegido, qué camino recorrería en la oscuridad?

Entonces aparecieron los espectros, cada uno reflejado en los espejos, primero como una nebulosa y luego con más claridad, avanzando al compás del ruido de una cadena de platino que se iba acercando cada vez más, arañando el suelo. Cada fantasma tenía su mismo rostro. Todos los espectros eran él.

El espectro-Dalamar caminaba por un lugar selvático, en tierras extranjeras donde la gente no conocía su nombre. Vagó por las calles de ciudades legendarias, donde la gente le rehuía. Anduvo por la oscuridad, solo como sólo puede comprenderlo un elfo, y sintió que su corazón se había partido mucho tiempo atrás; sólo fragmentos sin vida tintineaban en su pecho. Vio cómo su nombre era borrado de todos los archivos de los silvanestis. Se vio deshecho, y oyó su nombre en boca de humanos, enanos, kenders y otros. ¡*Lord Dalamar!* «Lord», decían, y pronunciaban el título con temor, a veces con respeto. En las bocas de muchos de ellos su nombre era concebido como otra forma de designar el miedo.

Sonrió al advertirlo y, mientras lo hacía, las fantasmales imágenes oscilaron, deslizándose sobre el platino, mudando en los espejos para deshacerse y volverse a formar.

Dalamar vio tres hechiceros, tres con las cabezas juntas, que hablaban o discutían. Uno era un anciano con una túnica blanca, otro una hermosa mujer de cabellos plateados vestida de oscuro y el tercero, un hombre cojo de mediana edad vestido de rojo. Los tres abandonaron su conversación y lo miraron, sus rostros en todos lados y también detrás de él, mientras los ojos relucían con feroz conocimiento, con despiadada ambición, con severo compromiso. Incluso en esa visión el elfo sintió el peso de sus miradas, y se dio cuenta de que aquel peso había aplastado a algunos, pero no pudo saber si lo aplastaría a él. No se arredró, aunque sabía que muchos otros lo habían hecho, y en su corazón sonaron unas palabras, un saludo a los tres: «No tengo nada que perder». Los tres se miraron entre sí, y la hechicera de la túnica negra dijo a sus compañeros que ésas eran las palabras de los que son auténticamente libres.

De nuevo la visión varió, y Dalamar se vio de pie en un umbral, frente a una puerta tras la cual sólo había oscuridad, un remolino de ambición, una tormenta de odio y anhelo y un poder tan profundo y fuerte que los cimientos del mundo se estremecían para poder sostenerlo. Posó una mano sobre el pomo de la puerta que tenía forma de calavera y empujó.

Las imágenes de los espejos volvieron a fluir, como el correr de sangre espesa, y Dalamar se vio de pie junto a otros dos magos, un hombre con túnica blanca y una mujer vestida de rojo.

—¿Estás preparado? —preguntó la mujer de la túnica roja.

La mujer lo miró con los ojos de una amante, y él leyó una desesperación y un miedo irremediables en ellos.

La visión se movió rápidamente, discurriendo como un río crecido, veloz, arremolinado, enroscándose alrededor. Si hubiera podido moverse, el mago habría huido de ella, pero de haberlo hecho, la visión lo habría seguido.

Se alzaron llamas del océano. Un agujero se abrió enorme en el mar que él, sin saber cómo, sabía que se llamaba océano Turbulento. Oscuridad, engendrada por la rabia, surgió de la llameante fisura y alrededor tronó el estrépito de la batalla, los gritos de los moribundos, la furia de los dragones, iluminado todo por el fuego y el centelleo batallador de las espadas. Alguien chilló. ¡Era él! Y toda la sangre escapaba de él al mismo tiempo que unos ojos tan terribles que no se atrevía a encontrarse con su mirada lo desgarraban, arrancando la carne de sus huesos, arañando para encontrar algo en él: su espíritu. Takhisis, se dijo, pues su nombre es el nombre del terror. Una voz como el aullido de una mente enloquecida profirió una carcajada chirriante.

«¡No es ella! ¡Esa furcia pérfida! ¡No es ella!».

Y los terribles ojos seguían desgarrándolo, despellejándolo capa a capa, para separar la piel del músculo, el músculo del hueso, el espíritu del cuerpo. ¡Ah Nuitari! Protégeme...

«¡Jamás él! ¡El hijo de la serpiente! ¡Jamás él!».

Todo el mundo desapareció, al tiempo que el cuerpo se desprendía de su espíritu. Ahora no vio más que locura, destrucción, no había luz, no había oscuridad, no había nada más que voracidad y aniquilación, locura que se alimentaba de locura y furia de furia como lobos que se despedazan entre sí. Las torres se derrumbaban y las ciudades ardían alrededor del mago. Compromisos que se olvidaban, juramentos que se rompían. En todas las tierras, en todas las familias, los hermanos se volvían contra los hermanos, los hijos asesinaban a sus padres, las madres a sus hijas. Los niños se ejercitaban con la espada y jugaban con dagas en la cuna, mientras la enfermedad corría como el fuego, y el fuego devoraba la piedra. Cayeron piedras de lo alto como si fueran estrellas caídas del cielo y los dioses huyeron gritando, gimoteando en lugares oscuros. Ahora no existía el Mal, ni el Bien. Había desaparecido aquella fina senda entre los polos que los magos Túnicas Rojas recorrían con tanto cuidado. Sólo estaban las fauces de la destrucción que no entendían nada sobre el equilibrio entre la vida y la muerte, la eterna lucha entre la luz y la oscuridad.

Todo eso el mago vio en aquellos terribles ojos devoradores, todo eso y más... y cosas peores.

Vio su espíritu, que se encontraba en la zarpa de aquel padre del vacío. Alrededor revoloteaba algo pequeño que despedía un fulgor apagado, algo ligero como pergamino y vacío, vacío y sin magia en él ni nada que amar. Era el alma de un hombre cuyo contacto no dejaba huella en el mundo, el espíritu de un hombre inútil,

un hombre indefenso. El vacío absorbió la vida de ese espíritu sin sentido igual que absorbía la vida del mundo.

Un vacío, que jamás se llenaría, e incluso el llanto de los dioses cesó...

Y volvió a encontrarse en el umbral de la estancia cuya puerta mostraba un pomo en forma de sonriente calavera de plata, y vio a un mago de pie en las sombras, vestido con túnica negra, el rostro oculto y los ojos ni siquiera dos destellos de luz en aquella oscuridad.

—Ven —dijo el mago, con una voz que era un extraño y seco susurro.

—*Shalafi* —musitó Dalamar, la imagen de los espejos, el hombre del círculo.

«Maestro», le dijo, como un estudiante a su profesor. Pero ¿qué profesor, dónde? Y en los espejos, cinco pequeñas marcas, espaciadas como si fueran las huellas de los dedos de la mano extendida de un hombre, aparecieron sobre el pecho de cada imagen de Dalamar. Eran oscuras, luego se tornaron rojas, y el rojo fluyó despacio, como sangre que goteara.

Un hombre gritó, y luego nadie gritó. A continuación sólo hubo oscuridad, y el contacto del frío platino alrededor de sus tobillos, pues la cadena se había acercado tanto ahora que empezaba a atarlo, describiendo círculos y más círculos alrededor, los eslabones amontonándose y ascendiendo hacia las rodillas cuando un hilo de luz apareció en la oscuridad a su espalda.

—Ya has visto —musitó una voz, la de Caylain la sacerdotisa—. Ya has visto por qué camino deambularás, Dalamar Argénteo. Una senda de sangre y oscuridad.

Eso había visto, y aunque pareció que había transcurrido sólo un instante, estas visiones habían fluido sobre él, alrededor y a través de él durante doce horas. Sus pesadas piernas lo sabían, sus rodillas que temblaban de agotamiento, su estómago que rugía de hambre, y su garganta, seca como un desierto, también lo sabían.

Dalamar alzó la cabeza, y sus ojos todavía se llenaron con las visiones del vacío, de la sangre y de la carnicería y el mago cuyo rostro quedaba oculto en la oscuridad.

—Lo he visto —respondió, con voz espesa y ronca.

Se estremecieron al oírlo, ante la sencillez de sus palabras, la austeridad de su voz destrozada por la sed. Sintieron escalofríos y se miraron unos a otros, tomando su dolor como confirmación de su culpa.

Sí, desde luego. Sin duda existía dolor; todo el dolor de permanecer dentro de ese templo, esa mansión de los dioses blancos, que se introducía en su interior desde las baldosas. Se alzaba del suelo a través de sus pies, penetraba en sus brazos, y desde el techo caía sobre él como fuego.

—Soy vuestro —dijo al dolor y a la oscuridad que aún tenía que descender, pues habría más, y pronto; esa Ceremonia de la Oscuridad no había finalizado por completo—. Soy vuestro —dijo al dios que nadie allí osaba nombrar.

Dalamar sonrió, sin alegría y desde luego sin hilaridad. Sin embargo, sonrió, y lo

hizo porque había elegido su camino. Él a quien no habían permitido elegir nada en toda su vida, cuyos días estaban regidos por las costumbres y tradiciones forjadas por un rey que llevaba muchos años muerto, él había elegido su camino.

—Nuitari...

Caylain se estremeció; en ese momento otros entraron en la sala, con los rostros blancos bajo las sombras de las capuchas de sus túnicas. Entró Porthios, y luego Alhana, cuyos ojos aparecían fríos como piedras y cuyo rostro mostraba una inflexible expresión de desprecio. Un escalofrío recorrió a Dalamar y se clavó en su corazón. Esa princesa era la personificación de la tierra, y lo miraba a él ahora como si no lo viera, como si no estuviera allí ante ella. En el mismo instante en que lord Konnal conducía hacia el interior a una pequeña tropa de Montaraces, Alhana Starbreeze le dio la espalda a Dalamar, al elfo oscuro, y salió de la estancia. La tierra renunciaba a él.

Era el primer instante de su exilio.

—Elfo oscuro —lo llamaron, el nombre de un exiliado, el nombre de quien ha abandonado la Luz y a los descendientes de Silvanos.

Elfo oscuro. El nombre pesaba sobre el corazón de Dalamar como un trozo de hielo, gélido y reptante, que llevaba la parálisis a toda su sangre.

Lo llevaron por bosques grises y lluviosos, hasta que llegaron a las orillas del Thon-Thalas, el río que descendería veloz hasta el mar y lo sacaría de Silvanesti, lejos de la compañía de los elfos. Habrían preferido conducirlo por el bosque, con las manos atadas, los pies encadenados y el rostro oculto por una negra capucha. En otras épocas, en tiempos mejores, lo habrían hecho así, gritando su crimen a todos los que pasaban, granjeros y aldeanos, barqueros, alfareros y príncipes.

—¡He aquí un mago oscuro! ¡He aquí un criminal de la peor clase! ¡Apartad la mirada de Dalamar Argénteo! ¡Nunca volváis a pronunciar su nombre! ¡Prohibidle la entrada en el bosque si alguna vez volvéis a verlo! ¡Está muerto para todos nosotros! ¡He aquí un mago oscuro! ¡He aquí un criminal...!

Pero no podían pasearlo por el bosque de álamos, no allí en ese reino destrozado. Sólo podían chillar a los dragones que se ocultaban en las zonas salvajes, y ¿qué les importaba eso a los dragones? No obstante, lo gritaron. El rito lo exigía. Había que seguir los formalismos, y sacaron el mejor partido que pudieron de la Ceremonia de la Oscuridad a pesar de no disponer de los aderezos tradicionales.

En los terrenos yermos de la Torre de las Estrellas, lord Konnal leyó un pergamino recién redactado, detallando el crimen de Dalamar en una voz que resonó y volvió a resonar en las vacías torres de piedra de la ciudad.

—¡Ha adorado falsamente, ofreciendo lealtad a dioses malignos! ¡Ha realizado magia arcana y llevado a cabo acciones malvadas! ¡Ha abandonado la Luz!

A continuación, entregó el pergamino a Caylain. Ese registro sería inscrito en las bibliotecas de la Casa Presbiterial, donde su nombre sería eliminado de todos los documentos donde figurara. Cualquier mención de él en las casas donde había servido desaparecería. Todo registro de que hubiera estudiado en la Casa de Mística sería borrado. Sólo permanecería su partida de nacimiento, y ésta sería trasladada a los volúmenes secretos guardados en el Templo de E'li donde se conservaban los nombres de los elfos oscuros. Entonces, incluso su partida de nacimiento desaparecería, y no existiría en los anales de su gente. Su país no volvería a oír pronunciar su nombre, ni a percibir el sonido de sus pisadas sobre su suelo.

Mientras la lluvia seguía cayendo y la neblina se movía en nauseabundas oleadas verdosas, Alhana Starbreeze declaró a Dalamar culpable de crímenes de magia y anunció su sentencia de exilio a todos los reunidos.

—Ha dado la espalda a la Luz —gritó con voz firme y clara—, y la Luz le dará la espalda a él. —Con la mirada gélida como el hielo, alzó la cabeza y le miró directamente a la cara—. Marcha lejos de nosotros, Dalamar Argénteo. No regreses jamás aquí, y nunca busques oír tu nombre en los labios de ningún Hijo de Silvanos.

En los ojos de Porthios, de Alhana y de Konnal, en los rostros de todos lo presentes, Dalamar lo vio con claridad: estaba muerto para ellos, era menos que un fantasma. Y se sentía como si lo fuera, pues parecía que no corriera sangre que calentara sus venas. Era como si su corazón hubiera dejado de latir.

En aquel país asolado, sería Caylain la sacerdotisa encargada de bendecir la Escolta Oscura en el nombre de E'li, aquellos encargados de sacar al elfo oscuro de los límites de la Luz, de Silvanesti. E incluso esa escolta no contaba con tantos Montaraces como la tradición deseaba que fuera. Magos había unos cuantos, los que habían protegido el pequeño esquife contra los hechizos de los Dragones Verdes durante el trayecto por el Thon-Thalas hasta Silvanost. Esa tarea volverían a realizarla ahora, porque el viaje río abajo sería igual de peligroso.

Nadie miró al exiliado mientras lo cargaban en el esquife. Lo cargaban sí, porque apenas podía andar, y sus manos no estaban libres para ayudarlo a mantener el equilibrio, por lo que chocó contra el duro fondo del bote de rodillas y luego cayó de costado. La lluvia, que caía con más fuerza ahora, resbalaba por su rostro, casi como si se tratara de lágrimas, pero él no lloraba, sino que permanecía en silencio, frío y tiritando, con el cuerpo deshecho por un dolor que no procedía de heridas físicas. Nada de lo que había soportado en el Templo de E'li mientras esperaba su Ceremonia de la Oscuridad le había indicado que sentiría un dolor como ése.

«Me están despojando de algo —pensó—. Me están privando de algo». Y sabía que eso no era como abandonar Silvanesti por Silvamori. Era distinto. Al inicio de este viaje, no existía esperanza de regreso.

Ah, dioses. Ah, dioses...

¿Había valido la pena el precio pagado por correr aquel riesgo? No lo sabía. Ahora y aquí, no lo sabía.

El esquife se balanceó en el agua, descendiendo veloz por el río gracias a los potentes golpes de remo que daban los Montaraces. Era como si no pudieran esperar a arrojar al elfo oscuro lejos de su lado. Nadie lo tocaba; nadie se acercaba. Y el río fluyó hasta el mar, veloz, mientras de proa a popa de la embarcación los Montaraces gritaban su crimen a los dragones, pronunciando su nombre y mandando a todos los que los oyeran que no volvieran a pronunciarlo jamás.

Lo desembarcaron en la lejana orilla occidental del extremo más meridional del reino.

La flota de ocho naves había contemplado a la Escolta Oscura, hombres y mujeres de pie junto a las barandillas, inmersos en lúgubre silencio, observando, para luego girar uno tras otro y darle la espalda.

En el cielo flotaban nubes grises que amenazaban lluvia, y no se oía chillar ni una gaviota. El agua subía y descendía, agitado y revuelto con las blancas crines enroscándose en lo alto de las olas. Los Corceles de Zeboim, incluso ellos, parecían darse la vuelta y huir de la abominación que representaba el elfo oscuro.

Al final del día, lo dejaron en tierra en el muelle próximo a una taberna de la que surgía un clamor de risas, juramentos y canciones. El hedor del sudor, la cerveza y la comida grasienta fluía al exterior, provocando náuseas en Dalamar cada vez que tenía que respirarlo. Aún se hallaba en Silvanesti, pero la atmósfera de la pequeña ciudad portuaria correspondía más a otras tierras que al territorio elfo. Su escolta le pagó el pasaje a bordo de un navío mercante que partía, un barco de tres palos cuyas blancas velas relucían con un resplandor increíble al recortarse contra el cielo encapotado.

—Ocupaos de él, capitán —indicó lord Porthios, entregando el pago y sin dedicar ni una mirada a Dalamar—. Desembarcadlo donde deseéis.

—Vaya, es un oscuro —dijo el minotauro, contemplando al mago con ojos entrecerrados—. Un exiliado ¿eh? Muy bien, mientras se pague por él, a mí no me importa.

Ofreció cerrar el trato con una copa, pero Porthios le dio las gracias con gélida educación y rehusó. ¿Qué elfo bebería con un extranjero cuyo barco transportaría pronto a un despreciable exiliado? Ninguno, y desde luego no el príncipe de los qualinestis.

Todo eso sucedía alrededor de Dalamar, por encima de él que permanecía acurrucado en su oscura capa, tiritando en la lluvia, aunque apenas le parecía que eso le estuviera sucediendo a él en realidad. No podía hacer otra cosa que temblar y estremecerse, como si tuviera fiebre; no era capaz de sentir más que eso, pues un gélido entumecimiento se había apoderado, implacable, de su persona. «Mi corazón debe latir», se dijo. «De lo contrario habría caído muerto». Pero no conseguía percibir el pulso.

—Está muerto para nosotros —habían dicho, y desde luego parecía que lo estaba.

Se trata de la conmoción, se decía a sí mismo, y no va a durar. Aunque, no me importa si dura eternamente. No me importa.

No llevaba efectos personales que guardar, ni artículos mágicos, no tenía bultos ni paquetes de componentes aromáticos para hechizos, ni valiosos libros de conjuros. El elfo oscuro no poseía nada, sólo las calzas y la camisa de color pardo, las botas y la negra capa con capucha que indicaba su posición social. Se levantó y ascendió por la pasarela cuando se lo ordenaron y, ya a bordo, se volvió para mirar atrás. En las jarcias, los marineros corrían a desplegar las velas; en la cubierta, el capitán gritaba

instrucciones, ordenando a sus remeros que doblaran la espalda y remarán. El viento hinchó las velas, y la nave avanzó veloz impelida por los remos y las hinchadas velas.

Dalamar no miró hacia la orilla ni hacia el bosque situado más allá. En cambio, clavó la mirada en el mar, en el amplio abismo que se abría entre él y su patria. Entonces sintió agitarse algo en su interior, algo afilado y doloroso como unos colmillos. Antes de poder averiguar qué era, se apartó de la barandilla y contempló el inmenso e ilimitado mar. Un haz de luz solar se abrió paso, iluminando las encrespadas olas, y él apartó también la vista de ello, de la luz y luminosidad del agua.

—No tengo nada que ver con la luz —dijo, y al decirlo, al oír las palabras y su propia voz, volvió a sentir una sensación de dolor. Esta vez dejó que aquel interminable torrente de dolor lo inundara. Empezaba a ser un experto en abrazar el dolor.

De ese modo inició el elfo oscuro su vagabundeo.

Durante el primer año de su vagabundeo no deseó la compañía de nadie: elfo, enano, humano, goblin u ogro. Vivió en soledad en los arrabales de ciudades y pueblos, pasando el invierno bajo techo cuando la estación era fría y hallando que las ciudades portuarias eran las más hospitalarias e interesantes. No tuvo ninguna amante, pues ninguna elfa lo quería, y en Silvanost los corazones de los jóvenes no anhelan a las mujeres extranjeras. Pagaba su alojamiento y las comidas con el acero que ganaba eliminando mágicamente las ratas de los almacenes, una tarea ignominiosa que odiaba.

A pesar de su infelicidad, Dalamar seguía siendo un recolector de noticias, y allí donde las aguas se encuentran con tierra firme encontró mucho que recolectar. En las tabernas donde se reunían los marinos se enteró de la rehabilitación de los territorios asolados desde hacía mucho tiempo por la guerra. Escuchó como tras redactar tratados, los soldados del Ejército de la Piedra Blanca abandonaron el campo de batalla y regresaron a sus granjas, oficios y tiendas. En las tiendecitas donde los que usaban la magia comerciaban con libros de hechizos, hierbas, aceites y artilugios extraños y poderosos, oyó de labios de magos de las tres Órdenes que los ejércitos de la Reina de la Oscuridad no tenían tal pacífica intención. La alianza entre los ejércitos Rojo, Negro, Blanco y Azul se desmoronó al final de la guerra, aunque las tropas seguían manteniendo el control de enormes territorios, y los vencidos Señores de los Dragones gobernaban sus feudos con brutalidad, blandiendo sus férreos puños sobre las cabezas de sus súbditos al tiempo que peleaban entre sí. En las tabernas, los bebedores consideraban la guerra finalizada, la disputa entre los dioses resuelta, y pasaban las noches de invierno realizando cómodos planes para un primavera que no señalaría, por fin, el inicio de otra sangrienta campaña guerrera. En las tiendas de magia los parroquianos no estaban tan seguros de que estuviera todo dicho y hecho con respecto a la cuestión entre los dioses.

Durante el invierno, inmerso en sus meditaciones, Dalamar no pensó en términos tan amplios; pensó en sí mismo, en sus opciones y posibilidades. Por la noche soñaba con su hogar, dolorosos sueños que le recordaban su pérdida, y durante el día se preguntaba qué lugar podía hacerse para sí en el mundo que existía fuera de Silvanesti. Pensó en las ciudades a las que podría viajar: Palanthas, Tarsis, Caergoth y Ciudadela Norte. Pensó en las bibliotecas, las oportunidades de estudiar...

Pero no pensó en viajar a la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. Aquel viejo sueño permanecía silencioso en su interior.

Al llegar la primavera, el mago sintió vientos oscuros detrás de él, vientos inquietos, y éstos siempre parecían empujarlo fuera de los lugares donde se

congregaba la gente, lejos de las tabernas y los fogones, de los burdeles y los templos y las tiendas de artículos mágicos. Esos vientos lo empujaban a los viejos lugares por los que los mortales ya no deambulaban. Y él, que había visto la ruina de su país, la destrucción de su propio puesto en ese reino, se sorprendió al descubrir que le gustaban las ruinas, los esqueletos de las viejas ciudades, antiguos lugares cuyos nombres sólo eran recordados a medias, cuyas historias hacía tiempo que el viento se había llevado consigo.

Dalamar paseó entre los fantasmas que vagaban por Vigía Sangriento, la torre derruida que se había alzado a la vista del mar de Istar, y que ahora era sólo un montón de piedras. Encontró entradas a las zonas ocultas de las ruinas, descendió a las profundidades y descubrió sótanos repletos de escombros: rollos de pergaminos que detallaban suministros y solicitudes, viejos cofres llenos de armas oxidadas y, en el rincón más remoto de la estancia más profunda, un arca dorada no más grande que sus dos manos extendidas. Aunque había estado entre el polvo y bajo el aire húmedo del subterráneo durante incontables años, el arca estaba limpia como si acabaran de construirla, y le cantó, a través de las manos, a través de los huesos y la sangre, porque contenía algo mágico, y él comprendió por la emoción que le embargaba que allí había magia oscura.

Con sumo cuidado, examinó la caja, detectó protectores mágicos y los liberó. En el interior había un anillo de plata, grabado con runas y engastado con un rubí perfectamente tallado y oscuro como sangre derramada. Ignoraba qué poder había en el anillo, pero lo sacó de aquel lugar. Más tarde, sentado en la orilla, mientras contemplaba las revueltas aguas, oyó gemir al viento alrededor de las ruinas de Vigía Sangriento durante dos días y tres largas noches, y recordó lo que había aprendido en Silvamori, que todas las cosas poseen voz y que todo puede cantar, de modo que aprendió el lenguaje del viento, el canto del mar y conversó con los fantasmas que erraban por allí. Uno le dijo, finalmente, qué poder poseía el anillo. Podía secar la sangre en las venas de cualquier adversario.

Quiso el destino que en la hora previa al amanecer, un pequeño bote llegara a la pedregosa orilla bajo las ruinas de Vigía Sangriento. Un goblin bajó de la embarcación y empezó a merodear. Dalamar permaneció sentado sin moverse, mientras el intruso exploraba las ruinas; aguardó hasta oír las pisadas que se acercaban, casi brincando...

La postrera luz de las estrellas que se desvanecían proyectó una sombra, una pequeña señal oscura en el suelo. Olió el tufo del aliento de un goblin y permaneció totalmente inmóvil, como si no advirtiera nada. Una hoja de acero siseó fuera de su funda, y Dalamar se volvió, vertiendo toda su fuerza de voluntad en el anillo de rubí, para dirigir su magia. El goblin abrió los ojos de par en par, su mandíbula se desencajó en el momento en que llevaba aire a sus pulmones con un ronco jadeo, y

luego se desplomó sin vida. Con la ayuda del propio cuchillo del goblin, el elfo comprobó que la sangre se había secado realmente en sus venas, pues no halló otra cosa que un polvillo pardusco en todos los lugares donde hizo un corte.

En el verano de ese mismo año, Dalamar Hijo de la Noche se dirigió al norte, a las ruinas de la Ciudad de los Nombres Perdidos, y vagó por las sollozantes calles, en busca de aquellos objetos mágicos que pudiera encontrar. No halló ninguno, y tuvo la impresión de que alguien había estado allí recientemente antes que él. Desenterró un cofre lleno de grandes riquezas en joyas, collares, broches, anillos y diademas, y aunque nada de ello poseía el menor valor mágico, tomó algunas de las piezas, dejando la mayor parte ocultas bajo su propio conjuro de protección.

En otoño fue a las montañas Kharolis, y dio vueltas y vueltas a las terribles ruinas de Zhaman, que los enanos de Thorbardin ahora llamaban Monte de la Calavera, la fortaleza que, según la leyenda, había hecho construir el gran mago Fistandantilus. ¡Qué tesoros mágicos debía de haber allí dentro! Dalamar oyó el viento y los gemidos, pero no encontró más fantasmas que los de enanos, y éstos no tenían nada que decirle que no tuviera que ver con las grandes guerras de tiempos pasados cuando la fabulosa Zhaman fue destruida durante el caos que arrasó Krynns tras la caída de Istar. De buena gana habría entrado para ver qué maravillas había ocultas, pero las torres se habían fundido y resbalado por la ladera de la colina sobre la que se alzaba, adoptando la forma de cráneo de la que ahora tomaba el nombre. Todas las entradas estaban selladas.

Desde allí Dalamar fue a pasar el invierno en Tarsis, cansado de oler a mar y de comer pescado en ciudades portuarias. Mientras andaba por el antiguo rompeolas de una ciudad que no había visto el mar en los trescientos y pico de años transcurridos desde que el Cataclismo rehiciera el mundo, contempló la seca llanura que en el pasado había sido un puerto, los cascos de barcos abandonados por el mar que ahora servían de cuchitriles para la gente pobre de la ciudad que vivían cara a cara con los proscritos, los bandidos y todos aquéllos que se aprovechaban de los débiles. Quinientos años más tarde, apenas se distinguían los contornos de los cascos, pues se habían hecho obras para expandir cada casco y reparar los estragos del tiempo. Se habían añadido habitaciones desvencijadas, que luego se habían quitado, para volverse a añadir luego... todo ello de un modo aleatorio.

Fuera del rompeolas que ahora no rompía ninguna ola estaban las Praderas de Arena y, más allá, las estribaciones de las montañas Kharolis, a casi ciento sesenta kilómetros de distancia. Un viento seco soplaba desde las praderas, lleno de arena y apestando a los montones de basura que, desde hacía años, los tarsianos tenían por costumbre arrojar por encima de las murallas como si aún existieran veloces corrientes de agua que se la llevaran hacia el mar.

Dalamar dio la espalda a los cascos de barcos y abandonó la muralla, para

descender a la ciudad. Atravesó el mercado, dejando atrás puestos donde muchachas de ojos oscuros vendían flores, y tenderetes donde ancianas pregonaban sus cerámicas pintadas de brillantes colores. Por todas partes flotaba el olor a comida: carnes asándose, sopas en ebullición y gruesas hogazas de pan aureoladas de vapor.

En los rincones más oscuros, apoyadas contra la muralla situada más allá de la plaza central, encontró las discretas tiendas donde se reunían los magos, Noche de Nuitari, Los Tres Hermanos, Alas de la Magia, todos los lugares donde los magos Túnicas Rojas, Negras y Blancas iban a intercambiar objetos mágicos por componentes para hechizos, componentes para hechizos por libros de conjuros, y chismorreos por noticias. Entró en la Ciudad Vieja, donde encontró ruinas no muy distintas a las que había visto en otras tierras, sólo que éstas se hallaban dentro de las murallas de la misma Tarsis. Allí localizó la Biblioteca de Khrystann, aquella cámara subterránea repleta de libros y pergaminos, muy poco de lo cual guardaba un razonable orden.

Tarsis la Bella, Tarsis la Ruina... Dalamar descubrió que el lugar le gustaba. Alquiló habitaciones sobre una tienda de artículos para magos en el mercado, cerca de la puerta de hierro de la muralla a través de la cual se pasaba a la calle situada detrás de la Biblioteca. Recordó relatos de la guerra, historias de cómo Alhana Starbreeze se había encontrado con un dispar grupo de viajeros en busca de un Orbe de los Dragones. Había un mago con ellos, aquel cuyos ojos eran como relojes de arena, cuya piel tenía el color del oro, pero no el dorado que produce el sol, sino el color del metal de oro. Recordó lo que había oído a bordo del *Radiante Solinari* en el viaje de regreso de Silvamori: historias sobre un hechicero que habían hecho estremecer a un Montaraz silvanesti. Con ese recuerdo en su mente, Dalamar se dedicó a escuchar por el mercado, merodeando por las tiendas de objetos para magos, lleno de curiosidad y con la esperanza de averiguar cosas sobre ese mago que había roto el hechizo de un Dragón Verde. No oyó nada, y se preguntó si Raistlin Majere había desaparecido de la historia de Krynn igual que el Montaraz había jurado que había desaparecido de la historia de Silvanesti.

Ese año, Dalamar no tuvo necesidad de ganarse la vida expulsando ratas de los almacenes con sus conjuros. Las chucherías que había sacado de la Ciudad de los Nombres Perdidos se vendieron a buen precio en el mercado, de modo que se dispuso a pasar el invierno con comodidad, pasando la mayor parte de su tiempo en la Biblioteca de la Ciudad Vieja, entre viejos libros y antiguos pergaminos. Realizó un estudio adicional sobre hierbas y amplió sus investigaciones para incluir conocimientos sobre runas mágicas de todo tipo. En una ciudad donde la mitad del terreno estaba en ruinas, donde los proscritos y los bandidos merodeaban a sus anchas fuera y dentro de las murallas, dicho estudio resultaba adecuado. En muy poco tiempo aprendió cómo pronunciar las dos runas del antiguo istariano —con la

cadencia exacta, con perfecta concentración— que podían matar a un hombre de pie. Asimiló las primeras tres runas grabadas por oscuros magos enanos en las entrañas de Thorbardin capaces de localizar a un enemigo en su lecho y matarlo allí. Las puso a prueba en un hombre que vivía en los cascos de barcos, un ladronzuelo que tuvo la loca idea de meterle la mano en el bolsillo un día que paseaba por el mercado. El hombre murió entre alaridos, y nadie supo qué había sucedido excepto Dalamar, que observó su muerte en un cuenco de visión.

En una ciudad donde los magos se congregaban, su nombre se tornó familiar y respetado. Maestro de las runas comenzaron a llamarlo, y adquirió la reputación de haber reunido tantos secretos como guardaban las runas. Mediado el invierno tomó una amante, que no era elfa sino una humana de relucientes cabellos negros que le llegaban hasta los talones, y cuyos ojos tenían el color de la corteza del álamo, gris y dulce. El mago no rechazó a la extranjera, como había hecho en el pasado; estaba cansado de su lecho célibe, y consideró que la mujer tenía la risa fácil y no se quejaba demasiado de un mago que se movía en las sombras y guardaba más secretos que ella horquillas.

El elfo oscuro decoró su dormitorio con un tapiz tejido en Silvanesti, una deliciosa representación del bosque en primavera, y compró media caja de vino silvanesti, con sabor a otoño. Bebió el vino como quien bebe recuerdos de todo lo que se ha perdido para él, con amargura y dulzura. Al llegar la primavera otra vez, Dalamar se separó de su amante, reacio a dejarse encadenar por la esperanza de ésta de una reanudación de su relación cuando regresara. La mujer no lloró, se limitó a reír, y no volvió la mirada al salir por la puerta. El mago permaneció unos instantes aspirando los últimos vestigios de su perfume, el almizclero olor de un aceite dorado importado de Ergoth del Norte, luego selló sus aposentos con cerraduras invisibles, con hechizos de protección y trampas secretas. Hecho eso, cogió su alforja y bajó las escaleras para pagar a su casero el alquiler de todo el año siguiente antes de abandonar la ciudad. Por fin, tenía un hogar.

Fue a Valkinord, pero no encontró pergaminos mágicos, ni artilugios secretos, y una vez más se dio cuenta de que alguien había estado allí antes que él. Sí halló una pequeña capilla dedicada a Nuitari, llena de sombras y del fino encaje gris de las telarañas. La limpió y se detuvo a rendir culto, solo en medio del polvo con el viento y los espectros, un vagabundo entre las ruinas. De repente empezó a pensar en la Torre de la Alta Hechicería y en el bosque secreto de Wayreth; algunas fuentes le indicaban que el bosque se hallaba en la orilla del glaciar del Muro de Hielo; según otras, se encontraría en la zona norte de Abanasinia, y otras más juraban que el bosque de Wayreth se alzaba cerca de Qualimori —¡no!— justo más allá de Tarsis. Pero una vez hallado el bosque, había que encontrar también la Torre que —todas las historias concordaban en ese punto— se movía por el interior del bosque con la

misma facilidad que un pez en el agua. Allí dentro, ningún mago encontraría el camino a menos que fuera invitado o que poseyera un enfoque tan claro de su meta, una voluntad tan inquebrantable de conseguirlo, que nada en la magia del bosque pudiera confundirlo o desanimarlo. Por la noche soñó con la Torre, pero por la mañana, al despertar, sólo recordaba muy vagamente lo soñado, apenas un susurro.

Aquel verano, Dalamar viajó hasta Neraka, donde averiguó que los Señores de los Dragones de Takhisis a menudo se reunían allí para conspirar y prepararse para lanzar otra campaña contra los habitantes de Krynn. Pasó mucho tiempo sentado en las colinas situadas fuera de la destrozada ciudad, oyendo los rumores y percibiendo el poder que emanaba del lugar, una fuerza compuesta de magia y tropas. ¿Qué poder podría obtener si entraba en Neraka, se presentaba ante un Señor del Dragón y ofrecía sus servicios? Ninguno, decidió, y únicamente a otro amo al que servir.

Se levantó y se alejó de Neraka, de los ejércitos amenazadores de Takhisis, y descendió hasta Ergoth del Sur.

A pesar de habersele prohibido el acceso a todos los territorios elfos, Dalamar se escabulló en el interior de Silvamori y entró en la torre de Daltigoth, aquel amontonamiento de piedras que en una ocasión, hacía ya mucho tiempo, había sido una de las cinco Torres de la Alta Hechicería. Ésta en particular había sido frecuentada por magos que se habían consagrado a los dioses oscuros, y los estudios llevados a cabo allí eran siniestros y terribles, perfeccionamientos en las artes del suplicio y la aflicción. Otra de las cinco torres se había alzado en Goodlund, pero incluso sus cimientos habían desaparecido; una tercera torre se erigió en la maldita Istar; allí, Lorac Caladon había pasado su Prueba de la Alta Hechicería, pero esa torre, como todo Istar, yacía ahora bajo el mar, destruida durante el Cataclismo. Dos torres quedaban aún en pie: una en Palanthas y una en el bosque secreto de Wayreth, pero sólo la última funcionaba todavía, conservada y protegida por su actual amo, Par-Salian de la Orden de los Túnicas Blancas, y sólo allí podía un hechicero pasar la Prueba de la Alta Hechicería. En cuanto a la torre de Palanthas, ésta estaba maldita, y Dalamar nunca había oído que nadie entrara allí.

Pensando en torres, en el sueño que había tenido últimamente, el que mantenía desde hacía mucho tiempo, atravesó la Torre de la Alta Hechicería de Daltigoth. El agua goteaba incesante por las paredes, tanto dentro como fuera, y los vientos suspiraban a través de las piedras resquebrajadas. En las mazmorras, había montones de huesos, marrones y mordisqueados, y en las estancias superiores, nada quedaba de las gentes que habían vivido y trabajado allí, ni siquiera el sollozo de un fantasma. Subió y bajó desmoronadas escaleras de piedra y sacudió el polvo de siglos de tapices mohosos. En las bibliotecas no halló nada, ni un pergamino sin importancia, ni el libro más pequeño. Allí no se preguntó si algún cazador de tesoros había estado antes que él; las enormes estancias y las profundas criptas tenían el aspecto de lugares que

habían sido sistemáticamente vaciados mucho tiempo atrás. Bibliotecas, estudios, escritorios, laboratorios... Dalamar vagó apático entre todos ellos, sin demasiado interés por lo que veía.

—Es la hora —dijo Dalamar, de pie en el amplio espacio que en una ocasión debió de ser una enorme sala de espera.

No lo dijo en voz muy alta, pero el eco de sus palabras recorrió toda la torre, rebotó en los muros de piedra, saltó por las escaleras y cayó por su hueco. Había llegado el momento de iniciar la búsqueda de la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth y averiguar si el Señor de la Torre le concedía la oportunidad de pasar la Prueba. Miró en derredor y vio el repulgo de su negra túnica gris por el polvo y, sus propias pisadas marcadas detrás y delante de él.

Tras echarse el morral a la espalda, Dalamar salió por la puerta, dejando atrás las destrozadas gárgolas, y descendió por los rotos peldaños de piedra. El patio estaba repleto de maleza. Un viento soplaba con fuerza desde las aguas del estrecho de Algoni, frío y con olor a mar, y las gaviotas chillaban en el cielo azul profundo, con sus voces sonando como heridas en el silencio. Algo oscuro pasó a toda velocidad, pero Dalamar lo detectó con el rabillo del ojo y alzó la mirada; mientras miraba, dio un paso hacia el interior del patio.

Un agudo dolor lo invadió por la espalda y a continuación saltó a través del pecho. Se quedó sin aire, intentó girarse para defenderse, y un peso volante lo golpeó, lanzándolo sobre el roto pavimento. Oyó una risa que descendía de los altos muros de la destruida torre, chirriando en el cielo al tiempo que abrasaba su mente como el fuego. Forcejeó, intentando deshacerse del peso que lo inmovilizaba y mantenía apretado contra el suelo. Con el corazón martilleando en su interior, empezó a patear y a retorcer los hombros; no consiguió apartar el peso, ni poner fin a la chirriante risa, pero consiguió tomar aliento, una corta y vacilante boqueada, y luego...

No había losas agrietadas bajo la mejilla de Dalamar que desgarraran su carne, y la sangre del corte en su mejilla se filtraba en la tierra del suelo de un bosque. Soplaba una débil brisa que olía a roble y, débilmente, a pinos lejanos. Entre gemidos, el elfo oscuro acabó de recuperar el aliento, luego colocó las manos bajo el cuerpo y descubrió que no lo sujetaba ningún peso. Se arrodilló con cuidado y percibió una risita apagada.

—Poco a poco, mago —dijo en voz baja alguien que parecía estar divirtiéndose mucho—. Poco a poco.

Él alzó la mirada, despacio, y vio a una mujer subida a una gran roca, que sonreía mientras golpeaba la reluciente hoja de una daga sobre su rodilla. Dos zafiros

brillaban en la empuñadura del cuchillo, los ojos de un dragón grabado en el mango de marfil. Dalamar observó el arma, y no vio amenaza alguna en los ojos de la mujer que se golpeaba melodiosamente la rodilla con la hoja. Aunque estaba sentada, comprendió que su interlocutora era tan alta como él, pues así lo indicaban sus largas piernas. Vestida con pantalones de cuero y una camisa roja, la joven llevaba los cabellos negros como la noche recogidos hacia atrás con un pañuelo blanco. Una humana, se dijo, y alta como una bárbara de las Llanuras, aunque no tenía el aspecto de una de ellas, porque sus mejillas eran demasiado pálidas y sus cabellos demasiado oscuros, y pocas mujeres de las Llanuras tenían los ojos del mismo color que los zafiros.

—¿Quién eres? —preguntó, incorporándose. Una veloz mirada le mostró que había perdido su morral, con la pequeña bolsa de monedas de acero, sus botas de recambio, el último recipiente de cuero de su vino de otoño... todo había desaparecido—. ¿Quién eres? —repitió con frialdad, y aunque la mirada que le dirigió habría helado la sangre de tipos muy fornidos, la mujer sólo se movió para sonreír.

—Sería mejor preguntar, Dalamar Hijo de la Noche, ¿*dónde* estoy? O, lo que es más pertinente, ¿*dónde* estás *tú*?

El viento que susurró por encima de las copas de los árboles no olía a mar y, al descender, arrastró el aroma de la mujer, de sus prendas de cuero, el tenue olor acre a sudor, y el suave perfume de las hierbas con las que lavaba sus cabellos. Un arroyo borboteó, el agua conversando con las piedras al pasar junto a ellas. El mago se encontraba en un bosque de una meseta, como indicaban los pedruscos esparcidos alrededor, enormes pedazos de piedra como los que se encuentran en las montañas Kharolis. Piedras arrojadas por los dioses, decían los enanos, detritos del Cataclismo.

—¿Dónde estás? —preguntó la mujer. Hizo repiquetear el arma contra su rodilla, acelerando el ritmo, impaciente de improviso—. ¿Dónde estás, Dalamar Hijo de la Noche?

—En el bosque de Wayreth —respondió él, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Con el rabillo del ojo vio algo negro que corría veloz, pegado al suelo como un podenco a la carrera. Se puso en guardia y giró. No vio otra cosa que bosque, árboles que descendían por las laderas, robles enormes, de amplia circunferencia y gruesa corteza, por entre cuyas hojas se filtraba la luz del sol. Los árboles eran tan altos que al mirar sus copas daba la sensación de hallarse muy abajo, tal vez bajo el mar, donde el cielo, cuando puede verse, no es más que un disco redondo. Del mismo modo que el agua describe ondulaciones, se ondulaba la luz, inundada de sombras. Del mismo modo que el agua habla, así hablaba el bosque, con el viento susurrando por entre los robles.

—¿Qué fue eso? —preguntó, volviéndose hacia la mujer.

Pero ésta había desaparecido.

Sólo había musgo moteado por la luz solar sobre la roca, espeso y de un tono verde dorado. Ni un mínimo arañazo desfiguraba su blandura, y alrededor de la piedra el musgo crecía intacto. Lo tocó: era mullido y fresco. Levantó la cabeza y aspiró el aire, no quedaba nada del aroma de la mujer de negros cabellos, ni siquiera un leve rastro del olor del cuero.

—Muy bien —dijo. La excitación le provocó un nudo en el estómago, el corazón le latió con fuerza, y su ritmo era el mismo que el del repiqueteo de aquella daga—. Estoy en el bosque de Wayreth.

Y el bosque no estaba, se dijo mientras miraba alrededor, al este de Qualimori. Ni tampoco se hallaba al norte de Tarsis o al sur de Abanasinia. Al parecer, el bosque de Wayreth se instalaba allí donde le parecía, pero fuera como fuera, no avistaba aún su auténtica meta, la Torre de la Alta Hechicería. Si el bosque en movimiento lo había atrapado, Dalamar aún tenía que atrapar a la Torre.

Los árboles desfilaron, los arroyos borbotearon y, en el cielo, altas nubes blancas corrían ante el viento que soplaba en dirección norte. El sendero hacia el norte era estrecho, sinuoso y ascendente, y toda la luz del bosque parecía estar a la espalda del mago. Allí, los claros se alargaban, en forma de islas de prados sembrados de flores. Un ciervo saltó, con la luz centelleando en las seis puntas de su gran cornamenta. Dalamar habría jurado que había oído cantar a un azulejo, aunque ningún azulejo prefiere los bosques a los campos. Con el rabillo del ojo —Dalamar asintió, comprendiendo— con el rabillo del ojo vio algo oscuro, que volaba esta vez, un sombra que pasaba como un rayo por entre los árboles, en dirección norte.

Dalamar Hijo de la Noche dio la espalda a los claros, al ciervo y al canto del azulejo y siguió a la sombra.

El elfo oscuro ascendió por senderos pedregosos, rodeando caminos borrados y grandes robles, y escaló rocas que, sin duda, gigantes habían incrustado entre los gruesos árboles. Las recias botas que calzaba, aquéllas que tan buen servicio le habían hecho en las accidentadas ruinas, resultaban ahora tan finas como las zapatillas de terciopelo de un noble. Los tobillos se le torcían al pisar pequeñas piedras del camino; daba traspiés sobre los guijarros y caía resbalando de espaldas, maldiciendo la distancia perdida. Sangraba por innumerables cortes, y el cuerpo le dolía a causa de los numerosos cardenales. Pero siempre volvía a levantarse.

Los pájaros que revoloteaban por ese bosque norteño —cuervos y grajos en su mayoría— poseían voces estridentes, y lo seguían como una turba burlona mientras

ascendía. Miró alrededor, en un intento de distinguir la sombra que lo guiaba, aquel veloz haz de oscuridad. Nada. Volvió la mirada hacia el frente, prestando sólo una leve atención a su visión periférica, con la esperanza de vislumbrarla. No lo consiguió, pero se negó a pensar en la posibilidad de dar media vuelta. Nunca había recorrido un camino fácil y jamás había elegido la senda recta, el terreno llano, y no tenía sentido hacerlo ahora. El viento cesó, desapareciendo como si no quisiera conducirlo más allá, y el sudor rodó incesante por su rostro y le escoció entre los omóplatos.

Siguió adelante, con los músculos doloridos, el corazón palpitando con fuerza en el pecho y el martilleo del pulso en el cuello. Durante un rato avanzó al ritmo de una plegaria, una que se inició como una solicitud de energía al Hijo Oscuro, a Nuitari de la Noche, pero pronto se quedó sin fuerzas ni ganas de expresar la oración en palabras. Pronto dejó que sólo el martilleo de su corazón actuase de súplica. Trepano, resbalando, trepano de nuevo, siguió adelante hasta que finalmente cayó y se quedó inmóvil. Su corazón latió hacia el interior de la tierra, su sudor manchó las piedras mientras permanecía sin fuerzas sobre la dura senda ascendente.

Cuando por fin se incorporó, advirtió que el camino se suavizaba, el terreno se nivelaba; lo percibió como una reivindicación. Echó el resto para reanudar la ascensión, avanzando penosamente para vencer la cuesta, y llegó a terreno llano. Allí se detuvo, jadeante y sudoroso ante una enorme y musgosa roca sobre la que estaba sentada la mujer de cabellos negros, dándose golpecitos en la rodilla con la daga de ojos de zafiro.

—¿Dónde estás, Dalamar Hijo de la Noche? —preguntó, sonriendo.

No le respondió. No podía. Tenía la garganta obstruida por la sed repentina, y las rodillas sin fuerzas.

—Ah —dijo ella, apartándose un mechón de pelo azabache de la frente; luego extendió la mano detrás de la roca y sacó el morral del mago. Tras rebuscar en su interior con familiaridad como si su contenido le perteneciera, sacó un recipiente de cuero y se lo entregó—. Parece que necesitaras esto.

El mago bebió el vino, mirándola con ferocidad. Bebió, y toda la humeante dulzura de los bosques de Silvanesti en otoño flotó alrededor y a través de él como las primeras neblinas de la estación revolotean por el bosque de álamos. El dolor que sintió entonces no era un dolor en los músculos, ni fatiga de los huesos; lo que sintió fue como hielo que se fundía, con sus crujidos y gemidos. Cerró los ojos, llenos de lágrimas, y la aflicción le provocó un nudo en la garganta. Controló con fuerza su corazón e impidió la salida de las lágrimas, se prohibió a sí mismo mostrar la menor señal de pesar o debilidad ante esa bromista, esa mujer de ojos color zafiro.

—Sí —dijo ella—. En realidad todo tiene que ver con el control, Dalamar Hijo de la Noche.

—¿Qué es *todo*? —inquirió él, abriendo los ojos con expresión cansina.

—Pues, todo. —Apretó más sus piernas contra el pecho, rodeó con los brazos las espinillas y apoyó la barbilla sobre las rodillas—. Control sobre ti mismo. Eso lo haces bien, ¿no es cierto? Control sobre tu vida, un concepto sobre el que la mayoría de los elfos no tienen conocimientos muy profundos, me atrevería a decir, y, desde luego, control de la magia cada vez que la abrazas.

Ah, magia, el bosque y los senderos que no conducían a ninguna parte.

—De modo que todo ha sido una ilusión —repuso el mago.

—¿La colina y el camino para subir? —Sus ojos azules brillaron con repentina intensidad—. En absoluto. ¿Dan la impresión tus piernas de haber andado por una ilusión?

No era así.

La mujer irguió la espalda y extendió los brazos a ambos lados para abarcar todo el bosque en derredor, el bosque de Wayreth.

—Todo esto es real y todo esto es magia. El Señor de la Torre controla toda esta magia, pero eso no quiere decir que tú hayas perdido el control... lo que podría ser parte del problema.

Y a continuación desapareció, se esfumó, y la roca cubierta de musgo no mostró la menor señal de que ella hubiera estado allí. También desaparecieron el frasco de vino de la mano de Dalamar y el morral del suelo.

El viajero fue hacia el sur, penetrando en los claros, y cruzó prados donde las mariposas bailaban sobre margaritas y los colibríes color rubí flotaban sobre las dulces y suaves gargantas de la madreselva. En dirección sur bajo la luz del sol, Dalamar anduvo junto a arroyos donde los peces brillaban como plata bruñida y las libélulas de color azul acerado volaban veloces. Cuando hubo andado por entre todas las maravillas de la primavera, regresó a la roca y a la mujer de ojos azules, pero esta vez le dio la espalda antes de que ella pudiera hablar, y se marchó hacia el oeste al interior de un infinito crepúsculo violáceo. Las estrellas se cernían sobre los árboles, y las tres lunas embellecían el cielo cada vez más oscuro pero sin moverse, ni siquiera un palmo en la noche. Los búhos despertaron en los robles y los murciélagos revolotearon. Un zorro aulló, otro respondió. Una sombra pasó rauda por el sendero que seguía y, al mirar, volvió a verla, a la bromista de ojos azules, que le sonreía sentada en su escarpada roca gris.

Magia y control. Alguna otra persona controlaba el bosque por el que él vagabundeaba; otra persona sabía adónde conducían todos los senderos, y de dónde se alejaban. Magia y control. Dalamar sonrió ligeramente.

La mujer miró alrededor, encontró el morral del mago, y sacó el frasco de cuero lleno de vino. Él lo rechazó cuando se lo ofreció, pero con amabilidad.

—Estoy harto de Silvanesti o de cualquier lugar situado fuera de aquí. Por el momento. —No sonrió, aunque quería hacerlo, y eligió sus siguientes palabras con cuidado—. Estoy aquí, donde necesito estar.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó la mujer de negros cabellos.

—Todos los informes de mis sentidos parecen mentir y, sin embargo, mis pies me conducen siempre aquí, a este lugar —repuso él, esbozando una reverencia, no muy profunda pero respetuosa—. Tú misma lo has dicho: la magia del bosque no es mía y no puedo controlarla; el camino y las sendas pertenecen a otro. Pero si no puedo controlar la magia, puedo controlar cómo respondo a ella.

La joven lo miró, con una larga mirada color zafiro, y luego echó atrás la cabeza, y su risa salió volando por entre los árboles. En un instante, los árboles y los altos robles grises que los rodeaban retrocedieron, apartándose de Dalamar y de la mujer. Al moverse, no emitieron el mínimo ruido, y las aves o ardillas que habitaban en sus ramas o nidos tampoco profirieron la menor protesta. En su retirada, los árboles dejaron un amplio espacio vacío: no un claro de ondulante hierba sino un césped muy corto a través del cual discurría una ancha calzada, por la que podrían haber pasado seis caballeros montados dispuestos en hilera, aunque tendrían que haber rodeado la gran piedra, el pedrusco cubierto de musgo. En lo alto, el cielo brillaba con un profundo tono azul, que se oscurecía ante la proximidad de la noche.

Con un nudo en el estómago por culpa de los nervios, con un hormigueo en su piel como le sucedía siempre en presencia de la magia, el elfo oscuro miró en derredor, intentando vislumbrar la Torre de la Alta Hechicería. No vio nada, ninguna piedra que se alzara, ni murallas con puertas de acceso... nada.

—Recuerda —dijo la mujer, en voz baja como si estuviera lejos.

Rápidamente se volvió hacia ella. Nada más empezar a bajarse de la roca, la mujer desapareció, y como si una neblina se hubiera levantado del suelo, la piedra relució tras un velo gris, y el aire alrededor se estremeció. Un hombre tiene que parpadear; el ojo lo hace, no la voluntad. En el instante en que lo hizo, Dalamar advirtió que todo el mundo alrededor cambiaba, como si el bosque se plegara sobre sí mismo, desplomándose y luego, de repente, surgiera entero y erguido otra vez.

La roca había desaparecido. No quedaba ni rastro de ella sobre la bien aplastada tierra de la calzada. En su lugar —y en el lugar de muchos árboles!— se alzaban elevados muros de reluciente piedra. El mago sintió que el corazón le daba un vuelco y que la sangre le corría veloz por las venas. No vio una torre, un monolito solitario como el de Daltigoth. Vio siete torres.

El auténtico tiempo se instaló en el bosque, o lo que Dalamar consideraba que debía de ser el auténtico tiempo. Había paseado bajo cielos donde el sol mostraba sólo un tiempo y una estación que el hacedor de la magia deseaba que mostrara. Ahora las sombras mudaban sobre los altos muros de piedra, moviéndose con una sutileza que el ojo paciente sabía cómo detectar. La luz cambió sobre el suelo, oscureciéndose a medida que el día envejecía, y también esto lo entendía el ojo paciente. Se acercaba la hora de crepúsculo, y como el mundo que había abandonado para acudir allí, la estación seguía siendo el verano.

El ojo paciente, el espíritu paciente, Dalamar estaba de pie fuera de la puerta que era la única brecha en la alta pared negra que rodeaba las siete torres, aunque en realidad no era una brecha, ya que estaba cerrada herméticamente. Se preguntó cómo conseguiría entrar.

En derredor, el bosque de Wayreth susurró. Las palomas murmuraron en los aleros de las torres, y el viento suspiró en los robles situados fuera de los muros. Apenas perceptible, el aroma almizcleño del *ligustrum* flotó en el aire, aunque no podía ni imaginar dónde crecía aquella enredadera de los setos con sus vaporosas flores. Algo pasó veloz por el suelo. Se volvió para mirar, esperando ver la sombra que lo guiaba, pero sólo se encontró con un conejo gris que se introducía entre la maleza, de modo que regresó a su contemplación.

Siete torres se alzaban por encima de tres enormes muros, una en cada punta del triángulo formado por la unión de aquellos muros, y cuatro en el interior del recinto y alzándose por encima de las demás. Las tres situadas en cada esquina donde se unían las paredes eran evidentemente torres secundarias. Dos torres altas, una en el lado norte del perímetro y la otra en el lado sur, estaban separadas por otras dos más pequeñas, delante y detrás. Una entrada franqueaba el muro, pero parecía carecer de mecanismos de abertura, al menos en ese lado.

Dalamar se acercó valientemente al muro, y la enorme antigüedad de la piedra se le dio a conocer, filtrándose la información al interior de sus huesos. No era piedra corriente. Los poetas llamaban a la piedra «los huesos de la tierra», pero el mago comprendió, allí de pie, que el material del que estaba hecho el muro era realmente eso: parte del tejido, de la esencia del mismísimo Krynn. En los muros descubrió muchas inscripciones, y se acercó para mirarlas. Pudo leer algunas —escritos mágicos para fortalecer la muralla, advertencias a los intrusos, conjuros para mantener fuera los ojos fisgones de cualquier adivinador que usara métodos de Visión—, pero otras le resultaron indecifrables, a pesar de que dominaba tres clases de escritura antigua y conocía algo de cuatro más.

Tocó la puerta y, cuando las puntas de sus dedos rozaron la madera y el acero, el aire alrededor volvió a cambiar, como lo había hecho cuando las torres aparecieron ante él. Esta vez no parpadeó, sino que observó con atención para ver qué sucedía.

El mundo no se plegó, el aire no brilló, no sucedió nada en absoluto.

Y entonces se encontró de golpe en el otro lado del muro dentro del recinto. Estaba en un patio pavimentado con relucientes losas grises, y ante él se alzaban las cuatro torres.

—Bienvenido —dijo una voz, una voz de mujer, baja y sonriente.

El mago giró con rapidez y se encontró frente a los ojos de una humana, una hechicera vestida con una túnica blanca cuyos cabellos estaban dispuestos en dos gruesas trenzas negras que le caían sobre los hombros. La reconoció, pero no por sus ropas; allí estaba su guía del bosque, traicionada por sus ojos color zafiro.

—¿Cuál —preguntó ella— es *la* Torre de la Alta Hechicería? ¿Te lo preguntas, verdad?

Dalamar respondió que no se preguntaba eso en absoluto, dijo que ya lo había supuesto.

—Todas ellas son la Torre. Sucede como con las runas: el nombre de una representa más que su forma. Parece que el nombre «Torre de la Alta Hechicería» representa algo más que la forma de una única estructura.

—Impresionante —repuso ella, pero su expresión, levemente divertida, decía algo más. Precoz habría sido la palabra educada; engreído era la palabra en la que pensaba—. Acompáñame.

Dalamar la siguió de cerca, pues no estaba dispuesto a permitir que lo hiciera perderse allí dentro como había hecho en el bosque. A cada paso que daba le parecía que el recinto estaba cada vez más atestado, llenándose de magos de todas las Órdenes. Algunos iban en grupos, enanos, humanos y elfos, todos conversando. La mayoría de los elfos que vio eran Túnicas Blancas, y a ninguno de los que pasaron por su lado le pareció importar que él llevara la túnica oscura del exilio. Otros magos andaban en solitario, con la cabeza gacha y absortos en alguna conversación interior. Uno, un enano cuya túnica era tan negra como la del elfo oscuro, alzó la vista al pasar, y el mago percibió su mirada como dos ardientes llamas, aunque no distinguió ningún ojo entre las sombras de la capucha del enano.

—Oh, él —dijo la mujer de los ojos color zafiro—, no te preocupes por él.

Eso dijo, pero Dalamar oyó una especie de risita en su voz, como si quisiera decir exactamente lo contrario. ¿Ten cuidado con él? ¿Préstale atención? No pudo definirlo.

Las voces de los hechiceros eran como el zumbido de una colmena, los colores de sus túnicas como un remolino de gallardetes. Lo que le resultaba más notable era que los Túnicas Blancas y los Rojas, incluso los Negras, no parecían tener problemas para

estar en mutua compañía. En Tarsis y en la mayor parte del mundo exterior, los Túnicas Blancas permanecían juntos, mezclándose muy pocas veces con los Rojas y jamás con los de la orden de Dalamar.

—No es así aquí —dijo ella—. Aquí, dejamos todo el equipaje en el primer porche, por así decirlo. Aquí, no nos importa a cuál de los tres hijos mágicos honra uno u otro. Un elfo Túnica Blanca te hablará con la misma amabilidad que si llevaras un níveo brocado de seda. Fuera, es otra cosa. Aquí dentro hay paz. Si vienes aquí, vienes a estudiar, a reflexionar, a respirar el aire con magos y a hablar la lengua arcana que no entiende la gente que no siente cantar la magia en su sangre. O —siguió mientras se detenía ante la torre delantera— vienes a pasar la Prueba. —Ladeó la cabeza—. Eso es algo que enseguida sabrás, ¿no es así, Dalamar Argénteo? ¿Los rigores de la Prueba?

En el cálido aire veraniego, sintió un escalofrío, no porque ella supiera que él había ido allí para intentar pasar la Prueba de la Alta Hechicería. Era una buena suposición y muy certera. Fue porque la utilización de su antiguo nombre lo dejó helado, devolviéndolo, de repente, dolorosamente al último día pasado en Silvanesti. Ni siquiera el ahumado vino de otoño podía hacer eso.

—No soy Dalamar Argénteo —respondió—. Si mandáis a alguien a Silvanost y preguntáis allí, averiguaréis que Dalamar Argénteo no existe. Y ellos deberían saberlo. Guardan meticulosos registros.

Ella meneó la cabeza como diciendo «pero desde luego que Dalamar Argénteo existe». Sin embargo, repuso en voz alta:

—Perdona mi error. Presentémonos, entonces... y de modo correcto. Soy Regene de Schallsea, y a veces no soy lo que crees que soy. ¿Tú eres...?

—Soy Dalamar Hijo de la Noche —respondió él— y, sí, he venido aquí a pasar la Prueba.

—Algo mortífero, esa Prueba —indicó la mujer, como quien diría «son cargantes esas abejas». Lo condujo a través del recinto y más allá de los grupos de magos que charlaban—. Hay muchas cosas que querrás ver de nuestra Torre de la Alta Hechicería, pero poco a lo que tendrás acceso en estos momentos. Eres un visitante, un invitado. Ya veremos si eso cambia después de tu Prueba. Ven dentro, si estás realmente listo.

Estuvo en un tris de preguntarle qué sabía ella sobre pruebas, pero no lo hizo. La mujer se volvió para ver si la seguía, y él distinguió un vislumbre de sus ojos color zafiro, que entonces, en aquel momento al final de un largo día de verano, no le recordaron a la joven que reía sobre la roca, sino al dragón, frío y feroz, grabado en la empuñadura de marfil del cuchillo con el que se había estado dando golpecitos en la rodilla. «Soy peligrosa —decían aquellos ojos—, no te confundas conmigo». Él hizo un gesto como quien hace pasar a una dama por delante y la siguió al interior de la

torre delantera.

La brillante luz del final del día se desvaneció, dejándolo parpadeante y ciego, mientras aguardaba a que sus ojos se adaptaran a la fresca oscuridad del interior. En cuanto lo hicieron, descubrió que el lugar no era más que una habitación sin ventanas, redonda, con una entrada detrás y dos puertas a derecha e izquierda. Un hechicero Túnica Roja, encorvado por la edad y con los blancos cabellos ralos sobre su cuero cabelludo, se hallaba en el centro de la estancia.

Dalamar dirigió una rápida mirada a Regene para obtener alguna indicación de ella, pero la hechicera, como de costumbre, había desaparecido.

—Sí, sí, sí —dijo el mago, con los ojos entrecerrados como si las antorchas de las paredes no prestaran la iluminación que necesitaba—. Se ha ido. Va y viene, ésa. Aquí y allí. Revoloteando. Chica-gorrión, así es como la llamo yo, y no es una chica en absoluto, ¿no es verdad?

—Yo no apostaría ni en un sentido ni en otro —repuso Dalamar, haciendo una prueba para ver si obtenía más información.

—En ese caso tienes más sentido común del que parece tener —bufó el otro—. Ahí, ahí, ¡ve ahí!

Señaló un banco, uno que no estaba allí sólo unos momentos antes. Mullidos almohadones verdes descansaban sobre el asiento, apoyados contra el respaldo de madera de roble; su sola visión despertó en todos los músculos de Dalamar el recuerdo de que había estado andando mucho tiempo por el bosque mágico de Wayreth; colina arriba y colina abajo, atravesando prados y también bajo la luz del crepúsculo. La caminata no había sido una ilusión. Encima del banco flotaba un libro, un grueso volumen.

—Siéntate, y observa. Ve ahora, ve.

Dalamar lo hizo, y se detuvo junto al libro para ver cómo su nombre aparecía justo en el instante en que sus ojos se posaban en la página. *Dalamar Argéteo*. Volvió la cabeza para mirar al anciano y vio que reía en silencio.

—Sí, sí, lo sé. No eres Dalamar Argéteo. Según dices. Bien, siéntate, muchacho —indicó el hombre que, anciano como era, no tenía tantos años como Dalamar—. Siéntate, Dalamar Lo Que Seas, y espera. Ten paciencia. —Miró a derecha y a izquierda, arriba y abajo—. Saben que estás aquí.

—¿Quién lo sabe? —inquirió él, sentándose.

—Ellos lo saben. Ahora calla y espera.

Calló, se sentó y aguardó. El mago abandonó la habitación, deslizándose sin hacer ruido por el interior del pasillo que conducía a la torre sur. En una ocasión, como una sombra que pasaba rauda, Dalamar vio al enano Túnica Negra —el de la mirada abrasadora y los ojos ocultos— pasando junto a la entrada del corredor que conducía fuera de la torre delantera y al interior de la torre norte. El hechicero no se detuvo, ni

siquiera volvió la cabeza, pero el elfo oscuro tuvo la sensación de que su presencia volvía a ser advertida.

Silenciosa como una nube que se desplaza, Ladonna, la Portavoz de la Orden de los Túnicas Negras, abandonó sus aposentos en el tercer nivel de la torre norte y descendió por la escalera, la escalinata de caracol construida en granito, arrastrando el repulgo de su túnica de seda y los aromas de la magia tras ella. Le encantaba descender con porte majestuoso por la escalera, percibir el siseo del dobladillo sobre los peldaños, y el respetuoso murmullo de los magos en los pasillos cuando ella pasaba.

—Señora, que los dioses os otorguen salud, señora... Buenas tardes, señora...

Le gustaba eso y consideraba que valía la pena el paseo para ver a los estudiantes con los brazos llenos de pergaminos darse la vuelta y contemplarla boquiabiertos, y a los mayores, con las mentes llenas de conjuros y proyectos, hacerse a un lado para dejarla pasar. Dejó atrás las habitaciones de invitados donde descansaban los visitantes, los solarios y las estancias donde los estudiantes se sentaban a examinar detenidamente viejos pergaminos y libros recién redactados. Conocía por su nombre a cada uno de los hechiceros Túnicas Negras que encontró a su paso, y reconoció a la mayor parte de los otros. Entre sonrisas y saludos, Ladonna buscaba con la mirada a uno de los Túnicas Negras, el enano que se pasaba todo el día en las bibliotecas y todas las noches en su habitación estudiando. Hacía mucho que lo conocía y no le gustaba ni siquiera un poco. Había sido una gran frustración para ella que él no hubiera muerto en la guerra. Debería haberlo hecho, porque todo el daño que había llevado a cabo entonces, había aprendido a duplicarlo ahora. Mientras andaba, lo buscaba con la vista, y no lo vio ni en el pasillo ni en el solarío ni de camino a su habitación. Trasnochando en la torre sur, sin duda, merodeando por las bibliotecas como un espectro miserable. Bueno, el enano no era exactamente eso y, al mismo tiempo, tampoco dejaba de serlo.

Ése, se dijo Ladonna, jamás debiera haber sobrevivido a la Prueba.

Siguió descendiendo, saludando y recibiendo saludos, hasta llegar por fin al estudio donde el Señor de la Torre aguardaba. En el umbral de su estudio, la mujer sonrió. El hechicero aguardaba, realmente, pues aunque ella no había anunciado su visita, él la conocía. Las cosas eran así entre ellos, Ladonna y Par-Salian. Hacía muchos años que no eran amantes, pero la conexión persistía, el vínculo seguía intacto.

—Buenas tardes, mi viejecito encantador —saludó, entrando sin hacer ruido en el estudio del Señor de la Torre.

Par-Salian sonrió con una mezcla de afecto e impaciencia; le disgustaba aquella expresión y, sin embargo, el impulso que llevaba a la hechicera a pronunciarla le satisfacía. Alzó la mirada del libro abierto sobre la mesa de lustroso roble y dio un leve tirón a su rala barba blanca.

—¿Está aquí? —preguntó—. Tu elfo oscuro, ¿está él aquí?

—¿*Mi* elfo oscuro? —Se encogió de hombros ante aquella denominación, luego asintió; suponía que sí era su elfo oscuro, al menos era ella quien había llamado la atención del Señor de la Torre sobre él—. Está aquí. Habría estado vagando durante un tiempo por el bosque, pero Regene lo encontró. —Sus ojos centellearon con repentino regocijo—. No le resultó muy fácil, pero consiguió traerlo aquí mucho antes de lo que habría llegado él por sí mismo. El tiempo, al fin y al cabo, es nuestra moneda más preciada actualmente.

Lo era y escaseaba. Par-Salian cerró el libro y se recostó en el respaldo de su asiento con un suspiro. Suponía que debería haberse sentido más alegre, más ansioso por el inicio de la labor que pudiera llevar a cabo ese elfo oscuro, pero no se había sentido alegre ni ansioso desde hacía algún tiempo; no desde el final de la guerra. Paseó la mirada por las colgaduras de seda tejidas por una elfa en Silvanesti mucho tiempo atrás, y los delicados hilos de seda se iluminaron, dando vida a los dibujos que formaban a medida que Ladonna recorría la estancia para encender las velas con un roce de su dedo. La luz centelleó en las joyas que decoraban la primorosa fantasía de trenzas que la mujer había creado con sus plateados mechones, y refulgió en los accesorios de latón y los soportes de plata de las velas, resbalando en el engaste de plata del espejo de la pared. Las paredes repletas de libros parecieron suspirar en las sombras, con los lomos de cuero de los volúmenes iluminados. La atmósfera de la habitación estaba inundada por el aroma de hierbas y especias y por otras cosas no tan agradablemente perfumadas. Los componentes para hechizos eran deliciosos en algunas ocasiones pero no en otras. Éste era el estudio del Señor de la Torre de la Alta Hechicería.

De Wayreth, se recordó a sí mismo con cuidado, la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth. En una época, sólo esta torre funcionaba, la última de las cinco torres originales. Pero no era así ahora; en ese momento otra torre más siniestra estaba también en funcionamiento.

La luz de las velas se reflejó en unos mechones plateados, y su destello atrajo la mirada de Par-Salian, que sonrió. Un mago blanco, una hechicera oscura, se habían respaldado mutuamente durante los duros tiempos de la Guerra de la Lanza cuando parecía que los dioses iban a desgarrar el mundo entre ellos. En las épocas de duda, ella había estado a su lado, y estaría, pensó, junto a él en los días aún más duros que estaban por venir. La contempló con cariño. Era ella quien le había enseñado que cada polo en el plano de la vida —Bien y Mal— tenía su lugar y su complemento.

Sin el uno, no existiría el otro, y no habría equilibrio.

Par-Salian suspiró, con un sonido cansino, pues los dioses volvían a rivalizar unos con otros: Paladine contra Takhisis. Intentó imaginar qué fuerza encontraría el mundo para resistir una nueva tanda. La misma fuerza que siempre tuvo, supuso: las gentes valerosas de Krynn. Y la rivalidad era necesaria, lo sabía; Ladonna se lo había enseñado. En la rivalidad divina hay tensión, y la tensión mantiene el equilibrio. La hechicera tenía razón; la rivalidad era eterna y jamás se resolvería, pues, cualquiera que fuese el acuerdo que los mortales firmaran entre sí, Takhisis seguía intrigando, y Paladine seguía maquinando formas de desbaratar dichas intrigas. En aquellos momentos, ya una de las Señoras de los Dragones de la Reina de la Oscuridad, Kitiara Majere, empezaba a hacerse fuerte y a mostrarse inquieta en Sanction, ansiosa y lista para atacar en el nombre de la Reina de la Oscuridad, rompiendo así la paz de la Piedra Blanca. La Dama Azul se denominaba a sí misma, ya que era azul como el acero su armadura, y azul el dragón que montaba. Igual que un lobo que olfatea la debilidad, sabía que las razas y naciones que habían forjado el Tratado de la Piedra Blanca no estaban preparadas para un resurgimiento de las fuerzas de Takhisis, que pocos creían que tal cosa fuera posible, y la Señora del Dragón podía, si se le permitía adquirir poder suficiente, llevar a cabo una guerra cuyo resultado sería muy diferente al de la primera.

Por si eso no era suficiente, últimamente se había alzado otro que conspiraba pese a ambos dioses, un mago cuyo poder se había fortalecido en los pocos años de su joven vida. Raistlin Majere. Si los elfos silvanestis habían hallado motivos para darle las gracias y alabarlo por eliminar la Pesadilla de Lorac de su país, Par-Salian sabía que nadie tenía motivos para guardarle agradecimiento ahora. Era el hermanastro de la Dama Azul, aunque no su aliado. Su hermanastra tenía la ambición de gobernar naciones, pero la ambición de Raistlin era más profunda y terrible. Qué forma tomaba, el Cónclave de Hechiceros no lo sabía, pero sí sabía que el hechicero poseía el poder para romper la maldición que, desde el Cataclismo, había sellado la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas y hacerse con aquel baluarte.

—Tu elfo oscuro —dijo, estirando los brazos hacia lo alto, para desentumecer los hombros cansados de estar inclinados sobre libros—. ¿Será digno, Ladonna?

La hechicera dejó atrás las hileras de velas y se acercó a la ventana. Fuera, brillaba el crepúsculo, cálido y perfumado con el aroma del bosque, un bosque mágico, un bosque guardián como los que en una ocasión se habían alzado para proteger las cinco Torres de la Alta Hechicería. El que había custodiado Daltigoth había hecho que los intrusos se sumieran en un sueño sin sueños; el que rodeaba la torre de Goodlund inflamaba a los que no eran invitados con pasiones incontroladas. Cuando Istar había reinado, el bosque que protegía la torre inducía al simple olvido de modo que los intrusos no recordaban para qué habían ido allí. El bosque de la

Torre de Palanthas no era tan amable; el Robledal de Shoikan era el hogar de espectros, monstruos y terror, por lo tanto la locura era la única salida. Y, sin embargo, a pesar de que se habían construido cinco torres, quedaban sólo dos. No era imposible pensar que también la torre de Wayreth caería algún día.

—Creo... la verdad es que creo... —dijo Ladonna, apartándose de la ventana—, que éste, este Dalamar, podría muy bien ser una persona con valentía suficiente para ayudarnos a hacer lo que debemos con respecto al más peligroso de los magos de Palanthas.

El más peligroso de los magos... No pronunció su nombre; jamás lo hacía, a menos que fuera inevitable. Ladonna odiaba a Raistlin Majere, y le temía, y Par-Salian sabía lo mucho que dolía a la mujer admitir, incluso a sí misma, que ella, la Portavoz de su Orden, debía tener cuidado con el mago Túnica Negra que de un modo tan precipitado se había apoderado de la Torre de Palanthas. También sabía que si ella y Raistlin Majere tuvieran que enfrentarse en una competición ritual, la magia del hombre sería mejor que la de la hechicera, y entonces habría un nuevo portavoz de la Orden de los Túnicas Negras, uno que gobernaría desde su propia Torre y con quien Par-Salian tendría menos que buenas relaciones.

—Tu elfo oscuro...

—Dalamar Argénteo.

—Dalamar Argénteo, pues. No he oído decir que haya recibido mucha preparación formal. ¿Cuánta podría tener, en realidad? Ylle Savath de la Casa de Mística se habría arrancado los ojos antes que enseñarle magia arcana, sin embargo aquí está él con una túnica negra, llamándose a sí mismo mago.

—Lady Ylle jamás le enseñó la magia de Nuitari. —Los ojos de Ladonna centellearon—. Él es, o era, un sirviente. Ya has oído cómo funciona eso: toda la comida, ropas y trabajo que quieras. Pero nada más que eso. Ella apenas le permitió recibir instrucción, y sólo le dio un poco a regañadientes para evitar que se dedicara a la magia aberrante... —sonrió agriamente— o a la magia oscura. No, tiene muy poco adiestramiento formal, un poco de la magia de los elfos fronterizos, un poco de magia Blanca, y todo lo demás lo ha aprendido por su cuenta. Pero también es cierto que Dalamar lleva tres años de exilio, y esto lo sabes tan bien como yo: si eso no mata a uno de su raza, lo hace más fuerte y astuto de lo normal. —Ladeó la cabeza para sonreírle, con una sonrisa cansina—. Lo es, fuerte y astuto. Y es, o podría ser, nuestro hombre.

El viento susurró por el bosque, y un búho chilló en una de las torres del muro protector. Lejos de allí en Palanthas, los espectros gimieron en el Robledal de Shoikan, sin duda música en los oídos de un mago renegado que podía convertir en simple recuerdo los planes de dioses y hombres.

—¿Y qué hay que hacer con tu elfo oscuro? —inquirió Par-Salian.

Ladonna se encogió de hombros, pero aquel gesto negligente no ocultó la chispa de sus ojos, su súbita satisfacción.

—Debe pasar su Prueba. Sólo cuando salga de ella vivo sabré que es la persona indicada. Si fracasa... bueno, si fracasa, recogeremos los pedazos y buscaremos a otro, porque hay que hacer algo con respecto a Palanthas.

En aquella cuestión, los dos estaban de acuerdo.

—Muy bien —repuso Par-Salian—, puedes dejarme la cuestión a mí. ¿Dónde está?

—Esperando todavía en la zona de acogida de la torre delantera.

—Un lugar tan bueno como cualquier otro. —El hechicero se encogió de hombros.

Ella sonrió y alabó su sagacidad, luego se instaló cómodamente en un rincón del enorme sillón situado cerca de la ventana, a escuchar la noche y los búhos mientras el Señor de la Torre regresaba a su lectura. Finalizada la conversación sobre el elfo oscuro, todavía le quedaba por considerar el asunto del enano. Si pudiera hacerlo desterrar de la Torre, lo haría al instante, pero el hechicero no había hecho nada para merecerlo, al menos no todavía. En ese viaje a la Torre, el enano había llegado cargado de regalos, objetos mágicos que había hallado en sus viajes.

—Y libros para la biblioteca —le dijo, realizando una profunda reverencia para remedar el respeto que no sentía—. Paso tanto tiempo aquí, que me pareció justo ofrecer algo a cambio. —Había sonreído, mostrando apenas los dientes, pero sus ojos no se habían iluminado al hacerlo, aunque ella casi nunca los veía iluminarse con ninguna clase de emoción.

Por la noche de Nuitari, se dijo la hechicera, ¿cuánto más tiempo puede vivir ese montón de carne putrefacta y huesos? Se estremeció un poco. La envoltura exterior del enano no tenía por qué vivir mucho tiempo, ¿no era así? Sólo la mente para entrar y salir de los avatares que se fabricaba.

La brisa proveniente del bosque acarició con mano helada su piel. Un búho chilló de improviso, con voz aguda y penetrante; un conejo gritó, atrapado. Ladonna contempló la luz de las lunas roja y plata que centelleaba en las joyas de sus dedos cubiertos de anillos, y sintió que la luna oscura se encrespaba en su corazón, como si un dios le comunicara una advertencia. Había oído esa advertencia antes, y no la había olvidado. Raistlin Majere era un problema, no lo negaba, y su hermanastra la Dama Azul era otro. Puesto que ella no era hechicera, la Señora del Dragón empleaba a los magos más poderosos, y el mejor de ellos, el más astuto y depravado, permanecía despierto en la biblioteca esa noche, un enano que se dedicaba a leer y estudiar para crear magia más poderosa y feroz para su señora. Eran esclavos de Takhisis, aquellos dos, la Dama Azul y el enano.

Tramd el de las Tinieblas se llamaba a sí mismo. Tramd Rumbo al Abismo, lo

llamaba Ladonna, y le habría gustado enviarlo allí cuanto antes.

Al otro lado de la ventana, las tres lunas avanzaban por el cielo, cada una era la señal de una de las tres criaturas mágicas, Solinari, Lunitari y Nuitari. Se movían siguiendo sendas armónicas, con un ritmo ininterrumpido que las mecía a través del cielo. Eran permanentemente la imagen del equilibrio que mantenía al mundo en rotación, que permitía el paso de las estaciones, el discurrir de la magia, y sin ese equilibrio, el mundo se derrumbaría en el caos. La Dama Azul amenazaba aquel equilibrio, ella y su siniestro mago enano.

Estamos sitiados, se dijo. Por una parte, por una Señora del Dragón que quería desgarrar el mundo en dos y depositar el sangrante cadáver en las manos de la Reina de la Oscuridad; por la otra, por un hechicero que se había apoderado de una Torre de la Alta Hechicería y pensaba que era una buena idea desafiar a los mismos dioses, a los del Bien, a los de la Neutralidad y a los del Mal.

Un libro se cerró con un fuerte golpe.

El Señor de la Torre de la Alta Hechicería se levantó de su escritorio y dejó caer un casto beso en la mejilla de la mujer al pasar. «Ha ido a ver al elfo oscuro», pensó ésta. Luego, con una sonrisa, se recostó en los almohadones para observar el trayecto de las lunas.

El elfo oscuro y el enano... tal vez había un modo de solucionarlo todo a la vez.

Un murmullo de saludos siguió al Señor de la Torre a medida que éste se acercaba a la zona de acogida, voces de magos de todas las Órdenes que le deseaban buenas noches. Por esos saludos, Dalamar supo que se trataba de Par-Salian, un humano alto, enjuto por la edad. El hechicero no entró por completo en la habitación, sino que se detuvo en el umbral del pasillo que conducía de la torre delantera a la torre sur. Al verlo, Dalamar se puso en pie, con las manos cruzadas en el interior de las mangas de su propia túnica negra. Había conocido humanos de más edad que él, ancianos entre los de su raza que eran viejos a los cincuenta años y estaban casi muertos a los ochenta. Sus noventa y ocho años, que lo situaban como un hombre joven entre los elfos, eran motivo de asombro entre los humanos, y por su parte, a él, la fugacidad de la vida de aquéllos le causaba horror. No se sintió así en presencia de Par-Salian. Era viejo según el patrón humano, pero poseía una fuerza de voluntad que hacía que la fuerza física pareciera sólo simple músculo. Fue a esa fuerza a la que Dalamar respondió, su corazón, que casi nunca se sentía impelido al respeto, se volcó hacia él.

—Buenas noches, milord —dijo, e inclinó la cabeza en una reverencia.

Par-Salian no realizó tal gesto, sino que permaneció inmóvil un buen rato, los azules ojos centelleando con aguda inteligencia y el rostro arrugado inescrutable, sin demostrar nada de su evaluación del joven elfo oscuro que tenía ante él. Las sombras tejieron telarañas en el suelo y el perfume a hechicería flotó en el aire.

—Has venido a ser puesto a prueba —dijo por fin.

—Así es, milord —respondió Dalamar, y sintió que se le hacía un nudo en el estómago, producto del temor y al nerviosismo a la vez.

—¿Con quién has estudiado?

El elfo oscuro no estaba dispuesto a permitirse el menor rubor de vergüenza, de modo que sostuvo la mirada del otro y respondió:

—Durante un corto tiempo con los magos de Ylle Savath de Silvanost. Durante el resto del tiempo he sido mi propio tutor.

—Vaya. —Par-Salian enarcó una ceja—. Y ya sabes que no todos los magos salen de esta Prueba enteros, que pocos salen ilesos. Algunos son consumidos por la magia que no pueden controlar, y éstos no regresan de esta Torre con vida.

Lo dijo con frialdad, sin un destello de emoción en sus ojos, pero, con firmeza, con la cabeza alta, Dalamar le respondió del mismo modo:

—Lo sé, milord, y estoy aquí.

Una suave brisa susurró por la estancia, surgida de la torre sur, perfumada con magia, la edad y la cera de abejas de innumerables velas consumidas durante incontables años. El elfo alzó la cabeza hacia ese aroma, como si fuera el sonido de

una voz que lo llamara.

—Sé algunas cosas sobre tu persona, Dalamar Argénteo —dijo Par-Salian, asintiendo como quien medita algo.

El susodicho permaneció en silencio, absteniéndose de corregir al Señor de la Torre con respecto a su nombre.

—Sé que tuviste algo que ver en la defensa de Silvanesti. —El Túnica Blanca sonrió ahora, levemente—. Podría haber funcionado tu estratagema de ilusión.

—Funcionó, milord —replicó él—. Funcionó durante un tiempo, y la Señora del Dragón resultó afectada.

—Afectada, aunque no tardó en recibir todos los refuerzos que necesitaba. Pero tienes razón. No fue vuestra magia la que falló al reino. Otra cosa lo hizo. —Ante el silencio interrogante de Dalamar, siguió—: Lo hizo el corazón de vuestro rey. No confió en su pueblo y no confió en sus dioses. —Su voz se tornó gélida—. Y tú perdiste la fe junto con tu soberano.

—No, milord. En aquellos dioses suyos... —de nuevo volvió a inclinar la cabeza respetuosamente—... en esos dioses vuestros, no he tenido jamás demasiada fe. He hallado a un dios que me guía ahora, y en Nuitari he puesto toda mi fe.

En el silencio desplegado entre ellos, Dalamar se dio cuenta de que lo sopesaba, que lo estudiaba, y sintió que le escudriñaban todos los rincones de su corazón. Tembló —¿quién no lo haría bajo aquella mirada?— y se obligó a permanecer en pie, a pesar de que las rodillas se le doblaban. Eso jamás lo permitiría, no allí, no en ese momento, jamás ante ese mago que tenía en la mano su posibilidad de que él pasara la Prueba de la Alta Hechicería.

—Bien, pues. —El Señor de la Torre hizo un pequeño gesto de bienvenida, como el empleado para conducir a un invitado al salón, y luego dio un paso a atrás, indicando a Dalamar que debía precederlo hacia el interior de la torre sur.

Con las manos apretadas con fuerza, pero ocultas en las amplias mangas de su túnica para que no se viera, el elfo oscuro dio un paso al frente —uno, sólo uno— y todo el mundo se llenó de gritos, todos los gritos surgidos de una garganta: la suya. Un viento salvaje rugió en su cabeza, atronador y aullante. Forcejeó y luego se detuvo, obligándose a sí mismo a permanecer inmóvil. En el momento en que formuló su voluntad en palabras, el rugido de su cabeza se interrumpió, y la negrura que lo envolvía se convirtió en normal y amistosa como el sueño.

Se entregó a esa oscuridad, rindiendo su voluntad, porque aquella rendición *era* su voluntad, y porque confiaba en que se encontraría donde necesitaba estar. Se dejó caer, tranquilamente... y entonces las cosas no resultaron tan pacíficas.

Un fuego corría por el interior de Dalamar, circulando por sus venas como lascivia y rabia, y ese fuego se convirtió en su misma sangre, ardiendo desenfrenado, con llamas que rugían en su interior con el sonido de su propia voz. Era el fuego de la magia, el feroz poder desahogado de la hechicería de Nuitari abriéndose paso en su interior para luego volver a salir, un fuego que nadie dominaba excepto él.

«¡Mira cómo el poder centellea a través de él! ¡Cómo rayos que atacan el cielo! No podrá retenerlo... No podrá...».

El elfo oscuro estaba de pie en una llanura brumosa aullando de júbilo, y su voz era el canto del viento gimiendo frenéticamente en las copas de los árboles, en la elevada bóveda del bosque de Wayreth. Su espíritu volaba a lomos de aquella magia aullante que corría por su interior, saltando, riendo. Domeñó los aullidos, los devolvió a su interior, y volvió a dejarlos salir, enviando su voz al exterior con fuerza como si fuera algo con vida independiente de él. A lomos de su voz volaron todos los cantos que había aprendido en Silvamori, palabras de una sencillez dolorosamente bella, palabras que no servían de nada sin la música para transportarlas, un entrelazado de notas tan complejo que nadie podía trazarlo de modo que otro pudiera seguirlo.

«Canta. Canta. Debe de haber aprendido esto de los kalanesti en Silvamori...».

Dalamar pensó en responder:

«Sí, he aprendido esto de una kalanesti, de una hechicera de allí cuyo poder descansaba en la música de su espíritu indómito, y esta magia es tan parecida a la magia aberrante que todos teméis que la diferencia resulta difícil de ver. ¡Pero yo la veo! La veo, porque he aprendido bien esta magia que otros han menospreciado...».

Pensó en decir aquello, pero sólo tenía palabras para expresar la forma de su magia y los conjuros que amaba como si fueran su propio corazón y su propio espíritu.

Arrojó bolas de fuego y las atrapó y apagó en sus manos. Lanzó cada uno de los hechizos que conocía: los aprendidos en Silvanost en la Casa de Mística, en Silvamori, los extraídos de los tomos polvorientos de la biblioteca de Tarsis, y aquellos conjuros inapreciables robados en secreto a los tutores ocultos en su pequeña cueva. Los lanzó, y no le preocupó si al hacerlo agotaba su energía, incluso su vida. Cómo preocuparse si lanzar hechizos y tejer magia era todo lo que siempre había deseado hacer; en toda su vida no deseaba otra cosa que esto. Si moría por ello, ¿qué mejor modo de morir? Rió y lloró, y ambos gestos eran expresiones de su alegría, de su poder y de la absoluta certeza de que podía seguir y seguir, agotándose a sí mismo hasta que el mundo quedara tejido en sus conjuros.

Mediante palabras, cantos y gestos, Dalamar extrajo maravillas del mundo, e hizo bajar terrores del cielo. Conjuró un mundo nebuloso donde no había cielo ni existía tierra, y allí anduvo entre criaturas indefinidas y espectros. Permaneció junto a dríadas en sus cañadas y habló con centauros procedentes de la zona más sombría del

Bosque Oscuro. Acudieron demonios ante él, criaturas de dos cabezas o nueve ojos, seres cuyo aliento era un vapor ácido, en cuyo pecho no existía corazón sino sólo un lugar vacío allí donde debiera haber latido ese órgano: criaturas astadas, criaturas con colmillos, criaturas con alas correosas como las de cualquier dragón. Lo llamaron señor y se acercaron haciendo reverencias y suplicando una oportunidad de servirle. A todas esas criaturas las atrajo hasta él, convocándolas mediante la magia y la fuerza de su voluntad inflexible, y las hizo marchar de nuevo, pero no antes de obtener de cada una la promesa de regresar a una orden suya. De ese modo ligó a él seres cuya simple visión habría aterrado a otros.

Extasiado, convocó al espectro de un Señor del Dragón, y se rió de él pues se trataba de la Señora del Dragón Phair Caron y ésta lloró y gimió a sus pies, mientras la sangre manaba de las cuencas vacías donde deberían haber estado sus ojos, con los dedos manchados con aquella sangre. El mago le dio la espalda, sin dejar de reír, y descubrió que no se encontraba de pie sobre la brumosa llanura sino en una calle de altos edificios que se alzaban por todas partes en derredor, con un liso pavimento bajo los pies y el dulce aroma de los jardines en el aire...

—¡Estoy en Silvanost! —Dalamar aspiró hondo y despacio. La cabeza le dolía con los recuerdos de sueños enfrentados, algunos agradables, otros pesadillas—. Estoy en Silvanost. O... ¿o estoy en Tarsis? No, no, no ahí. Estoy en la Torre.

—¿Tarsis?

La humana alta que tenía al lado sonrió, aunque su sonrisa, en el mejor de los casos, no fue más que una mueca burlona. La negra túnica centelleaba bajo el reluciente día, cosida con diamantes y con el dobladillo bordeado de rubíes, y los negros cabellos, sujetos en lo alto de la cabeza en una corona de trenzas, brillaban adornados con ristras de perlas.

—Regene —dijo el mago, pensado que se encontraba otra vez con la Túnica Blanca a la que gustaba tanto cambiar de aspecto.

—¿Quién? —inquirió la mujer, frunciendo el entrecejo—. ¿No me reconoces, Dalamar Argénteo? ¿O has estado demasiado tiempo en las tabernas, sentado en las sombras y bebiendo tu descolorido vino elfo?

Entonces la reconoció; justo cuando ella le hacía la pregunta, él la reconoció.

—Señora —dijo, a Kesela de la Túnica Negra.

—Bien —rió ella, con un sonido sordo y gutural—, ahora que está claro quién soy, mira alrededor y aclara tu mente. ¡No estás precisamente en *Tarsis*! Y desde luego no estamos en la Torre aún, pero sí cerca. Está más allá, en el interior del bosque. Mira, puedes ver los árboles del bosque guardián. —Resopló con desdén—.

Aunque a mí me da más la impresión de un bosquecillo protector. Supongo que la ciudad ha crecido tanto alrededor que parece como si se hubiera encogido.

Dalamar paseó la mirada en derredor. A su espalda captó un atisbo de casas relucientes. Tejados que sostenían cúpulas de cristal de modo que los habitantes no se quedaran sin sus jardines en invierno sino que pudieran ocuparse de ellos en un ambiente cálido todo el año. ¡Estaba en Istar! Y, al fin y al cabo ¿en qué otro lugar podría estar? Se encontraba en Istar con lady Kesela, aquella cuyo nombre helaba la sangre de hombres valientes, cuya reputación por su crueldad avergonzaba a su padre, un Caballero de Solamnia, y producía un gran regocijo a los oscuros dioses a los que veneraba. Habían acudido allí en alas de la magia, transportando antiguos pergaminos de gran belleza para entregarlos al Señor de la Torre de la Alta Hechicería, esa hechicera de temible fama y él, su aprendiz. Llevaban el regalo con poca fanfarria, pues si bien no era un secreto, no querían anunciarlo a son de trompeta por toda la ciudad. El Príncipe de los Sacerdotes ya había declarado que el culto a los dioses oscuros no era bien visto en su ciudad, y por todo Krynn se comentaba que no tardaría en proclamarlo proscrito para a continuación volver la mirada hacia aquéllos que adoraban a los dioses de la Neutralidad.

Se oían voces que se alzaban y descendían, cantando y parloteando, riendo y gritando, Istar hablando consigo misma. Las calles de la ciudad estaban llenas de gente: kenders que pasaban raudos, enanos salidos de Thorbardin, elfos de Silvanesti, humanos de las Llanuras de Solamnia, de Khur y de Nordmaar. Entre ellos paseaban hechiceros, y clérigos de todas clases, aunque no pasó mucho tiempo antes de que el ojo de Dalamar advirtiera hasta qué punto eran ciertos los rumores. Había más clérigos y magos vestidos con túnicas blancas que con túnicas rojas, y apenas ningún Túnica Negra. Más precioso era pues, si cabía, el regalo que llevaban, pues el Señor de la Torre no tenía intención de realizar una purga en sus bibliotecas sólo porque un rey que se consideraba a sí mismo el arbitro de la religión de Krynn careciera de todo sentido de la proporción y el equilibrio. Y, era indudable, a cambio de esos pergaminos, lady Kesela marcharía con algo de valor, un amuleto, un talismán, el favor del Señor de la Torre. La mujer no daba de modo desinteresado.

—Vamos —indicó lady Kesela, sin mirarlo, sin imaginar que él no fuera a seguirla—. Acompáñame.

El mago lo hizo, ofendido por su tono pero sin demostrarlo. Había soportado más y peor a cambio de sus enseñanzas y lo consideraba un buen negocio. El sol brillaba, centelleando en la cabellera color medianoche de la mujer mientras se ponían en camino a través de la ciudad.

El aroma de hierbas y flores perfumaba el aire. Arcos de piedra de magnífica factura pasaban por encima de la avenida, y de sus remates descendía una cascada de plantas en flor, que adornaban las piedras que decoraban la calle. Nubes de incienso

surgían de los templos menores, y los cantos de los cultos flotaban en todo momento por las calles en voces tan puras que repiqueteaban como campanas. Istar, la joya de Krynn, se arremolinaba alrededor en imágenes, perfumes y sonidos. Un coro de voces se alzó como si fuera alado, elevándose hacia el cielo desde un templo cuando los dos magos de oscuras túnicas pasaron por su lado.

—Voces elfas —indicó Dalamar, haciéndose a un lado para dejar pasar a una dama cubierta de sedas, que de lo contrario habría tenido que meterse en la cuneta. La mujer olía a perfumes exóticos, complejas notas de aromas mezcladas como el tejido de las notas de una canción—. Señora, he oído en la taberna de la posada que están formando un coro en el Gran Templo de Paladine compuesto sólo por elfos, debido a la pureza de sus voces. El Príncipe de los Sacerdotes, dicen, no quiere más que a elfos en los coros de todos los templos.

—Querrás decir —repuso ella con frialdad— de todos los templos dedicados a los dioses del Bien. ¿Qué elfo serviría en los templos donde se veneran los dioses de la Neutralidad o los del Mal?

Dalamar sonrió ante su sarcástica intolerancia. Ningún elfo lo haría, excepto los que hacían la difícil elección, la dolorosa elección de andar por los oscuros senderos situados fuera de Silvanesti. «¡Estás muerto para nosotros!». El grito era el mismo, lo escuchaba todo elfo que llevara túnica roja o negra. «¡Estás muerto para nosotros!». Muerto para ellos, pero bien vivo para dioses que ningún elfo de Silvanesti se atrevía a oír.

Cruzaron la turbulenta ciudad, dejando atrás los mercados y atravesando amplios y soleados miradores donde hermosas muchachas vendían flores desde sus carretas, mientras juglares arrojaban pelotas y bolos ante las carcajadas de los niños. Nobles y damas pasaban montados en dorados carruajes, y golfillos de mejillas demacradas corrían por entre los caballos de los guardias que trotaban junto a ellos, pidiendo dádivas a gritos. De vez en cuando una mano surgía de la ventanilla de un carruaje, enguantada y derramando monedas, y los niños chillaban y reían y alababan la generosidad de aquél que no se había dignado siquiera a echar una ojeada por la ventanilla.

Cuando por fin dejaron la ciudad y avistaron el bosque guardián de la Torre, brisas frescas con olor a mantillo y a hojas llenaron la atmósfera. La sombra del bosque se estiraba, extendiéndose como largos dedos. Kesela se rezagó una distancia adecuada para permitir que su aprendiz la precediera y, con Dalamar en cabeza, penetraron en las sombras y tomaron el primer sendero, una estrecha senda que serpenteaba entre los árboles. La luz del sol se filtraba por entre las ramas, moteando la sombra, y durante todo el tiempo fueron entrando y saliendo de las zonas de luz y sombra, pasando por lugares iluminados y otros oscuros, hasta llegar a una alta valla de hierro cuyas verjas profusamente labradas estaban abiertas como en invitación. No

había ninguna Torre de la Alta Hechicería al otro lado de la valla, ni ningún edificio de ninguna clase, sólo bosques que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Dalamar se adelantó a su maestra, pasando el estuche de pergaminos de debajo del brazo a su mano al atravesar la entrada. No habían dado ni tres pasos al otro lado de la verja cuando se encontraron en un amplio patio adoquinado, con una alta torre que se alzaba en su centro, cuyos torreones se elevaban por encima de las copas de los árboles. La gente iba de un lado a otro por aquel patio, hombres y mujeres con túnicas rojas y blancas que no parecían estar allí momentos antes. Por separado, en parejas, en pequeños grupos, ocupándose de sus asuntos, hablando o en silencio. Ninguno pareció advertir la presencia de los visitantes, pero incluso mientras Dalamar lo pensaba, un mago Túnica Roja apareció junto a Kesela, un enano que hizo una reverencia y dijo:

—Señora, os esperan. Venid conmigo, vos y vuestro aprendiz. —El enano le rozó el brazo, ligeramente para guiarla—. Se os han preparado aposentos donde os podréis refrescar mientras se informa al Señor de la Torre de vuestra llegada.

Nada más que eso dijo o hizo, pues, acto seguido, Kesela y Dalamar ya no se encontraban en el patio situado fuera de la Torre de la Alta Hechicería.

Kesela se tambaleó, mareada por el repentino cambio de lugar. Con el rostro pálido y envuelta en un sudor frío, se sujetó al respaldo de una gran silla acolchada para mantener el equilibrio.

—¡Maldito enano! Si fuera un mago mío, le rompería todos los dedos por ese hechizo mal conjurado... —Se detuvo y tragó saliva con fuerza, a punto de vomitar.

Rápidamente, Dalamar llenó un vaso de agua sirviéndose de una jarra de cristal depositada sobre la mesa situada junto a aquella lujosa silla.

—Tranquila, señora. Respirad, luego sorbed esto.

La mujer tomó el vaso, con mano temblorosa, y se lo llevó a los labios, derramando agua por el borde. Tragó una vez y luego otra, y el color empezó a regresar a sus mejillas de mala gana.

—Ya verás cómo convierto a ese enano en una cucaracha la próxima vez que lo vea —masculló la hechicera.

El elfo oscuro tomó el vaso y volvió a llenarlo. Con expresión torva, ella lo aceptó y se dejó caer en la silla, respirando profundamente, mientras su estómago se recuperaba del tirón del mal conjurado hechizo de transporte. La hechicera miró en derredor la silla, la mesa y la jarra de cristal, al aposento en sí, bien amueblado y espacioso. Las paredes estaban cubiertas de tapices, los bastidores de piedra de las tres ventanas estaban decorados con sedas, y en la pared que carecía de ventanas ardía un fuego en una gran chimenea. Su expresión se suavizó, su cólera amainó. Aunque no sabían transportar demasiado bien a la gente, al menos disponían de cómodos aposentos donde esperar al Señor de la Torre.

—Algún día —dijo, distraídamente, como si hablara de algo de muy poca importancia—, algún día, Dalamar, puede que vengas aquí solo, a pasar tu Prueba de la Alta Hechicería.

Algún día, tal vez, es posible. Eran las palabras que siempre se utilizaban para referirse a su Prueba. La hechicera lo creía sujeto a ella, cautivado por la oportunidad de obtener más conocimientos cuanto más tiempo se quedara; eso era lo que ella creía, pero no él. Marcharía cuando se supiera preparado. Sintióse repentinamente inquieto tras oír su sugerencia, el mago empezó a pasear por la habitación, mirando por las ventanas al patio situado abajo y al bosque lejano. Se filtraban voces por la puerta de roble, de magos que iban y venían. Escuchó, pero no pudo distinguir qué decían, a pesar de que algunas de las voces sonaban tan cercanas que estaba seguro de que quienes hablaban no estaban ni a treinta centímetros del otro lado de la puerta.

—¿Qué oyes? —preguntó Kesela; no se levantó, pero se inclinó hacia adelante, curiosa.

—Oigo voces, pero no palabras —respondió él, sacudiendo la cabeza.

Una puerta se abrió, tal vez al otro lado del pasillo. Alguien invitó a otro a entrar y, con voz clara, dijo:

—No toques nada. No cojas nada, y déjalo todo tal como lo ves. Regresaré.

Un hormigueo de excitación recorrió el cogote de Dalamar. Nadie les había advertido a él ni a lady Kesela de ese modo. La habitación de invitados y todo en ella parecía estar por completo a su disposición. ¿Qué había en aquella habitación del otro extremo del pasillo que requería tal advertencia? Conteniendo la respiración, escuchó para enterarse de más cosas y oyó sólo el ruido de pisadas que se alejaban, suaves, arrastrándose sobre el suelo como si se tratara de alguien muy anciano.

Kesela hizo una seña, y cuando estuvo seguro de que no había nadie en el corredor, Dalamar abrió la puerta, apenas un resquicio. Una luz dorada se derramaba de las antorchas colgadas en las paredes que llameaban fuera de cada una de la docena de puertas del pasillo. En las paredes colgaban tapices que mostraban escenas de la historia de Krynn tejidas en brillantes colores. Aquí la construcción de Thorbardin, allí la edificación de la Torre de las Estrellas en Silvanost, algo más allá en el corredor el tapiz más ancho y alto de todos mostraba la unción del Príncipe de los Sacerdotes de Istar. El olor a magia flotaba en el aire: secos pétalos de rosa, amarga raíz de valeriana, aceites selváticos y el desagradable olor a cosas que llevan mucho tiempo muertas. La Torre estaba, sin duda, bañada de tal perfume, pero esa vaharada parecía fresca, como si alguien cuyas manos están permanentemente ocupadas con las herramientas de la magia acabara de pasar por allí. Al otro lado del vestíbulo, la puerta de la estancia situada, justo frente a la suya estaba abierta, sólo una rendija, por la que se filtraba una débil luz en el espacio entre la puerta y el umbral; no era la luz de las llamas, no era rojiza en absoluto, sino pálida y

arremolinada, como si quisiera cambiar a otro color.

—Ah —dijo lady Kesela, apareciendo de improviso a su lado—. Eso es curioso.

Débil, con un sonido lastimero, una voz gimió:

—Sálvame.

La voz provenía de la habitación del otro lado del pasillo. Dalamar percibió algo que no había notado antes: un aura flotaba en el aire y alrededor de la estancia situada enfrente, una brillante y hormigueante carga mágica. Alguien en aquel aposento no hacía mucho que había agotado su energía en aras de la magia. El corazón de Dalamar dio un vuelco. ¡Alguien había realizado su Prueba hacía muy poco tiempo!

—¡Sálvame! ¡Oh, el desastre se acerca!

Sin decir una palabra, Kesela avanzó, apartando a Dalamar, que intentó detenerla.

—¡No! —susurró—. ¡Señora, no!

Kesela se desasíó, y la voz gimió más fuerte ahora, suplicando auxilio, pidiendo ayuda al tiempo que advertía de un desastre.

—¡Señora! —Con gran osadía, el mago dio un salto y la sujetó por la manga—. Escuchadme —susurró con aspereza, mientras la luz verde llameaba, proyectando sombras que se arremolinaron sobre el suelo de losas de piedra en frenéticos dibujos—. Quienquiera que esté ahí rebosa magia, y creo que acaba de pasar su Prueba... o a lo mejor todavía lo está haciendo. No sabéis qué sucede ahí dentro, qué magia está actuando. Podría costarle la vida a un mago si interferís en su Prueba.

La mujer lo miró, con frialdad. Las joyas cosidas a su túnica centelleaban bajo la luz de las antorchas, y su rostro parecía esculpido en mármol.

—No se está celebrando ninguna Prueba, Dalamar. ¿Qué te hace pensar eso? Sólo hay magia, algo en acción, se está usando algún artefacto. Quiero verlo.

—¡Oh, ten piedad! ¡No me dejes aquí! ¡Sálvame!

Ella quería verlo, y si aquella voz era la voz de un mago que se había extralimitado en la magia, que habría puesto en funcionamiento algún objeto o conjuro, ella no vacilaría en arrebatarse el libro de la mesa, el talismán de la mano.

Pero eso era una Prueba. Dalamar lo sabía. Lo sentía en los huesos y lo sabía en su sangre donde la magia cantaba. Dentro de aquella estancia alguien pasaba sus pruebas de la Alta Hechicería y, para los magos, no había rito más sagrado.

—¡Sálvame! —Como el gemido de un espectro, el grito serpenteó por el pasillo, y la luz que se filtraba por debajo de la puerta cambió a un suave tono verde, como la luz del sol al brillar por entre las hojas de los álamos—. ¡No me dejes aquí!

Kesela agarró el pomo de la puerta, y Dalamar estiró la mano para sujetarla. La mujer se volvió, con una helada expresión de rabia en los ojos como jamás había visto en ella. El miedo le atenazó el estómago como una mano de hielo, y la hechicera lanzó una carcajada al darse cuenta; luego gritó una palabra mágica y en su mano apareció una bola de fuego que vibraba resplandeciente. Dalamar sintió su

calor y oyó un rugido como el del horno de un fundidor cuando Kesela lanzó el fuego con un juramento.

Con el corazón acelerado, el mago se agachó y cayó violentamente de rodillas, mientras el fuego bramaba sobre su cabeza. ¡Loca! ¡La mujer debía de haberse vuelto loca! Sólo necesitaba una palabra para dar forma a su propia magia, y mientras la murmuraba ya tenía en su mano, como una refulgente lanza, un rayo tan poderoso que podría haber sido arrancado de una tormenta. Fríamente, sin permitirse la menor cólera, al tiempo que a ella se la permitía toda, atacó, arrojando el rayo. Kesela chilló cuando el proyectil le dio de pleno en el pecho. Se oyó un chisporroteo de carne chamuscada, y el hedor del pelo quemado inundó el pasillo. La mujer se desplomó en el suelo, con los ojos desorbitados y la boca crispándose alrededor de palabras que no podía formular. Se asfixiaba, y su boca vomitaba sangre, que se derramaba por la barbilla y el cuello y oscurecía los diamantes cosidos a su negra túnica.

—*¡Sálvame! ¡Oh, sálvame!*

La luz palpitaba por debajo de la puerta, con un profundo tono verde, y su energía arañaba a Dalamar, erizando los pelos de su cogote, de sus brazos. Sobre su cabeza, la puerta que había estado entreabierta se abrió de par en par.

—*¡Sálvame! ¡El desastre está próximo! ¡No me abandones!*

Una luz verde brotó de la habitación, que a continuación quedó silenciosa y oscura. Se oyeron unos pasos ligeros, y un joven elfo vestido con una túnica blanca salió de la estancia, una estancia tan pequeña que podría haber sido un armario.

Sostenía algo en la mano, algo pequeño y redondo, y la luz de las antorchas se reflejó en ello como en un cristal. Un haz de aquella luz cayó sobre los ojos de Dalamar, y éste no pestañeó. Con gran claridad contempló la visión de un torbellino de locura, una pesadilla de gritos y masacres, de árboles que morían, de bosques que se secaban. Vio como Silvanesti se desmoronaba, como las torres de Silvanost — ¡incluso la misma Torre de las Estrellas!— se fundían como cera, mientras una emanación nociva de color verde reemplazaba el aire y envenenaba a todo el que la respiraba. Las bestias corrían enloquecidas, los elfos morían entre alaridos, cada hombre, mujer y niño de su raza era arrojado al foso de su peor pesadilla. Lo vio todo antes de que la luz se extinguiera y el mago elfo se escabullera en silencio por el corredor como un ladrón envuelto en sombras. El ladrón se volvió una vez para echar una furtiva ojeada por encima del hombro, y todos los nervios del cuerpo de Dalamar se crisparon al reconocerlo: Lorac Caladon de Silvanesti.

¿Qué plaga se llevaba Lorac de la Torre de la Alta Hechicería? ¿Qué devastación caería ahora sobre el País de los Bosques? El mago se hizo estas preguntas, pero ninguna con tanto dolor como otra cosa.

—Ah, dioses —gimió—, *¿por qué lo dejé marchar?*

«Por el mismo motivo» —musitó un voz siniestra y sincera en lo más profundo

de su corazón—, «por la misma razón que impediste que lady Kesela se entrometiera en una Prueba. Por la magia que amas más que cualquier otra cosa».

Una forma oscura, acurrucada y sangrante se movió, pero sólo un poco. Con la respiración convertida en un quejido, Kesela volvió a moverse, consiguiendo girar sobre su espalda. Sus ojos centelleaban, pétreos, y su boca era como una roja cuchillada en su blanco, blanquísimo rostro.

—Aprendiz —gimió, y el odio llenó el pasillo, apestando el aire. La mano de la hechicera se crispó ligeramente.

Se está muriendo, se dijo Dalamar, pero no se preocupó demasiado al respecto ni durante un tiempo excesivo. Se lo merecía aquella hechicera que había intentado entrometerse en una Prueba. Gimoteó, no obstante, como ella, y no por la muerte de la mujer o por algún dolor que él sintiera; gimió, con un sonido que resonó por todo el pasillo y se elevó hasta el alto techo de piedra, debido a una verdad que odiaba pero debía aceptar. Había enviado a Lorac Caladon al mundo exterior, de vuelta de su Prueba y a Silvanesti, con un artilugio mágico que convertiría en una ruina el País de los Bosques. Y, aun así, no habría actuado de modo diferente.

No podría haberlo hecho.

—A tanto renunciaría yo por la magia —susurró—. Incluso a esta oportunidad de impedir que una plaga se abatiera sobre mi tierra.

La mano de Kesela volvió a crisparse, y sus ojos brillaron con terrible regocijo.

—Más que eso, Dalamar Argénteo —masculló—. Más que eso...

Un siseo llenó el pasillo, como vapor que escapara de una tetera tapada, como serpientes. Descendiendo del techo, saliendo de los rincones y las sombras que acechaban, surgió una veloz marea roja, roja como el fuego, roja como la sangre. La primera oleada los tocó a ambos al mismo tiempo y el corredor se llenó de gritos. Los alaridos de la mujer; los alaridos de Dalamar al sentir que la carne se derretía sobre sus huesos, que sus huesos estallaban y dejaban escapar la médula.

Aullando, murió víctima de un tormento insoportable y envuelto en llamas. El elfo oscuro murió entre alaridos.

Dalamar yacía en silencio, inmóvil y sin apenas respirar. Se sentía como si hubiera permanecido así tumbado durante días, durmiendo sin despertar, sin soñar jamás. Bajo la mejilla notaba una gruesa almohada de plumón; una manta azul de suave lana cardada cubría su desnudez. En alguna parte, un pájaro cantó, un reyezuelo a juzgar por el sonido del complicado entrelazado de las notas. El incienso flotaba como el recuerdo en la atmósfera, a ras de suelo, como un fantasma gris que iba en su busca. Olía a espliego; olía al Templo de E'li, a Silvanost, a sol y a suaves brisas.

«A lo mejor no estoy muerto», pensó.

Una mano le tocó suavemente la frente, apartando sus cabellos de la mejilla a modo de invitación a despertar por completo.

—No lo estás —dijo una voz de mujer; no era una voz amable, aunque él pensó que podríaserlo si ella lo deseaba—. Aunque no te culpo por sentirte como si lo estuvieras.

Dalamar abrió los ojos y giró sobre su espalda. Se encontraba en una pequeña habitación en la que sólo había una cama y una mesa al alcance de la mano, un cofre a los pies y un pupitre para escribir. Una mujer se hallaba de pie junto al lecho, alta y hermosa y, por su aspecto, humana. Sus cabellos del color de la plata bruñida y dispuestos en una complicada fantasía de trenzas, centelleaban bajo la luz del sol. Vestía ropas negras de terciopelo, con diamantes y rubíes cosidos a las costuras, y sus dedos resplandecían cubiertos de anillos adornados con piedras preciosas. Su rostro mostraba arrugas, pero apenas perceptibles. ¡La conocía! La había visto en Istar, sólo que había sido más joven, y su nombre, su nombre era Kesela. Él la había matado. Ella lo había matado. En Istar...

Volvió a cerrar los ojos, tragando con dificultad.

Al parecer, nadie había matado a nadie, y desde luego no en la desaparecida Istar.

—Señora —dijo—, ¿cuánto tiempo he estado enfermo?

—No has estado enfermo —respondió la mujer—. De ilusiones es de lo que padeces, joven mago... ilusiones e ilusiones dentro de las ilusiones. Yo —sonrió un poco— no soy Kesela. Dejé que la ilusión tomara prestado mi rostro, mi rostro de juventud. Soy Ladonna. ¿Puedes sentarte y beber un poco de este vino que he traído?

¡Ladonna! El elfo creyó que tendría que hacer un terrible esfuerzo para sentarse, pero ante su sorpresa la sensación de pesada lasitud desapareció de su persona mientras se incorporaba sobre el codo, para a continuación sentarse muy erguido. Sujetó la manta azul alrededor de su cintura y la mujer sonrió ante su recato.

—He visto más de ti de lo que imaginas, Dalamar Argénteo, y otras cosas aparte de tu cuerpo. —Lo observó mientras sorbía el vino y luego añadió—: Felicidades.

Has efectuado la Prueba.

Así era, lo sabía ahora, y recordó cada detalle de aquella Prueba, los hechizos lanzados, el viaje por Istar. ¡Ah, el robo del Orbe de los Dragones que acabaría con un rey y arrasaría su reino! Había permitido aquel robo cuando podría haberlo impedido. En el sueño, lo había hecho por la magia, y supo, incluso mientras el amargo pesar se aferraba aún a los recuerdos, que volvería a hacer eso o mucho más en el mundo vigil para defender la integridad de una Prueba, la integridad de la Alta Hechicería misma, si se le pedía que lo hiciera.

—Sí —dijo, dejando a un lado la copa—, se me ha efectuado la Prueba. Lo recuerdo. Y no he salido muy bien parado.

—¿Eso piensas? Resulta interesante.

El aroma del incienso de espliego revoloteó alrededor de ambos, el perfume de la hermosa Silvanost antes de que la pesadilla de un rey la asolara.

—¿Entonces no la he suspendido?

—Eres duro con tus instructores pero no, no has fracasado. No había cometido que llevar a cabo, joven mago. Sólo nos importa si eres experto, y cuan profunda es tu devoción a la magia. Cosas que ahora ya conocemos. ¿Cómo te sientes?

Entumecido, agotado y desconcertado. Así era como se sentía, y no pensaba confesárselo a ella ni a nadie.

—He oído, señora, que incluso aquellos hechiceros que sobreviven a las pruebas salen de ellas con cicatrices. Yo no veo ninguna en mí. —Señaló a lo largo de su cuerpo—. No siento ninguna.

—¿Crees, pues, que eres el prodigio del siglo, el único mago de Krynn que sale de su Prueba sin ninguna señal en su persona? —repuso Ladonna, encogiéndose de hombros con un leve y elegante gesto.

Como cuervos describiendo círculos, los recuerdos del ámbito del sueño regresaron a él entre graznidos, chirriando en su mente. Había dejado suelto a Lorac Caladon para que hiciera estragos sobre el reino más hermoso de todo Krynn. No, no pensaba que hubiera salido intacto. Al fin y al cabo, lo único que sucedía era que sus cicatrices no resultaban visibles inmediatamente.

Ladonna dejó pasar la cuestión.

—Ahora dime esto, Dalamar Argéteo: ¿te sientes poderoso? ¿Te sientes listo para andar por el mundo, como un hechicero joven en su poder que va adquiriendo más fuerza?

Dalamar Argéteo. Dos veces lo había llamado así, y cada vez la denominación le había dolido.

—Señora —dijo con toda la considerable dignidad que un elfo puede reunir—, mi nombre era Dalamar Argéteo. No lo ha sido desde... —Desde que lo había borrado de los registros en Silvanesti, y de este modo lo convirtieron en una no-persona—.

No lo ha sido desde que fui a vivir a Tarsis. Mi nombre es Dalamar Hijo de la Noche.

Como si la cuestión de su nombre no fuera asunto suyo, la mujer se apartó de él y cruzó la habitación hasta la puerta. Antes de abrirla, miró por encima del hombro y dijo:

—Un sirviente vino y se llevó tus ropas para que las limpiaran. Encontrarás qué ponerte en el cofre, y tus botas están debajo de la cama. Descansa un poco ahora, pero ven a la Sala de los Magos en la primera hora después del mediodía, Dalamar Hijo de la Noche. Se te estará esperando.

No dijo nada más, ni tampoco se molestó en abrir la puerta. En el espacio de tiempo que media entre una espiración y otra, Ladonna desapareció de la habitación, dejando tras ella sólo el aroma de su perfume y la imagen accidental del centelleo de sus dedos enjorjados.

Se reunieron sólo tres en la enorme Sala de los Magos, los portavoces de las Órdenes convocados en conferencia. Sus voces resonaron débilmente, sus respiraciones susurraron por las paredes para ascender hasta el mismo techo. Se reunieron con la total seguridad de que el asunto confidencial que iban a tratar permanecería exactamente así, tan secreto en esa habitación como si no se hubiera tratado, un secreto en sus corazones. Sin embargo, su secreto no escapó a los oídos de otros, aunque jamás sería traicionado. Bajo el suelo de mármol, en profundas catacumbas, se encontraban las criptas, la última y más larga morada de los magos que, durante incontables años, allí habían ido a morir o habían sido sepultados después de muertos. En esa sala, los muertos observaban las actividades que llevaban a cabo los vivos, y a nadie le importaba, porque los muertos eran quienes mejor guardaban los secretos.

Una luz fría y blanca descendía del techo, inmóvil, sin permitir la menor sombra al iluminar la amplia sala. Se derramaba sobre los veinte sillones de alto respaldo de madera encerada, diecisiete de los cuales estaban dispuestos en semicírculo, y tres en media luna en el interior del semicírculo. Un sillón, tallado en poderoso granito, el gris vetado de negro, se hallaba situado de frente a los restantes. La luz de las llamas podría despertar el corazón de los veinte asientos de caoba, extrayendo rojos destellos a la madera encerada, pero no sucedía lo mismo con esa luz. Ésta tampoco conseguía que el granito del asiento más alto y magnífico en el que se sentaría el jefe del Cónclave de Hechiceros pareciera menos frío de lo que era.

En esa sala llena de sillones, los Portavoces de las Órdenes no se sentaron sino que se dedicaron a deambular por ella. La pálida luz hacía que la túnica de Par-Salian adquiriera el tono blanquecino de un sudario funerario, que el terciopelo negro de Ladonna resultara tan oscuro como una noche sin luna y que la túnica de Justarius,

que gobernaba la Orden de los Túnicas Rojas, luciera el color de sangre recién derramada. Este último cojeaba al andar, pues si algunos magos no presentaban marcas visibles de su Prueba, otros sí lo hacían.

—Ladonna, lo he dicho antes y lo diré otra vez. Nos pedís que corramos un gran riesgo retrasando nuestro plan. El mago Dalamar ha pasado las pruebas y, al decir de todos, lo ha hecho bien. ¿Qué más queréis?

Ladonna rió, con un sonido sordo y gutural, como un gruñido, que nadie malinterpretó por una señal de buen humor.

—¿Desde cuándo sois contrario al riesgo, Justarius? ¿Ha sucedido algo nuevo durante la última hora? —Los ojos del hechicero se entrecerraron, centelleando enojados, y ella sonrió, en esta ocasión sin tanta ferocidad—. A mí tampoco me importa correr un riesgo, pero quiero que sea uno bien elegido. Antes de enviar al elfo oscuro a Palandias, quiero ponerlo a prueba.

Justarius no dijo nada, y mantuvo su mirada enojada. En el silencio, fue Par-Salian quien habló.

—Señora —dijo—, milord. Malgastamos el tiempo. Sabemos el peligro que acecha en Palanthas, y hemos acordado las medidas que tomaremos contra eso. Estoy seguro de que convendréis conmigo, Justarius, que no debemos actuar precipitadamente. Hemos de saber que el instrumento que usemos en la cuestión de Palanthas es fuerte y afilado. Si enviamos al hombre equivocado a nuestra misión, no tendremos una segunda oportunidad de enviar a otro. Raistlin Majere aumenta su poder de un día a otro, encerrado en su torre...

Su torre. La dama de la túnica oscura y el lord de la roja hicieron una mueca de disgusto.

—Sí, *su torre*, aunque a mí me gusta tan poco como a vosotros oír esas palabras. ¿De qué otro modo llamarla? Se ha encerrado allí dentro, nadie que haya intentado entrar en su busca ha llegado más allá del umbral antes de caer muerto, y no muchos de ellos han conseguido llegar tan lejos siquiera. ¿Hemos de fingir que es de otro modo? No, todos coincidimos en que debemos descubrir qué trama, y estamos de acuerdo en el modo en qué hemos de hacerlo, y en el instrumento que debemos usar. Yo digo que dejemos que Ladonna ponga a prueba nuestro instrumento. Que utilice a su elfo oscuro del modo que prefiera.

Justarius asintió con la cabeza, pero con la expresión sombría, y no dijo nada ni en aprobación ni en desaprobación.

Ladonna bajó los ojos, ocultando, por cortesía, el destello triunfal que sabía debía brillar allí. En voz baja, respondió:

—Muy bien, pues, milord. Os doy las gracias por vuestra confianza. Haré lo que he planeado y os haré saber cómo resulta mi plan.

Regene de Schallsea estaba en el umbral, con la espalda contra el quicio, y las largas piernas cruzadas a la altura del tobillo. Una pose estudiada, se dijo Dalamar mientras alzaba la mirada del escritorio y del libro que había hallado sobre él. Un libro pequeño, ese tratado sobre herboristería resultaba mucho más interesante por las ilustraciones que por las anticuadas recetas en su texto. Los rayos del sol corrían por los oscuros cabellos de la mujer, trenzando hilos de plata. Era la Regene del bosque, la cazadora de pantalones de cuero; pañuelo de seda blanca en sus cabellos negros como la noche dejaba su frente al descubierto. Él la miró, y ella le devolvió la mirada, y a ninguno le resultó fácil descifrar al otro.

Dalamar se quitó con un golpecito una tenue mota de polvo de la manga de la túnica, alisando la suave lana negra al tiempo que sus dedos acariciaban las runas bordadas en el dobladillo. Era la túnica más elegante que había llevado nunca; con ella había encontrado, doblada sobre el pecho, una nota indicándole que se trataba de un regalo personal de Ladonna «para darte la bienvenida al grupo de magos Túnicas Negras, Rojas y Blancas». Tejida en la lana más suave, la prenda se acomodaba perfectamente a su cuerpo, cayendo desde sus hombros como si el mejor sastre de todo Krynn le hubiera tomado las medidas por la noche y cosido la ropa a toda velocidad entre la salida de las lunas y la del sol. Alisada la manga, el mago enarcó de nuevo una ceja para mirar a su visitante.

—¿No te preocupa que puedan tomarte por un invitado que se ha perdido, vestida con esas ropas de cazar?

—Nadie me toma por lo que no soy si yo no deseo que lo hagan, pero tienes razón —replicó ella al tiempo que sus azules ojos centelleaban refulgentes—. La túnica es la prenda del día aquí, de modo que túnica vestiré.

Alzó los brazos, elegante como un cisne emprendiendo el vuelo, y musitó una frase corta. El aire centelleó brillante alrededor, y una carcajada resonó en la estancia mientras ella permanecía por un brevísimo instante totalmente desnuda —una belleza de largas extremidades color alabastro, pechos rosados y caderas curvas— para aparecer de repente cubierta con una amplia túnica blanca y los cabellos sujetos de nuevo en dos gruesas trenzas que le caían sobre los hombros.

—¿Mejor? —inquirió, inclinando la cabeza.

Él la miró, como si fuera todavía la mujer de alabastro, y luego se encogió de hombros.

—Como tú prefieras.

—He venido —explicó ella— para mostrarte la Torre, si lo deseas. Ahora eres tan bien recibido aquí como el mismo señor del lugar. Tal vez quieras conocerla.

La hechicera estaba allí para algo más, estaba seguro. Los ojos de la mujer eran demasiado penetrantes, su expresión en exceso precavida; no había duda de que había ido allí para averiguar cosas sobre él. Pero si había acudido por su cuenta o para satisfacer la curiosidad de otros era algo que estaba por ver. Muy bien. Dejaría que mirara y observara, que intentara descubrir.

—Me gustaría visitar la Torre contigo, Regene de Schallsea. —Tomó el libro de encima la mesa—. ¿Tal vez podríamos empezar por la biblioteca?

La mujer se encogió de hombros, luego chasqueó los dedos, y el libro desapareció de la mano de Dalamar, dejando sólo un cálido hormigueo sobre su piel.

—No tiene sentido cargar con él hasta allí. Ahora, ven conmigo. Nos sentimos muy orgullosos de nuestra Torre, y te gustará averiguar el porqué.

Con la mano caliente aún por la magia de la hechicera, Dalamar siguió a Regene fuera de la habitación de invitados, hacia el interior de los confines de una Torre de la Alta Hechicería.

La magia circulaba por todas partes, en el aire, en los pasillos y en los aposentos de la Torre. Su perfume flotaba en todos los rincones, se asía a cada uno de los tapices de las paredes, a los mullidos bancos, a los almohadones que adornaban las sillas, a la misma piedra. Dalamar lo respiró, llenando sus pulmones con el aroma. Magos, blancos, rojos y negros, entraban y salían de la inmensa sala de registros donde los bibliotecarios se afanaban clasificando las siempre crecientes pilas de papeles y libros que parecían multiplicarse por sí solas en la Torre de la Alta Hechicería: diarios y agendas, antiguos pergaminos redactados dos siglos antes...

—No tiramos nada —indicó Regene, y no exageraba—. Aquí en la Torre guardamos cada pedazo de papel que algún día pudiera considerarse importante.

Hilera tras hilera de estanterías y librerías llenaban cada una de las salas de registros de la primera y la segunda plantas de la torre norte, y los magos se movían entre ellas, algunos catalogando, otros buscando.

—Lo que ves aquí en el primer piso se ha catalogado hace muy poco, son las fruslerías que cubren desde los años previos a la guerra hasta ahora. Al otro lado de la sala están los documentos de épocas pasadas. Encogemos las cajas de almacenamiento. —Extendió la palma de la mano, y sus ojos azules centellearon divertidos—. Las hacemos tan pequeñas como mi mano y las devolvemos a su tamaño normal cuando necesitamos encontrar algo.

Lo sacó de la sala de registros de la primera planta y lo llevó a la torre trasera, diciéndole que ese lugar era sólo una puerta de servicio.

—O a veces un mago que ha muerto permanece expuesto aquí hasta que lo

sepultamos en las criptas que hay debajo de la Sala de los Magos. De todos modos, al fin y al cabo, es una puerta trasera, ¿no es así?

Lo condujo abajo, a las criptas, entre los muertos de eras pasadas, hechiceras y magos cuyos nombres eran legendarios desde hacía ya mucho tiempo, y también otros cuyas vidas sin incidentes no habían dejado ni un eco que susurrara su nombre tras la muerte. Más allá y debajo estaban las mazmorras, estancias oscuras y húmedas, en las que no había cadenas que colgaran de las paredes ni puertas que cerraran las celdas. ¿Y por qué debería haberlas? ¿Acaso no podían los magos de la Torre utilizar la magia para mantener encerrados a quienes quisieran? Lo condujo luego al patio posterior, y cuando Dalamar vio los jardines que allí había, llenos de flores, de árboles frutales y de plantaciones de verduras y arriates de hierbas, ella observó la expresión de su rostro, la veloz sombra de añoranza, como si pensara en la hermosa Silvanost, aquel lugar al que tal vez no podría regresar jamás.

—Ven —dijo, señalando las tres torres que coronaban cada confluencia de los altos muros negros—. ¿Si yo apostara a que tú pensabas que eran torres guardianas, perdería?

—Sí —contestó, alzando la mirada, con el tacto de una fragante hierba todavía fresco en sus dedos—, lo harías. ¿Qué utilidad tendrían en este lugar guardias y rondas de vigilancia?

Ninguna, pero la Torre necesitaba laboratorios bien alejados de sus torres centrales. En esos lugares se llevaban a cabo conjuros poderosos, experimentos mágicos tales que harían encanecer los cabellos del joven más velludo y provocar así la primera y más terrible pesadilla de la suprema ancianidad.

—Y cosas aún peores —explicó Regene—. No te llevaré allí ahora; están todas en uso. Pero ya tendrás tu oportunidad de utilizarlas, cuando aparezca esa necesidad.

Por último, Regene lo condujo al interior de la torre sur por una escalera posterior situada más allá de la Sala de los Magos y de vuelta a las bibliotecas. En ese lugar de maravillas lo dejó vagar, observándolo mientras el mago pasaba de un pasillo a otro, deambulando de un lado a otro por entre los estantes de libros hasta que, en las estanterías situadas en los rincones más oscuros y apartados donde se guardaban los volúmenes más viejos, se cruzó con un enano. Se produjo un silencio entre ellos, un momento en el que podrían haber intercambiado unos distraídos saludos con la cabeza antes de que cada uno siguiera su camino. Sus ojos podrían no haberse encontrado, pero lo hicieron, y en ese momento de encuentro Regene comprendió que se habían reconocido mutuamente.

El enano lanzó una ronca y chirriante carcajada. Sus labios se crisparon en una sonrisa burlona, y con un cuidado exagerado se acarició la barba, en un gesto insultante que quedaba claro incluso para aquéllos que no habían nacido en Thorbardin. No eres un hombre, no eres más que un joven imberbe y apenas digno de

atención.

Dalamar Hijo de la Noche permaneció inmóvil, como un mago tallado en obsidiana. Aunque no se movía, no estaba impávido. Entonces su mano se agitó, la mano derecha, la mano del poder, como si se preparara para lanzar un conjuro asesino; durante un momento, Regene se preguntó si la ley de la hospitalidad que se imponía a todo el que entraba en la Torre sería violada, infringida por vez primera hasta donde podía retroceder la memoria del mago más anciano del lugar. Dalamar levantó la cabeza, con mirada gélida y una expresión pétrea en el rostro. Alguna comunicación pasó entre ellos, algo que Regene no consiguió percibir, pues hablaban mente a mente, mago a mago; pero el elfo oscuro dio media vuelta y se alejó. Cuando llegó junto a ella, la hechicera percibió la cólera en él no como fuego sino como hielo, y la sangre se le heló en las venas, viéndose obligada a introducir las manos en las amplias mangas de su túnica para ocultar su temblor.

No obstante, sospechó que lo que ella intentaba ocultar, él lo había advertido, pero el mago no lo mencionó, ni dio la menor muestra de haberlo notado. Era como si la reacción de la hechicera no le importara, ni para reírse, ni para consolarla o menospreciarla. Con estudiada educación, Dalamar dijo:

—Gracias por la visita, Regene. Debo marchar ahora, pues tengo una cita que no quisiera perderme.

La mujer echó una veloz mirada a las sombras donde había estado el enano. Ahora éste había desaparecido. Con los ojos fijos en aquellas sombras, la hechicera informó a Dalamar que estaría encantada de guiarlo hasta su punto de destino.

—No —repuso él—, puedo encontrar el camino. —Le dedicó una reverencia, con la misma galantería que cualquier noble elfo de Silvanost, pero su voz sonó helada—. Te deseo un buen día.

Tras aquella despedida, lo dejó marchar, y cuando el elfo hubo desaparecido, se dirigió a los anaqueles donde su acompañante se había encontrado con el mago enano. Extendió sus sentidos, intuitivos y mágicos, pero no descubrió nada allí de lo que había pasado entre ellos aparte de una última ondulación de desdén y rabia. Se preguntó qué habría sacado al elfo oscuro de su indiferente silencio y provocado su cólera. No podía imaginarlo, y no quería perder tiempo haciéndolo. Los magos de la Torre la consideraban una joven inteligente. «Con buen olfato», decía Par-Salian de ella, indicando que poseía una excelente memoria y un agudo ingenio que en ocasiones se pasaba por alto a la luz de sus más seductoras habilidades para componer y descomponer una ilusión. Para el observador atento, aquéllos que sabían como mirar más allá de todos sus hermosos rostros, Regene de Schallsea también era conocida como una joven con ambiciones, que esperaba —no sin cierto fundamento— llegar a ser algún día miembro del Cónclave de Hechiceros y ocupar un puesto en la Sala de los Magos entre los veintiuno que dirigían el curso de la Alta Hechicería en

Krynn.

Perspicaz e incisiva, sabía que había algo en el elfo oscuro, algo que había atraído la atención del Señor de la Torre. Par-Salian la había enviado a su bosque guardián a conducir a Dalamar Hijo de la Noche por sus sinuosos senderos.

—No se lo hagas demasiado fácil —le había dicho—, pero consigue que llegue aquí.

La hechicera no había preguntado el motivo. Nadie hubiera osado hacer tal pregunta a Par-Salian, pero sentía curiosidad. Éste, este elfo oscuro, un autodidacta que no había sido más que un sirviente en Silvanost, parecía interesar al Señor de la Torre, y sin duda resultaría beneficioso para sus ambiciones mantenerse cerca de él, observarlo y ver qué podía averiguar.

Dalamar paseó impasible por entre las maravillas de la Torre. Pasó junto a magos y no los vio; todos los aromas de la magia que lo habían hechizado ya no le afectaban. Recorría la Torre, pero mentalmente, en su espíritu, recorría los bosques de Silvanesti, los bosques de la frontera donde un dragón había muerto entre alaridos, donde el clérigo Tellin Vientorresplandeciente había caído, retorciéndose y ahogándose al tiempo que profería su última e inútil plegaria. Alrededor el bosque ardía mientras miraba el interior de las negras profundidades de un rojo yelmo de dragón y veía los abrasadores ojos de un secuaz de Phair Caron, un hechicero que había acudido a matar a los creadores de ilusiones.

La furia se apoderó de su sangre. «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego en los bosques!». El grito resonó en su interior, repiqueteando como una campana. Con un amargo recuerdo, el elfo oscuro volvió a contemplar el cadáver rígido, el cuerpo de lord Tellin, quien, al fin y al cabo, no había sido el amo más duro al que había servido. Su señor había sido, como tantos otros elfos en aquella época del año, alguien que por lo general no se consideraba un guerrero; pero, a pesar de ser un clérigo acostumbrado a días más placenteros y a modos de actuar más pausados, había hecho acopio de valor y marchado al norte a combatir con la esperanza de liberar a su país del terror que assolaba sus fronteras, con la esperanza de convertir en realidad un sueño que jamás debiera haber abrigado...

¿Y pensó Dalamar que su propio sueño había muerto, asesinado en la frontera aquel día? En aquel momento, tal vez podría haberlo pensado. Ahora, no era así. Ahora sabía que las sendas que recorría, los senderos del mundo que conducían a través de territorios salvajes, de ciudades portuarias y torres derrumbadas, incluso alrededor de los límites de Neraka y al interior de Tarsis, eran caminos que el destino le había hecho recorrer. Era, ahora y entonces, una criatura del Hijo Oscuro, aquel

dios que prefería ante todo los secretos y la magia. Perteneía a Nuitari. Lo habría averiguado, de un modo u otro; habría pagado por su devoción con la moneda del exilio, más tarde o más temprano. Su rabia, la furia de su corazón, se debía a la mutilación de su país, de aquel bosque más querido para él ahora de lo que había sido cuando podía correr por los bien cuidados senderos; se enfurecía por la ciudad, la bella Silvanost, más adorable al recordarla que cuando despertaba por la mañana con el canto de las aves, el aroma del discurrir del Thon-Thalas, las voces de la ciudad, los nobles y sus esposas, los panaderos, los carreteros, mozos de las carnicerías y las costureras que iban y venían de las casas de la gente de alcurnia.

En la biblioteca de esa Torre formidable, había contemplado los ojos de alguien que había tomado parte en el saqueo de Silvanesti. ¡Ocho años atrás! Parecía que apenas hubiera transcurrido un instante desde el momento en que aquellos crueles ojos lo habían mirado con ferocidad desde el interior de un yelmo de dragón. Entonces los ojos habían pertenecido a un hombre alto como un bárbaro de las Llanuras; ahora eran los ojos de un Enano de las Montañas, un mago oscuro que, al mirarlo, lo había reconocido y despachado como alguien que carecía de importancia.

El Hombre de las Llanuras y el enano eran la misma persona.

Dalamar se detuvo, dándose cuenta sólo entonces que temblaba de cólera. Permaneció inmóvil durante un largo y pausado instante, y vio que la puerta que conducía a la Sala de los Magos estaba ligeramente entreabierta. En su interior aguardaba la portavoz de su Orden, Ladonna, quien le había pedido que acudiera allí. La mujer tenía un asunto que tratar con él, pero, fuera lo que fuese, él no iba a permitir que lo viera en el estado en que se encontraba, lívido de rabia. Aspiró con fuerza, sólo una vez, y cerró los ojos, concentrándose interiormente hasta que su mente se calmó y su corazón dejó de latir al compás de su cólera. Cuando volvió a sentirse tranquilo, posó una mano sobre la puerta de la Sala de los Magos. El simple roce con su mano hizo que ésta se estremeciera, sólo un poco, y que se abriera lenta y silenciosamente hacia el interior.

Dalamar paseó una rápida mirada por la alta y oscura estancia y tuvo la sensación de que se trataba de un lugar cavernoso, muy amplio y con un techo muy elevado. Pero, al mismo tiempo que pensaba eso, comprendió que no era ni la mitad de grande de lo que parecía; era la luz la que creaba esa ilusión, el pálido resplandor que se filtraba desde lo alto.

Oscura como las sombras, Ladonna estaba de pie ante un alto sillón de madera, uno de tres dispuestos en semicírculo, detrás de los cuales otros diecisiete formaban una media luna que abarcaba a los primeros. Un gran asiento de granito estaba colocado de modo que quien se sentara allí pudiera contemplar a todo el mundo. A éste, Ladonna le daba la espalda, y la mano que tenía posada sobre el brazo del sillón de caoba parecía blanca como el papel bajo la extraña e invariable luz.

—Señora, he venido, tal como ordenasteis.

La mujer se volvió para mirarlo con ojos escudriñadores, y él sintió esa mirada como el contacto de una mano helada. No pestañeó, ni siquiera cuando ella dijo:

—Lo has visto.

—Así es —respondió él, asintiendo una sola vez.

—Bien. Ahora entra. Hay algo sobre lo que tú y yo debemos hablar.

«Lo has visto. Bien». ¿Cómo, bien? ¿Por qué, bien? La curiosidad lo apremió. Dalamar se adentró en la estancia y, a medida que andaba, le pareció que el mismo aire se estremecía, como si el suelo de piedra bajo sus pies se moviera. Mantuvo el paso, sin mirar ni arriba ni abajo.

—Estoy haciendo un mapa, Dalamar Hijo de la Noche. Ven, acércate.

La hechicera volvió a agitar la mano, un gesto lánguido que capturó la pálida luz de lo alto en las facetas de sus dedos cubiertos de anillos y la arrastró por el aire en tonos zafiro, rubí y esmeralda. Aquellas tenues estelas eran como hilos, y con ellos la mujer tejió un mapa sobre el suelo de piedra gris. Se alzaron torres en mitad del suelo, torres que llegaban a la altura de los hombros del mago, y que custodiaban un siniestro castillo que se alzaba sobre el pico más alto de una montaña que dominaba una isla. En el pico siguiente, uno que era apenas algo más pequeño, había un dragón enroscado bajo el calor del día, con el sol centelleando como brillantes flechas en sus garras y escamas de azul acero. Ladonna volvió a mover la mano, y a la luz de los diamantes pintó agua resplandeciente en el suelo, el océano Courrain, y justo fuera del abrazo de las islas de Karthay, Mithas y Kothas, un torbellino de agua como una herida que jamás cicatriza.

—El Mar Sangriento de Istar —indicó Ladonna, y esbozó una sonrisa lúgubre—. No hace mucho viste lo que se había alzado en ese lugar en la época anterior al Cataclismo.

En su Prueba lo había visto, en el ámbito del sueño en el que había elegido permitir que Lorac Caladon se llevara el Orbe de los Dragones de la Torre de Istar, y aquel Orbe había sumido el reino más bello del mundo en una pesadilla. Había sopesado en la balanza el destino del amado reino y las exigencias de la Alta Hechicería, que ordenan que nada puede interferir en las pruebas de un mago. Él había elegido, como siempre había hecho, a favor de la hechicería, y no estaba dispuesto a mostrar ninguna señal de arrepentimiento o pesar ante esa mujer cuyos ojos lo observaban con tanta frialdad. Sin embargo, Dalamar no pudo evitar mirar al sur y al oeste el Mar Sangriento y, sin pensar, buscar Silvanesti. Ese mapa mágico no lo mostraba, y en su corazón su voz más secreta musitó su profundo dolor: «Ninguna calzada te lleva a casa, ni siquiera las que están dibujadas en mapas».

—Señora —dijo, apartando los ojos del lugar que no podía ver ni tampoco visitar nunca más, devolviendo su mente del dolor a la situación actual—. ¿Por qué me

mostráis este castillo de Karthay?

Y ¿qué tiene esto que ver con vuestra satisfacción porque haya visto al mago enano y él a mí?

Ella lo miró un largo rato, evaluándolo con su aguda mirada.

—Escúchame, Dalamar Hijo de la Noche, y aprende bien esto: has vivido durante la Guerra de la Lanza, sabes que los dioses actúan siempre en el mundo utilizando a mortales como sus instrumentos y armas, y sabes, porque no eres ningún estúpido, que no han dejado de rivalizar, no importa qué tratados hayan firmado los mortales entre ellos.

El elfo oscuro cruzó las manos en el interior de las amplias mangas de su negra túnica y aguardó.

—Sin embargo, existen dioses que se abstienen de tomar parte en ese juego. Tú también los conoces. Se trata de las tres criaturas mágicas, los dioses de la Alta Hechicería. Ellos aman el equilibrio por encima de todas las cosas, y nosotros que practicamos su Arte sabemos que si el equilibrio entre las tres esferas falla...

—Entonces la magia desaparece —repuso Dalamar, estremeciéndose.

La hechicera alzó una mano para echar hacia atrás un pequeño mechón de sus cabellos plateados, y las piedras preciosas centellearon cegadoras en sus dedos.

—Exactamente. Dejemos que Paladine y Takhisis jueguen a la guerra, que Gilean lo observe y anote todo con sublime imparcialidad; a ellos no les importa si el equilibrio se rompe. Pero nosotros que recorremos la senda de la hechicería debemos esforzarnos siempre por mantener el equilibrio de la luz y la oscuridad para que nuestra magia sobreviva. ¿No nos mostró eso Istar?

—Señora, nadie sabe lo valioso que es el equilibrio mejor que un elfo oscuro. Me decís lo que ya sé.

La mujer enarcó una ceja, una ceja indiferente, y él calló. En el silencio nada se movió, ni siquiera la imagen del mapa del suelo; era como si los océanos que la hechicera había dibujado se hubieran congelado, como si las torres que había alzado se hallaran en ese instante entre el azote del terremoto y el desmoronamiento de la piedra.

—Bien —repuso ella en una voz que le puso de punta los pelos del cogote—, veamos, maese mago, si puedo decirte algo que no sepas. Este equilibrio que amamos se halla en peligro de desplomarse. —Sus ojos se entrecerraron, relucientes y peligrosos—. El que se afana por desequilibrar la balanza es el mago que has visto hace poco en la biblioteca —sus labios se movieron en una cruel sonrisa—, un mago que conoces de otros tiempos.

Él respondió con audacia, pues sólo había otro modo de hablar, y ése era con temor, pero no debía hacerlo entonces, no debía hacerlo jamás.

—El mago que conocí en otros tiempos, señora, era un alto Hombre de las

Llanuras, un bárbaro con una armadura roja que cabalgaba en un Dragón Rojo. El mago que vi hoy es un enano.

—Sí, y si lo vieras de nuevo fuera de esta Torre, tal vez no verías ni a un Hombre de las Llanuras ni a un enano. Podrías no ver a un hombre, sino a una mujer preciosa o a un niño. Su nombre, el que sus padres le dieron en Thorbardin, es Tramd Golpeapiedra. Pero la mayoría de la otra gente lo conoce por Tramd el de las Tinieblas. No hace mucho, tú y yo hablamos sobre las señales que la Prueba puede dejar sobre el mago que la pasa. A éste la Prueba lo dejó convertido en una reliquia putrefacta, ciego, incapaz de abandonar su lecho, de alimentarse o de mantenerse limpio. Todo lo que le queda es su mente y su magia.

—Una mente —dijo Dalamar, comprendiendo de repente—, que envía por ahí en forma de avatares.

—Sí. Es un vagabundo que busca por todas partes el hechizo o el talismán o el objeto que pueda devolverle la salud. Lo encontraste en Silvanesti porque había hallado un modo de facilitar su búsqueda: entró a formar parte del ejército de la Señora del Dragón Phair Caron. Atravesó todos los territorios conquistados por ésta, buscando la magia que necesitaba. Tras la guerra, recorrió el mundo que ayudó a ultrajar, prosiguiendo con su búsqueda. De vez en cuando, aparece por aquí, para inspeccionar las bibliotecas y las salas de archivos.

—Al parecer, no ha tenido éxito en hallar lo que sea que busca.

—No. Pero ha encontrado a otra Señora del Dragón a la que servir, y ella sin duda le ha hecho promesas, promesas en las que él ha elegido confiar. Se trata de la Dama Azul.

La Dama Azul, la guerrera que en este momento se hallaba en Sanction, esperando su oportunidad para iniciar de nuevo la guerra en nombre de la Reina de la Oscuridad, aquella cuyas fuerzas llenaban Neraka. Su título sonó como el choque de lejanas espadas en la sala, repiqueteando. Sabía que era la hermanastra del mago que había acabado con la Pesadilla que atenazaba Silvanesti.

—¿Es tan poderosa, entonces, señora, que teméis que pueda inclinar la balanza en la batalla entre los dioses?

—Es poderosa y cada vez lo es más. Goza del favor de su Oscura Majestad, y tiene a Tramd para realizar una magia para ella como el mundo no ha visto últimamente. El hechicero tiene más poder ahora que cuando Phair Caron era su Señora del Dragón. Ha aprendido algunas cosas en sus vagabundeos, aunque no haya descubierto lo que busca. —Calló, un silencio pensativo durante el cual Dalamar pudo verla reflexionar—. Y otras cosas están sucediendo, muy lejos en Palanthas. Otra fuerza... bien, podemos hablar sobre eso en su momento. Por ahora, hemos hecho muchos progresos. ¿Te gustaría llevar a cabo una misión para mí, Dalamar Hijo de la Noche?

El pulso del elfo oscuro se aceleró. La mujer mostraba la expresión de quien está a punto de otorgar un favor, y él podía adivinar cuál era.

—Señora, sólo tenéis que mencionarlo, y lo haré.

—Mata al enano. No al avatar, que no es más que arcilla a la que se ha infundido vida. Cuando se destruye, la mente del hombre vuela de nuevo a su hogar de regreso a Karthay y a la ruina que es su cuerpo. Mata esa ruina cuando no haya un avatar al que pueda regresar su mente, y matarás al enano mismo. —Se echó a reír entonces, pues vio cómo brillaban los ojos del mago, cómo se despertaba su avidez—. Pensé que esta misión resultaría de tu agrado. Pero que quede claro: al hacerte cargo de esta misión, arriesgas la ira de su Oscura Majestad. Tramd es parte de su obra.

Ahora el corazón desbocado de Dalamar empezó a bombear sangre tan helada como la nieve derretida. No importaba, no importaba. La venganza se hallaba al alcance de su mano. Muy cerca, también, estaba una oportunidad para disfrutar de una posición elevada en el favor de Ladonna, y por esas cosas el mago arriesgaría su vida y daría por buena la jugada.

—Señora, yo no busco la ira de la Reina de la Oscuridad, pero no permitiré que me paralice el temor a provocarla.

—Es mi esperanza que sea como dices —murmuró ella con ironía—. Y también espero que recuerdes la existencia de ese dragón que toma el sol durante el día en las cumbres y protege al mago en su indefensión por la noche.

—No lo olvidaré. —Alzó la cabeza entonces, y la miró intrépidamente a los ojos—. Ni tampoco olvidaré que esperáis que no fracase en esta prueba a la que me sometéis.

—¿Una prueba? —La expresión de Ladonna mostró sorpresa, pero sólo un resquicio—. ¿No has pasado suficientes pruebas?

—Parece que no.

—Bien, bien. Eres una persona perspicaz, ¿verdad? Sí, ésta es otra prueba. ¿Deseas saber qué te aguarda tras esta prueba, en el caso de que tengas éxito?

Dalamar se encogió de hombros, y ella volvió a mirarlo, de nuevo para escudriñar en su interior. Cuando lo hubo hecho, explicó:

—Palanthas está detrás de la prueba.

Palanthas, donde se hallaba la única otra Torre de la Alta Hechicería superviviente, rodeada por el Robledal de Shoikan y una hueste de no muertos y espectros y cosas peores para desanimar a los intrusos. Nadie había estado en la Torre de Palanthas desde la caída de Istar. Sellada con una maldición, la maldición misma ratificada con la sangre del señor de aquella torre, un mago que se arrojó desde las almenas más altas y fue a empalarse en la valla de hierro del suelo. Desde aquel momento, nadie había entrado en la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas.

—Y ¿qué hay en Palanthas para mí, señora?

—No —contestó ella—, no voy a contarte nada de eso. Ahí nos desviamos a cuestiones que es mejor hablarlas con el Señor de esta Torre. Ve a librar al mundo de ese enano, luego nos ocuparemos de las preguntas y respuestas.

—Muy bien —repuso él, con los ojos fijos aún en los de la mujer—. Eso haré, señora.

La hechicera sonrió, y no fue una sonrisa afectuosa. En ese momento, la entrevista terminó, y ella giró sobre sus talones y se alejó. El susurro del extremo negro del repulgo de su túnica sobre el suelo fue el único sonido perceptible en la gran estancia. Sobre el suelo, su ilusión seguía en pie, el mar congelado y las torres de la ciudadela sobre las montañas de Karthay, y el dragón como una figura forjada en acero azul.

Justo al amanecer, cuando los primeros dedos rosados de luz se extendían sobre el mar, brillando en las palomillas de las aguas y dorando las alas de las gaviotas que volaban sobre las montañas situadas donde el mar se encontraba con los acantilados de la zona más septentrional de Karthay, un mago enano despertaba de su torturado sueño en el castillo que todas las gentes de los alrededores conocían como Ciudadela de la Noche. La atmósfera de sus aposentos estaba cargada de olor a incienso, perfumes pensados para ocultar el siniestro hedor dulzón de la muerte y la putrefacción que emanaban de su cuerpo. A él no le importaba en absoluto qué olía bien o mal, pero permitía esos perfumes en consideración a los que se ocupaban de él, los criados que lo alimentaban, limpiaban y vestían.

Tenía sólo una preocupación, un propósito, y la hediondez de su larga e interminable agonía jamás desvió su atención de ello. El hechicero no se movía, porque no podía; sus extremidades le resultaban inútiles, consumidas mucho tiempo atrás, los músculos contraídos e inservibles, la carne apergaminada y reseca. Nadie pensaría, al mirarlo, que allí había un enano salido de Thorbardin, que en una ocasión había tenido un pecho amplio y unas piernas y brazos tan fuertes que en todas las competiciones de fuerza en las que participaba, ningún otro esperaba tener la menor posibilidad de obtener el honor y el premio. Aquellos brazos y piernas habían desaparecido, como si los hubieran cercenado de su cuerpo con un hacha, y tampoco poseía Tramd ojos que abrir al despertar. Hacía mucho que se los habían arrebatado. Arrancado. Quemado. A lo mejor se los habían extraído. En ocasiones su memoria decía una cosa, en otras otra. Habían transcurrido muchos y largos años desde que pasara su Prueba en la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, muchos desde que recorriera los sinuosos senderos a través de aquel bosque móvil y encontrara las puertas de la Torre. En aquellos tiempos, su Oscura Majestad, Takhisis Reina de la

Noche, no había despertado a los dragones de su largo letargo; en aquellos días, las razas mortales de Krynn no soñaban, ni siquiera en la más terrible de las pesadillas, que la Reina de la Oscuridad volvería a desplegar sus alas sobre el mundo, para iniciar de nuevo su búsqueda de un modo de gobernar los corazones y los espíritus de todas las razas, para sentir cómo el mundo temblaba mientras cada hombre y mujer doblaban la rodilla ante ella.

Así pues, esa mañana, como cada mañana, Tramd despertaba a ciegas, pero no ciego en absoluto. Si bien la magia de su Prueba le había arrebatado la visión física, aquella misma magia le había concedido una especie de vista. Proyectó su mente y reanimó al avatar que todos los de la Torre de la Alta Hechicería conocían como Tramd, y que era el que más se parecía a su propio cuerpo cuando estaba sano y entero. La oscura barba, el pecho fornido, los brazos gruesos y poderosos. A veces se detenía ante espejos para contemplar al avatar a través de los propios ojos del avatar, y pensaba que nada había cambiado, nada desde el día en que entró por primera vez en la Torre hacía tantos años. A veces, de un modo fugaz... y luego la impresión se desvanecía ante la realidad que conocía sólo el enano que yacía pudriéndose en su cama de sedas y raso, siempre muriendo, pero sin morir jamás.

Esa mañana no se miró en el espejo. Dejó que el avatar sólo se vistiera y aliviara la presión de su vejiga; no le permitió que se alimentara, aunque tan estrechamente ligados estaban los sentidos del avatar y la mente del mago que el hambre de la criatura era su propia hambre.

Lo envió a errar por los pasillos de la Torre, lo envió a pasear con las primeras luces del día al jardín del patio trasero. El ser dejó atrás arriates de hierbas, sin hablar con nadie, aunque ninguno de los que se ocupaban de las plantas pareció advertirlo. Tramd no era famoso por su sociabilidad, ni célebre por su encanto personal.

Siguiendo las órdenes del mago, el avatar fue a la torre exterior orientada al norte, al laboratorio del primer piso donde había pasado la última semana trabajando en experimentos levitatorios, hechizos de naturaleza alada, y también aquéllos que invalidaban la atracción de la gravedad. No guardaba archivos de su trabajo allí, no tomaba ninguna nota sino que lo conservaba todo en su mente. Eran los conjuros mágicos más secretos, hechizos que preparaba para la Dama Azul, hechizos que habían llegado a él en el éxtasis de la oración, en las palabras de alabanza que usaba para glorificar a Takhisis. Allí juntó aquellas frases mágicas con conocimientos obtenidos en antiguos textos hallados en la biblioteca de la Torre, y encajó unas con otras igual que un poeta adapta las palabras de sus endechas. Palabra a palabra, línea a línea, buscó formar un conjuro que convirtiera a la Dama Azul, a la Señora del Dragón Kitiara, en la centelleante espada que empuñaría la diosa del Abismo en su despiadada mano derecha. Si por fin conseguía crear la magia que la guerrera deseaba, tendría —eso había prometido la Señora del Dragón— aquello que más

anhelaba: un cuerpo completo y robusto, que la misma Reina de la Oscuridad le devolvería.

Trabajó mucho tiempo en el laboratorio, el mago revestido con el cuerpo de su avatar, y al mediodía dejó marchar a su criatura, la envió a las cocinas de la torre norte donde se preparó su propia comida y luego regresó a su labor. Cuando, al anochecer, abandonó de nuevo el laboratorio, el avatar se detuvo en su camino a través del patio al ver una figura oscura que cruzaba la verja, un mago con una túnica negra. Los últimos vestigios de luz centellearon en las runas plateadas cosidas a los bordes de las mangas, runas de protección y defensa. Allí iba el elfo oscuro, el que había matado al dragón en el que Tramd había volado al combate. Aquel mago de tercera había pasado sus pruebas, al menos eso se rumoreaba, y evidentemente lo había hecho lo bastante bien como para deambular por allí vivo. La mayoría de los que acababan de pasar la Prueba disfrutaban de la oportunidad de abandonar la Torre del modo más veloz, de salir como un relámpago mágico hacia su punto de destino. Pero éste parecía preferir una marcha más tranquila. Tramd farfulló una maldición, no una real destinada a matar o mutilar, simplemente un imprecación amarga y no demasiado entusiasta, pero no la finalizó. Como un fantasma, una sombra blanca que se deslizaba por el suelo, otra figura abandonó el recinto, pero ésta no salió de los terrenos de la Torre y penetró en el bosque guardián, sino que la mujer permaneció inmóvil unos instantes, muy erguida en su túnica blanca y con los negros cabellos agitándose alrededor de las mejillas bajo la perezosa brisa del final del día. Alzó la cabeza y los brazos, elevándolos como un cisne levanta las alas, y abandonó el recinto en medio de aquel mágico fogonazo, aquel teatral estallido de luz, y la imagen que dejó fue, realmente, la de un cisne emprendiendo el vuelo.

Regene de Schallsea, se dijo. Bien, bien.

Pero no volvió a pensar en ello. No entonces. El avatar estaba cansado, los músculos y los huesos le dolían a causa de la tarea realizada, y el enano permitió que regresara a sus aposentos. Desligó la conexión entre su mente y su cuerpo, pero no antes de que el ser se hubiera instalado en una especie de cómoda semblanza del sueño. De todos modos, no importaba si la criatura se desplomaba en el suelo en un revoltillo de brazos y piernas como una marioneta con los hilos rotos; nadie osaba meterse en la vida privada de Tramd el de las Tinieblas, o esa cosa que creían que era él. Yacería, sin que lo molestaran, hasta que el mago despertara, una vez más ciego, de nuevo en las altas torres de la Ciudadela de la Noche, para animar al avatar e iniciar un nuevo día de trabajo en sus conjuros de levitación, la magia que se burlaba de la ley de la gravedad.

Un viento ardiente soplaba desde las Praderas de Arena, gimiendo alrededor de los cascos situados fuera del rompeolas, erosionando los cascos de las naves y arrancando la pintura extendida a brochazos en invierno por los estúpidamente optimistas. Los niños corrían por los senderos abiertos entre los cascos, gritando y riendo bajo las sombras de los barcos que habían quedado varados cuando el Cataclismo se había llevado el mar. El olor a basura en descomposición flotaba en las polvorientas ráfagas de aire, deambulando por los sinuosos pasillos del mercado e invadiendo la Ciudad Nueva. El dulce aroma a hornada se desvanecía ante la fetidez, e incluso el leve perfume procedente de las esquinas tranquilas donde estaban las tiendas de los magos no conseguía vencer a años de arrojar desperdicios de modo inconsciente por encima de las murallas por parte de aquéllos que vivían en zonas mejores de la Ciudad Nueva. Gaviotas de alas grises, carroñeros que recorrían largas distancias, chirriaban sobre los montones de porquería, sobre los bazares, sobre toda la ciudad, y cualquiera pensaría que Tarsis era, todavía, una ciudad portuaria.

Cualquiera que recorriera sus calles y callejones percibía que Tarsis poseía el pulso de una ciudad portuaria; el tamborileo de las voces en el mercado, las mujeres gritando a los niños, los alfareros trabajando en el torno, herreros enanos chillando para hacerse oír por encima de sus propios yunques.

Los loros chirriaban dentro de jaulas doradas, los leopardos gruñían en corrales cerca del lado sur del mercado, criaturas exóticas capturadas y encerradas para ser vendidas a las gentes adineradas de esa ciudad o de cualquier otra. De repente, se habían puesto de moda los tigres durante el invierno, grandes bestias acechantes que dejaban merodear ante las puertas de aquéllos que se consideraban a sí mismos tan ricos o famosos o políticamente valiosos como para temer un secuestro. Por todo Krynn se veía a las criaturas de la selva en los patios de los palacios, y algunas de las gentes más ricas poseían fosos en los que arrojaban pirañas insaciables. La posición social de una persona se juzgaba de acuerdo con la ferocidad empleada en protegerse, y en el mercado de Tarsis se vendían muy bien todas esas criaturas, con excepción de los peces.

Las imágenes, los olores, el sonsonete de las innumerables voces del gentío con sus túnicas de brillante colorido, las camisas relucientes y las calzas de seda se arremolinaban alrededor de Dalamar como una danza mientras éste recorría las calles, encaminándose desde el lado sur para ascender por la calle de los Alfareros, como llamaban de forma eufemista a la hilera de burdeles que todos los habitantes de la ciudad conocían como la avenida de las Doncellas, y descender por Hilera Férrea. Avanzó veloz por aquella calle, no tanto porque se dirigiera a algún punto sino para

huir del estrépito, apresurando el paso para dejar atrás las fraguas y las herrerías, las armerías donde tantas palabras del lenguaje enano inundaban el aire —gritos, risas, canciones y juramentos— que un ciego creería hallarse en Thorbardin.

En el paseo de las Flores, donde productos y hierbas y, desde luego, flores se vendían en tiendas que tenían pequeños jardines en sus partes traseras, una hermosa joven se asomó por una ventana para gritar a un muchacho que estaba en la adoquinada calle. Dalamar alzó la mirada al oír la voz y sonrió ligeramente. La conocía, era su amante de otros tiempos. Ella lo saludó, pero sólo de pasada, porque ahora tenía la mirada puesta en otra persona. Él no le devolvió el saludo. La joven había desaparecido de su vida y no era probable que fuera a regresar. Tampoco le importaba eso aparte de sentirse aliviado porque la cuestión estuviera zanjada, la relación entre ellos finalizada por completo.

Siguió su camino con pasos más ansiosos, abriéndose paso por entre la multitud mientras se encaminaba a aquella parte de la ciudad a la que no se había vinculado ningún nombre, el lugar conocido simplemente como Su Barrio, o Nuestro Barrio, si el que hablaba era un mago. Allí las calles se estrechaban para convertirse en callejuelas. Dejó atrás la Tienda de la Noche Oscura, la Luna Roja Creciente, la Mano de Solinari, y por fin llegó a Los Tres Hermanos, donde le esperaban sus habitaciones. No tomó la escalera trasera ni entró para hablar con el tuerto palanthino que dirigía la tienda para un mago que nadie conocía ni había visto jamás. Dalamar se detuvo ante la puerta, donde las dos mitades serradas de un tonel de *whisky* aparecían llenas de hierbas, tomillo, menta y las brillantes flores naranja de la capuchina derramándose por los costados.

—Buenos días —saludó una mujer, cuya túnica blanca refulgía en el sombreado umbral, y que llevaba la negra melena sujeta tras la cabeza. Los ojos color zafiro de Regene de Schallsea brillaron al acercarse—. Bienvenido a casa, Dalamar Hijo de la Noche.

Dalamar le sirvió vino elfo en copas de cerámica gris adornadas con rojas líneas ondulantes, dos de las tres que había descubierto en Valkinord, y ofreció a Regene un cómodo asiento en el sofá situado cerca de la ventana. Bajó las persianas para que la fuerte luz del verano tarsiano brillara amortiguada, y las hediondas brisas de los montones de basura realizaran sólo una leve incursión, y encendió incienso para ahogar el olor, por su propia comodidad. Anhelaba el olor de las brisas forestales y allí no encontraría nada de ello.

La hechicera aceptó su hospitalidad, sonriendo con serenidad por encima de la copa de vino, y se comportó por completo como si su visita fuera esperada, igual que

hizo él. La muchacha se dijo que jamás había encontrado a alguien más incapaz de mostrar enojo que ese elfo oscuro salido de Silvanesti.

Permanecieron sentados en silencio unos instantes, jugando durante un tiempo a averiguar quién hablaría primero. Diminutas sondas psíquicas susurraron por el plano mágico, buscando, viéndose rechazadas, buscando. Finalmente, fue Dalamar quien habló primero. La máscara de la hospitalidad desapareció de su rostro, sus ojos centellearon, y la mujer tuvo la impresión de contemplar aceradas cuchillas.

—Explícate —indicó el mago.

—Yo diría que soy tan transparente como el velo de una prostituta —repuso Regene, encogiéndose de hombros; a continuación cruzó las piernas bajo el cuerpo, tirando del repulgo de la túnica con recato para cubrir sus tobillos—. Estoy aquí porque pensé que tú estarías aquí. —Señaló alrededor, satisfecha—. Y lo estás. Abandonaste la Torre con cierta precipitación tras sólo un cuarto de hora de conversación con Ladonna, y no creo que ella te llamara para decirte lo mal que te había ido en tu Prueba. Más bien, lo contrario. Algo se cuece, Dalamar Hijo de la Noche, algún temporal de acontecimientos mágicos y políticos. Tengo buen oído. Sé cuando los portavoces de las Órdenes remueven la olla y que es probable que estén cociendo. Si no te encuentras en el ojo del huracán, desde luego estás muy cerca.

Osada, se dijo él mientras alargaba la mano para cogerle la copa y volver a llenarla. Ella la tomó, y el contacto de sus dedos fue cálido sobre los del mago. El elfo oscuro se acomodó en el asiento situado frente al de la mujer. No había estado allí desde la primavera y, sin embargo, parecía que los almohadones habían soportado su peso aquella misma mañana, con la impresión de su espalda cómodamente moldeada aún tras meses de pasar largas horas sentado con libros, absorto en meditación, o con los peligrosos sueños de los magos cuando se dormía bajo la luz de las tres lunas.

—Eres una loca —le dijo en voz baja; no estaba seguro de aquello, pero le gustaba hacer experimentos—. Vienes aquí como si esperaras un buen recibimiento, como si me conocieras bien y pudieras contar con un trato educado.

Regene se encogió de hombros, luego alzó la copa de vino, paseó la mirada para comprobar cuan cómodamente se hallaba, y respondió:

—Si esto es un recibimiento brutal, creo que sobreviviré.

Dalamar sorbió su bebida, la ahumada cosecha que le hablaba, susurrante, de Silvanesti en otoño. Cerró los ojos y contempló el dorado bosque, percibió el estremecimiento de las hojas de los álamos ante el primer soplo del invierno; y pensó en el bosque tal como lo había visto la última vez, asolado, destrozado, los árboles agonizando, el bosque convertido en hogar de Dragones Verdes. Silvanesti no había cambiado tanto en tres años, según decían todos los rumores y noticias. El príncipe de los qualinestis se había casado con Alhana Starbreeze, y, de un modo nominal, las dos

naciones elfas eran una sola. Sin duda todo parecía muy prometedor cuando se comentaba en los salones de los poderosos, pero el bosque seguía padeciendo tormento, tormento que se había iniciado porque Lorac Caladon no había tenido fe en que sus dioses resistirían el ataque del ejército de los Dragones de Phair Caron. ¡Qué satisfacción sentiría al arrancarle la vida a uno de sus secuaces que había sobrevivido a la Pesadilla de Lorac!

—Voy —dijo, con el sabor de Silvanesti en los labios— a tomarme una pequeña venganza personal. No tienes que preocuparte al respecto.

Regene enarcó una ceja y se recostó en el sofá. Subió más las piernas contra el cuerpo, y un tobillo desnudo apareció por debajo del dobladillo de la túnica.

—¿Así que Ladonna te hizo llamar y te ordenó que fueras a vengarte de algo? No sabía que la dama negociara con la venganza.

—Cuando le conviene.

—Tú, ah, pequeña venganza personal —murmuró la hechicera—, ¿tendrá acaso eso que ver con el enano Tramd?

—Sí.

—Entonces, es allí donde está la tempestad —asintió ella, satisfecha con sus apreciaciones; se inclinó hacia adelante, veloz, y el repulgo de la túnica se deslizó pantorrilla arriba para dejar al descubierto una suave piel blanca—. Deja que te diga algo, Dalamar Hijo de la Noche... sé que tienes una misión encargada por Ladonna. Tal vez también por Par-Salian. —Cuando él sacudió la cabeza como para negarlo, ella lo detuvo—. No te molestes en decir que me equivoco. Estoy en lo cierto, y cuanto más lo niegues, más segura estoy. Quiero ir contigo, lo que sea que estéis planeando, yo quiero tomar parte en ello. ¡Escucha! No deseo tu gloria para mí, no quiero otra cosa que formar parte de lo que hagas. Carezco de excesiva experiencia en mi arte, pero poseo poderes.

Regene se recostó unos instante para recapacitar, y él la dejó hacer, intrigado.

—Soy joven —siguió la mujer—, pero estoy bien considerada. Hay una cosa que quiero, una meta que tengo, y no se me ocurre cómo podría perjudicarte, pero sí imagino que podría ayudarte. Si lo miras a largo plazo.

—¿Qué largo plazo?

—El de tu vida, Dalamar. Espero, y no sin motivo, que un día me sentaré en el Cónclave de Hechiceros. Pero existen acciones que hay que realizar antes de que eso suceda, una reputación que crear, una obra a la que pueda señalar antes de pensar en presentarme a la nominación.

Y una vida que vivir, se dijo él. Eran unos locos tan impetuosos, aquellos efímeros humanos, consumiendo sus existencias con toda la rapidez de la que eran capaces, para arrojarse a un futuro que imaginaban y, por lo tanto, confiaban en que así sería. Y es ésta, añadió para sí, quien me sermonea sobre pensar a largo plazo.

—Te has forjado un bonito plan para ti —dijo, conteniendo una sonrisa—. ¿Te has dado cuenta de que todos esos hechiceros Túnica Blanca del Cónclave disfrutaban de una salud excelente?

—Así es —asintió Regene—, algo por lo que doy gracias. —Sus ojos color zafiro centelleaban con silenciosa risa—. Su continuada buena salud me proporciona mucho tiempo para hacer lo que debo para ser lo que deseo.

Dalamar contempló a la Túnica Blanca por encima del borde de su copa, a la hechicera que, como un cisne, estaba cómodamente sentada en el sofá. La mujer poseía muchas habilidades aparte de la creación de ilusiones; lo sabía porque lo había comprobado. Ocupaba un lugar prominente en la estima del portavoz de su Orden, y eso significaba en la consideración del mismo Señor de la Torre. No era su pupila, ni tampoco su alumna. Tal vez su posición era mejor, ya que Par-Salian la usaba para sus pequeñas misiones, como actuar de guía en el bosque de Wayreth. Esto, más que cualquier cosa que supiera sobre ella, la recomendaba a él.

Fuera, la brisa adquirió más fuerza, y bajo el omnipresente olor a basura corrió un aroma más limpio y puro. En ese final de verano, cuando ya no podía esperarse ninguna, la brisa presagiaba lluvia. Dalamar se puso en pie para subir la persiana de la ventana, y el refrescante aire envió serpentinas de humo desde la sala al interior de su dormitorio.

—Parece que el tiempo se va a estropear —dijo el mago—. ¿Tienes un lugar dónde quedarte en la ciudad? No tendría inconveniente en indicarte una buena posada.

Los ojos de Regene siguieron el tenue hilillo gris de humo, el incienso que flotaba a través de la puerta en arcada y penetraba en la estancia donde distinguió, apenas en un atisbo, una cama cubierta con un fino tul, la típica colgadura de un verano tarsiano repleto de negras moscas. Dalamar sonrió, con una ligera mueca sin alegría de los labios, e hizo su elección en ese momento. Aceptaría la oferta y la llevaría con él a Karthay. ¿Por qué no? La mujer tenía sus ambiciones, y él tenía la impresión de que no chocarían con las suyas. Se puso en pie, cogió las copas y la botella de vino, y la sostuvo ante la luz para ver cuánto quedaba; luego se la metió bajo el brazo, se encaminó al dormitorio, y dijo:

—En ese caso, ven.

Ella lo siguió, y en el espejo de la pared el mago contempló la sonrisa satisfecha de la hechicera. Entrado el día, mientras el sol se ponía dorado sobre Tarsis, la observó dormir y rozó su mejilla una vez con la magia. Sólo necesitó ese ligero contacto para saber qué soñaba, para conocer los sentimientos de la mujer y hasta qué punto era profunda y fuerte su ambición. La hechicera serviría, se dijo, como compañera en ese viaje, y consideró que existía una especie de simetría en que ellos dos, Túnica Blanca y Negra, se involucraran en esa tarea, cuyo éxito impediría a la

Dama Azul llevar a cabo su guerra y desgarrar el frágil equilibrio que cinco años de sangre y sufrimiento habían establecido.

Se recostó, soñoliento, oyendo los sonidos de la ciudad que iba enmudeciendo con el final del día. Pensó que la tarea que Ladonna le había encomendado no resultaría tan difícil de realizar.

Despertaron por la mañana, con los posos del vino en las copas, el recuerdo de su relación amorosa todavía en sus cuerpos, y fueron a buscar algo para desayunar. Tras alimentarse, regresaron a los aposentos del elfo oscuro, y éste le habló de Tramd, de los avatares y del encargo de Ladonna de que lo eliminara.

—¿Un asesinato político? —Regene se declaró sorprendida de que los recursos de la Torre se usaran para algo así.

—También me sorprendería a mí —repuso él—, si fuera eso lo que sucediera; pero no lo es.

Ella escuchó en silencio cuando le explicó el encargo en detalle y el resultado que se esperaba. No le contó lo que había más allá de la tarea completada; no hizo mención de Palanthas. Al fin y al cabo, ¿qué podía él decir al respecto? Sólo sabía una cosa más sobre la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas de lo que había sabido al abandonar Wayreth. En la vieja calzada del Rey, dos días antes de su regreso a Tarsis, había averiguado en una taberna que la Torre de Palanthas no estaba sellada y cerrada con una maldición. Lo había estado —ninguna historia mentía al respecto— pero ya no lo estaba. Un mago había entrado en ella, uno que había vestido túnica roja en una época y que la había cambiado por la negra después de la Guerra de la Lanza. Aquel hechicero había pasado por entre los horrores del Robledal de Shoikan como un noble pasea por su pacífico jardín al amanecer, y como un señor que entra en su palacio, había penetrado en la Torre. Una vez en el interior, había prohibido el acceso a todos los que se acercaban, y Dalamar no dudó de que eso intranquilizaba al Cónclave de Hechiceros. El mago era Raistlin Majere, aquél de los ojos en forma de reloj de arena y la piel dorada, que no había desaparecido de la historia de Krynn como un anciano Montaraz había sugerido, sino que, al parecer, se dedicaba a ampliar su lugar en esa historia.

Nada de eso contó el mago a Regene, pues dijera ella lo que dijera sobre su propia ambición, la de él era complacer a Ladonna con la realización de su misión. No deseaba arriesgarse a que ello le pareciera a la hechicera una buena manera de acrecentar el conjunto de su obra. Utilizaría a la mujer para lo que ella se había ofrecido, pero no haría más.

Tras eso, los dos magos sólo hablaron de modos de llegar a Karthay, y no

deliberaron durante mucho tiempo. Eligieron las alas de la magia por encima de las velas blancas de navíos que podían trasladarlos por mar, y partieron la mañana del día siguiente, pensando cada uno: «Bien, sé hasta donde puedo confiar en mi compañero, y eso debería proporcionarme lo que deseo».

Dalamar estaba en la playa de una lúgubre isla, en la que el gemido del mar y el cansino suspiro de las olas contra la rocosa orilla inundaban el gris amanecer. Desvió la mirada del melancólico cielo hacia el lugar por donde Regene caminaba en dirección a un amplio brazo de piedra que surgía de tierra firme. Alrededor yacían huesos blanqueados, cráneos destrozados y los desdichados fragmentos de lo que habían sido orgullosas quillas. No se trataba de los restos de un naufragio sino de muchos. No eran puertos favorables, las rocosas costas de Karthay. Muy pocos atracaban en ellas a propósito, y sólo algunos de los que se veían arrojados allí por la tormenta o la persecución de los piratas que merodeaban por Mithas y su isla hermana Kothas vivían para lamentar su destino. Eso era Karthay, la isla donde moraba el enano oscuro.

Regene interrumpió su paseo y le hizo señas con la mano para que se reuniera con ella. El mago obedeció, andando con tiento entre las piedras y apartando huesos a patadas, y cuando rodeó el promontorio, vio una calzada que iba a dar a la playa unos quinientos metros más allá. Amplia y lisa, ascendía en sinuosas etapas por la ladera de la montaña hasta el lugar donde una ciudadela flanqueada por torres coronaba el elevado pico. Ninguna magia protegía la calzada, no se habían dispuesto ni trampas, ni barreras. Pero ¿por qué iba a haberlas? En algún punto cercano, en una de las cumbres de menor altura situadas detrás de la ciudadela, acechaba un dragón color azul acero. Él lo había visto en el mapa que Ladonna había creado con su magia, y recordaba su advertencia.

A lo alto, las gaviotas chirriaban, al tiempo que sus alas grises y sus lomos blancos capturaban el primer destello del día. Regene alzó los ojos hacia los riscos que se elevaban sobre el mar, y sus mejillas, que él siempre había visto sonrosadas y vivaces, brillaron pálidas ahora.

—¿Lo percibes? —musitó, y él tuvo que acercarse para oírla—. ¿Lo percibes, Dalamar?

El mago se quedó inmóvil y proyectó sus sentidos, extendiendo su magia alrededor de toda la isla, hacia el cielo, al fondo del mar, por piedras y montañas.

—¿Percibir qué?

—Hace mucho tiempo que no he estado fuera de la Torre —explicó ella, estremeciéndose—. Allí estamos todos siempre muy tranquilos, somos gente pacífica, y todos respetamos la cortesía de la hospitalidad del Señor de la Torre. —Se abrazó a sí misma, temblando—. Y... tal vez lo habrás advertido... aunque los Túnicas Negras, los Blancas y los Rojas practican su magia, tejen sus hechizos, ponen en funcionamiento sus amuletos y talismanes, no notamos en gran manera la... la

intrusión de la hechicería de otra Orden. Sin embargo, aquí la siento, magia oscura como zarpas desgarrando mi carne.

—Interesante. —Dalamar alzó la vista hacia la colina a la ciudadela rodeada de torres—. ¿No habías tenido en cuenta eso?

—Lo hice —repuso ella—, sencillamente no creí que un lugar pudiera contener tanta maldad. —Lo miró a lo largo de su hombro, observándolo con atención, y el mago comprendió que estaba reconsiderándolo, recordando las dos noches pasadas en su lecho, las conversaciones en sus aposentos, y se dio cuenta de que comprendía quién era él—. No había pensado —continuó la hechicera, sin maravillarse y sin sentir miedo—, que tú formabas parte de esto.

—Soy lo que soy, Regene —replicó él con gesto de indiferencia—. Parte de la oscuridad, del mismo modo que tú eres parte de la luz. Una, creo, no es mejor ni peor que la otra.

Los ojos color zafiro de la hechicera se abrieron de par en par, sólo por un instante, como si oyera una blasfemia, pero enseguida se apresuró a decir:

—Sí, desde luego. Eso lo sabemos nosotros, los magos.

Un viento helado descendió por la calzada, desde la colina hasta el mar.

—Pero fuera del mundo de la Torre —replicó Dalamar—, donde la teoría se encuentra con la dura realidad del mundo, lo que sabemos no es tan hermoso como parecía, ¿verdad?

Ella no respondió. El mago asintió, y no perdió el tiempo preguntándose si había sido un necio al llevarla consigo en este viaje. En el momento en que la mujer mostrara signos de fallarle, la arrojaría lejos de su lado como un guerrero hace con el arma cuya hoja está mellada, cuya empuñadura muestra grietas.

«Tienes visitas», transmitió el dragón, el Azul cuyo nombre era Alfanje.

En un lecho de sedas y raso, en una estancia situada muy por encima del mar, un enano profirió un quejido, desde una boca que era una piltrafa de labios partidos y encías sangrantes, con los dientes podridos, y la carne despellejada. La barba le colgaba en blancos jirones, y el cráneo brillaba gris entre parches de filamentosos cabellos. En su mente centelleó una imagen, enviada por el dragón a esa criatura que no podía ver nada de lo que sucedía fuera de su propia ventana. Un elfo oscuro recorría la orilla, dirigiéndose hacia una hechicera Túnica Blanca que no se hallaba muy lejos. ¡Los conocía! Había percibido el odio del elfo oscuro días antes en la biblioteca, pero no había pensado que fuera a ser algo más que la cólera de un cachorro que no tenía ninguna posibilidad contra él. A la Túnica Blanca, también la conocía.

No se enfureció; no se sumió en el temor. Tramd el de las Tinieblas era alguien que hacía tiempo que sabía cómo estaban dispuestas las estrellas y el significado de aquellas figuras. Puesto que era un adivino, podía leer en las mentes y en los corazones, y comprendía el modo de pensar de los hechiceros, cómo fluía el poder, y, mejor aún, entendía con que rapidez los vientos de la política podían convertirse en calma chicha y deshinchar las velas de los poderosos sin más advertencia que un sencillo comunicado.

«Tienes visitas».

A esos dos los había enviado la Torre. Lo sabía porque sabía que no eran servidores de la Dama Azul, y nadie más lo odiaba tanto como para atreverse a ir a su ciudadela. Muy bien, se dijo, que vengan, y dejemos que prueben suerte. Los vientos no están tan tranquilos todavía, y tal vez podamos crear una tormenta aquí.

En la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, el avatar abandonó la biblioteca, descendió la larga escalinata y atravesó la torre trasera en dirección al patio. Dejando atrás los macizos de hierbas y verduras, penetró en la torre exterior y en el laboratorio donde la gente estaba acostumbrada a ver a ese individuo que conocían como Tramd. El ser cerró la pesada puerta de roble, corrió el cerrojo y se dirigió a una mesa larga, hasta la amplia extensión de mármol negro. Permaneció allí, sólo un instante, inmóvil como una noche sin viento, y a continuación llenó el pecho de aire y pronunció una orden en la profunda voz que todos los habitantes de la Torre habían conocido como la de Tramd. Pronunciada la palabra, el aire abandonó sus pulmones y el avatar se desplomó, convirtiéndose en polvo, sin que quedará de él nada aparte de las ropas que llevaba puestas. Por la mañana dirían que el enano se había matado debido a algún descuido en su trabajo. En esos momentos, nadie lo sabía, nadie lo echaba en falta.

Al mismo tiempo, en Karthay, donde las brisas soplaban heladas desde el mar y los primeros haces grises del amanecer se filtraban en la oscura estancia, el mago enano recuperó la conciencia, ciego, pudriéndose, y lleno de dolor en el mismo instante en que su mente pasó a habitar la ruina que era su cuerpo. Obligó a sus pulmones a llenarse de aire y luego lo dejó escapar, rezumante, y con el aliento surgió una palabra, una orden. En las sombras situadas detrás de su cama algo se movió furtivo, con las piernas rígidas y movimientos descoordinados, y como la luz de la luna centelleando sobre el oscuro mar, la mente del mago penetró en la arcilla de un nuevo avatar. De nuevo un enano, pero esta vez su pelo brillaba rojo como el cobre, los ojos azules como el mar; mostraba los amplios hombros de un forjador, las manos llenas de cicatrices, la vista aguda que sabía cómo mirar el corazón de las llamas y averiguar qué sucedía con el hierro que allí se fundía.

—¿Dónde están? —preguntó el mago con la voz del avatar, el enano al dragón.

«En la calzada que sube hacia aquí».

—Deshazte de ellos —ordenó, y fue a la ventana a observar cómo el dragón alzaba el vuelo, con las enormes alas desplegadas y el sol corriendo por sus escamas. Los ojos rojos de la criatura relucieron al tiempo que abría de par en par las mandíbulas para lanzar un rugido. La luz centelleó en sus colmillos, tan largos como el brazo de Tramd, y una sensación de expectación inundó la mente del hechicero mientras Alfanje planeaba sobre la isla, con el sonido de su avidez rebotando desde las cimas y en todas las torres de la ciudadela.

El dragón surgió chillando del cielo matutino como una tormenta que se acaba de desatar, y sus amplias y correosas alas ocultaron el sol. De pie en la primera curva de la calzada, Dalamar sintió la sombra del animal fría como un viento invernal y, al alzar la mirada, vio los ojos de la bestia brillando llenos de odio. El polvo se arremolinó en el sendero en pequeños torbellinos provocados por el paso del reptil. El elfo oscuro señaló en dirección este, y Regene comprendió al instante qué quería decir. Con el rostro tan blanco como su túnica, se situó de tal modo que el dragón, que se aproximaba a gran velocidad, se encontró entre dos magos. Dalamar realizó una pequeña danza con las manos que formaba el primer movimiento de un conjuro que la mujer conocería. Ella hizo lo mismo.

El elfo oscuro volvió la atención hacia su interior. La criatura rugió, pero él hizo caso omiso, concentrándose en lo más profundo de su interior, donde se hallaba su magia, aquel pozo centelleante del que pueden extraerse toda clase de maravillas. Hizo acopio de energía mientras el animal describía círculos en lo alto, por encima de sus cabezas, descendiendo un poco con cada pasada.

—¡Usa tu energía con cuidado! —chilló Dalamar a Regene—. ¡Hay un mago que nos está esperando, y dudo que yazca desamparado en su lecho!

—¡Vaya, un plan magnífico! —rió ella, con un sonido salvaje y ronco como la voz del mar—. ¡Primero luchamos y matamos a un dragón, luego vamos a por el mago! ¿Cuál es la diferencia entre locura y valentía, Dalamar Hijo de la Noche?

—¡No hay mucha! —Su compañero echó hacia atrás la cabeza para lanzar una carcajada al cielo.

—¡Por Solinari, pues! —bramó ella, mientras sus negros cabellos se agitaban hacia atrás con violencia y sus ojos color zafiro ardían.

En el mismo instante en que la hechicera gritaba aquello, el corazón de su compañero se elevó en plegaria al Hijo Oscuro, a Nuitari que era el dios en quien confiaba: «¡Tus deseos son mi voluntad, Hijo Oscuro! ¡Y espero te satisfaga, porque luché para preservar la magia que tanto amas!».

En el silencio, los dioses hablan, y Dalamar supo cuál era la voluntad de su dios

al sentir que se inundaba de energía, seguro en su convencimiento de que fuera lo que fuera, además, Nuitari era un dios honrado que no hacía promesas y no las cumplía. El júbilo lo embargó como vino ardiente, que lo abrasaba y deleitaba al mismo tiempo.

—¡Desciende! —chilló—. ¡Desciende, dragón! ¡Ponnos a prueba!

De las fauces del animal surgieron rayos, y con veloces y poderosos aleteos, Alfanje se abrió paso por el cielo, volando tan bajo sobre las cabezas de los magos que el viento provocado a su paso hizo que se tambalearan hacia atrás. La luz del sol centelleó sobre colmillos y garras, refulgiendo en las escamas de color azul acerado. El hedor a bestia carroñera del aliento del animal produjo náuseas a Dalamar.

El mago se sumergió profundamente en el lugar de su interior donde se hallaba su magia, y lanzó ambos puños hacia arriba. Un rayo brotó de cada mano, y uno de ellos alcanzó al animal en pleno pecho, empujándolo con fuerza y al mismo tiempo desequilibrando su vuelo. Otro lo alcanzó por detrás: la refulgente lanza de Regene. El fuerte olor a ozono hirió sus fosas nasales. Ningún olor a carne quemada invadió el aire —la piel del dragón era más dura que eso— pero el rugido de dolor ensordeció al elfo oscuro. Alfanje bramó, enfurecido, mientras salía disparado sobrevolando la playa. Igual que dos bailarines en perfecta sincronización de movimientos, Dalamar y Regene se volvieron para seguir su vuelo.

Como un cometa que atraviesa veloz el amanecer, el dragón descendió describiendo un arco hacia su blanco. Regene supo que era ella un instante antes de que lo comprendiera Dalamar.

—¡Quieta! —le gritó su compañero—. ¡Lucha! ¡No corras...!

Pero la hechicera corrió, sin hacer caso de su advertencia, incapaz de oír o sencillamente obligada por el instinto. La velocidad no la salvó, ninguna lo habría conseguido.

Con un grito agudo, Alfanje la arrancó del suelo y giró violentamente, para dirigirse una vez más hacia Dalamar. En la manga de la blanca túnica de Regene brotó una mancha de sangre. La mujer estaba viva, eso al menos advirtió el mago, porque vio su rostro, sus ojos color zafiro, incluso la oración que se movía en sus labios. ¡Solinari, alargad vuestra mano!

—¿Ahora qué? —gritó Dalamar—. ¿Vas a arrojarme un cadáver, dragón? ¿O la usarás para protegerte? No resultará gran cosa como escudo.

La criatura lanzó una carcajada, cuyo sonido fue como una llamarada en la mente del elfo oscuro. El ser pasó una vez por encima del mago y luego otra, con su presa inerte ahora en su zarpa. Pequeñas y cálidas gotas de sangre salpicaron el rostro de Dalamar, dejando en sus labios un sabor parecido al de la sal del mar. Por su parte, los labios de la hechicera se movían todavía para formar una plegaria cuyas palabras el viento arrancaba.

Alfanje abrió las zarpas y Regene cayó, desplomándose desde las alturas.

¿Valía ella el gasto de energía necesaria para salvarla? Dalamar tomó una decisión entre el espacio que media de un latido a otro del corazón. Una vez decidido, reaccionó al instante, enviando toda su energía hacia lo alto a través de sus hombros y a lo largo de los brazos, empujando contra el cielo, luchando, mágicamente, contra la ley de la gravedad. La caída de Regene aminoró un poco, pero sólo un poco, y la mujer chocó contra el duro suelo, quedándose sin aire en los pulmones por el impacto. El elfo se tambaleó, sintiendo también él la caída a través del circuito de su magia, que provocó que sus propios huesos chasquearan merced al golpe. Se estremeció y miró en derredor.

Regene gimió una advertencia, pero sólo consiguió articular entrecortadamente una palabra, un nombre.

—¡Dalamar!

El mago se volvió a tiempo de ver como Alfanje descendía como una exhalación desde las alturas, chillando con siniestro júbilo. Enormes alas oscuras ocultaron el sol y proyectaron una fría sombra sobre el sinuoso sendero y los dos hechiceros. Espoleado por la cólera, Dalamar volvió a convocar al rayo y lo lanzó a las alturas; arrojó un proyectil tras otro pero, debilitado como estaba, su puntería no era tan buena como habría deseado. Cuatro de las siseantes lanzas de fuego no acertaron al dragón, y sólo una lo consiguió. Sin embargo, fue suficiente. Dio al Dragón Azul entre los ojos, quemando las finas escamas de la zona y haciendo añicos el cráneo del animal.

Alfanje se desplomó sin vida desde el cielo, y el impulso de su postrer aleteo lo llevó a caer en el mar.

El alarido agónico del dragón resonó en los acantilados y rebotó de pico en pico y alrededor de las torres de la Ciudadela de la Noche. Tramd contempló la caída de la bestia con los ojos de su avatar, y en los oídos de su creación, y en los suyos propios, resonó aquel alarido. La muerte de la noble bestia que había volado en las batallas libradas sobre las Llanuras de Solamnia, combatido en el alcázar de Dargaard hasta tomarlo, y conducido un ejército en el encarnizado combate para ocupar la Torre del Sumo Sacerdote se había producido sin que nadie del ejército de la Dama Azul se apercibiera excepto él.

—Regresa con tu Reina —murmuró el enano al dragón, que había formado parte de la orgullosa ala que más quería Takhisis—. Deja que por última vez tu espíritu vuele hasta ella.

Dio la espalda a la ventana y permaneció en absoluto silencio, escuchando las

voces que sonaban en el pasillo fuera de su dormitorio. Los criados corrían gritándose unos a otros; se oyó un estrépito de metal, el tintineo de las cotas de mallas y el taconeo de las botas. Su guardia, una tropa de enanos sacados de las madrigueras más oscuras de Thorbardin —lo peor de los clanes, los hijos que se habían echado a perder, los hijos necios que los thanes de sus clanes habían apartado del trato con los de su raza— venía a custodiar su puerta. Eran suyos y de la Dama Azul. En el lecho, su cuerpo descansaba, estremeciéndose levemente, muriendo de forma permanente, y aquel cascarón moribundo, su guardia, lo defendería hasta el último aliento, el de ellos o el suyo.

No temía a los dos magos de la calzada. Había transcurrido mucho, mucho tiempo desde la última vez que Tramd había conocido el miedo. Pero sentía curiosidad. Los dos acudirían en busca no del avatar sino del cuerpo del mago, y él quería saber —de uno o del otro— quién los había enviado. ¿Dónde en la Torre de la Alta Hechicería se hallaba su enemigo? ¿Quién era aquel adversario que consideraba que una oportunidad de eliminar a Tramd valía la vida de esos dos hechiceros? Resultaría útil saberlo. No volvería a introducir un avatar en la Torre, casi todo su trabajo allí estaba concluido; pero deseaba saber a qué ocupante de aquella Torre sacaría a rastras del edificio, a quién —una vez que la Dama Azul hubiera emprendido su guerra— arrancarían de las destrozadas salas de la magia para practicar sus habilidades para matar lentamente sobre el cuerpo tembloroso de su enemigo.

—Venid, pues —dijo a los dos magos que se hallaban en el sendero—. Y sed más o menos bienvenidos.

Dicho eso, abandonó el dormitorio, dejando a la piltrafa de sí mismo sobre el lecho, y salió al pasillo para recibir el saludo de su guardia. Recorrió los sinuosos corredores y descendió la escalera de piedra donde, en cada rellano, había apostados más guardias, hasta penetrar por fin en su estudio para esperar allí a sus invitados.

Regene profirió un quejido. Incluyó la cabeza, sin que sus cabellos se movieran del cuello, pegados allí por la sangre procedente de un corte situado justo por encima de la curva de su oreja. Se había hecho el corte en la caída, pero era peor la herida que tenía en el brazo izquierdo; se secó la sangre de ella con el dobladillo de la túnica, lo que reveló que la herida no era tan grave como la sangre había dado a entender.

—Un escudo —dijo, y su amarga sonrisa pareció más bien una mueca—. Gracias por no usarlo.

Dalamar asintió, pero distraídamente, luego miró alrededor, calzada abajo en dirección al mar y de nuevo hacia lo alto a la ciudadela. El aire tenía una peculiar naturaleza trémula, no en la luz sino en la ausencia de luz, como si algo situado más

allá del cielo intentara abrirse paso a través de la claridad del día.

—¿Qué es eso? —inquirió Regene, con la voz apagada por el temor.

—Problemas. No creo que haya ya un enano que se llame a sí mismo Tramd el de las Tinieblas en la Torre de Wayreth.

—¿Crees que ha...? ¿Qué... qué ha regresado aquí?

—¿Tú no? —respondió él, asintiendo.

—¿Y qué hay del avatar? —Regene se secó más sangre del brazo.

El amargo recuerdo de un bosque en llamas regresó a él como una exhalación, el cadáver de un buen hombre a sus pies, y el armazón de la roja armadura en cuyo interior no había otra cosa que polvo.

—Se ha ido —respondió Dalamar—. Alguien barrerá un montón de polvo en algún lugar de la Torre y jamás sabrá que se trataba de él. Escucha —dijo, volviéndose—, no tienes que seguir adelante si no quieres hacerlo.

La miró fijamente, y los dos sabían que él no lo decía porque le preocupara una mujer que había yacido en su lecho durante dos noches. Regene ya sabía que el mago no era un amante sentimental. No era un hombre que invirtiera mucho en las dulces diversiones nocturnas; ni tampoco actuaba por el bienestar de alguien que lo había conducido por un bosque errante hasta la Torre de la Alta Hechicería. Se preguntaba si la mujer sería lo bastante fuerte para seguir, si la cercanía de tal maldad como inundaba la ciudadela la detendría, la inmovilizaría, la asustaría y la convertiría en inútil para él. La hechicera sabía que Dalamar Hijo de la Noche actuaría siempre y en todo momento en su propio beneficio.

Y ella lo haría en el suyo.

Un viento helado soplaba procedente del mar, y las gaviotas chillaban. Las olas barrieron con fuerza la playa mientras Regene desgarraba el borde de su vestido y lo enrollaba, con una sola mano, alrededor del brazo. Sujetando un extremo con los dientes y el otro con la mano sana, apretó el vendaje, sin efectuar más que una leve mueca de dolor. Con el rostro pálido, se puso en pie, al tiempo que se secaba las ensangrentadas manos en los costados de la túnica.

—Y ahora, ¿cómo lo hacemos? ¿Subimos hasta la entrada y pedimos que nos dejen entrar?

—No creo que haga falta tanto esfuerzo. —Dalamar sonrió ahora, pero no afectuosamente—. Mira.

Señaló al cielo donde el tembloroso aire se convertía en arremolinada oscuridad.

Regene aspiró con fuerza. La oscuridad se intensificó y se extendió como un cardenal en el brillante azul del día, inundando el cielo. Daba la impresión de que no se trataba de algo impuesto a la luz, sino que la misma luz se escapaba del cielo, del mundo y se perdía en el interior de una oscura herida. La herida del cielo se abrió, absorbiendo el aire del interior de los pulmones de Dalamar, y éste sintió sólo una

cosa antes de perder el sentido: la mano de Regene en su brazo, aferrada con fuerza como si sus dedos fueran garras.

Los dedos de Regene se clavaban con fuerza en el brazo de Dalamar, y agudos ramalazos de dolor recorrían su antebrazo hasta llegar al hombro. En las envolventes tinieblas, dolor era todo lo que sentía, irradiando de aquel fuerte apretón, y no desdeñó sentirlo, pues en ese momento, era la única sensación que percibía.

Al cabo de un buen rato, el sentido del oído regresó. El mago sintió el silbido de su propia respiración al serle extraída de los pulmones y una repentina carcajada en el mismo instante en que supo que no podía aspirar más aire. Intentó dar un paso, y una luz estalló sobre él en violentos colores saltarines, como las auroras que oscilan sobre la zona más septentrional del mundo. La luz no lo cegó, pero lo golpeó con fuerza, como un puñetazo en el pecho, y lo hizo tambalear. Jadeante aún, Dalamar dobló una rodilla, oscilando por culpa de aquella fuerza. Notó piedra bajo las manos, dura y fría, piedra bajo la rodilla, y ni una gota de aire en los pulmones.

Resonó una risa, fuerte y atronadora, y el aire penetró en sus pulmones con una energía asfixiante.

—Levántate —dijo una voz—. Levántate ahora, hechicerillo.

La ira se apoderó del elfo oscuro, ira que era como fuego y hielo. Se incorporó, respiró y, al hacerlo, consiguió ver. Ante él se alzaba un muro de luz reluciente, roja, azul, verde y amarilla, y todos los colores se movían y alteraban incansables de modo que ningún color permanecía igual sino que se mezclaba con otros en su mutación. La luz creaba una pequeña estancia, limitada en tres lados por el resplandor del arco iris y en el cuarto por una gruesa pared de piedra en la que se habían marcado unas líneas para sugerir una puerta, aunque no se veía ningún medio de abrir dicha puerta. Detrás de la pared de luz, dentro de la estancia, estaba Regene, mirando en derredor. Ella vio a su compañero y, con el rostro tan blanco como debería de haber estado su ensangrentada túnica, dio un paso hacia él.

—¡No te muevas! —espetó Dalamar—. ¡No toques la luz, Regene!

La mujer se quedó quieta, obedeciendo la advertencia.

Suave, a su espalda, Dalamar oyó una pisada y luego una rápida aspiración. Giró, y movió la mano para dar forma a un conjuro, pero se detuvo en mitad del gesto. Ante él había un mago enano, vestido con una túnica negra, de cabellos y barba rojos, que entre los enanos habría sido considerado apuesto: pecho fornido, anchas espaldas, facciones marcadas y ojos llameantes.

—Eres tú —dijo el elfo oscuro, manteniendo la voz baja y calmada a pesar del dolor que sentía en los pulmones; no mostraría a su adversario otra cosa que un semblante tranquilo y respetuoso.

El enano inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Soy yo, Tramd de Thorbardin, a quien en ocasiones se conoce como...

—Tramd el de las Tinieblas. Sí, ya lo he oído.

El sol de la mañana penetraba en el interior a través de la ventana situada detrás del enano, dorando el suelo de piedra. Un estudio, se dijo Dalamar. Estantes de libros ocupaban las tres paredes situadas al otro lado de la ondulante luz del arco iris, y cerca de la ventana se veían sillones macizos que parecían tallados en bloques compactos de piedra. Gruesos cojines y almohadones mitigaban las duras superficies y los bordes de aquellos asientos y, a poca distancia, había hileras de velas dispuestas sobre mesas, al alcance de la mano. Ésa era la habitación de alguien que leía y escribía hasta altas horas de la noche. A la izquierda del enano había un escritorio de roble, y sobre él montones de pergaminos, tarros de negra tinta y cálamos recién fabricados. En medio de todo ello había hojas de papel esparcidas descuidadamente: planos de alguna especie, esquemáticos diseños y fajos de notas. Desde donde se encontraba, Dalamar no podía ver qué forma tenían los diseños; sólo consiguió una fugaz impresión de una fortaleza o castillo de alguna especie.

—Tramd el de las Tinieblas —dijo, el elfo oscuro, apartando la mirada de los mapas—. Sí, te recuerdo.

—Imagino que sí. —Tramd se apartó de la luz del sol, lejos de la ventana, y sus ojos se entrecerraron—. Me había olvidado de ti, hasta hace poco.

El enano señaló a Regene como quien desea mostrar a un invitado un objeto interesante. Dalamar giró, y vio que las marcas en la pared de piedra habían cambiado, se habían profundizado, como si, realmente, indicaran un pasadizo de alguna clase, uno que estaba siendo abierto desde el interior, desde el otro lado de la piedra. Regene permanecía muy quieta, mirando la puerta y sin apenas respirar.

—Es una bonita pared, ¿no crees? Mira cómo brillan los colores sobre la mujer.

Derramándose sobre la túnica de la hechicera, corriendo por su piel, era como si la luz fuera un torrente de agua.

—Posee algunas propiedades interesantes, esa luz. —Tramd se acercó más a la refulgente pared; Regene lo advirtió y lo miró con furia, alzando una mano—. Oh, no —repuso él, y su voz se llenó de falsa preocupación—. No, muchacha, no pienses en salir de aquí mediante la magia o enviar tu magia a través de esto. Lo que hagas se volverá contra ti, cada fuerza que proyectes rebotará. Yo me quedaría quieta y con las manos pegadas al cuerpo, si estuviera en tu lugar.

No muy segura, pero reacia a ponerlo a prueba, Regene permaneció inmóvil.

—Hay —explicó Tramd, dándole la espalda a la mujer para mirar a Dalamar— algunas interesantes criaturas que viven bajo las montañas de Karthay. Algunos dicen que son una raza perdida de enanos. —Se encogió de hombros—. Pero eso son estupideces de extranjeros. Enanos de las Colinas, Enanos de las Montañas, enanos gullys; lo sabemos todo unos de otros, y si preferimos no reunimos, bien, eso no

significa que estemos perdidos.

La puerta de piedra se movió, arañando el suelo. Regene profirió una ahogada y veloz plegaria al tiempo que retrocedía, con pasos presurosos que la condujeron hasta la pared de luz. Rozó la luz con el borde de la manga y retrocedió tambaleante. Temblando, la mujer no dio ningún otro paso, mientras observaba cómo la puerta se abría de empujón en empujón.

—Como digo —Tramd sonrió de nuevo, efusivamente—, viven algunas criaturas interesantes bajo las montañas de este lugar. Lo que hay detrás de esa puerta no es pariente mío. ¿Vemos qué hay?

Dalamar miró al enano con ojos entrecerrados.

—¿Qué crees que ganarás amenazando a la Túnica Blanca?

La puerta volvió a moverse, siempre hacia el interior. Regene se removió inquieta, atrapada. Miró por encima del hombro al elfo oscuro, con los ojos color zafiro llenos de miedo. Sus labios se movieron en oración. «Solinari protégame...».

El dios no la había protegido demasiado bien cuando el dragón la atrapó, y no parecía que fuera a hacerlo tampoco ahora. El muro de luz se estremeció y mudó, con los colores mezclándose y cambiando, y la luz del sol recorrió el suelo hasta ir a tocar el extremo opuesto de la pared de luz. Una serie de arcos iris salpicaron toda la estancia, pintando las paredes e incluso el escritorio de roble.

—Ah —dijo Tramd, mientras se dirigía al escritorio; revolvió varias páginas que había allí, girando una de modo que Dalamar pudiera verla—. Mira, hechicerillo. ¿No es esto interesante?

El elfo oscuro permaneció donde se encontraba, con los ojos entrecerrados y cauteloso.

—Vamos, acércate. No voy a hacerte daño, elfo. Mira, porque es algo digno de ver.

Curioso, Dalamar se acercó, y el otro extendió su dibujo sobre la mesa. La página llevaba la anotación de un escriba indicando que no era un original sino una copia de trabajo. El boceto mostraba una fortaleza, con innumerables torres y con todos los pasillos y estancias, arsenales y salas de reunión que eran de esperar en un lugar de defensa. Curiosamente dibujada, no obstante, se dijo Dalamar, girando una página y luego otra. La mayoría de las representaciones de nuevas estructuras se muestran en un contexto, la fortaleza en un escenario natural: sobre la cima de un acantilado, en un bosque, protegiendo un desfiladero. De ese modo, el tamaño queda reflejado de un modo más efectivo. Pero esa imagen simplemente mostraba la fortaleza alzándose en el vacío, un dibujo negro sobre una cremosa página en blanco.

Y eso resultaba curioso, pero no tan fascinante como la escritura, las gruesas líneas de columnas que descendían por el margen derecho de la página. Eran runas, eso sí lo sabía Dalamar, y muy antiguas. Se acercó más para observarlas con mayor

atención. Runas enanas, y no de la clase que se acostumbra encontrar en los trabajos de los artesanos enanos.

—Una escritura mágica —indicó Tramd; pasó una página, y luego otra—. He oído que posees cierta habilidad con las runas. ¿Qué te dicen éstas?

La luz del arco iris se deslizó y estremeció. La piedra chirrió contra la piedra.

—Me dicen —dijo Dalamar— que conoces una escritura en runas que yo desconozco.

—Dicen más que eso —rió Tramd, con un sonido seco y duro que parecía una tos—. Son runas que pronto hechizarán una fortaleza como la de este boceto, más de una. Y esas fortalezas —siguió, trazando el contorno de la estructura con el dedo— serán ciudadelas volantes. Desde una de éstas, un ejército no se *defiende*. Desde aquí un ejército ataca, y ataca donde quiere.

Dalamar sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Ladonna había estado en lo cierto al decir que la Dama Azul ganaría la guerra siguiente. Y, cuando ganara, todas las naciones que habían forjado el Tratado de la Piedra Blanca y obligado a los ejércitos de los Dragones a firmar le pertenecerían. No habría Luz. Ningún otro dios con excepción de Takhisis sería venerado. Ella, la Reina de la Oscuridad, la Madre de los Dragones, conseguiría por fin lo que había intentado obtener en la Guerra de la Lanza. Sería la Reina de la Oscuridad en los corazones de todo ser vivo, y sus espíritus le pertenecerían para devorarlos, atormentarlos, y atesorarlos como un avaro atesora sus riquezas.

—Ves —explicó el enano con la luz del arco iris brillando sobre él—. Ves lo que puede ser. Lo que será. —Lanzó una carcajada—. Es inevitable.

Alzó la mirada de las páginas, para clavarla en los ojos del elfo oscuro. Unos ojos tan claros, tan brillantes y astutos, que Dalamar tuvo que recordarse que no miraba, en realidad, los ojos del enano Tramd. Los auténticos ojos del enano eran otros, estaban en otra parte, como lo estaba su cuerpo, el cascarón putrefacto que él había ido a matar.

—Escucha —dijo el enano, el avatar, con una sonrisa—, puedes formar parte de esto, hechicerillo. Puedes compartir tu suerte con la Reina de la Oscuridad. Ponte del lado del poder ahora, mientras seas bien recibido.

Penetrar en la oscuridad, lejos de la luz. Era lo que había estado haciendo toda su vida; había abandonado Silvanost por la oscuridad del mundo exterior y vagado por ruinas oscuras. Se había sentado en las colinas que circundaban Neraka y considerado esa misma posibilidad.

No, había dicho entonces. No. Y, sin embargo, si lo que había de ocurrir iba a ocurrir, ¿no sería él un estúpido al apartarse de la oscuridad que ya había abrazado?

Dalamar desvió la mirada del enano y de los dibujos. En su prisión de luz, Regene lo observaba atentamente. Él no la tenía en cuenta en su elección, ni se decía «no,

debo elegir intentando salvarle la vida como parte del trato». Ya se había dicho a sí mismo que la abandonaría si era necesario; no era a Regene a quien consideraba. Pero sí consideraba su misión.

¿Sabes cómo sería la vida sin el equilibrio?, había preguntado Ladonna.

Lo sabía, él que había vivido bajo la rigidez de una cultura que permitía sólo una clase de culto, una clase de magia. Sabía, como sólo un elfo oscuro puede saberlo, lo que era necesitar algo que nadie te permitía tener. Sin embargo, si el triunfo de su Oscura Majestad fuera, realmente, inevitable, ¿no sería un tonto si daba la espalda al bando vencedor y abrazaba el bando de aquéllos que se convertirían en sus esclavos?

—Escucha bien, elfo oscuro —dijo Tramd, y la voz del avatar se suavizó para adquirir el tono que utilizan los hombres razonables cuando discuten sensatamente—. Únete a mí y yo te recomendaré a la Dama Azul en persona. Le diré «aquí tienes a un nuevo Señor del Dragón», y gobernarás sobre cualquier reino que desees.

De improviso acudió a su memoria una imagen que había visto en los espejos de platino de la Cámara de la Oscuridad, y se le heló la sangre. La gente se inclinaba ante él y lo llamaba lord Dalamar. Era temido, respetado, incluso venerado. ¿Por esto? ¿Por lo que su adversario le ofrecía ahora? ¿Pasearía por un mundo que temblaría al verlo y recibiría los saludos de gentes sin importancia como si él fuera, en realidad, el señor que su propia gente jamás le habría permitido ser? Así sería, eso decía la profecía de los espejos, y en ese instante su corazón anheló aquello, alzándose a la idea de dominio, de poder temporal que equiparar a su poder mágico. El título «lord Dalamar» resonó en la zona más secreta de su espíritu.

—Así pues, ves lo que yo veo para ti —suspiró Tramd, con un leve tono de satisfacción—, lo que la misma Takhisis ve. Serás un hombre de gran trascendencia, alguien cuyo mínimo antojo cambiará el destino de naciones. Paladine y todos sus insignificantes parientes caerán ante su Oscura Majestad. Nada se opondrá a ella, y nosotros que le pertenecemos gobernaremos como ningún lord o rey ha gobernado en toda la historia de Krynn.

»Todo esto es tuyo, elfo oscuro, sólo con que me digas una cosa: ¿quién es tu amo? ¿Quién te envió a matarme?

Sólo tenía que abandonar la misión, romper la palabra dada, perder su honor. Sólo tenía que dar la espalda a la magia, a la Alta Hechicería, que moriría cuando el equilibrio entre la luz y la oscuridad, el Bien y el Mal, Paladine y Takhisis, se desmoronara.

—Enano —replicó Dalamar—, ve a lamer las botas de tu señora en Sanction.

La cólera, como una tempestad, ensombreció el rostro del enano, que musitó una palabra, diciendo en voz baja:

—Adelante.

El chirrido de la piedra sobre la piedra sonó más fuerte entonces, más prolongado,

y con el rabillo del ojo Dalamar vio una mano de piel grisácea que se curvaba alrededor de la puerta de la pared, con avidez. Era una mano grande, ancha y larga con uñas como zarpas, y el hedor a porquería y un cuerpo que no se había lavado desde hacía mucho tiempo flotó en el aire.

—En el nombre de todos los dioses del Bien, en tu propio querido nombre, Reluciente Solinari...

La oración de Regene se elevó desde su prisión. La hechicera carecía de magia, y no tenía armas, sólo el pequeño cuchillo que llevaba al cinto y su confiada oración.

—Y ¿qué —dijo Tramd, con la cabeza alta y el sol centelleando en su roja barba—, qué imagina esa Túnica Blanca que harán por ella sus oraciones?

Azuzado, Dalamar no respondió. Un profundo gruñido surgió de la oscuridad del otro lado de la puerta, y el hedor aumentó en intensidad. El elfo oscuro comprendió que se trataba de la pestilencia de la carroña o del carroñero. El sudor corría por las mejillas de Regene. Su oración se hizo más sonora, y la carne de sus nudillos se tornó blanca por la fuerza con que empuñaba su pequeño cuchillo. El mago enano dio la espalda al recinto, como si lo que sucedía allí no fuera cosa de su incumbencia, y cruzó la habitación hasta una pequeña mesa cerca de la puerta que daba al pasillo, donde murmuró unas palabras. De la nada aparecieron una jarra de plata y dos relucientes copas también de plata. Llenó las copas con un vino de un rojo tan profundo que parecía negro, y tomó un sorbo de una, con cuidado, como para catar la cosecha. Satisfecho, ofreció la otra a Dalamar.

—Gracias —replicó éste a su anfitrión de cuya mano no pensaba aceptar nada—, pero no.

—Tu amiga no tendrá que morir, si me dices lo que quiero saber —indicó Tramd, encogiéndose de hombros y tomando un buen trago—. ¿Quién os envió a matarme?

Dalamar permaneció inmóvil como una estatua, viendo orar a Regene. No suplicaría por ella ni haría tratos por su vida. Ella había elegido estar allí. Por su propia ambición, lo había seguido desde la Torre, y por su propia causa había acudido allí, a pesar de saber que él sólo servía a la suya propia.

Un salvaje rugido inundó la habitación cuando un hombre-bestia, un ser con ojos membranosos, piel cubierta de escamas grises y colmillos en lugar de dientes, surgió de la oscuridad situada tras la puerta de piedra. Unos mugrientos cabellos negros a modo de salvaje melena caían por la espalda de la criatura, y en las manos empuñaba una gran hacha cuya hoja centelleaba bajo la luz del arco iris.

—Es un grimlock —explicó Tramd—, que está hambriento, además. Por lo general come carne de rata en esas cuevas, pero siempre le gusta un poco de carne humana cuando puede conseguirla.

Regene dio un salto atrás, golpeó contra el muro luminoso y cayó de rodillas. Gateando, se incorporó, con el cuchillo todavía en la mano.

—En nombre de los dioses del Bien... —Se agachó cuando el grimlock blandió el hacha, volvió a caer, y rodó a un lado. No era una luchadora, pero era veloz.

—Dime lo que quiero saber, hechicerillo —repitió el enano, y su tono de voz no sonó tan razonable como antes—, y haré marchar al grimlock.

—Ella es una Túnica Blanca —repuso Dalamar, dándose la vuelta de nuevo—. ¿Por qué imaginas que me importa que llene la despensa de un grimlock?

Regene atacó a la bestia, veloz con su pequeña arma, y el hombre-bestia dio un salto, descargando un golpe con la hoja de su hacha. La hechicera lanzó un grito de dolor, y la sangre brotó brillante en el hombro de su túnica. El ser rugió, furioso al comprobar que el golpe no había acertado en el blanco y cercenado el brazo de la mujer. El arma silbó en el aire, Regene se arrojó a un lado, y una lluvia de chispas saltó del suelo de piedra cuando la hoja lo golpeó. La joven retrocedió tambaleante, volvió a chocar contra la luz, y en esta ocasión usó la fuerza repeledora en su propio beneficio, para salir disparada lejos de un nuevo golpe del hacha. El grimlock bramó, giró veloz, dio un traspie y fue a dar contra la barrera de luz. Proyectado lejos, avanzó bamboleante y el hacha le cayó de la mano.

La hechicera corrió a hacerse con el arma, sangrando por la herida del brazo provocada por las garras del dragón. Agarró el arma y la balanceó de un lado a otro. Carecía de toda técnica y no tenía ni idea de cómo luchar, pero sí sabía que debía mantener al tambaleante adversario apartado de ella, y el mejor modo de hacerlo era tener el hacha en movimiento.

Dalamar no se movió ni se estremeció siquiera. Fijó los ojos en Regene, quien, con los ojos encendidos y enseñando los dientes con la mueca propia de un guerrero, avanzaba, un paso y luego otro, sangrando y balanceando el hacha. El grimlock retrocedió, aturdido por el contacto con la barrera de luz y obligado a acercarse de nuevo a ella. La respiración de Tramd resonó áspera en los oídos de Dalamar, luego pareció titubear.

—¡Mátala! —chilló el enano al grimlock, que no quería hacer otra cosa que eso—. ¡Mata a la hechicera!

Enfurecida, la criatura se lanzó sobre Regene con las zarpas extendidas, y el hacha lo alcanzó en el codo, seccionando el brazo derecho. Un chorro de sangre negra como el betún brotó de la herida, y el ser profirió un alarido. Chillando en una lengua cuyas palabras mismas parecían un juramento, el grimlock se retorció a un lado, retrocediendo a trompicones. Golpeó la pared de luz y se vio arrojado hacia adelante otra vez; Regene aprovechó ese movimiento para atacar, con el hacha levantada por encima de la cabeza como la hoja del verdugo. La dejó caer, y el hombre-bestia murió, con la reluciente hoja enterrada entre sus omóplatos.

La hechicera se volvió, con los ojos color zafiro brillando triunfales...

Y la prisión de luz se desplomó alrededor y ella y el cadáver del grimlock se

desvanecieron.

El hedor a carroña de la criatura muerta permaneció un tiempo en el aire, sin quedar camuflado por las varitas de acre incienso que Tramd encendió.

—Ahora —dijo el enano, agitando la mano para dispersar el perfumado humo—, ¿me dirás lo que quiero saber, Dalamar Hijo de la Noche? ¿Quién te envió?

Dalamar observó el cambio de tratamiento y no mostró satisfacción o curiosidad en modo alguno. El hechicero volvió a ofrecerle vino, que, de nuevo, él declinó.

—No te diré nada, Tramd, y no veo por qué tiene que importar que lo sepas.

—¿No lo ves? —El enano paseó la mirada por la habitación de la torre. La única luz de la estancia era ahora la del sol, fuerte por ser mediodía y aumentando en intensidad—. Le importa a tu amiga. ¿Lo dudas?

El elfo oscuro no lo dudaba.

—Lo que sucede entre tú y yo parece tener gran importancia para Regene. Pero lo que le importa a ella, como sin duda habrás visto, no me importa demasiado a mí.

Una brisa cargada de aroma marino penetró por la ventana, transportando los agudos chillidos de las gaviotas. A Dalamar le pareció que oía incluso el mar, pero desde aquellas alturas, sólo podía ser su imaginación. Se preguntó dónde estaría Regene, pero no en palabras, pues no dudaba de que su oponente fuera capaz de sondear sus pensamientos. Enterró sus interrogantes en un campo más profundo de diferentes emociones.

—Ah —suspiró Tramd, y apretó los labios, sacudiendo la cabeza desilusionado—. Entonces deberá ser como deseas. No puedo hacer nada más. —Alzó la mano, en un gesto lánguido, casi cansino, pero que no lo era en realidad, pues en sus ojos brilló una fría luz asesina y también regocijo.

Dalamar se dio la vuelta, con un nudo en el estómago. En la esquina situada detrás de él, la oscuridad se arremolinó, y las sombras se fusionaron a pesar de la luz del sol y extendieron sobre el suelo de piedra para adquirir consistencia bajo la vaga apariencia de un hombre alto. Unos ojos pálidos brillaron feroces en las tinieblas, pero no eran puntos de luz, sino simplemente puntos donde no existía oscuridad. Una sensación helada fluía de aquella negrura, dedos glaciales decididos a encontrar calor y a eliminarlo.

El elfo oscuro levantó rápidamente las manos para realizar la danza mágica de los gestos, y su voz entonó un conjuro en lenguaje kalanesti para hechizar a la figura que iba formándose.

—¡Oye —cantó—, escucha y oye! En mis palabras, halla mi necesidad. ¡Escucha, oye y escucha! ¡Mi canción lo ordena, no te acerques!

La criatura sin luz se estremeció, pero no bajo el dominio de la magia, sino con siniestra risa.

—Escucho —siseó la Sombra, en una voz que era como viento sobre hojas heladas— y no oigo. ¡Escucho y no me importa tu necesidad!

Se acercó más, precedido por el frío, y en cuanto el primer extremo de su oscuridad tocó a Dalamar, la debilidad fluyó al interior del mago e hizo que se le doblaran las rodillas. Temblando, el elfo oscuro volvió a alzar las manos, y entonó otro conjuro, un hechizo para dormir al ser. Pero las sombras no duermen, sólo se ocultan, y la Sombra rió cuando la magia la atravesó, sin resultado.

La oscuridad se acercó más y más, y Dalamar tuvo la impresión de que sus músculos se convertían en sebo. ¡Inútiles! Se tambaleó y rebuscó en su mente en busca del catálogo de los conjuros que había reunido, la magia que conocía, lo que fuera a lo que pudiera asirse y usarlo antes de que esa Sombra le extrajera toda la vida del cuerpo. Pero su ingenio se había tornado igual que manos entumecidas, como dedos demasiado helados y débiles para coger y usar cualquier cosa. Los cánticos parecían tonterías, llenos de sonidos que no eran palabras. La criatura se acercó más, alargando las gélidas garras.

—¡Has realizado una mala elección, hechicerrillo! —rió Tramd, hablando desde algún lugar seguro—. ¡Y me gustará verte morir por su causa!

La pulla no le dolió, pues fue como un ruido más engullido por el incesante pitido que resonaba en los oídos de Dalamar mientras le absorbían la energía vital. Un hechizo, un hechizo... algo que ahuyente la oscuridad.

—¡*Shirak!* —chilló y cayó, tosiendo al pronunciar la palabra, débil como un hombre febril cuyo pulmones se llenan de liquido.

Dando traspie, el elfo oscuro retrocedió ante la luz, la pequeña esfera vacilante que era todo lo que su magia pudo lograr, y mientras él se tambaleaba, también lo hizo la Sombra, pero no por mucho tiempo. La luz se estremeció, su magia se apagó con un suspiro, y la Sombra se lanzó al ataque.

Dalamar tropezó, cayó sobre una rodilla y rodó lejos de la oscuridad en movimiento. ¡Magia! ¿Dónde se hallaba ésta en él? En lo más profundo, se sumergió en lo más profundo de su ser, en el interior de su corazón, de su espíritu, y arrojó lejos el miedo y todo temor a la debilidad que le consumía las fuerzas. Luz, respondió su mente, luz y fuego y...

La Sombra intentó atenazarlo con brazos que se habían vuelto enormes y largos, y la energía y la vida se agotaron en el mago, abandonándolo como si se desangrara. Alimentada con su fuerza, la criatura se abalanzó para arrebatarse aún más. Dalamar reunió las pocas fuerzas que le quedaban y su titubeante ingenio y reprodujo mentalmente la imagen de su necesidad de fuego y luz y un arma. Se incorporó a bandazos de un salto al oír la risotada de Tramd, se puso en pie e introdujo en su

mano derecha una lanza llameante, aunque ya no le quedaba más magia ni agudeza mental para crear una protección para su persona.

La Sombra cayó sobre él. La carne del elfo se ennegreció y se desprendió del hueso. Alguien chilló —¡ah, dioses!—, era él, el sonido de su dolor y la risa de Tramd entretejiéndose, para convertirse en una única y terrible antífona. Con un alarido de rabia, rabia que disipaba el dolor, Dalamar echó el brazo atrás para arrojar la lanza de fuego, con la mirada fija en los ojos de la Sombra. Y así vio lo que no había visto antes. *Conocía* a esa criatura, a aquel ser que iba hacia él; en aquellos ojos pálidos distinguió conciencia, ingenio, alma y un suplicante apremio. ¡Vio un destello color zafiro! ¡Regene! Demasiado tarde comprendió que era una ilusión, pues en aquel momento acababa de arrojar su arma.

La Sombra aulló, y la ilusión de Tramd se desvaneció. Regene cayó, alcanzaba por el llameante proyectil, y su túnica, su carne, ardieron. Dalamar se arrojó sobre ella e intentó apagar las llamas con su mano sana. Con los ojos desorbitados por el dolor, asfixiándose, la hechicera intentó formar una palabra de advertencia; pero no hizo falta, pues Dalamar presintió el peligro en el hormigueo que sintió entre los omóplatos, en la picazón de su piel.

Enfurecido, el mago se volvió, tambaleándose a causa de la debilidad, y Tramd retrocedió, tanteando a sus espaldas en busca de un arma. Dalamar sonrió con frialdad al verlo, porque eso le indicaba lo que necesitaba saber: su adversario se había agotado profundamente para sustentar la jaula de luz, para convocar al grimlock y para crear esa ilusión que envolvía a Regene. Un estúpido creería que ya no le quedaba nada que usar, pero un hombre sensato sabría que no le quedaba tanto como le gustaría tener.

—Enano —dijo el elfo oscuro con voz chirriante; su mano temblando mientras buscaba en su interior un último estallido de energía, una postrera arma—. Llevas muriéndote desde el día de tu Prueba. Ha llegado la hora de que esto toque a su fin.

El sudor relució en el rostro de Tramd y se introdujo en su roja barba. ¡Dio otro paso atrás! Detrás de él, Dalamar oyó gemidos, la respiración de Regene parecía un estertor de muerte y, al mismo tiempo, un sollozo. La cólera se apoderó del mago, y con ella una cantidad tal de energía como no creía poseer. Alzó la mano quemada, con la carne despellejada del hueso, y el hueso blanco brillando ante sus ojos, reluciendo con su propia sangre y las finas líneas de los vasos sanguíneos y los músculos. Abrazó su dolor, y éste se convirtió en fuerza. Los dedos se movieron, sus dedos, los huesos resplandecientes bajo la luz solar que penetraban por la ventana, y con la magia y con su propia voluntad creó una lanza en forma de rayo, como la que había matado a un dragón.

Con los ojos desorbitados por el terror, el enano escarbó en su interior en busca de su magia, pero ésta era deficiente. Una luz brilló ante él, como si hubiera estado

intentando crear un escudo mágico, pero la luz se oscureció, y la oscuridad se desplomó sobre sí misma. Volvió a intentarlo, y Dalamar se lo permitió, como un gato que juega con un ratón. La inestable oscuridad situada ante Tramd se removió, cambió, mientras la magia se esforzaba por salir a flote, al tiempo que el miedo y la rabia se enfrentaban entre sí, proporcionándole una expresión enloquecida.

Con una carcajada, el elfo oscuro lanzó su rayo. Éste chisporroteó en el aire, y la oscuridad situada ante Tramd adquirió forma por fin, convirtiéndose en algo negro como la obsidiana, fuerte como el acero. El rayo lo alcanzó y estalló en medio de una explosión de luz cegadora.

El olor penetrante del ozono llenó el aire. Dalamar inundó sus pulmones con el olor, y llenó de nuevo las manos con poder y magia. No arrojó un rayo, sino puñados de energía, la materia de la que están constituidos los rayos, y arrojó aquellas relucientes armas, una tras otra. La magia de Tramd se estremeció y vaciló, y el enano dio media vuelta al tiempo que su escudo se desmoronaba. El elfo arrojó otros tres proyectiles de energía y, mientras lo hacía, su adversario alzó las manos en un último conjuro.

Nada sucedió, y entonces todo el poder destructor que Dalamar había arrojado se volvió contra él en una oleada de energía que recordaba la ola de un maremoto. Coronada de rojo como las olas marinas están coronadas de blanco, la energía rebotó hacia atrás aullando en el aire y sin posibilidad de ser rechazada.

Curiosamente inmóvil y entumecido por el dolor o el miedo, Dalamar pensó: «Ahí llega mi muerte».

Una mano lo agarró por el tobillo y lo derribó al suelo. El mago se desplomó, chocó contra la piedra, luego con algo suave y blando. ¡Regene! Gateó a un lado, arrastrando a la hechicera con él, y rodó hasta chocar con una pared de piedra. La ola pasó por encima de él, abrasando y arañando su piel, al tiempo que oprimía su pecho.

Gris y sudoroso, el enano alzó una mano, una mano temblorosa, que no poseía magia, pero sí una daga. La luz del sol brilló en la hoja, centelleando cuando se abatió, ávida de sangre.

La mujer tosió y, al hacerlo, se levantó, no de prisa ni con fuerza, pero a tiempo. Como un haz de plata, como la mano plateada de su propio dios que descendiera, la reluciente hoja hendió el aire y atravesó el pecho de Regene de Schallsea. La mano de Dalamar salió despedida hacia arriba, para cerrarse con fuerza alrededor de la muñeca del mago enano. Le partió el hueso, y el avatar chilló. El cuchillo se soltó de su mano y Dalamar lo recogió al momento; con un veloz movimiento, se puso en pie, empuñando torpemente el arma en la mano izquierda. Lanzó un golpe ascendente, una cuchillada al corazón, y la sangre brotó del pecho del avatar, derramándose sobre la mano del elfo oscuro y la túnica destrozada de Regene.

—¡Ve! —musitó la mujer, sus ojos color zafiro se nublaron y su rostro brilló

lívido bajo la luz del sol que penetraba a raudales por las ventanas. Agonizante, insistió—: Encuentra al mago...

Dalamar recorrió velozmente pasillos interminables hasta hallar lo que buscaba, la puerta custodiada y el grupo de soldados enanos situados ante ella. Eran cuatro, pero no le importó. Se abrió paso entre ellos como una tempestad. Convirtiendo sus armas en escoria, mató a uno de ellos con sólo una mirada; a dos que cargaron contra él, los redujo a cenizas como si su carne y huesos no fueran más que la arcilla de la que Tramd el de las Tinieblas creaba sus avatares. El cuarto no se quedó. Huyó y no llegó más allá de la escalera antes de correr la misma suerte que sus compañeros.

Los criados chillaron, pero ninguno en ese piso. Dalamar los oyó, hombres y mujeres, que gritaban en distintas lenguas. Algunos eran humanos, otros enanos, uno o dos incluso eran elfos; sirvientes y esclavos, el personal de la Ciudadela de la Noche estaba compuesto de cautivos procedentes de las correrías de Tramd durante la guerra.

La puerta no estaría cerrada con llave; lo sabía instintivamente. ¿Qué hombre agonizando en su lecho puede conseguirlo? ¿Qué hombre tan desvalido prohíbe la entrada a los criados que lo alimentarán, vestirán y lavarán? Ninguno.

Dalamar abrió la puerta y penetró en el dormitorio adornado con rasos y tapizado con sedas. Contempló el botín de quien ha recorrido muchos territorios durante la guerra: cofres con goznes de plata procedentes de Ciudadela Norte en Nordmaar, tapices de las mansiones de la opulenta Palanthas. De Zhakar había robado estatuas de plata y placas de oro; de Kern en Kern poseía pinturas, y del alcázar de Thelgaard había expoliado escudos y lanzas, hachas y espadas. Pero no parecía preocuparle mucho el orden, pues los tesoros robados yacían dispersos por todas partes, como en el enorme almacén de un museo.

Tampoco podía Tramd ver los tesoros que poseía. Descansaba sobre un lecho de seda y raso, sin ojos, con su cuerpo destrozado apestando, las extremidades cubiertas de carne descamada, y la cabeza moviéndose débilmente de un lado a otro. En algún momento de la mañana, los criados debían de haber encendido incienso y perfumado la atmósfera con aceites, pero el incienso se había convertido en cenizas, y los aceites no eran suficientes para ocultar el hedor del dormitorio de ese hechicero que había corrido tan terrible suerte en su Prueba de la Alta Hechicería. Ni siquiera la brisa que soplaba desde el mar podía hacer algo más que remover la fetidez.

—Te veo, Tramd —dijo el elfo oscuro, colocándose tan cerca como debía y sin importarle el tufo—. Te veo.

La cabeza del enano giró de un lado a otro, como un hombre ciego que intenta

situar la posición de su interlocutor. Su cuerpo se estremeció, pero se trataba de los temblores de su enfermedad, no de la voluntad actuando sobre el músculo. Los labios llenos de pústulas se abrieron, y un hilillo de baba descendió por la fina e irregular barba. Gimió, y el sonido que profirió podría haber sido una palabra, pero también podría no haberlo sido. Había utilizado el cuerpo de su avatar para realizar su magia, pero también había usado sus propias fuerzas.

Dalamar miró en derredor y arrancó un arma de la pared, un hacha con una magnífica hoja afilada; avanzó hacia la cama, y su sombra se proyectó sobre el enano.

—¿Sientes mi proximidad, enano?

La criatura de la cama gimoteó, y los cobertores de seda susurraron. Era todo lo que podía hacer.

—Lo cierto es que me parece lamentable que no puedas verme. Considero una lástima que no seas capaz de mirarme a los ojos cuando te mate.

Fuera en el pasillo se oyeron unas voces, que murmuraban. Habían llegado criados y soldados, pero nadie se atrevía a cruzar el umbral. Sordamente, las bisagras de la puerta crujieron y, muy despacio, alguien la cerró. El señor de esa fortaleza no había sido un amo querido, y nadie intervendría. Nadie desafiaría al mago que había ido a matar a su señor.

El viento suspiró a través del alféizar de la ventana. El mar se estrelló contra la orilla allá abajo y volvió a retroceder. En alguna parte, notaba el cadáver de un dragón, panza arriba, con el vientre mirando al cielo. Las gaviotas se alimentarían de aquel cuerpo y, más tarde o más temprano, el mar ablandaría lo que incluso las espadas no habían podido herir; en ese momento las gaviotas y los peces arrancarían las escamas del vientre y desgarrarían la carne de los huesos.

—Te diré —dijo Dalamar al moribundo del lecho—, lo que tanto querías saber. He venido a matarte, Tramd, y será un placer personal para mí, por los muchos elfos que mataste en la batalla para conquistar Silvanesti.

Se interrumpió y observó al enano gemir, cuyo labios agrietados sangraban por culpa de sus esfuerzos por hablar. Mientras estaba allí de pie, el elfo oscuro oyó arder el bosque; percibió los gritos de los Montaraces; oyó la agonía del dragón y la última plegaria de un clérigo que había puesto toda su fe en dioses que no parecían saberlo o importarles. Los rayos del sol corrieron por el afilado borde de la hoja del hacha, deslizándose por la curva mientras Dalamar la pasaba de una mano a otra.

—He venido en nombre de Ladonna de la Torre de la Alta Hechicería. He venido en nombre de aquéllos que veneran el Supremo Arte, el don de las tres criaturas mágicas. He venido en mi propio nombre, Tramd Golpeapietra, para eliminarte de las filas de los sirvientes de su Oscura Majestad. Existirá la Luz —concluyó— y existirá la Oscuridad.

Alzó más el hacha, justo por encima de su cabeza.

El enano oyó cómo la alzaba, el siseo del aire sobre la hoja, y gimió, encontrando una palabra:

—No —sollozó—, no.

—Sí —replicó Dalamar, con gran suavidad—. Sí.

Dejó caer el hacha, un verdugo, un ejecutor dispuesto a vengar muertes tempranas y tardías.

—Sí —anunció al cuerpo sin vida—. Existirá el equilibrio.

El mago devolvió el hacha a su lugar, con la sangre corriendo aún por ella; luego hizo caer el cuerpo al suelo y arrancó una sábana de la cama. Con la seda envolvió la cabeza, en la que los ojos seguían mirando al vacío, y la boca permanecía abierta.

—Milord —dijo una voz de mujer humana, inclinándose ante él al decirlo—. ¿Cuál es vuestro deseo?

Él la miró, y la mujer se acobardó ante la furia de aquellos ojos.

—Vete —respondió él, sin importarle si ella entendía la orden como indicación de que debía dejarlo solo o de que debía marchar de la ciudadela y no regresar jamás.

Sirvientes y soldados hicieron la elección que llevaban años deseando tomar. Huyeron.

Dalamar ni siquiera los miró. El ruido de sus pies corriendo no significaba nada para él. Llevó la cabeza de Tramd el de las Tinieblas, envuelta en ensangrentada seda, de regreso a la sala dónde había dejado a Regene. La hechicera estaba muerta, con los ojos azules muy abiertos y los labios algo entreabiertos. El mago se arrodilló junto a ella, le apartó los negros cabellos del rostro y le cerró los ojos. Permaneció así durante un rato, escuchando cómo la gente huía del castillo. Luego la tomó en brazos, recogió la prueba de la muerte del mago enano y pronunció una palabra mágica.

El suelo desapareció. Las paredes desaparecieron. Bajo el dominio del hechizo de transporte, Dalamar Hijo de la Noche chilló, y esta vez no profirió un conjuro. Esta vez gritó una maldición.

En medio del océano, en lugares tan alejados como el borde del Mar Sangriento de Istar, los marineros señalaron al norte y al este. Un enorme fuego ardía en la cordillera de la Cima del Mundo en Karthay; las llamas llegaban a la altura del pico más alto, y luego más arriba aún. El humo del incendio se arremolinó sobre el mar, convirtiendo el día en crepúsculo.

EPÍLOGO

Dalamar andaba a través de luz y de oscuridad, ascendiendo por una sinuosa escalera de piedra que parecía no tener fin. En una ocasión miró por encima del hombro y no consiguió ver los peldaños que dejaba atrás, pues se perdían en las sombras y el resplandor irregular de las antorchas sujetas al muro. No llevaba luz en la mano, pues se había hecho algo para amortiguar la fuerza de su magia. En la boca del estómago sentía revolotear el temor.

Las tinieblas del Robledal de Shoikan no lo habían atemorizado. Había pasado bajo los árboles cuyas ramas eran brazos que se extendían para sujetarlo, por entre sombras donde ojos sin cuerpo lo miraban airados. Bajo sus pies, las ramitas se habían convertido en manos esqueléticas, manos que tiraban del repulgo de su túnica, pero él no había vacilado. Ni siquiera cuando aparecieron los espectros surgiendo de las profundidades de aquel bosque encantado se permitió tener miedo. Había penetrado en el recinto de la Torre de la Alta Hechicería de Palanthas con la misma osadía que si entrara en su propia casa. El patio oscuro, las enormes puertas que se habían abierto por sí solas, ni siquiera la suave, casi amable voz, que le dijo «entra, aprendiz», lo desconcertó. Pero ahora, allí, sin su magia, Dalamar sentía temor.

No es más que un efecto de *su* magia, se decía a sí mismo mientras seguía subiendo. No permitirá mi magia, y así es como debe ser. Aquí está el camino que he elegido y que ha serpenteado desde Silvanost hasta Palanthas. Ésta es la senda en que confiaré.

—*Shalafi* —musitó, probando el título, la palabra elfa para «maestro»—. Será como deseéis.

Fue ascendiendo por la oscuridad y la luz, sin dar un solo traspié en un peldaño, a pesar de que había tantos ocultos en las sombras y no todos tenían la misma profundidad o anchura. No había ninguna barandilla que protegiera al escalador imprudente. Una caída desde esa escalera significaría un salto mortal; sin embargo, Dalamar tenía la impresión de haber encontrado ya el ritmo de los desiguales peldaños en el mismo instante en que inició la ascensión. Cuanto más subía, más deprisa iba su pulso; la vieja sensación que siempre había tenido cuando abandonaba las sendas seguras, los senderos tranquilos.

Llegó a un rellano y lo dejó atrás. No sabía cómo ni por qué, pero comprendía que tenía que seguir subiendo. Ahora, mientras avanzaba, se agitó en su interior la sensación de haber estado allí antes, como si hubiera visitado ese lugar mucho tiempo atrás, y aunque en realidad no había pisado la Torre en su vida, la sensación persistió.

Sus pisadas resonaban en las paredes, ecos que caían en el pozo situado abajo y volvían a ascender en forma de susurro, como si alguien lo siguiera. Los cabellos se

le erizaron en el codo y sintió un hormigueo en sus brazos. El mago se estremeció, pero no se detuvo. Debía seguir adelante, arriba y arriba, por aquella larga escalera de caracol. Dejó atrás otro rellano y, al mirar hacia la izquierda, vio un pasillo brillantemente iluminado, con antorchas en los muros que brillaban en la distancia. Distinguió una puerta tras otra, todas herméticamente cerradas, y sin embargo tuvo la sensación de que aquellas habitaciones estaban ocupadas. ¿Por quién?

¿Por qué?, le musitó el miedo.

Cuando creía que sus piernas no iban a poder dar un paso más, la escalera sencillamente terminó ante una gran puerta de madera. Había dos antorchas en abrazaderas a cada lado de la puerta, y sus llamas como banderines color naranja ondeaban bajo una brisa que Dalamar no sentía. No miró en derredor para descubrir por qué llameaba el fuego; no miró ni arriba, ni abajo, ni atrás. No podía, pues se encontraba ante una puerta que, realmente, había visto antes. El pomo de la puerta brillaba como plata bruñida a la luz de las antorchas, y bajo la forma de una calavera, con las cuencas de los ojos inundadas por el destello de la luz de las llamas, lo invitaba a posar la mano sobre él.

La aceleración de su pulso se convirtió en el tamborileo de su corazón, y la excitación lo inundó como si fuera magia. Había estado allí antes, en una visión que le habían mostrado los bruñidos espejos de platino del Círculo de Oscuridad. Mientras clérigos y Montaraces, un príncipe y una princesa aguardaban para asignarle el destino del exilio, él había visto esa puerta, ese pomo en forma de calavera. De la oscuridad surgió un sonido, que procedía de detrás de él, de su lado, de un punto frente a él. El ruido de cadenas sobre piedra, el silencioso avance del juicio y la revelación. Tan fuerte latía su corazón ahora que Dalamar se preguntó si el martilleo no se oiría por toda la Torre.

Aspiró con fuerza para tranquilizarse.

Cada momento que había pasado en el camino que lo alejaba de la Blanca magia elfa y lo conducía al interior del reino más oscuro de la magia de Nuitari lo había llevado hasta allí, como pasos inexorables sobre un sendero predestinado. Extendió la mano hacia la calavera de plata. Su mano se cerró sobre ella, el pulgar buscó y halló la suave depresión redonda de la cuenca de un ojo. Se sosegó y, mediante la simple fuerza de voluntad, alejó de su mente todo rastro del recuerdo del momento en que había aceptado su misión para el Cónclave. Valía su vida, tal vez su espíritu, ocultar eso, y no poseía magia que lo ayudara. Tampoco sabría si tenía éxito hasta el momento en que fracasara.

¡Y si fracasaba...!

No debía pensar en ello. No debía permitirse siquiera el menor pensamiento de fracaso.

Sujetó con fuerza la calavera de plata y empujó con suavidad hacia dentro. La

puerta se abrió, como había hecho en la visión. La luz brotó al exterior, dorada, inundando el pasillo, y trajo con ella calor como si alguien en el interior no pudiera sentir la calidez de la noche veraniega sino que viviera en permanente invierno, temblando de frío. Contra esa luz se recortaba una figura negra, un joven delgado. Vestía una sencilla túnica de lana negra sin adornos. La capucha, echada hacia atrás, dejaba al descubierto un rostro que Dalamar no había creído poder ver jamás, ni en una pesadilla. No fue la piel dorada lo que alteró sus nervios, ni el cabello de un blanco purísimo. Fueron los ojos, las pupilas negras como una medianoche sin luna, cada una en forma de reloj de arena.

—Se llama a sí mismo Señor del Pasado y del Presente —había dicho Par-Salian.

En nombre de todos los dioses, se dijo Dalamar, no es extraño que lo haga.

El corazón del elfo oscuro se detuvo. Se paró entre un latido y el siguiente, y en la quietud, en el silencio, la voz de su espíritu musitó:

«¿Qué harás por la magia, Dalamar Hijo de la Noche? ¿Hasta dónde llegarás para encontrarla, para alimentarla, para reclamar lo que es tuyo por el derecho que te otorga tu talento?».

Tan lejos como esto, se dijo el mago, mirando a los ojos en forma de reloj de arena de Raistlin Majere, al que temían los tres hechiceros más poderosos de Krynn. Hasta allí. Si Nuitari lo quiere, más lejos incluso que esto, pues no existe otro lugar para mí que no sea la magia, no tengo más corazón que el que late al compás de la magia. Siempre fue así. Siempre lo será, y he renunciado a muchas cosas, pero eso no significa que no renuncie a más para ser más poderoso en el arte de la hechicería.

—*Shalafi* —dijo, inclinando la cabeza en una humilde reverencia—. He venido, como acordasteis.

Como si pudiera ver con sus ojos en forma de reloj de arena cada instante del pasado de Dalamar, cada pensamiento suyo en ese momento, cada paso que daría hasta el día que fuera el último de su vida, Raistlin Majere sonrió, con una fría sonrisa astuta. En el espacio que medió entre un latido de su corazón y el siguiente, Dalamar se sintió evaluado y juzgado. Raistlin se apartó del umbral con una leve y casi burlona reverencia.

Entra si te atreves, indicaba aquel gesto.

El ruido de cadenas arrastrando por la piedra seguía sonando en el corazón del elfo oscuro, la cadena de platino que había rodeado sus tobillos, sus piernas, su corazón en el Círculo de Oscuridad. Por aquella cadena que lo había cercado, otros lo habían juzgado culpable de delitos de magia y crímenes de culto; por aquel amargo abrazo, él se había juzgado a sí mismo lo bastante fuerte para aceptar el dolor que fuera necesario con tal de poseer la magia sin la que no podía vivir. Oyó el chirriar de la cadena al cruzar el umbral, al entrar en el aposento del Señor del Pasado y del Presente. Dalamar Hijo de la Noche penetró, con el corazón cantando, en el mundo

de un mago oscuro, en un mundo que nadie conocía y que la gente sensata temía y sintió que había vuelto a casa.